

María Carman, Neiva Vieira da Cunha, Ramiro Segura
coordinadores

SEGREGACIÓN Y DIFERENCIA EN LA CIUDAD



Segregación y diferencia en la ciudad

María Carman, Neiva Vieira da Cunha y Ramiro Segura
Coordinadores

Segregación y diferencia en la ciudad



Segregación y diferencia en la ciudad / coordinado por María Carman, Neiva Vieira da Cunha y Ramiro Segura. Quito : FLACSO, Sede Ecuador : Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) : Ministerio de Desarrollo Urbano y Vivienda, 2013

228 p. : il. y fotografías.- (Hacedores de ciudades)

ISBN: 978-9978-67-400-0

ANTROPOLOGÍA URBANA ; SOCIOLOGÍA URBANA ; AMÉRICA LATINA ; SEGREGACIÓN ; CIUDADES ; ESPACIO URBANO ; BARRIOS ; BUENOS AIRES ; SANTIAGO DE CHILE ; LISBOA

307.76 - CDD

© De la presente edición:

FLACSO, Sede Ecuador

La Pradera E7-174 y Diego de Almagro

Quito-Ecuador

Tel.: (593-2) 323 8888

Fax: (593-2) 323 7960

www.flacso.org.ec

CLACSO

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales

Estados Unidos 1168

Buenos Aires, Argentina

(54 11) 430 49145

(54 11) 430 49505

www.clacso.org.ar

Ministerio de Desarrollo Urbano y Vivienda

Av. 10 de Agosto y Luis Cordero

Quito - Ecuador

(593 2) 255 0881

Quito-Ecuador

<http://www.habitatyvivienda.gob.ec/>

ISBN: 978-9978-67-400-0

Cuidado de la edición: Santiago Larrea

Diseño de portada e interiores: FLACSO

Imprenta: Talpa Publicidad Impresa

Quito, Ecuador, 2013

1ª. edición: septiembre de 2013

El presente libro es una obra de divulgación y no forma parte de las series académicas de FLACSO-Sede Ecuador.

Índice

Presentación	7
Agradecimientos	9
Introducción	
Antropología, diferencia y segregación urbana	11
<i>María Carman, Neiva Vieira y Ramiro Segura</i>	
PRIMERA SECCIÓN:	
CON/VIVENCIAS EN LAS ZONAS DE RELEGACIÓN URBANA	
Procesos de heterogeneización y homogeneización socio-residencial desde una perspectiva etnográfica: reflexiones en torno a la constitución de urbanidad en una vivienda social de la ciudad de Buenos Aires	37
<i>María Florencia Girola</i>	
Derecho a la vivienda y derecho a la belleza en la ciudad de Buenos Aires. Construyendo el derecho a la ciudad	61
<i>Ana Gretel Thomasz</i>	
Confinamientos, movilidad e intercambios. Una investigación sobre las condiciones y los modos de vida en la periferia del Gran Buenos Aires	83
<i>Daniela Soldano</i>	

SEGUNDA SECCIÓN:

FRONTERAS URBANAS Y LÍMITES SOCIALES

Habitar la ciudad desde sus fronteras. La Chimba, Santiago de Chile	123
<i>Francisca Márquez</i>	
Los pliegues en la experiencia urbana de la segregación socio-espacial. Análisis comparativo de dos etnografías urbanas	143
<i>Ramiro Segura</i>	
Cuando lo singular es plural: El caso del Barrio de la Mouraria en Lisboa	171
<i>Marluci Menezes</i>	
La consolidación de la segregación espacial desde las prácticas e imaginarios cotidianos de la vida doméstica. Santiago 1930-1960	197
<i>Francisca Pérez</i>	
Sobre los autores	225

Presentación

La Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), sede Ecuador, se complace en presentar la publicación “Segregación y diferencia en la ciudad”, resultado del intercambio, el diálogo y el debate entre investigadores de la región acerca de los procesos de segregación urbana en ciudades latinoamericanas que se desarrolló en el marco del Grupo de Trabajo “Hábitat Popular e Inclusión Social” del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO). El abordaje antropológico de los procesos de segregación socio-espacial que comparten la totalidad de los artículos que integran el presente volumen constituye un valioso aporte a la discusión tanto sobre las modalidades y la especificidad de la segregación socio-espacial en las ciudades latinoamericanas como acerca de las relaciones entre desigualdad y diferencia en la ciudad contemporánea.

Pablo Gentili
Secretario Ejecutivo de CLACSO

Pedro Jaramillo
Ministro de Desarrollo Urbano y Vivienda de Ecuador (MIDUVI)

Juan Ponce
Director de FLACSO-Ecuador

Agradecimientos

Este libro es el resultado de una experiencia colectiva que nació a partir de nuestro común interés en los procesos urbanos de Latinoamérica, abordados desde una perspectiva socioantropológica. A partir de sucesivos encuentros, en los últimos años surgió una interlocución extremadamente rica y fértil, elaborada a partir de campos empíricos distintos, pero todos ellos orientados a la comprensión del fenómeno urbano en sus múltiples planos de significado.

Esta red de investigación se ha enriquecido con los aportes de todos los que creyeron en la posibilidad de diálogo y de producción colectiva de conocimiento sobre nuestras ciudades. Queremos agradecer a todos los colegas y amigos que nos acompañaron a lo largo de este trayecto, y que no solo contribuyeron con sus debates en todos los encuentros, sino que compartieron con nosotros sus inquietudes y expectativas, que hicieron posible esta publicación. Esperamos poder continuar contando con la amistad y la colaboración de todos. Un agradecimiento especial está dirigido al Programa Editorial de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO, Ecuador) y, en particular, a Jaime Erazo Espinosa, que además de su invitación a que participemos del Grupo de trabajo de Hábitat e Inclusión Social (CLACSO), ha sido un promotor incansable para que esta edición llegue a buen puerto.

Introducción

Antropología, diferencia y segregación urbana

María Carman, Neiva Vieira y Ramiro Segura

Los artículos que componen este libro ensayan un abordaje socio-antropológico de los procesos de segregación socio-espacial en la ciudad. Producto de un diálogo intelectual de varios años entre investigadores de diferentes ciudades, en distintos ámbitos institucionales¹, esta publicación tiene por finalidad aportar desde la investigación socio-antropológica –es decir, desde investigaciones que, más allá de sus diferencias, comparten un modo de mirar centrado en las prácticas, las relaciones y los sentidos sociales de los actores urbanos– al vasto campo de investigaciones sobre los procesos de segregación socio-espacial.

Partimos de una evidencia incuestionable, el espacio de las ciudades contemporáneas no es homogéneo o indiferenciado: ni las residencias de los habitantes, ni las infraestructuras y servicios urbanos se encuentran distribuidos de manera uniforme por la ciudad. La pregunta por la proximidad o distancia entre grupos sociales en el espacio urbano, por la homogeneidad de los distintos espacios residenciales de una ciudad, o por el grado de concentración de un grupo en un determinado territorio, representan distintas maneras de acercarse a la cuestión por la segregación socio-espacial (Sabatini, Cáceres y Cerdá, 2001) es decir, para preguntarse en qué medida se correlaciona un grupo social (que puede ser definido con base

¹ Los autores de los distintos capítulos nos hemos encontrado en diversos espacios de intercambio, como las Reuniones Antropológicas del Mercosur (Porto Alegre, 2007; Buenos Aires, 2009; Curitiba, 2011), el Congreso de la Asociación Latinoamericana de Antropología (Costa Rica, 2008) y en distintos eventos del Grupo de Trabajo de CLACSO “Hábitat popular e inclusión social”.

en distintos atributos como la clase, la etnia y la religión, entre otras) con un determinado sector de la ciudad. De este modo, es posible conocer el grado de heterogeneidad social de los espacios residenciales de las ciudades, e inferir algunas cuestiones relativas a los mecanismos que (re)producen las desigualdades sociales. De este primer acercamiento a la cuestión de la segregación socio-espacial, se desprenden dos cuestiones relevantes para un abordaje socio-antropológico de la segregación.

En primer lugar, su variabilidad social y cultural (Wacquant, 2007). En efecto, en distintas sociedades son segregados grupos sociales definidos sobre la base de distintos atributos y relaciones. Para citar un ejemplo, mientras la segregación predominante en la sociedad norteamericana está basada en criterios raciales, en donde se tiene al gueto como forma socio-espacial específica, en las ciudades latinoamericanas ha predominado la segregación con base en criterios socio-económicos o de clase, que tienen en el conventillo porteño su forma socio-espacial tradicional, donde no es la raza o la etnia lo que se espacializa, sino una condición social compartida por personas de distintas procedencias². Otro ejemplo de esta variabilidad de las formas de segregación serían las favelas brasileñas, donde el criterio de clase se complejiza al relacionarse directamente al criterio racial.

En segundo lugar, la temporalidad de la segregación; es decir, su variación a lo largo del tiempo. La segregación puede aumentar o disminuir, su escala puede variar e incluso, aunque menos habitual, pueden transformarse los atributos y relaciones que están en la base de los procesos de segregación.

Lo dicho hasta aquí nos lleva a la pregunta acerca de los procesos y los agentes involucrados en la configuración del espacio urbano en general, y de la segregación en particular. Para esto es necesario desustancializar los espacios urbanos, es decir, poner en cuestión la idea según la cual las razones por las que un espacio tiene determinadas cualidades, se encuentran exclusivamente en el espacio mismo, en una supuesta esencia de la que ese espacio (y sus habitantes) sería portador. Ante la evidencia de que los

² Este contraste tiene fines comparativos y heurísticos. No debe hacernos perder de vista los elementos vinculados al enclausamiento de las relaciones raciales y a la racialización de las relaciones de clase presentes en los casos norteamericano y argentino respectivamente.

grupos sociales no se distribuyen de manera aleatoria en la ciudad, o que tampoco todos acceden a la misma calidad de infraestructura y servicios urbanos, las distintas contribuciones del libro dirigen la mirada hacia los actores involucrados en el proceso: el Estado y sus mecanismos y planes de (des)regulación del uso del espacio, los agentes inmobiliarios y sus proyectos y emprendimientos, las organizaciones sociales, las sociedades de fomento o asociaciones de vecinos, entre otros. En este sentido, el lugar metodológico escogido por los artículos que componen este libro para analizar los procesos de segregación socio-espacial privilegia las prácticas, las relaciones y los sentidos sociales de los residentes de espacios segregados.

Uno de los riesgos en el uso de la noción de segregación consiste en tratarla como un principio de explicación *per se*, como un determinante de los hechos o procesos observados (Brun, 1994: 42). ¿Cómo ir más allá de la denuncia de la segregación, o de la mera constatación de estar frente a un ‘fenómeno de segregación’? No se trata meramente de contribuir, desde las ciencias sociales, a explicar los ‘impactos’ o los efectos sociales de la segregación socio-espacial –lo cual también supone pensarla como algo dado–, sino de dar cuenta de cómo la segregación también se construye en el ámbito de las representaciones sociales y las prácticas en los múltiples cruces de la vida cotidiana entre actores con diverso capital económico, social y cultural. Desde nuestra perspectiva, no basta con estudiar las percepciones de la situación de segregación sin analizar, al mismo tiempo, los usos del espacio y las rutinas, los estigmas territoriales y las significaciones de la ciudad.

Si bien es la segregación socio-espacial la que específicamente nos ocupa en este trabajo, con miras a desnaturalizar el espacio urbano, es importante no perder de vista que existen otras formas de segregación que no siempre tienen una traducción espacial. El análisis de la segregación residencial puede ser pensado como una de las formas, pero no la única, en las que se expresan el establecimiento de límites y fronteras sociales. Es decir, se debe reponer tanto su singularidad (no todos los límites sociales se expresan espacialmente) como aquellas características que comparte con otros procesos de establecimiento de límites a simple vista muy disímiles como, por ejemplo, las identidades étnicas (Barth, 1976), las clasificacio-

nes sociales (Durkheim y Mauss, 1996; Boudieu, 2002), las categorías morales (Lamont, 1992) y diversos tipos de interacciones sociales cotidianas (Simmel, 1986). Es precisamente desde estas preocupaciones y preguntas, que la antropología puede contribuir al estudio de la segregación socioespacial, y enriquecer la comprensión del fenómeno.

El campo de estudios de la segregación

Del análisis de la producción académica (dispersa y heterogénea), sobre la segregación en América Latina, surgen varias cuestiones relevantes:

En primer lugar, segmentación, división, fragmentación e incluso marginalidad y exclusión, son algunos de los conceptos que, aunque partiendo de premisas distintas y recortando analíticamente otras clases de problema, tienen puntos de intersección y solapamiento con la noción de segregación. Tal multiplicidad conceptual es problemática, ya que cada uno de esos conceptos tiene su tradición teórica e implicaciones específicas y, por lo tanto, no son términos intercambiables. Así, por ejemplo, una noción como la de fragmentación, bastante generalizada últimamente, implica asumir la separación de la totalidad urbana en segmentos socio-espaciales relativamente autónomos. Aquí optamos por mantener el concepto de segregación socio-espacial y preguntarnos, según los trabajos: ¿cómo se gestionan los suburbios –amenazantes, amurallados, o ambas cosas a la vez– de nuestras ciudades? ¿Y los nuevos centros recualificados? ¿A través de qué compleja batería de prácticas, normas y procedimientos se materializan las políticas de segregación espacial en las ciudades bajo análisis³?

En segundo lugar, si nos limitamos exclusivamente a los estudios que trabajan a partir del concepto de segregación, se observan distintos énfasis temáticos. Así, por ejemplo, en México Martha Schteingart (2001)

3 Si bien la articulación entre el espacio y la sociedad, como señala Brun (1994: 23) está en el corazón de los discursos sobre la segregación, la distancia espacial no necesariamente conforma el criterio más importante de segregación. En los estudios contemporáneos, muchos otros criterios resultan igualmente importantes, tales como la exclusión de hecho o de derecho de lugares públicos, prohibiciones sexuales, culturales, profesionales, etc. Nos concentraremos en este libro, exclusivamente, en los procesos de segregación socio-espacial de las ciudades contemporáneas.

identificó cinco tipos de estudios⁴: segregación urbana relacionada con la expansión de las ciudades y el crecimiento de la población; segregación urbana vinculada a los servicios urbanos y la vialidad; aspectos históricos de la segregación; estudios de sectores de la ciudad: centro, barrio, periferia irregular; nuevas formas de segregación urbana como los barrios cerrados.

Por último, se observa el predominio en los estudios sobre segregación de las variables y dimensiones cuantitativas del fenómeno, con la consiguiente ausencia de trabajos que centren su atención en la dimensión práctica (usos y representaciones) en torno a la segregación socio-espacial. Incluso en aquellos trabajos predominantemente cuantitativos en los que se reconoce la importancia de esta dimensión, la misma aparece relegada. Ese es el caso, por ejemplo, del trabajo de Sabatini, Cáceres y Cerdá (2001). Estos autores han identificado tres dimensiones principales de la segregación residencial socioeconómica: la tendencia de los grupos sociales a concentrarse en algunas áreas de la ciudad; la conformación de áreas o barrios socialmente homogéneos; y la percepción subjetiva que los residentes tienen de la segregación ‘objetiva’ (constituida por las primeras dos dimensiones) que, según estos autores, en las situaciones trabajadas en ciudades chilenas, consiste en ‘sentimientos de marginalidad’ y de ‘estar de más’. Además de limitar la indagación sobre los residentes a la percepción subjetiva de su situación (y, consecuentemente, perdiendo de vista el rol activo de estos actores en los procesos de segregación), la escisión tajante entre segregación objetiva y subjetiva también es discutible. ¿Acaso no están en juego dimensiones simbólicas y subjetivas en la tendencia de los grupos sociales a concentrarse en áreas específicas de la ciudad? ¿Y qué decir respecto de las percepciones y valoraciones que acompañan emprendimientos urbanos como urbanizaciones cerradas o políticas de relocalización de la población y renovación urbana?

Teniendo en cuenta estas objeciones, Rodríguez (2001) distingue dos tipos de segregación: uno geográfico, que significa desigualdad en la dis-

4 Similar panorama encontró Prévot-Schapira (2001) en cuanto a los usos de la noción de fragmentación urbana en las investigaciones recientes: proceso histórico de fragmentación de la unidad urbana; ausencia de autoridad metropolitana (fragmentación institucional); lógicas de gestión de servicios privatizados; creación de territorios ad hoc; proximidad de ricos y pobres, pero en espacios herméticamente cerrados, lo que establece relaciones asimétricas entre las dos partes de la ciudad.

tribución de los grupos sociales en el espacio físico y otro sociológico, que refiere a la ausencia de interacción entre grupos sociales. Al respecto señala que “la presencia de un tipo de segregación no asegura la existencia del otro” (Rodríguez, 2001: 11). Si, como sugiere Cortés (2008), en lugar de pensar en tipos de segregación, lo geográfico y lo sociológico se constituyen en dimensiones (interrelacionadas de manera compleja y cambiante) de nuestro concepto de segregación, se abre un conjunto de cuestiones a resolver empíricamente, abordados en los distintos capítulos que componen esta obra.

En este sentido, el desafío de los capítulos consiste en ir más allá de la constatación de una desigual distribución y acceso de bienes y servicios urbanos, que corresponderían a una dimensión geográfica de la segregación. En efecto, se procura abordar también, cualitativamente, su dimensión sociológica, es decir, las interacciones sociales en la ciudad segregada. Asimismo, por vía de los datos censales podemos conocer los criterios (económicos, raciales, étnicos) a partir de los cuales se distribuyen los habitantes en el espacio de la ciudad. Desconocemos, en cambio, dónde, cuándo y para qué se encuentran miembros de grupos distintos, si es que lo hacen. Tampoco sabemos cómo experimentan su situación, ni cómo se piensan recíprocamente, con base en imaginarios, clasificaciones sociales y estereotipos. Son precisamente estas cuestiones las que, con énfasis diversos, abordan los trabajos que aquí prologamos.

Segregación homogénea y heterogénea

Como señala Grafmeyer (1994: 88), los usos neutros y ‘objetivos’ de la noción de segregación presuponen, a priori, procesos de separación homogénea. Bajo esta concepción clásica, a un determinado lugar en la estructura social le correspondería un determinado lugar en el espacio físico; y la mixtura residencial estaría dotada, *a contrario*, de una legitimidad intrínseca. Algunas experiencias de segregación, sin embargo, no presentan fronteras perfectamente delineadas entre grupos bien identificados: son los casos de *segregación heterogénea* (Brun, 1994: 31, 37 y 39). Dichas experiencias nos

recuerdan que, como advierte Grafmeyer (1994: 92) en su objeción a Robert Park, la distribución de individuos y grupos en el espacio físico no siempre resulta un buen indicador de la distancia social. En los casos de segregación heterogénea, el análisis ha de poner el acento no en la distancia socio-espacial entre los grupos, sino en las oportunidades desiguales de acceso a los bienes materiales y simbólicos ofrecidos por la ciudad:

La localización residencial es concebida como una traducción material de lógicas colectivas que, más allá de la cuestión de las proximidades y distancias entre grupos, interroga sobre sus lugares respectivos en la estructura social (Grafmeyer 1994:89; *la traducción es nuestra*).

Pensemos, por ejemplo, en las fronteras evanescentes y ubicuas que ‘dibujan’ las casas ocupadas ilegalmente en un barrio tradicional de clase media. En tal espacio mixto, sectores populares y residentes propietarios conviven más o menos conflictivamente, y en ausencia de fronteras materiales claramente establecidas, suelen consolidarse fronteras simbólicas entre ambos grupos, expresadas en estrategias de evitación y la puesta en circulación de estereotipos y estigmas. Este también sería el caso de algunas favelas brasileñas, incrustadas en barrios nobles de la ciudad, donde por la ausencia de límites definidos y por la necesaria convivencia en un espacio común, también se desarrollarían otras formas de demarcación de las distancias sociales y fronteras simbólicas entre sus habitantes.

Quizás la distinción propuesta por Lamont y Molnár (2002) entre fronteras o límites sociales y fronteras o límites simbólicos sea pertinente para pensar la segregación socio-espacial como un tipo específico –no el único– de limitación social⁵. Tal distinción conceptual nos permite comparar procesos de segregación socio-espacial en distintos contextos, escalas y magnitudes. Mientras las *fronteras sociales* son formas de diferencias sociales que se manifiestan en un acceso y distribución desigual de recursos

5 Lamont y Molnár (2002) proponen la distinción entre las fronteras simbólicas y sociales como un modo de intentar comprender el rol de los recursos simbólicos (distinciones conceptuales, estrategias interpretativas, tradiciones culturales) en la creación, mantenimiento, cuestionamiento e incluso disolución de diferencias sociales institucionalizadas (clase, género, raza, desigualdad territorial).

(materiales y no materiales) y oportunidades sociales, las fronteras simbólicas son distinciones conceptuales realizadas por los actores para categorizar objetos, gente, prácticas e incluso tiempo y espacio.

Las relaciones entre ambos tipos de fronteras son complejas y no suponen una correlación o adecuación absoluta entre ellas. Así, las fronteras simbólicas pueden ser utilizadas tanto para reforzar, como para cuestionar ciertas fronteras sociales. Podemos pensar, por ejemplo, la disputa simbólica en torno a favelas y villas, donde una forma socio-espacial ha adquirido diversas y contrastantes significaciones. O los estigmas territoriales que suponen un isomorfismo entre espacio, residentes y cualidades morales, que marcan al habitante de zonas desfavorecidas en gran parte de sus interacciones cotidianas. De hecho, muchas veces las fronteras simbólicas persisten cuando se han abolido las fronteras sociales⁶. La segregación socio-espacial, entonces, no se reduce a un fenómeno de desigual distribución espacial de bienes y servicios. En la base de tal proceso hay límites sociales, imaginarios y clasificaciones sociales. El hecho de que distintas sociedades tracen límites sociales y espaciales con base en diversos atributos (clase, raza, etnia, religión, incluso tiempo⁷) nos muestra su gran variabilidad.

Una preocupación analítica que comparten los artículos reunidos en este libro consiste en estudiar precisamente los límites o las fronteras, y a las personas que continuamente migran, se desplazan y traspasan esas fronteras una y otra vez. Mientras los análisis habituales sobre segregación residencial suelen indicar los lugares donde las personas residen nada nos dicen, en cambio, de lo que las personas hacen: dónde trabajan, cómo llegan hasta el trabajo, con quiénes y para qué se relacionan, con quiénes no; dinámicas en las cuales generalmente están presentes otros límites sociales y simbólicos en forma de estereotipos y estigmas territoriales, aunque la in-

6 Es el caso de ciertos estigmas que persisten mucho tiempo después de que una villa se ha urbanizado.

7 El tradicional trabajo de Elias y Scotson (2000) nos muestra dos cuestiones relevantes. Por un lado, la contingencia del atributo a partir del cual se establece un límite entre grupos, en su caso entre establecidos y recién llegados. Por otro lado, si bien con otros términos, distinguen entre fronteras sociales y simbólicas, entre la dominación material y las muestras de superioridad, y muestran cómo en ciertas situaciones las fronteras simbólicas son incorporadas por los grupos dominados.

teracción ocurra a gran distancia del espacio residencial. Son precisamente estas cuestiones las que se abordan en este libro.

Las cuatro modalidades de la segregación

Los procesos de segregación en las ciudades analizadas en este libro abarcan, al menos, cuatro modalidades⁸, que hemos de enunciar en detalle a continuación. De las múltiples formas de segregación, hemos de ejemplificar mayormente estos procesos con una de sus variantes: el desplazamiento de sectores considerados 'indignos' de permanecer en la ciudad, promovido por el Estado.

1) La *segregación acallada* alude a una producción directa, aunque implícita, de situaciones de confinamiento. Por lo general no se trata de prácticas o políticas de exclusión admitidas, sino de una segregación invisible. Lo que es presentado, en apariencia, como una medida asistencial o una política de inclusión, puede enmascarar una segregación de los sectores más débiles, como las prácticas de recuperación urbana de espacios públicos, cuyo efecto es la exclusión o el desplazamiento de sectores populares. En este tipo de procesos, como señala Grafmeyer (1994: 104), la intención segregativa está presente en las voluntades colectivas que intervienen en las medidas de separación física. La paradoja es que estas prácticas silenciosas de expulsión resultan difíciles de denunciar en el contexto de gobiernos autoproclamados progresistas, de acentuada prédica de integración democrática y multicultural.

Veamos a continuación cómo se articula esta segregación acallada con las dos acepciones sociológicas de la segregación descriptas por Bernard (1994: 74-75): la segregación como medida de *protección de los más débiles*, o bien a la inversa, como medida de *protección de la sociedad dominante* de la irrupción de elementos extranjeros susceptibles de debilitarla. El primer caso —la segregación por defensa del vulnerable— resulta en ocasiones una

8 Una primera versión de este análisis fue concebida para pensar los procesos de segregación en la ciudad de Buenos Aires (Carman, 2009).

variante encubierta de la segunda versión. Pensemos el caso de los habitantes de una precaria villa de Buenos Aires en los bajos de una autopista, denominada “el Cartón”, que fue trasladada a unos remotos terrenos de Parque Roca –en el sur de la ciudad– tras el incendio de una de las casillas y la trágica muerte de algunos habitantes. Luego de este primer traslado motorizado por el poder local, el predio ‘libre’ de Parque Roca comenzó a poblarse con otros desalojados y personas sin vivienda. Esta política de desplazamiento de sectores populares por el poder local resultó aceptable en la medida de que se trató de una ‘tierra de nadie’, de un espacio considerado neutral. Este también fue el caso de las políticas públicas de ‘remoción’ de favelas implementadas en Río de Janeiro a partir de los años de 1950 y 1960. En ese período, varias favelas, entonces localizadas en barrios acomodados de la Zona Sur de la ciudad, fueron destruidas y sus habitantes fueron alojados en conjuntos habitacionales sin ninguna infraestructura o servicios, en regiones distantes y abandonadas de la ciudad (Perlman, 2010; Cunha e Mello, 2012).

Lo que en estas situaciones es presentado como un lugar vacío es, en verdad, un lugar segregado. La única certeza que ofrecen estos lugares segregados que en apariencia protegen a los débiles consiste en evitar –por su ubicación remota y la ausencia de servicios urbanos– cruces inesperados entre clases sociales. Allí se trasladan sectores populares en situaciones desventajosas que, paradójicamente, ven agravada su desventaja al estar virtualmente aislados del resto de la ciudad.

Ahora bien, cuando estos ‘espacios vacantes’ cobran nuevos significados o pasan a albergar en sus cercanías sectores residenciales, se impondrán barreras materiales para aislar aquel lugar de relegación –construido o tolerado por el propio Estado– del lugar de prestigio próximo. Dicho de otro modo, cuando la distancia espacial ‘prudente’ entre las clases sociales cesa de estar garantizada, se suelen construir barreras físicas que aíslen lo que está, desde las percepciones dominantes, demasiado próximo. La *segregación en tanto protección de los más débiles* vira entonces drásticamente a una *protección de la sociedad dominante* de las posibles amenazas de los vulnerables.

Aquí podemos articular nuevamente la segregación con la construcción de fronteras, y la problemática visibilidad de los sectores más desfavoreci-

dos. Si desde la mirada ajena, ciertos sectores populares resultan ostensivos, no resulta extraño que cobren legitimidad las prácticas que los tornan invisibles. Basta recordar la erección de muros en las proximidades de las villas o favelas de nuestras ciudades latinoamericanas, e incluso el caso paradigmático de la urbanización cerrada de San Pablo custodiada, en su muro perimetral, por leonas⁹. En tales casos, la segregación es presentada como una medida terapéutica promovida por un gobierno o una autoridad a fin de reforzar las barreras que separan al cuerpo social de los márgenes (Bernard, 1994: 76).

2) La *segregación por default* es una sutil variante de la anterior¹⁰ y refiere a los efectos socio-espaciales de un prolongado abandono estatal de los habitantes de una zona de relegación urbana. Etimológicamente, la noción de segregación designa una práctica voluntaria, que opone un actor responsable a un sujeto que la padece (Brun, 1994: 23). En este sentido, la segregación procede de una lógica de discriminación (Grafmeyer, 1994: 105 y Brun, 1994: 24 y 28), si bien es posible atribuirle diversos grados de intencionalidad a los actores involucrados en la producción de segregación. En efecto, no siempre es posible explicar la concentración residencial de las poblaciones desfavorecidas por una exclusión deliberada y consciente (Brun, 1994: 28). A este fenómeno paradójico lo denominamos *segregación por default*, vale decir, la segregación que es producida indirectamente por una conjunción de políticas de olvido¹¹ por parte del Estado:

Independientemente de toda intencionalidad, la segregación puede también resultar de un simple efecto de desigualdades de recursos y de posiciones producidas por la diferenciación social (Grafmeyer, 1994:104).

En un sentido similar, algunos hábitats populares no devienen en un sitio estigmatizado sino a posteriori de su instauración a partir de un pro-

9 El establecimiento de límites no supone, salvo excepciones extremas, la ausencia de relaciones entre miembros de los grupos que el límite define.

10 Demás está decir que estas distinciones solo cumplen una función analítica, pues el análisis pormenorizado de los casos muestran una compleja superposición de las dimensiones de la segregación aquí detalladas (por ejemplo, entre segregación acallada y segregación por *default*).

11 Por políticas de olvido aludimos aquí a la casi total ausencia de políticas habitacionales dirigidas a sectores populares, aun en ciudades con significativo superávit.

gresivo ‘olvido’ estatal, y al ser contrastados con otros hábitats más prestigiosos¹². El trabajo de Girola, del presente volumen, da cuenta de un caso de vivienda pública en Buenos Aires donde la urbanidad oscila entre la *heterogeneidad conflictiva*—su diversidad social inicial— y la *homogeneidad promiscua*, noción que remite a su progresivo deterioro y al desdibujamiento de las fronteras simbólicas entre barrio y villa en dicha vivienda colectiva.

3) La *segregación presuntamente indolente o positiva* se materializa en los procesos de auto-segregación de la clase acomodada, tanto en las *torres-country* del corazón de la ciudad capital como en las urbanizaciones cerradas suburbanas. Las prácticas de expulsión de sectores ‘indeseables’ de los barrios prestigiosos de la ciudad favorecen la homogeneidad anhelada de ciertos ‘barrios-emblema’, aquello que Donzelot (1999) define como un *urbanismo afinitario*.

La literatura suele ocuparse con menor intensidad de estos casos de segregación. Una diferencia esencial es que, así como los pobladores de los ‘guetos de los ricos’ han decidido libremente residir allí, los habitantes de los ‘barrios de exclusión’ quedan, por el contrario, frecuentemente prisioneros de su condición social (Brun, 1994: 29). En el caso de los barrios privados, es lícito hablar de una práctica de auto-segregación, ya que ellos se perciben a sí mismos como vulnerables. E incluso es posible hipotetizar que estos sectores proclaman una suerte de ‘cultura de la segregación’ (Bernard, 1994: 76), al reivindicar su solidaridad y cohesión social. Aunque bien sabemos que, como advierte De Sousa Santos, lo que es presentado como una manifestación de debilidad puede ocultar una manifestación de fuerza: “solo quien es fuerte puede justificar el ejercicio de la fuerza a partir de la vulnerabilidad” (De Sousa Santos, 2003: 73).

¿Y cuál sería la manifestación de fuerza implícita en esa elección de residencia, y por tanto, de vida? Grafmeyer lo sintetiza con agudeza:

La segregación también puede aparecer como el resultado colectivo emergente de la combinación de comportamientos individuales discrimina-

12 Como señala Bernard (1994: 82), un barrio o un lugar de residencia siempre se construye por oposición a su mundo exterior inmediato.

torios. Por “discriminatorio” debe entenderse un comportamiento “*que denota una percepción, consciente o inconsciente, del sexo, de la edad, de la religión, del color, de no importa qué elemento que sirve de base a la segregación, una percepción que influencia las decisiones concernientes a la elección del lugar de residencia*” (Schelling, 1978). En sí mismas, esas percepciones discriminatorias no alimentan forzosamente un deseo de segregación, pero el juego combinado de elecciones individuales resultantes puede, bajo ciertas condiciones, producir colectivamente situaciones segregativas [...]. Como lo advierte Schelling, incluso dentro de las elecciones económicas, los individuos pueden integrar percepciones discriminatorias. Elegir un barrio es elegir también los vecinos (Grafmeyer, 1994:105; la traducción es nuestra; itálicas y comillas del original).

4) La *segregación agravada* refiere a la sumatoria de algunas de las dimensiones de segregación ya mencionadas, que suelen impactar sobre los sectores considerados superfluos o efímeros y que nos hablan de su cada vez más difícil permanencia en la ciudad. Los procesos comentados hasta ahora (la segregación acallada, positiva o por *default*) no proceden de lógicas autónomas, si bien pueden ser vividos como realidades separadas y sin aparente conexión entre sí. Si, como postula Bernard (1994: 77), asistimos al fenómeno simultáneo y contradictorio de la emergencia de un repliegue comunitario y la multiplicación de las personas sin anclaje en el espacio urbano, todo estudio antropológico de la segregación debería también abordar el caso contrario, o aparentemente contrario. Existen, en tal sentido, estudios pioneros en nuestros países, como el de Caldeira (2007) —que trabaja tanto en favelas como en enclaves fortificados— y el de Girola (2008), que aborda un estudio comparativo entre un deteriorado complejo de viviendas de interés social y una exclusiva urbanización privada *high design*, ambos en el Área Metropolitana de Buenos Aires.

Una segregación puede interpretarse como agravada cuando se ven reforzadas situaciones de confinamiento socio-espacial, o bien cuando existe un efecto acumulativo de experiencias que dificultan la integración de un grupo a la ciudad que habita¹³. El distanciamiento físico o simbólico

13 La segregación acallada de sectores que ya han sufrido la expulsión de la ciudad o el abandono estatal produce, por caso, una segregación agravada.

del grupo se ve acentuado cuando acaecen experiencias de segregación en un mismo espacio, o cuando estas impactan sobre un mismo sector de población a lo largo del tiempo. En ambos casos, los grupos vulnerables interiorizan la hostilidad de ser segregados una y otra vez. Sería un error, no obstante, identificar la segregación agravada solo con el uso explícito de violencia, pues las prácticas de expulsión de violencia atemperada también fijan una impronta en el capital acumulado de los sectores populares en su relación con el Estado, a la vez que reafirman reglas no escritas sobre los usos debidos e indebidos del espacio urbano.

Ahora bien, uno de los aspectos que solo puede responderse a través de la investigación empírica es si estas dimensiones de la segregación son vividas como tales por los sujetos involucrados. Vivir en un barrio cerrado, por ejemplo, es experimentado por sus residentes a partir de una percepción cultural más o menos compartida de opción 'verde' de vida, pragmática ecuación económica o construcción de seguridad (Girola, 2008). Análogamente, la expulsión de sectores populares suele ser concebida oficialmente no como segregación, sino como recuperación de espacio público. Y en ocasiones, hasta los propios expulsados fueron persuadidos –por un sinnúmero de actores públicos y privados con los que interactúan cotidianamente– que no tienen derecho a la ciudad.

Cada artículo ensaya, a su modo, una respuesta de cómo viven la relegación los sectores afectados. Sabemos que los sectores populares no salen indemnes de sus complejas interacciones con el Estado. En este sentido, ¿qué sucede con las experiencias contradictorias de lugares de relegación cuyos habitantes, en forma más o menos excepcional, son exaltados en su diversidad cultural por parte del Estado u otros actores? ¿Sería atinado argumentar que estamos frente a un proceso de *segregación atenuada*? Solo un exhaustivo trabajo en terreno podrá responder si las prácticas de enaltecimiento cultural de los desfavorecidos disminuyen o no la segregación. Solo podemos anticipar que la producción de singularidad o de exotismo cultural de los sectores populares por parte de actores públicos o privados no afecta la persistencia de condiciones de desigualdad socioeconómica. El Estado que exalta algunos rasgos de su diversidad cultural suele ser también aquel que desatiende sus reclamos de una mejor calidad de vida. Sin

embargo, resta averiguar qué percepción tienen al respecto los sujetos involucrados en una coyuntura específica.

Las contestaciones de los sectores populares a los procesos de segregación en los que se ven involucrados incluyen un amplio repertorio de prácticas materiales y simbólicas. Ellos luchan contra la segregación, por ejemplo, procurando desmarcarse de los estigmas que pesan sobre ellos: ya sea alegando no pertenecer al grupo que los cobija o, por el contrario, reivindicando esa pertenencia; ya sea justificando las circunstancias que desembocaron en su presente, o construyendo otros referentes de identidad anclados en el pasado o el futuro, concebidos como prósperos. Los sectores más vulnerables también disputan su permanencia en la ciudad buscando su efectiva integración a la misma, a través del acceso a los servicios que le son retaceados por el Estado.

En ocasiones, los habitantes de asentamientos ilegítimos por el Estado acuerdan con su expulsión no en el vacío, sino como resultado de un constante hostigamiento oficial en diversos aspectos de su vida: acceso restringido a la salud, erección de muros, extorsiones. En un sentido similar, los vecinos de barrios de relegación reproducen buena parte de los estigmas que pesan sobre ellos al interior del propio barrio, lo cual colabora en la vivencia del mismo como una zona de relegación. De esta reproducción del estigma al interior del propio barrio no es ajeno, como ya mencionamos, el difícil vínculo con un Estado a la vez presente y ausente.

Segregación y contaminación

Esta caracterización se complejiza si la articulamos con la problemática de la contaminación y la pureza, arduamente trajinada en la antropología. Cuando la segregación remite fundamentalmente al problema de la etnicidad¹⁴, o de construcción espacial de diferencias culturales (Bernard, 1994: 79), los sectores segregados recurren a la cultura para atenuar la impureza

¹⁴ En un sentido similar, Brun (194: 25) señala que los signos de diferencia sobre los que se fundan las exclusiones son principalmente de orden étnico y cultural: conciernen al color de la piel, el origen geográfico, las costumbres, etc.

que les es atribuida y encontrar, en esa vidriera dignificada, la aceptación social de otros sectores. ¿Es la segregación, como sugiere Bernard (1994: 77), una suerte de profilaxis, de prevención de posibles peligros de contagio que resultaría de la cercana convivencia de sectores sociales alejados en la escala social? ¿Es posible discernir entre una segregación positiva y otra negativa?

Una primera interrogación sobre la naturaleza de los actores involucrados en los procesos de segregación nos lleva a identificar –siguiendo las atribuciones sociales hegemónicas– dos grandes categorías: los actores puros e impuros. Si los primeros serían aquellos que cuentan con los atributos para gozar de un hábitat seguro, de los segundos se presume que no solo no cuentan con tales atributos, sino que su presencia ‘daña’ a otros sectores.

Siguiendo con este razonamiento, la *segregación presuntamente positiva* o natural es producida por ciudadanos plenos, que son considerados *puros*, aunque cercados por los peligros de contaminación de otros sectores. Como vimos, una de las medidas destinadas a evitar tales ‘mezclas sociales nocivas’ se expresa en los procesos de auto-segregación, como por ejemplo el confinamiento electivo en las urbanizaciones cerradas. El espacio resultante es considerado tan incontaminado y puro como sus residentes¹⁵.

En el caso de la *segregación considerada en términos negativos*, la contaminación se produce por “la cohabitación y la contigüidad, las diferencias irreductibles de naturaleza entre los individuos, y los peligros para el cuerpo social de todo aquello que es híbrido”; ambigüedad que ameritaría la separación ‘profiláctica’ de tales grupos sociales (Bernard, 1994: 77). Que una segregación sea concebida como positiva y otra como negativa, es resultado, por supuesto, de una construcción cultural¹⁶. En el caso de las ciudades bajo estudio, los sectores populares son considerados más conta-

15 La paradoja es que estas urbanizaciones cerradas también son, en ocasiones, contaminantes. Basta recordar las denuncias contra urbanizaciones cerradas de la zona Norte del Gran Buenos Aires, que eran acusadas de contaminar los ríos locales con el vertido indiscriminado, y sin tratamiento, de sus residuos cloacales. En un sentido similar, las agrupaciones ambientalistas denuncian que las altísimas torres de Puerto Madero están afectando el ecosistema de la cercana Reserva Ecológica.

16 Como señala Brennetot (2006), los ciudadanos y los medios de comunicación movilizan modelos en competencia para ajustar sus preferencias y definir el interés general en materia de gestión política de los territorios.

minantes o impuros cuanto más próximos se encuentran a áreas de prestigio, o dicho de otro modo, cuando violan lo que el principio de máxima intrusión socialmente aceptable (Carman, 2007). Se les atribuye un carácter impuro por su apariencia física; se trata de una impureza que impregna las representaciones¹⁷ (Bernard, 1994: 78 y 81). Acaso lo que es vivido como contaminante de los habitantes de las zonas de relegación no es tanto su apariencia física *per se*, sino su cercanía no deseada a los barrios de alto valor simbólico. La búsqueda de expulsión de estos vecinos no deseados puede ser explicada, en parte, por el temor que el grupo excluido inspira al grupo dominante: miedo de contagios físicos o morales; miedo de mezcla y confusión y de perder, en fin, la propia identidad (Brun, 1994: 25).

Estructura del libro

A partir de las cuestiones brevemente reseñadas aquí, los trabajos reunidos en este libro buscan justamente colocar en foco la complejidad de los procesos de segregación urbana. Nuestro objetivo es reflexionar sobre tales procesos, considerando la participación activa de los actores sociales involucrados en ellos y la ambigüedad de las fronteras y límites socio-espaciales por ellos definidos. El universo de los temas presentados evidencia la dinámica cultural propia de las grandes ciudades latinoamericanas, que no puede ser reducida a partir de las clásicas formas dicotómicas entre centro y periferia, público y privado, tradicional y moderno, así como la diversidad de las prácticas y de las representaciones cotidianamente en juego en el contexto de las relaciones sociales en el espacio urbano. La elección por este abordaje busca superar concepciones de un espacio urbano homogéneo y unívoco, que vincula formas de expresión cultural a territorios determinados.

El libro se organiza en dos secciones. La primera de ellas se titula “Convivencias en las zonas de relegación urbana”. Los artículos que la integran

17 Respecto a un asentamiento de cartoneros próximo a su domicilio, un vecino de clase media opinó: “no sé si robaban, pero daban sensación de inseguridad”. Si un barrio prestigioso puede ser concebido como la ‘construcción espacial de diferencias culturales’ (Bernard, 1994), la proximidad de los ‘eslabones perdidos del bienestar neoliberal’ modifican aquel sueño, y resultan del todo incompatibles.

comparten la pregunta por las diferentes formas que asume la coexistencia más o menos pacífica, más o menos conflictiva, tanto entre sectores que comparten una misma realidad habitacional, como entre grupos que, aunque próximos entre sí, imaginan sus diferencias como insalvables. Se trata de análisis de casos empíricos que cuestionan la correspondencia mecánica y estable entre espacio y grupo y, al hacerlo, deshilvanan los hilos de las complejas relaciones (y la no necesaria correspondencia) entre distancias físicas y sociales. Los aportes aquí reunidos indagan en diversos mecanismos de categorización de la pobreza por parte de instancias estatales, los propios involucrados o sus vecinos cercanos, y nos evocan aquella célebre sentencia de Bourdieu de que el más vecino es quien más amenaza, en ocasiones, la identidad social; especialmente en aquellas zonas de relegación urbana que, como nos recuerda el autor, podrían ser pensadas como homogéneas desde una mirada distanciada; aunque basta sumergirse en aquellos mundos de la vida ordinaria para comenzar a apreciar el vasto repertorio de sus diferencias.

A tono con estas preocupaciones, el trabajo de María Florencia Girola explora el arte de ‘vivir juntos’ en una vivienda de interés social de la ciudad de Buenos Aires. ¿Qué formas asume el ‘entre sí’ de sus habitantes en un mega-conjunto exponente de los principios racionalistas del proyecto urbano moderno? ¿De qué modo se difuminan los límites simbólicos entre ‘barrio’ y ‘villa’? Con su prosa depurada y lúcida, Girola describe la urbanidad específica de este conjunto habitacional como una oscilación entre la *heterogeneidad conflictiva* y *homogeneidad promiscua*. En tal sentido, su aproximación etnográfica matiza significados naturalizados que subyacen en el concepto de segregación vinculados a la unidad y la cohesión social.

El capítulo de Ana Gretel Thomasz resulta un original aporte para pensar cómo un movimiento social –en este caso, una organización piquetera argentina– puede poner en práctica una *política cultural* de cara al barrio más amplio donde este se inserta, echando mano a recursos estéticos, patrimoniales y naturales que bien pueden estar emulando, aunque con distintos sentidos, aquellos que estamos habituados a apreciar bajo el despliegue de nuestros gobiernos locales de enfática prédica multicultural. ¿Cuáles son las estrategias culturales que impulsa un movimiento de desocupados para

enfrentar los procesos segregatorios con los que frecuentemente se topan los sectores populares a la hora de efectivizar su derecho a la ciudad? Este es uno de los principales interrogantes que la autora se encarga de responder, a partir de su rico análisis de la articulación entre el derecho a la ciudad, a la vivienda y a la belleza en coyunturas contemporáneas de la ciudad de Buenos Aires que presentan marcadas diferencias respecto de los cánones tradicionales de belleza y funcionalidad de la –ya muy remota– ciudad moderna.

El capítulo a cargo de Daniela Soldano, cierra este primer apartado del libro con su análisis de los procesos de relegación y movilidad cotidiana de cartoneros que habitan en un barrio periférico de Buenos Aires. Uno de los supuestos centrales que estructura su texto es el de que las políticas públicas estatales cumplen un papel crucial no solo en la reproducción de los intercambios desiguales de los sectores populares, sino también en su confinamiento material y simbólico. A partir de un primer repaso por conceptos clave que dan cuenta de diversos impactos de los procesos de reestructuración económica sobre la estructura social y espacial de las ciudades latinoamericanas contemporáneas –tales como la relegación, la segregación, la ‘atomización privatizadora’ y la insularización–, Soldano se sumerge a continuación en las formas que asume la movilidad en franjas periféricas de la Región Metropolitana de Buenos Aires.

Estos primeros tres artículos abordan, pues, no solo procesos de clasificación y estigmatización en diversos rincones de esta megaciudad, sino también las prácticas de la vida cotidiana de los habitantes de sus barrios relegados; prácticas que combinan, en dosis diversas, lucha por la supervivencia, gestión cultural y estrategias políticas; y cuyas especificidades nos iluminan para pensar la experiencia urbana de otros sectores populares latinoamericanos.

En la segunda sección del libro, denominada “Fronteras urbanas y límites sociales”, los autores exploran etnográficamente barrios centrales y periféricos de otras ciudades latinoamericanas, a la vez que toman también como referencia analítica el modelo de segregación y co-habitación consolidado en Lisboa, Portugal. Los artículos de esta sección dialogan acerca de la naturaleza y las lógicas de los umbrales tanto físicos como simbólicos involucrados en la segregación socio-espacial en Santiago de Chile,

la periferia de La Plata, un barrio en el Gran Buenos Aires y el barrio de Mouraria en Lisboa. La preocupación compartida por estas investigaciones etnográficas desarrolladas en latitudes diversas radica en la relación entre espacio y sociedad. ¿En qué medida las formas en las que las personas y los grupos delimitan los espacios propios y ajenos se encuentran ancladas en la estructura espacial de la ciudad? ¿O, por el contrario, el entramado relacional y significativo en el cual los actores sociales definen su situación y la de los demás resulta, contra toda lectura sustancialista del lugar, más relevante para comprender tales separaciones y distinciones? Cada cual a su modo, los artículos de esta sección enfatizan en dos cuestiones. Por un lado, la relevancia de las relaciones sociales antes que las estructuras espaciales en los procesos de segregación social. Parafraseando a Simmel (1986), la producción aquí recogida demuestra que el límite es un hecho sociológico con una forma espacial. Por el otro lado, en tanto no hay una relación estable entre forma urbana y prácticas y sentidos sociales, las delimitaciones son contextuales y situacionales, lo que cuestiona la visión dicotómica de centros y periferias (y adentros y afueras) permanentes y estables.

El artículo de Francisca Márquez es resultado de una etnografía translocal en La Chimba, barriada histórica de Santiago de Chile, habitualmente señalada como 'la otra ciudad', ubicada al otro lado del río. Además de reponer el derrotero histórico de la localidad y enfatizar el carácter 'descenrado' de todo espacio residencial (en el sentido de que no puede definirse a sí mismo), el foco del artículo se encuentra en la tensión entre la separación constitutiva entre La Chimba y Santiago de Chile y las relaciones, tránsitos e intercambios entre ambas. Esta tensión cobra forma para la autora en la noción de porosidad de las fronteras urbanas y en la construcción de la especificidad de un lugar segregado por medio de relaciones que establece con el resto de la ciudad.

El trabajo de Ramiro Segura procede a un ejercicio comparativo entre dos campos etnográficos desarrollados en espacios segregados: la periferia de la ciudad de La Plata y un barrio del conurbano bonaerense. Al igual que en el capítulo de Francisca Márquez, el foco de análisis busca articular las posiciones sociales y espaciales de los actores con sus desplazamientos cotidianos. Reconociendo la necesidad de reactivar la estrategia compa-

rativa en el campo de los estudios urbanos (Robinson, 2011), el aporte principal del artículo radica en comparar los mecanismos de separación y los mecanismos de vinculación presentes en los dos espacios estudiados, lo que permite ponderar y cualificar la experiencia urbana de la segregación en espacios similares en términos de infraestructura urbana e índices socioeconómicos.

Por su parte, el capítulo de Marluci Menezes es producto de una investigación etnográfica en el barrio de la Mouraria de Lisboa. Comparte con el texto de Ramiro Segura la preocupación por la naturaleza de las fronteras urbanas y, en este sentido, el trabajo enfatiza la cualidad interaccional y contextual de tales operaciones que permiten que varíen las delimitaciones de un barrio, lo que se incluye y lo que se excluye en cada contexto, y las características que se seleccionan para representar un barrio. No alcanza, pues, con decir que hay muchas Mourarias, sino que el desafío que se propone la autora consiste en captar la lógica de tal multivocalidad. Por otro lado, un aporte singular de su trabajo estriba en vincular prácticas y representaciones cotidianas de un barrio popular emblemático como la Mouraria con las metáforas e imágenes que se construyen acerca del barrio y la ciudad.

Finalmente, el artículo de Francisca Pérez, a través de lo que podríamos llamar una etnografía retrospectiva, aborda las formas de segregación socio-espacial que han caracterizado históricamente a las ciudades latinoamericanas a partir de las transformaciones de los sentidos atribuidos a los espacios público y privado en el contexto del proceso de suburbanización en Santiago de Chile, entre las décadas de 1930 y 1960. Enfatizando el tema de la sociabilidad en el espacio doméstico como expresión del ideal de vida suburbana centrado en la familia y en la casa, su análisis considera que tanto las transformaciones en el espacio público como en la vida doméstica potencian y consolidan desigualdades sociales. Tomando como referencia la perspectiva de residentes y ex-residentes del barrio El Golf –suburbio hacia el cual la elite de Santiago comienza a desplazarse en la década de 1930, consolidando un patrón de segregación residencial en la ciudad– la autora aborda las prácticas cotidianas de la vida doméstica y, a partir de ellas, busca recuperar el sentido de la vida privada en el contexto del proce-

so de suburbanización. La contribución y originalidad del capítulo reside precisamente en pensar los procesos de segregación producidos a partir de las relaciones que se establecen en los espacios donde residen los sujetos, más allá de la expresión y organización en el espacio urbano.

Bibliografía

- Barth, Fredrik (1976). *Los grupos étnicos y sus fronteras*. México: FCE.
- Bernard, Carmen (1994). “Ségrégation et anthropologie, anthropologie de la ségrégation. Quelques éléments de réflexion”. En *La ségrégation dans la ville: concepts et mesures*, Jacques Brun et C. Rhein (Eds.): 73-84. París: L’Harmattan.
- Bourdieu, Pierre (2002). “Efecto de lugar”. En *La Miseria del Mundo*, Pierre Bourdieu, (Dir.): 119-124. México: FCE.
- Brennetot, Arnaud (2006). “Penser la justice territoriale”. En <http://ee-geosociale.free.fr/rennes>.
- Brun, Jacques (1994). “Essai critique sur la notion de ségrégation et sur son usage en géographie urbaine”. En *La ségrégation dans la ville: concepts et mesures*, Jacques Brun et C. Rhein (Eds.): 21-58. París: L’Harmattan.
- Caldeira, Teresa Pires do Rio (2007). *Ciudad de muros*. Buenos Aires: Editorial Gedisa.
- Carman, María (2007). “El principio de máxima intrusión socialmente aceptable, o los diversos grados de legitimidad de las ocupaciones urbanas”. *Boletín de Antropología Universidad de Antioquia* Vol. 21, N° 38: 130-146.
- Carman, María (2009). “Lo puro y lo impuro. Dimensiones de la segregación socio-espacial en Buenos Aires”. Ponencia presentada en el Congreso de la Asociación Latinoamericana de Ciencias Sociales (LASA). Sesión: Desigualdad y Sociabilidad Urbanas. Río de Janeiro, Brasil.
- Cortés, Susana (2008). “Vergüenza de vivir donde vivo”: ideas para una re-conceptualización de la segregación residencial socioeconómica”. *AIBR. Revista de Antropología Iberoamericana* Vol. 3, N° 3: 419-445.

- Cunha, Neiva, Vieira da Mello y Marco Antonio da Silva (2012). “A UPP e o processo de urbanização na favela Santa Marta: notas de campo”. *Favelas Cariocas Ontem e Hoje*: 433-474. Río de Janeiro: Garamond.
- De Sousa Santos, Boaventura (2003). *La caída del Ángelus novas*. Bogotá: ILSA-Universidad Nacional de Colombia.
- Donzelot, Jacques (1999). “La nouvelle question urbaine”. *Revue Esprit* 258 : 87-114.
- Douglas, Mary (1973). *Pureza y peligro*. Barcelona: Siglo XXI.
- Durkheim, Émile y Mauss, Marcel (1996). “Sobre algunas formas primitivas de la clasificación”. En *Clasificaciones Primitivas (y otros Ensayos de Antropología Positiva)*, Émile Durkheim. Barcelona: Ariel.
- Elias, Norbert y John Scotson (2000). *Os Estabelecidos e os Outsiders*. Río de Janeiro: Jorge Zahar Editor.
- Girola, María Florencia (2008). *Modernidad histórica, modernidad reciente. Procesos urbanos en la Área Metropolitana de Buenos Aires: los casos del Conjunto Soldati y Nordelta*. Tesis de doctorado. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.
- Grafmeyer, Yves (1994). “Regards sociologiques sur la ségrégation. La ségrégation dans la ville”. En *La ségrégation dans la ville: concepts et mesures*, Jacques Brun et C. Rhein (Eds.): 85-117. París: L’Harmattan.
- Lamont, Michèle (1992). *Money, Morals and Manners. The culture of French and the American Upper-Middle Class*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Lamont, Michèle y Virág Molnár (2002). “The study of boundaries in the social sciences”. *Annual review of Sociology* 28: 167-195.
- Perlman, Janice (2010). *Favela. Four decades of living on the edge in Río de Janeiro*. Oxford: Oxford University Press.
- Prévot-Schapira, Marie-France (2001). “Fragmentación espacial y social: conceptos y realidades”. *Perfiles Latinoamericanos* 19: 33-56.
- Robinson, Jennifer (2011). “Cities in a World of Cities: The Comparative Gesture”. *International Journal of Urban and Regional Research* 35 (1): 1-23
- Rodríguez, Alfredo (2001). *Segregación residencial socioeconómica*. Santiago de Chile: CEPAL.

- Rodríguez, Jorge y Camilo Arriagada (2004). “La segregación residencial en la ciudad latinoamericana”. *Revista EURE* 29 (89): 05-24.
- Sabatini, Francisco, Gonzalo Cáceres y Jorge Cerdá (2001). “La segregación residencial en las principales ciudades chilenas”. *Revista EURE* 27 (82): 21-42.
- Schteingart, Martha (2001) “La división social del espacio en las ciudades”. *Perfiles Latinoamericanos* 19: 13-31.
- Simmel, Georg (1986). *Sociología 2. Estudios sobre las Formas de Socialización*. Madrid: Alianza Editorial.
- Wacquant, Löic (2007). *Los condenados de la ciudad. Guetos, periferias y Estado*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Primera Sección Con/vivencias en las zonas de relegación urbana

Procesos de heterogeneización y homogeneización socio-residencial desde una perspectiva etnográfica: reflexiones en torno a la constitución de urbanidad en una vivienda social de la ciudad de Buenos Aires

María Florencia Girola

Introducción

Las ciudades siempre atrajeron y concentraron a grupos humanos diferentes, y han hecho de la heterogeneidad sociocultural —es decir, de la pluralidad de clases, etnias, lenguas, religiones, géneros y generaciones— una noción estrechamente vinculada a la experiencia urbana. Esta singularidad de la vida urbana quedó plasmada en el ya clásico trabajo de uno de los fundadores de la reconocida Escuela de Chicago: “Para propósitos sociológicos, una ciudad puede ser definida como un establecimiento relativamente grande, denso y permanente de individuos socialmente heterogéneos” (Wirth, 1968: 3). Gestada en los años treinta, esta definición no sólo posicionó a la ciudad como objeto de investigación de las ciencias sociales, sino que describió a las urbes modernas que crecieron a lo largo del siglo XX como una mixtura de tipos sociales, como sinónimo de intercambio y diálogo entre proyectos e intereses distintos, tanto individuales como colectivos.

En un sentido amplio, el concepto de urbanidad alude precisamente a esta cualidad primordial de las metrópolis, vale decir, a su polimorfismo y multifuncionalidad, entendidos como co-presencia de funciones, gentes y significados diversos (Portal, 1999). En un sentido acotado, sin embargo, la idea de urbanidad remite a cierta forma específica de sociabilidad, más precisamente a las interacciones sociales que se producen en el espacio

público urbano y a las reglas que pautan estos cruces o encuentros/desencuentros entre desconocidos. Vale la pena citar, en este sentido, las palabras de una antropóloga ítalo-mexicana: “La urbanidad es el conjunto de reglas para manejar la relación con los demás, o sea la sociabilidad, que definimos –retomando la perspectiva interaccionista– como una experiencia fronteriza donde continuamente se tematiza al otro y al yo” (Giglia, 2000: 19). En términos similares también se expresó Michel De Certeau, quien definió a la urbanidad como el “arte de la convivencia” o el “estar juntos”, vinculándola a códigos de comportamiento y a formas de conocimiento / reconocimiento de la alteridad (De Certeau, 1996: 35).

La introducción de este concepto nos permite formular el interrogante principal que orienta este artículo: ¿cómo se experimenta el ‘vivir juntos’, es decir, la urbanidad, en una vivienda de interés social de la ciudad de Buenos Aires? Para responder a esta pregunta recurriremos a un trabajo de campo de corte etnográfico realizado durante el período 2003-2007 (como parte de un proyecto más amplio de investigación doctoral) en un gran conjunto habitacional al que llamaremos Conjunto o Complejo Los Altos, localizado en un barrio del suroeste porteño¹. La indagación que llevamos a cabo contempló distintas estrategias de producción de datos: entrevistas en profundidad con residentes del complejo habitacional en cuestión y con funcionarios del Instituto de Vivienda de la Ciudad de Buenos Aires, observación-participación en asambleas de copropietarios, recorridos observacionales por el mega-conjunto, recopilación y análisis de fuentes secundarias (datos censales, normativas urbanas, artículos periodísticos, etc.).

La elucidación del interrogante aquí planteado nos conducirá, entre otras cuestiones, a explorar algunas de las vivencias y representaciones que la categoría barrio despertaba entre los residentes del Conjunto Los Altos, como así también a reflexionar sobre sus percepciones de las diferencias sociales internas y sobre las formas que allí asumía el ‘entre-sí’ (Donzelot, 2004:18).

¹ Este nombre ficticio responde al compromiso de anonimato establecido con nuestros entrevistados. Los interlocutores contactados a lo largo de la investigación utilizaban tanto el término Conjunto o Complejo Los Altos, como así también Barrio Los Altos, motivo por el cual apelaremos alternativamente a estas denominaciones ‘nativas’ para evitar repeticiones.

El sortilegio del barrio: de la mixtura social a la heterogeneidad conflictiva

Desde el surgimiento de las ciudades modernas hacia fines del siglo XIX, la categoría barrio ha designado uno de sus componentes paradigmáticos. Más allá de sus específicas expresiones locales, el barrio se ha conformado como una noción valorada e identificada con la socialización y la sociabilidad de sus residentes; vale decir, como un modelo normativo e idealizado de la urbanidad deseable –acogedora, integrada y moralizante–.

Para los sociólogos de la Escuela de Chicago, por ejemplo, pioneros en materia de trabajo de campo urbano y en la definición de conceptos vinculados al mundo de las ciudades, el barrio fue una suerte de medio o región natural que emergió al compás de sucesivas oleadas migratorias (Park, 1999). De este modo, los inmigrantes de diversas procedencias que se congregaron en los barrios chicaguenses entre 1920 y 1930 contribuyeron a la configuración de una auténtica ciudad-mosaico, entendida esta como yuxtaposición de sub-culturas autónomas. Incluso en otros trabajos de miembros de esta Escuela, como la célebre investigación de William Foote Whyte sobre un suburbio de inmigrantes italianos en Boston –publicada originalmente en 1943 bajo el título de *Street Corner Society*–, el barrio aún se presentaba como un ámbito de solidaridad y pertenencia provisto de instituciones y espacios típicos (iglesia, escuela, comercios, esquinas, etc.); o dicho de otro modo, como un universo de iguales, relativamente cerrado y uniforme. Así concebida, la categoría *barrio* convoca inmediatamente la noción de *vecino/vecindario*, términos que aluden a una modalidad específica de ser sujeto, definida por el hecho de habitar en la proximidad (Rosales Ayala, 2002). El barrio se presenta, pues, como el terreno donde se despliegan las relaciones vecinales y se convive con los ‘otros’, quienes se vuelven identificables y reconocibles en función de la cercanía, la visibilidad y la repetición.

Este tipo de consideraciones son sumamente pertinentes en el caso de la ciudad de Buenos Aires ya que, allí, los barrios se han constituido tradicionalmente como unidades territoriales cimentadas en la proximidad física, la ligazón moral y la homogeneidad social de sus residentes o vecinos; al estilo de las “comunidades imaginadas” de Benedict Ander-

son, como bien ha señalado Lacarrieu (2005: 372). En este sentido, las investigaciones históricas de A. Gorelik (2004) han demostrado el carácter modélico que adquirieron a partir de la década de 1920 los barrios de Buenos Aires –obreros y cordiales–, constituidos como recortes socio-espaciales distinguibles en el *continuum* urbano por sus características singulares, pero siempre como símil de lo que debía ser la agregación comunitaria. El ‘aura’ que rodeó a los distintos barrios porteños y la idea de ‘sortilegio’ (Genestier, 1999: 27) han contribuido a su mitificación no sólo como entidad geográfico-territorial sino, fundamentalmente, como tópico cultural que aún opera como fuerte referente de identificación para los porteños².

En las pautas modernas que inspiraron a los planificadores del Conjunto Los Altos, es posible encontrar esta ‘ideología del barrio’ (Giglia, 2001: 7); es decir, la aspiración de crear una suerte de ‘unidad natural’ –generadora de sentidos de pertenencia entre residentes/vecinos– que no se redujera a la mera adición de viviendas. El complejo habitacional fue construido en los años setenta, por la entonces Comisión Municipal de Vivienda (hoy Instituto de Vivienda de la Ciudad de Buenos Aires –IVC–), con el propósito albergar a sectores de medianos y escasos recursos. Se trata de una obra monumental situada en el sur porteño –una zona históricamente relegada de la urbe– que hasta el día de hoy cuenta con 119 edificios (entre torres y pabellones articulados en trama), 3 200 unidades habitacionales (departamentos que van de tres a seis ambientes) y equipamiento para una población estimada –aproximadamente– en 15 000 personas (posee dos escuelas, un centro de salud, una iglesia, un destacamento policial y locales comerciales). Este conjunto urbano es un cabal ejemplo de una modalidad de planificación técnico-funcionalista tributaria del legado del arquitecto Le Corbusier; vale decir, un auténtico exponente de los principios racionalistas del proyecto urbano moderno: espacio zonificado o sectorizado según funciones –habitacional, comercial, peatonal–, construcción en altura y en terrenos reducidos, amplia presencia de espacios públicos y de

2 Resulta importante marcar el arraigo de la categoría barrio porque en otras metrópolis, como México D. F. por ejemplo, el barrio posee antecedentes muy distintos y la vinculación con la ciudad en su etapa de modernización ha sido la colonia.

dispositivos que aseguran la continua circulación de los usuarios –calles peatonales, pasillos, puentes, ascensores–.

El proyecto intentó recrear la heterogeneidad de la vida ciudadina con la construcción de “una gran unidad vecinal, una estructura urbana con características de ciudad”³. De hecho, su sistema interconectado de construcciones altas-bajas pretendía reproducir la complejidad de las metrópolis modernas: las torres representaban la centralidad abigarrada, mientras que los pabellones invocaban los barrios residenciales periféricos. El *staff* de arquitectos responsables de la obra fue elocuente respecto de las metas que procuraba alcanzar:

Materializar constructivamente un microclima urbano en varias pequeñas escalas que van desde: 1) unidad de vivienda; 2) la calle; 3) el encuentro de calles; 4) la noción de conjunto. Individualizar la vivienda dentro del conjunto, creando situaciones variadas en una estructura general económica y ordenada⁴.

Los documentos consultados revelaron que los proyectistas del complejo habitacional esperaban que su diseño permitiera la gestación de un ‘microclima urbano’, de una sociabilidad o urbanidad construida en base a la mixtura de las diferencias sociales de sus habitantes; en suma, la constitución de un barrio en el cual se licuaría y uniformizaría la diversidad inicial. Citemos nuevamente, a modo de ejemplo, algunas de las ambiciones de sus responsables: “Destruir la anomia mediante la reproducción del microclima urbano, recurriendo a la calle, la plaza, el barrio, el circuito de compras y los sitios de encuentro social y cruce espontáneo”⁵.

Sin embargo, lejos de estas expectativas canónicas y mitificadas en torno al barrio y a la integración de sus vecinos, el trabajo etnográfico ha revelado que –desde la perspectiva de sus residentes– la urbanidad vigente en el Conjunto Los Altos se experimentaba como una articulación tensa entre procesos de heterogeneización y homogeneización socio-residencial

3 Concurso Nacional Conjunto Habitacional Los Altos (1973). *Revista Summa* N° 64-65.

4 Concurso Nacional Conjunto Habitacional Los Altos (1973). *Revista Summa* N° 64-65.

5 Concurso Nacional Conjunto Habitacional Los Altos (1973). *Revista Summa* N° 64-65.

o, más precisamente, como una oscilación entre lo que hemos denominado *heterogeneidad conflictiva* y *homogeneidad promiscua*. Mientras que la primera noción alude a la ocupación original del Conjunto Los Altos por parte de una población que reconocía procedencias dispares, la segunda remite a procesos temporalmente más recientes que han tendido a difuminar los límites simbólicos entre ‘barrio’ y ‘villa’. Pero examinemos con más detenimiento el alcance de estas nociones, ya que constituyen el meollo de nuestra propuesta de interpretación y análisis⁶.

De todos lados y de ningún lado

Cuando se les preguntó a los moradores de diversos barrios de la ciudad de Buenos Aires –todos de distinta edad y nivel socioeconómico– de dónde creían que eran los porteños, las respuestas se unificaron en torno a un recurrente nivel de imprecisión: “...de todos lados y de ningún lado...” (Lacarrieu, 2002). Hemos retomado esta singular frase como subtítulo de la sección, ya que sintetiza la amplitud de procedencias e itinerarios de llegada de los residentes del Conjunto Los Altos.

En efecto, hacia mediados de los años setenta, el Complejo Los Altos comenzó a poblarse con hombres y mujeres con posiciones socio-económicas y trayectorias residenciales variadas, entre las cuales podemos incluir a: sectores asalariados que accedían por primera vez al techo propio gracias a las facilidades de pago otorgadas por el Fondo Nacional de Vivienda –FONAVI– (trabajadores bancarios, empleados municipales y de empresas de servicios estatales); inquilinos de clase media y media-baja compelidos por la suba de alquileres o bien afectados por la construcción de obras públicas (dos medidas promovidas durante la dictadura cívico-militar de 1976/1983 y que obligaron a la relocalización de mucha

6 Las nociones de *heterogeneidad conflictiva* y *homogeneidad promiscua* constituyen categorías analíticas que hemos elaborado combinando la profundización teórica y la exploración etnográfica. En relación a esto último, cabe señalar que el trabajo de campo prolongado e intensivo ha sido una estrategia central para acceder a la comprensión de los modos en que los residentes del Conjunto Los Altos experimentaban y significaban su hábitat, así como las relaciones sociales que allí se tejían.

población porteña); franjas populares provenientes de modalidades habitacionales precarias (en su mayoría víctimas de la política de erradicación de villas de emergencia, también puesta en práctica por el mencionado gobierno de facto)⁷.

La diversidad originaria del Complejo Los Altos era con frecuencia mencionada en las descripciones ‘nativas’, ya que sus residentes solían visualizarlo como un agregado de poblaciones particularizadas y espacializadas en función de sus procedencias; recreaban así una postal sectorizada que había quedado congelada desde el momento mismo de su poblamiento:

Nosotros, por ejemplo, estamos en un sector de tiras bajas que es el 30, es un sector de la villa 31, toda gente de la villa de Retiro, generalmente todos los de los edificios torres es gente de la municipalidad, empleados municipales o gente que se la ha sacado por las autopistas. Entonces está la villa de Retiro y en los edificios altos gente más de clase media (Entrevista a Patricia, 2004)⁸.

Pero la referencia a esta diversidad originaria también operaba, en el discurso de los entrevistados, como el principal obstáculo que había impedido la concreción de una urbanidad moderna, integrada y armónica en el Complejo Los Altos; como una suerte de marca indeleble que presagió su problemática evolución futura. Algunos ejemplos pueden ilustrar este punto:

El problema de Los Altos fue la mezcla, juntar gente de la villa 31 con gente que sacaron de sus casas para hacer una autopista por ejemplo, los de la villa son villeros y van a morir villeros, la mezcla fue un desastre (Entrevista a Malena, 2004).

7 Si bien volveremos más adelante sobre la categoría de villa de emergencia o villa miseria, es preciso adelantar que se trata de una modalidad informal y precaria de ocupación de tierras urbanas –públicas o privadas– por parte de familias sin techo.

8 Los nombres de todos los interlocutores han sido cambiados. La villa 31 a la que alude Patricia creció desde los años cuarenta en el céntrico barrio porteño de Retiro. Este asentamiento fue violentamente desalojado por el régimen dictatorial, volviéndose paulatinamente a formar tras el retorno de la democracia en 1983.

El error fue la mezcla de población, pensá que vinieron por el ensanche de la Avenida 9 de Julio, de la villa 31, casos como el mío por contrato de alquiler caído” (Entrevista a Manuel, 2003).

Los testimonios precedentes –y también los subsiguientes– ponen de relieve lo que los residentes del Conjunto Los Altos hacían referencia, en sus propios términos, al principio de integración latente en este espacio de la modernidad, pero añadiendo inmediatamente los escollos que habrían obstaculizado su cumplimiento:

La idea de este Complejo era relacionar a todos, pero pusieron gente muy dispar en niveles económicos (Entrevista a Viviana, 2004).

Lo que tuvo de malo el Complejo fue la mezcla, mezclaron gente con culturas muy diferentes, suponiendo que los de menos educación iban a progresar por juntarse con los de más educación (Entrevista a Guillermo, 2003).

Los fragmentos citados dejan entrever, asimismo, un sentido recurrente: en el contexto de un complejo habitacional compacto, con numerosos espacios y bienes compartidos, la mixtura urbana –entendida como convergencia e intercambio entre sujetos y grupos sociales diversos– era percibida como una problemática ‘mezcla de culturas’. Esta categoría fue asiduamente invocada para dar cuenta del malestar residencial que experimentaba buena parte de los habitantes del Complejo Los Altos, tal como lo expresó una interlocutora:

Acá se mezcló mucho, hubo de distintas culturas, distintos tipos de personas y no todos tenían el mismo empuje de progresar, de crecer. Venía gente de todos lados, con un estándar de vida diferente, con la misma necesidad a lo mejor de un techo pero con una cultura diferente, en este caso fue terrible (Entrevista a Graciela, 2005)⁹.

9 En términos de Rockwell (2009), la labor etnográfica posibilita la obtención de categorías sociales: aquellas que se presentan de manera recurrente en el discurso o en la actuación de los sujetos, estableciendo distinciones significativas sobre el mundo en que viven. En este caso, el término ‘mezcla’ se reveló como una auténtica categoría lingüística –o en uso– ya que reapareció insistentemente a lo largo de la etnografía en boca de diversos actores sociales.

Con frecuencia, las visiones comentadas trascendían al Conjunto Los Altos para disputar los sentidos de mixtura e igualdad comprometidos en la noción moderna de vivienda social, al poner en juego demandas de reordenamiento que implicaban el establecimiento de mecanismos de diferenciación y exclusión: “El mayor problema de los barrios FONAVI es la mezcla de gente. La CMV (Comisión Municipal de la Vivienda) tendría que hacer como en Estados Unidos, separar a la gente según el nivel adquisitivo” (Entrevista con Guido, 2004). Como vemos, muchos entrevistados tenían a definir y a clasificar a sus vecinos en virtud de supuestas diferencias y ‘deficiencias’ socio-culturales; una maniobra simbólica que los impulsaba a la constante búsqueda e identificación de sub-grupos dentro del complejo habitacional: de clases y niveles económicos (los ‘pobres’ urbanos), de lugares de origen y procedencias (los ‘villeros’ o los ‘provincianos’ del interior del país), de educación y valores (aquellos habitantes asociados a la sub-cultura del ‘no-progreso’ y el ‘no-trabajo’).

En el ámbito de una ciudad como la de Buenos Aires, que se ha nacionalizado bajo la idea de ‘crisol de razas’ (una imagen perdurable en la historia porteña que remite a la aleación heterogénea pero integrada de los inmigrantes que desembarcaron a comienzos del siglo XX), el análisis de las vivencias recabadas resulta por demás interesante. Mientras que aquella metáfora logró inscribir un modelo de ciudad culturalmente homogénea –por vía del terror étnico y la descaracterización de las diferencias (Lacarrieu, 2005)–; la noción de ‘mezcla de culturas’ presente en el Conjunto Los Altos resaltaba la imposibilidad de diluir las ‘diferencias’ no deseadas y, por ende, de concretar la integración¹⁰.

Como se colige de este apartado, desde la perspectiva de los residentes entrevistados, la diversidad socio-cultural que marcó al Conjunto Los Altos en sus comienzos no se mixturó para desembocar en una urbanidad asociada a la homogeneidad en la unión –condición que estimaban necesaria para un apropiado cuidado y mantenimiento del Complejo–; sino

10 En la categoría social ‘mezcla de culturas’ subyace una visión de la ‘cultura’ como entidad omnibarcativa y sobre-determinante de la acción social, como factor explicativo de las formas particulares que asumen los procesos sociales (Rockwell, 1980). Los testimonios recogidos confirman la vigencia de viejos acercamientos a la cultura: una entidad de pequeña escala, con rasgos o atributos definidos, inmutables y compartidos, configuradores de individuos idénticos (Wright, 1998).

que se mantuvo como una combinación de grupos aparentemente irreconciliables e incompatibles que –obligados a convivir– no cuajaban entre sí, sumiendo al barrio en una suerte de heterogeneidad conflictiva.

De la heterogeneidad conflictiva a la homogeneidad promiscua: acerca de la tensión barrio-villa

En los imaginarios urbanos de los residentes de la ciudad de Buenos Aires y su área metropolitana, el *barrio* y la *villa* se han constituido como espacios de contornos nítidos, como polos opuestos de virtud y vicio: por un lado, la dignidad y la decencia del barrio; por otro, la indignidad de la pobreza en la villa (Kessler, 2004). Más que simples tipologías edilicias o habitacionales, ambos han sido históricamente concebidos como universos morales diferenciados, asociados al progreso en un caso y a la promiscuidad en el otro¹¹.

En la sección anterior comentamos que la presencia de la población proveniente de villas de emergencia gravitó en el Conjunto Los Altos desde su nacimiento, vinculada a la instalación de población expulsada de estos asentamientos porteños durante la última dictadura cívico-militar. Si bien esta presencia inicial alimentó la ‘mezcla de culturas’ a la cual aludieron los residentes contactados, estos recurrieron al término ‘villa’ para referirse a procesos de deterioro y relegación urbana mucho más recientes. El fragmento de un registro de campo nos permite fundamentar este argumento: “Los monoblocks, hoy por hoy, son una villa en cemento por los niveles de pobreza que hay, de hacinamiento, de violencia. Es más, te digo que es mucho mejor la vida en la villa que la vida acá adentro, porque hay más espacio, tenés el patio, acá adentro no tenés nada” (Entrevista con Matilde, 2003).

El contraste de la propia vivienda con otras modalidades habitacionales –tal como se vislumbra en el testimonio de Matilde– es común cuando

11 Las villas de emergencia o villas-miseria son una modalidad informal de hábitat urbano caracterizada por: una trama irregular con intrincados pasillos que imposibilitan el ingreso de vehículos, viviendas construidas con base en materiales precarios, altas densidades poblacionales. Las villas representan el equivalente porteño de las favelas cariocas o de las barriadas de Lima.

se trabaja en espacios residenciales. En el ámbito del Conjunto Los Altos hemos relevado comparaciones con el edificio único de propiedad horizontal y con la casa individual –viviendas por excelencia de la clase media y, por lejos, las dos opciones preferidas por los residentes del Complejo–; como así también contrastaciones con modalidades socialmente devaluadas (especialmente con otros complejos habitacionales fuertemente estigmatizados tanto de la ciudad como de su periferia). Otras comparaciones igualmente significativas asomaron en el horizonte de representaciones de los entrevistados:

Esto es como un gallinero viste, tenés distintas razas (Entrevista con Graciela, 2005).

Viste como si fuera cuando estudiábamos en el colegio los conventillos de La Boca, bueno igual, vos acá escuchás peleas porque salís al balcón, mirás hacia la izquierda y está el otro edificio. Se ve de edificio a edificio, de departamento a departamento (Entrevista con Ester, 2005).

Mientras que la equiparación con el gallinero evocaba nuevamente la ‘mezcla de culturas’ o la heterogeneidad conflictiva, en este caso a través de una metáfora vinculada a la animalidad que expropiaba al Complejo de su condición de hábitat humano; la comparación con el conventillo aludía a la pérdida de privacidad, a los aspectos negativos del carácter colectivo de esta vivienda y a la cercanía espacial de sus unidades.

Pero con singular frecuencia, el Conjunto Los Altos se parangonaba con el hábitat por antonomasia de los sectores populares metropolitanos: “Estos complejos es lo peor que pueden hacer, es como que es un cultivo, yo digo que debe ser como la villa pero para arriba” (Entrevista con Elena, 2005)¹².

Buena parte de los entrevistados, y en especial los habitantes más antiguos, hicieron referencia a las transformaciones que experimentó en los

12 Investigaciones desarrolladas en México (Giglia, 2001) revelaron comparaciones semejantes, sólo que allí se establecían entre el gran conjunto urbano (conocido también como multifamiliar) y la vecindad (el equivalente mexicano de las villas de emergencia).

últimos años el Complejo Los Altos, y pusieron de relieve una serie de cambios que habrían contribuido a difuminar los límites simbólicos –año mucho mejor definidos– entre barrio y villa. Estas mutaciones se traducían en un creciente deterioro estructural del Complejo (que llevó a la declaración de su emergencia ambiental y edilicia en agosto de 2001) y, simultáneamente, en una progresiva degradación de la sociabilidad vecinal y la urbanidad allí reinantes. Interesa pues concentrarnos, a continuación, en el análisis interpretativo y crítico de uno de los factores que había incidido, según los interlocutores, en el deslizamiento del Conjunto Los Altos hacia una ‘villa en altura’.

La mención al recambio poblacional fue, en este sentido, una argumentación frecuente en boca de los entrevistados, configurando una explicación ‘nativa’ sobre las condiciones de vida vigentes en el Complejo:

Cuando yo vine a vivir había otra gente creo. Hubo un gran recambio, mucha gente se pudo ir, por ejemplo los profesionales que estaban acá (Entrevista con Carlos, 2006).

Teníamos vecinos que eran cirujanos, que el hermano era abogado, después teníamos en el edificio un psiquiatra, un psicólogo, profesores de la facultad, dentistas, o sea había un buen nivel de gente (Entrevista con Pablo, 2006).

Sintetizado en frases tales como ‘todo el que pudo se fue’ o ‘la gente buena se fue yendo toda’, el éxodo de los ‘buenos vecinos’ (vinculados a posiciones socio-económicas de clase media) concitaba un sentimiento de nostalgia que afloraba en el discurso de los residentes cuando recordaban aquel pasado. Este movimiento de ‘fuga’ se encadenaba concomitantemente con otro, produciendo una suerte de enroque de pobladores: así, la partida de unos se complementaba con el arribo de otros, con el reemplazo de los viejos habitantes por parte de migrantes de países limítrofes que comenzaron a llegar al Conjunto Los Altos en los albores de la década del noventa. Los entrevistados vincularon esta ‘huida’ y sustitución poblacional con un hacinamiento creciente: la llegada de los nuevos residentes solía vivirse, por consiguiente, como una ‘invasión’ que había elevado notablemente

el número total de habitantes. Hemos observado, respecto de este punto, que se tendía a sobre-estimar considerablemente la población del Complejo –aventurando cifras que iban desde las 30 000 a las 45 000 personas– y, sobre todo, a exagerar la proporción de extranjeros.

Estas percepciones eran refutadas por el censo poblacional realizado en el Conjunto Los Altos por el Instituto de Vivienda de la Ciudad. Los datos relevados en el año 2002 arrojaron un número de habitantes que rondaba las 15 700 personas, de las cuales sólo el 7% provenía de países vecinos (en su mayoría de Bolivia, Paraguay, Perú y Chile). Esta discrepancia no hace más que poner de manifiesto la contundencia de los imaginarios sociales y la imposibilidad de ‘rectificarlos’ o ‘falsearlos’ a través de datos fácticos. En un trabajo de campo en un *grand ensemble* de Nantes –urbanísticamente parecido al que aquí nos convoca–, Althabe *et. al.* (1985) también registraron una baja proporción de inmigrantes portugueses y magrebíes; cuya presencia era, no obstante, sobre-dimensionada en las representaciones sociales de los residentes.

La comparación entre la inmigración del ‘progreso’ (asociada a la población proveniente de Europa en los albores del siglo XX) y la inmigración de la ‘crisis’ (ligada a la radicación de ciudadanos latinoamericanos a partir de los noventa) surgió, pues, en distintas oportunidades y en boca de diferentes actores sociales vinculados al Conjunto Los Altos. Veamos el explícito testimonio de una vecina del barrio lindero al Complejo, y también la subreplicia alusión a la presencia de minorías étnicas a cargo de un empleado del Centro de Gestión y Participación del cual depende el Complejo:

Las zonas del barrio viejo era toda gente, ahí te explica (me acerca un artículo de diario que separó especialmente), eran italianos, españoles, portugueses, turcos. Toda gente que luchaba, gente que quería progresar, estos no, estos exigen que todo el mundo les dé, andá a ofrecerles trabajo a ver si quieren (Entrevista con Berta, 2005).

La gente del Conjunto Los Altos está muy conectada a través de redes familiares y de amigos con las villas de la zona, algunos villeros pasan unos días en el Complejo (...) además tampoco podés descuidar el tema étnico,

el Complejo estuvo pensado para otro tipo de gente (Entrevista con funcionario del gobierno porteño, 2004).

Desde la perspectiva de muchos entrevistados, la llegada de migrantes latinoamericanos había potenciado la conflictiva ‘mezcla de culturas’ del Conjunto Los Altos, lo que influía directamente en la transmutación del barrio en villa. En este sentido, los migrantes procedentes de Bolivia fueron objeto de las más variadas elucubraciones: que manejaban –junto con los peruanos– el negocio de la droga; que gracias a las ganancias obtenidas habían adquirido costosas camionetas 4x4; que vivían en casas lujosas y sólo utilizaban los departamentos del Complejo como ‘aguantaderos’ o cocinas donde fraccionar cocaína. La humanidad les era reiteradamente negada. Hemos recogido testimonios que comparaban a los bolivianos con ‘moscas’, ‘ratas’ y ‘cucarachas’; y otros que personificaban –o antropomorfizaban– en sus figuras, las graves consecuencias de las políticas neoliberales:

Lamentablemente tuvimos un presidente que fue Menem que firmó convenio con los países limítrofes para cagarlos a los argentinos. Porque un peruano, un paraguayo, un boliviano, te hace lo mismo que yo que lo cobro \$5, te lo hace por \$2. Entonces nos cagó toda la parte industrial, metalúrgica, comercial y de paso nos arruinó el barrio (Entrevista con Nilda, 2005)¹³.

En el discurso de muchos entrevistados, la llegada de esta inmigración de la ‘crisis’ y la entrada de la droga (“acá lo que arruinó todo fue la droga” podía escucharse con frecuencia) se disputaban el primer puesto como causa de los principales ‘males’ que aquejaban al Conjunto Los Altos¹⁴.

Resulta muy interesante reflexionar sobre estos sentidos adversos otorgados a la diversidad, cuando desde hace años las iniciativas públicas del

13 Carlos Saúl Menem gobernó la Argentina entre 1989 y 1999, dos mandatos consecutivos caracterizados por la aplicación de recetas neoliberales impuestas por los organismos internacionales.

14 Curiosamente, en la experiencia etnográfica llevada adelante en un gran complejo habitacional parisino, la noción de ‘mezcla’ –*mélange*– también surgió como categoría nativa que asimilaba la degradación material del conjunto con su declinación cultural, asociada a la llegada de minorías étnicas de origen asiático y africano (Althabe, Marcadet, De La Pradelle y Selim, 1985).

gobierno porteño tienden a promover la imagen desconflictivizada de una ‘ciudad multicultural’ –cordial y festiva, en los términos requeridos por los procesos de globalización y recomendados por los organismos internacionales (Lacarrière, 2002). Como señala esta autora, la etnicidad se ha vuelto un recurso de las políticas culturales para fortalecer una imagen seductora de la metrópolis, para prestigiar su posición en un contexto de fuerte competencia por la atracción de turistas e inversiones. Sin embargo, en espacios habitacionales relegados como el Complejo Los Altos, las diferencias étnicas concitaban miradas sospechosas y estigmatizadoras; lo que evidenciaba una constitución y delimitación de ‘otros internos’ que se dirimía –fundamentalmente– en relación a distinciones simbólicas y culturales¹⁵.

Si como hemos visto hasta aquí, la ‘mezcla de culturas’ que caracterizó al Conjunto Los Altos permaneció –en las percepciones de los entrevistados– como una suerte de yuxtaposición o ‘rejunte’ problemático; el arribo de inmigrantes provenientes de países vecinos no habría hecho más que agudizar esta heterogeneidad conflictiva primigenia, lo que transformó la urbanidad del Complejo en una suerte de heterogeneidad fuera de control o de homogeneidad promiscua. En este ámbito de diferencias socioculturales y cercanía espacial, prevalecía entre los residentes el temor a la contaminación y la consiguiente necesidad de gestionar permanentemente la distancia respecto de la alteridad.

15 En rigor, el recambio poblacional no fue el único argumento esgrimido por los interlocutores a la hora de explicar la conversión del barrio en villa. Visualizado como una paulatina degradación de la convivencia vecinal y de la urbanidad, este proceso también fue atribuido a: la pérdida de la ‘cultura del trabajo’; el retiro del Estado y el abandono institucional del barrio; el aumento de la población en situación de pobreza; la desestructuración familiar; el incremento del consumo de drogas; entre otros.

Tan lejos, tan cerca: o sobre las formas de gestión de la alteridad

Los conjuntos urbanísticos, y también muchos establecimientos escolares, reúnen a personas a las que todo separa, obligándolas a cohabitar, sea en la ignorancia o la incomprensión mutua, sea en el conflicto latente o declarado (Pierre Bourdieu, 1999:65)

Estamos muy juntos, muy juntos y la gente es distinta, muy distinta (Entrevista con Ester, 2005).

En este apartado interesa comentar brevemente algunas de las estrategias simbólicas y materiales que los residentes del Conjunto Los Altos desplegaban y combinaban con el propósito de no quedar atrapados en la homologación barrio-villa.

En primer lugar, si bien esta equivalencia era apropiada por los interlocutores, también era expresamente rechazada cuando provenía de incriminaciones externas; vale decir, de miradas ajenas que presentaban a los habitantes del Complejo como un todo uniforme:

Siempre dicen que en la villa son todos villeros, todos negros, todos chorros¹⁶, ¡no! Porque acá hay gente que va a laburar, que no se mete con nadie, hay gente que ni siquiera la conocés (Entrevista con Brenda, 2005).

Está esa visión como que son todos malvivientes y no es así, vos viste que no es así, porque yo conozco gente de muy buen vivir que no nos podemos ir (Entrevista con Graciela, 2005).

Estas citas no sólo graficaban una tensión permanente entre identidades pretendidas por los vecinos del Conjunto Los Altos e identidades imputadas desde el afuera (las cuales entrañaban la descalificación y la adjudicación de atributos negativos a los habitantes del Complejo); sino que también confirman las agudas observaciones de Bernand (1994:81): “la

erosión de las diferencias sociales en el seno de la *cité* (gran conjunto urbano) no es experimentada como una relación de igualdad sino como una promiscuidad...”. Con la intención de sustraerse de estas identidades igualadoras construidas desde el exterior, los entrevistados apelaban a una sutil maniobra discursiva. Veamos dos testimonios a título ilustrativo:

De cada 100 personas tenés cinco que son chorros, el resto es gente decente, de familia, de trabajo, pero terminamos todos manchados (Entrevista con Malena, 2004).

Es lo que yo siempre le digo a la gente, no llegan a 300 personas los que son de mal vivir, no nos dejemos pasar por ellos (Entrevista con Eda, 2005).

Este recurso a las proporciones podría ejemplificarse con muchos otros fragmentos de campo; incluso con medidas más desfavorables que colocaban a los vecinos perjudiciales en el polo mayoritario: “acá diez construyen y mil destruyen”, “de cada diez, ocho están en la joda”, “es un barrio donde construyen cinco y destruyen diez” o “si en un edificio de 60 departamentos tratan de hacer las cosas bien cuatro o cinco, o diez, ¡tenemos a los otros 50 en contra!”, según afirmaron algunos interlocutores. Pero más allá de estas discrepancias, la frecuencia del artilugio expresaba la necesidad de establecer clasificaciones internas que permitieran a los residentes deslindarse de los ‘indeseables’.

En este mismo sentido debe comprenderse la invocación al contraste pasado-presente, es decir, la oposición entre un pasado venturoso y un presente desafortunado. Si bien la remembranza del barrio idealizado no es patrimonio exclusivo de los residentes del Complejo Los Altos (porque es igualmente común entre vecinos de otros barrios porteños); en boca de los primeros, la evocación y la añoranza de los ‘buenos tiempos’ no sólo fijaba un antes y un después, sino que también trazaba una frontera entre nosotros/otros.

Yo venía a visitar a mis abuelos cuando era chiquita, tendría tres años y me acuerdo que era emocionante en esa época venir acá. Habrá sido

16 El término ‘chorro’ es una expresión coloquial que equivale a ladrón o delincuente.

a los seis años de la inauguración, era lindo el barrio. Todos esos chicos que ahora ves tomando cerveza y vino, son los chicos que veías jugando en la calle. Me acuerdo que me gustaba, decía ¡ay qué lindo sería vivir acá! Pero ahora que vivo digo ¡qué lindo sería mudarme! (Entrevista con Viviana, 2004).

Los ‘trabajos de la memoria’ (Jelin, 2002: 36) se convertían, como podemos apreciar, en una clara operación de delimitación: quienes atesoraban los recuerdos del pasado podían atestiguar que “el Complejo ya no es lo que era”, que “cuando yo vine a vivir acá, este era un barrio tranquilo” o bien que “esto era otra cosa”; un procedimiento que los alejaba de quienes sólo conocían su actual decadencia. En la misma dirección operaba la mención de otros destinos residenciales (conocidos por los entrevistados antes de recalar en el Complejo) y del lugar de origen o crianza; alusiones que fungían a modo de evidencia, probando que no siempre se había vivido en un sitio tan devaluado de la ciudad.

El énfasis en los arreglos de la vivienda –como colocar cerramientos en los balcones para ampliar los ambientes, poner plantas y pintar las fachadas externas, o bien cambiar los revestimientos originales de baño y cocina– también procuraba plasmar una diferenciación, en este caso a través de un doble movimiento. Por un lado, destacando los esfuerzos individuales que fueron precisos para superar la precaria terminación material del Conjunto Los Altos (una obra inconclusa al momento de adjudicarse los departamentos); y por otro lado, marcando distinciones entre vecinos negligentes y residentes cuidadosos o atentos a la estética doméstico-barrial:

Yo lo arreglé dentro de lo que pude, levanté todos los pisos esos rojos de plástico que tenía. La cocina prácticamente no tenía nada, la arreglé toda a nuevo y ¡cambié todos los caños! Le falta pintura al departamento pero no está roto. Yo no quiero lujo, quiero vivir un poco mejor (Entrevista con Graciela, 2005).

Yo pinté la entrada de casa pensando que el vecino por ahí se enganchaba y pintaba la suya, partiendo de la base que las personas queremos vivir mejor,

pero en lugar de eso van y te ensucian la puerta recién pintada (Entrevista con Carlos, 2006)¹⁷.

El relacionamiento lejano con los vecinos era, por último, otra de las acciones movilizadas por los habitantes a fin de apartarse de los riesgos que suponía la homogeneidad promiscua, una actitud que se resumía en una reiterada aserción: “...acá yo no me doy con nadie...”. En este sentido, muchos entrevistados manifestaron entablar relaciones vecinales acotadas que sólo reconocían al propio edificio como unidad de referencia: “Mi relación con los vecinos es relativamente buena. Como yo digo, siempre y cuando no me molesten yo me llevo bien, soy de saludar. Tratamos de no hacer conventillo pero tampoco somos íntimos” (Entrevista con Nilda, 2005). Otros testimonios pueden resultar igualmente esclarecedores:

A mí me fastidia convivir con tanta pelea, con tanta agresión, yo me hice mucho de mi casa (Entrevista con Ester, 2005).

Mis amigas están afuera de acá, yo en general no me doy con la gente de acá, ya de chica que venía, estaba en casa y de acá me iba, los fines de semana también me iba (Entrevista con Débora, 2003).

Como vemos, el hecho de resaltar la preferencia por la esfera doméstica y la concentración de amistades en el ‘afuera’ era aducido como una forma de mantener distancias sociales que prestigiaban a los residentes. Esta modalidad de vinculación, junto con otras estrategias tales como no enviar a los hijos a las escuelas del Complejo o impedir que participaran en sus murgas (ya que, según algunos entrevistados, allí corría el alcohol y la droga), eran imprescindibles para la regulación de la diferencia/diversidad no-deseada en un contexto de proximidad impuesta y distancia socio-cultural.

17 La condición inacabada del Complejo al momento de su entrega –en los setenta– fue unánimemente resaltada durante el trabajo de campo: falta de planos generales de cañerías y de subdivisión catastral de las viviendas, ascensores sin habilitación o sin funcionar, instalación eléctrica incompleta, detalles sin terminar, etc. Investigaciones llevadas a cabo por la Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo de la Universidad de Buenos Aires confirmaron estas falencias de ejecución.

Palabras finales

El concepto de segregación urbana ha estado presente desde hace tiempo en las investigaciones de aquellos especialistas que procuran comprender las dinámicas socio-territoriales de las grandes ciudades. No obstante su uso generalizado, la segregación siempre ha sido una categoría ambigua, escurridiza y polisémica que refiere tanto a la organización del territorio y a los lazos que establecen entre sí los diferentes grupos que pueblan la ciudad; como así también a la distribución desigual de los individuos en el espacio y al acceso diferenciado a bienes y recursos –aplicándose con frecuencia a situaciones extremas y contrastantes, ya sea que estén protagonizadas por sectores desfavorecidos o por clases acomodadas– (Brun y Rhein, 1994).

En los últimos años, los mega-conjuntos habitacionales de interés social como el que aquí nos convocó han sido objeto de interesantes lecturas sociológicas que apelaron nuevamente a la noción de segregación. De acuerdo con los planteos de autores franceses como J. Donzelot (2004) y O. Mongin (2006), estas modalidades del habitar se han convertido –tanto en las ciudades de Europa Occidental, Estados Unidos y América Latina– en ejemplos extremos de segregación urbana. Pero cómo abordar la segregación urbana desde una perspectiva antropológica que no se limite a confirmar lo ya sabido (es decir, el reparto inequitativo de bienes y servicios urbanos); sino que bucee en las formas locales, particulares y específicas en las que los residentes de las metrópolis vivencian las situaciones/procesos de segregación.

Este desafío ha recorrido implícitamente el presente escrito, en el cual hemos indagado cómo experimentaban la urbanidad y el hecho de vivir juntos o ‘entre-sí’ (*entre-soi* en el francés original de Donzelot, 2004), los habitantes del Conjunto Los Altos, situado en el sur porteño. El análisis de las representaciones de sus residentes sobre la diversidad socio-cultural interna, y las reflexiones en torno a la gestión de la alteridad, revelaron que el complejo habitacional en cuestión se constituía como un espacio de co-habitación organizado según la lógica de la diferencia y la diferenciación (Bourdieu, 2000). La aproximación etnográfica desplegada nos ha permitido matizar ciertos significados naturalizados que subyacen en el concepto de segregación –sentidos asociados a la unidad y la cohesión social– y argumentar en favor de

articulaciones y tensiones entre heterogeneidades y homogeneidades socio-residenciales, derribando y/o relativizando –entre otros aspectos– la constitución de urbanidades amalgamadas y adentros cohesivos.

En este sentido, nuestra experiencia de trabajo de campo y el análisis interpretativo que hemos desarrollado en estas páginas se emparenta con las sugerentes propuestas de C. Bernand (1994) y R. Segura (2009) –entre otros–. Para estos autores, el abordaje antropológico de la segregación urbana/residencial consiste, entre otras cuestiones, en explorar el establecimiento de límites simbólicos y de clasificaciones sociales que rigen en agrupamientos socio-urbanos siempre atravesados por el conflicto y la diferenciación.

Quisiéramos comentar, finalmente, que el análisis aquí vertido puede resultar relevante para reflexionar sobre un área clave para la gobernabilidad de las metrópolis: nos referimos a las políticas públicas promovidas por los poderes locales para abordar la segregación socio-espacial. Como han destacado Arriagada y Rodríguez Vignoli (2003), las administraciones municipales no sólo han reconocido –en las últimas décadas– que los planes de vivienda social masivos (como el que aquí nos convocó) constituyen ‘soluciones’ que refuerzan la segregación residencial; sino que esta última se viene perfilando como un serio problema de conformación territorial que afecta a las ciudades de América Latina y el Caribe (también a las de Europa y Estados Unidos), y que requiere de intervenciones estratégicas que favorezcan la integración urbana. El repaso por la casuística internacional, realizado por estos autores, pone de relieve que las políticas anti-segregación implementadas en distintas ciudades han contemplado un repertorio de medidas tales como –entre otras–: programas de renovación de conjuntos de vivienda social deteriorados; construcción de viviendas sociales en pequeña escala y en zonas/distritos de clase media con buena provisión de infraestructura; obligación de todas las comunas de construir un determinado porcentaje de viviendas públicas a fin de equilibrar la distribución de los ‘parias urbanos’ o de los ‘condenados de la ciudad’, según las metáforas de L. Wacquant (2007)¹⁸.

18 Medidas como las enumeradas se han adoptado en ciudades de México, Brasil, Estados Unidos e Inglaterra, entre otras. En la década del ochenta, por ejemplo, el Estado francés implementó –a través de distintos gobiernos locales– la llamada *politique de la ville*, una política pública basada en

A nuestro juicio, las reflexiones consignadas en estas páginas contribuyen a poner de relieve que el ideal moderno de la mixtura social resulta matizado y complejizado cuando se enfoca desde las experiencias de quienes habitan la ciudad. Las vivencias de los residentes del Conjunto Los Altos impugnan, precisamente, una premisa latente –y con frecuencia no discutida– en las políticas públicas orientadas a la mixtura urbana: el supuesto según el cual la proximidad espacial atenúa las distancias sociales. Por el contrario, la investigación llevada a cabo revela que la cercanía espacial puede contribuir a reforzar el distanciamiento, la tipificación de ‘otros diferentes’, el evitamiento y el conflicto. No se trata de negar la importancia y la necesidad de promover políticas urbanas equitativas que combatan la segregación, sino de repensar de modo crítico el desafío de ‘hacer ciudad’ en contextos de marcada desigualdad.

Bibliografía

- Althabe, Gérard, Christian Marcadet, Michèle De La Pradelle y Selim Monique (1985). *Urbanisation et enjeux quotidiens. Terrains ethnologiques dans la France actuelle*. París: Éditions Anthropos.
- Arriagada, Camilo y Jorge Rodríguez Vignoli (2003) “Segregación residencial en áreas metropolitanas de América Latina: magnitud, características, evolución e implicaciones de políticas”. En *CEPAL, Serie Población y Política*. Naciones Unidas, Santiago de Chile.
- Benedict, Anderson (1993). *Comunidades Imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Bernand, Carmen (1994). *La ségrégation dans la ville*. París: L’Harmattan.
- Bourdieu, Pierre (1999). *La miseria del mundo*. Madrid: Fondo de Cultura Económica.
- (2000). *Cosas dichas*. Barcelona: Gedisa.
- Brun, Jacques y Cathérine Rhein (1994). *La ségrégation dans la ville. Concepts et mesures*. París: L’Harmattan.

la demolición de viviendas sociales y en la sistemática relocalización de su población en viviendas construidas en zonas urbanas favorecidas.

- De Certeau, Michel (1996). *La invención de lo cotidiano. 1. Artes del hacer*. México: ITESO - Centro Francés de Estudios Mexicanos y Centroamericanos.
- Donzelot, Jacques (2004). “La ville á trois vitesses: relégation, périurbanisation, gentrification”. *Revue Esprit* 263: 14-39.
- Genestier, Philippe (1999). “Le sortilège du quartier: quand le lieu est censé faire lien”. *Annales de la Recherche Urbaine* 82: 16-31.
- Giglia, Ángela (2000). “¿Es posible la urbanidad en las megaciudades?”. *PRISMA* 3: 18-27.
- (2001). “Una perspectiva antropológica al estudio de la vivienda”. *Contraste. Revista Especializada en Estudios Regionales* 1: 2-12.
- Gorelik, Adrián (2004). *Miradas sobre Buenos Aires. Historia cultural y crítica urbana*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Jelin, Elizabeth (2002). *Los trabajos de la memoria*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- Kessler, Gabriel (2004). *Sociología del delito amateur*. Buenos Aires: Ediciones Paidós.
- Lacarrieu, Mónica (2002). “De todos lados y de ningún lado... Visibles/vivibilizados e invisibles/invisibilizados en busca de un lugar en la Buenos Aires del siglo XXI”. *Kairos. Revista de Temas Sociales* 11: 2-20.
- (2005). “Nuevas políticas de lugares: recorridos y fronteras entre la utopía y la crisis”. En *Buenos Aires a la deriva. Transformaciones urbanas recientes*, Max Welch Guerra (Editor): 363-395. Buenos Aires: Editorial Biblos.
- Lelévrier, Christine (2001) “La mixité sociale et les politiques urbaines”. *Revue Passages* 109-110: 29-32.
- Lewis, Oscar (1975). *Antropología de la pobreza*. México: FCE.
- Mongin, Olivier (2006). *La condición urbana. La ciudad a la hora de la mundialización*. Buenos Aires: Paidós.
- Park, Robert E. (1999). *La ciudad y otros ensayos de ecología urbana*. Barcelona: Ediciones del Serbal.
- Portal, Ana María (1999). “La multiculturalidad urbana en México o las diversas formas de apropiarse de la ciudad”. En *La dinámica global/local. Cultura y comunicación: nuevos desafíos*, Mónica Lacarrieu y Ru-

- bens Bayardo (Comps.): 105-116. Buenos Aires: Ediciones Ciccus-La Crujía.
- Revista Summa (1979). “Concurso Nacional Conjunto Habitacional Los Altos”. N° 64-65, Buenos Aires.
- Rockwell, Elsie (1980). “Antropología y Participación. Problemas del concepto de cultura”. *DIE* 1: 1-8.
- (2009). *La experiencia etnográfica. Historia y cultura en los procesos educativos*. Buenos Aires: Paidós.
- Rosales Ayala, Héctor (2002). “El arte de habitar y el modo de vida vecinal, tiempos y espacios en la Ciudad de México”. En *La vida cotidiana y su espacio-temporalidad*, Alicia Lindón (Coord.): 211-231. México: UNAM-Anthropos Editorial.
- Segura, Ramiro (2009). “La ciudad invertida. Análisis antropológico de la segregación urbana en la periferia de la ciudad de La Plata”. Ponencia presentada en la IX Reunión de Antropología del Mercosur, Buenos Aires, Argentina.
- Wacquant, Loïc (2001). *Parias urbanos. Marginalidad en la ciudad a comienzos del milenio*. Buenos Aires: Manantial.
- (2007). *Los condenados de la ciudad. Gueto, periferias y Estado*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Whyte, William F. (1971). *La sociedad de las esquinas*. México: Editorial Diana.
- Whyte, William F. (1993). *Street Corner Society. The social structure of an Italian slum*, [1943]. Chicago: University of Chicago Press.
- Wirth, Louis (1968). *El urbanismo como modo de vida*. Buenos Aires: Fabril Editora.
- Wright, Susan (1998). “The politization of culture”. *Anthropology Today* 14: 7-15.

Derecho a la vivienda y derecho a la belleza en la ciudad de Buenos Aires Construyendo el derecho a la ciudad

Ana Gretel Thomasz

Introducción

En este artículo reconstruyo algunos aspectos de la experiencia recorrida por un movimiento de trabajadores desocupados de la ciudad de Buenos Aires, denominado Movimiento Territorial de Liberación (MTL). Esa experiencia se vincula con la edificación, por parte del MTL, de un complejo habitacional de capacidad superior a las mil personas a través de un programa implementado por el Instituto de Vivienda de la ciudad de Buenos Aires (IVC) llamado Programa de Autogestión para la Vivienda (PAV) y orientado a concretar el derecho a la vivienda a personas que se encuentren en situación de ‘emergencia habitacional’.

De acuerdo con algunos enfoques extendidos en ciencias sociales (Oszlak, 1991) y algunos movimientos sociales, el acceso a la vivienda constituiría la máxima expresión del derecho al espacio urbano y a la ciudad. A partir de un análisis efectuado en tres niveles o dimensiones —el diseño y la puesta en práctica de una incipiente política cultural propia por parte del MTL, el proceso de estetización del complejo habitacional, y el acto de inauguración de este último—, aquí me propongo mostrar, desde una perspectiva antropológica, que en la coyuntura actual, el acceso a la vivienda no garantiza por sí mismo la materialización del derecho a la ciudad en una metrópolis como Buenos Aires y que, tal como lo plantea Amendola (2000), el derecho a la belleza ha devenido en un aspecto esencial del derecho a la ciudad.

El presente trabajo también puede leerse como una descripción de las estrategias desarrolladas por el MTL a fin de resistir, atenuar y enfrentar las “poderosas tendencias estructurales socio-espacialmente expulsoras” (Rodríguez, 2005:18) y los procesos segregatorios con los que frecuentemente se topan los sectores populares a la hora de efectivizar su derecho a la ciudad.

Para la elaboración de este artículo, recupero algunas reflexiones surgidas del trabajo etnográfico (observación con participación, entrevistas abiertas y semi-estructuradas) realizado con el MTL en el período 2005-2008 en el marco de la tesis de doctorado en antropología social.

Del urbanismo funcionalista al urbanismo contemporáneo: el derecho a la belleza

La magnitud de las transformaciones desarrolladas en las ciudades contemporáneas condujo a algunos investigadores (Amendola, 2000; Fiori Arantes, 1996; Mongin, 2006) a hablar de la emergencia de un nuevo modelo urbano que habría sustituido a aquel bajo el cual se estructuró la ciudad moderna industrial. Dicho modelo se caracteriza por su orientación a estetizar y recualificar la urbe, más que a satisfacer ciertos requerimientos sociales (salubridad, circulación, vivienda), vinculados con su uso, aprovechamiento y apropiación por parte de todos los sectores de la ciudadanía; contrasta, en este sentido, con el planeamiento urbano modernista-funcionalista. Así, si antes predominaba la exigencia de hacer funcional a la ciudad adaptándola a las necesidades derivadas de la economía basada en la producción industrial, así como los preceptos de racionalizar y estandarizar el espacio urbano y de estimular la circulación, hoy prevalece el impulso de hacerla ‘vivable y atractiva’ (Amendola, 2000: 126).

En efecto, un particular proceso de ‘reencantamiento urbano’ y un nuevo ‘hedonismo de masas’ (Amendola, 2000: 142-146) invaden a las ciudades contemporáneas, de suerte que el imperativo primario que guía la estructuración de sus espacios es el de resultar agradables y atractivas a fin de proveer placeres y estimular el consumo. Ciertamente, la estructuración

de los espacios metropolitanos con base en preceptos estéticos y con miras al ocio, disfrute, entretenimiento y consumo, más que a la producción o la optimización de su funcionalidad, no resulta ajena a la lógica de mercado: de acuerdo con Amendola (2000: 131), la ciudad contemporánea ‘se orienta hacia el exterior’ y debe gustar, antes que nada, “para atraer personas y capitales y para estimular al consumo”.

En un sentido similar se pronuncian Yúdice (2002) y Fiori Arantes (1996) cuando señalan que las metrópolis contemporáneas se distinguen por utilizar frecuentemente a la cultura como un recurso para revitalizar espacios urbanos deprimidos y para captar inversores y visitantes de poder adquisitivo medio-alto. La generalización de los procesos de recualificación o gentrificación, la apelación al patrimonio histórico y cultural y al arte público, la difusión de espectáculos y la organización de festivales, bienales, ferias, fiestas y celebraciones que visibilizan patrimonios intangibles de distinta clase (músicas, danzas, gastronomía, devociones), son sólo algunas de las estrategias culturales a menudo utilizadas a fin de reencantar espacios urbanos deteriorados, generalmente atravesados por procesos de desindustrialización.

Sintetizando, tanto Amendola como Yúdice y Fiori Arantes destacan el protagonismo que ciertos recursos culturales y que la belleza, como valor, adquieren en las ciudades contemporáneas. En esa dirección, Amendola introduce la noción de *derecho a la belleza*. Procura señalar con esa expresión que, actualmente, el de resultar bellos, atractivos y agradables no es solamente un imperativo primario que guía la configuración de los espacios urbanos, sino que también regula el acceso de los ciudadanos a ellos, quienes deben ser, en consecuencia, capaces de esgrimir algún tipo de atractivo a fin de usufructuar o apropiarse de dichos espacios. En este sentido, sostiene que una ‘estética decretada’ (Amendola, 2000: 132) tiende a imponerse en la ciudad, y que la belleza se ha convertido en el principal criterio de valoración de las metrópolis y la principal modalidad de vinculación de los ciudadanos con ellas.

Cabe remarcar, por último, que es evidente que los referidos procesos de reencantamiento y estetización no logran cubrir a las urbes en su totalidad: más allá de los espacios ‘encantados’ y embellecidos subsisten siempre

las áreas urbanas opacas, deterioradas y residuales en las que se concentran los sectores sociales pauperizados.

Otro rasgo definitorio del nuevo modelo urbano es entonces la intensificación de los procesos de segregación y fragmentación socio-espacial derivada de la coexistencia de espacios urbanos opulentos y recualificados, junto a otros deteriorados, resultado de la creciente polarización social y del debilitamiento de las clases medias (Amendola, 2000; Gorelik, 2004; Mongin, 2006; Prévôt Schapira, 2000).

El derecho a la vivienda y el derecho a la ciudad

El derecho a la vivienda constituye un derecho reconocido política y jurídicamente que en Argentina ha sido consagrado tanto en la Constitución Nacional como en la Constitución de la ciudad de Buenos Aires, y que junto con otros derechos (el derecho a la salud y a la educación) es definido y clasificado por los juristas como un derecho de tipo social (Mecle Armiñana, 2002). Así, en la Constitución Nacional se reconoce y protege el derecho a la vivienda en el artículo 14 bis, en el cual se establece la obligación del Estado de garantizar una vivienda digna. En cuanto a la Constitución de la ciudad de Buenos Aires, el artículo 31 explicita que la ciudad reconoce el derecho a una vivienda digna y a un hábitat adecuado.

A diferencia del derecho a la vivienda, que fue reconocido jurídicamente en Argentina, el derecho a la ciudad no ha sido formalmente codificado por el derecho positivo.

La expresión *derecho a la ciudad* se caracteriza por su polisemia y ambigüedad. Fue inicialmente formulada por un reconocido integrante de la Escuela Francesa de Sociología Urbana, Henri Lefebvre (1973), quien tomó al proceso de industrialización como punto de partida para emprender la reflexión sobre la problemática urbana; a la que abordó desde una perspectiva teórica basada en el marxismo. Lefebvre introdujo dicha noción a fin de cuestionar la excesiva subordinación del espacio urbano a las necesidades de la industria y del capital que fuera propiciada por el

urbanismo funcionalista, y como una exhortación a que la población se reapropiara de la ciudad y pudiera vivir dignamente en ella.

Desde su inicial formulación por Lefebvre hasta la actualidad, la noción de derecho a la ciudad ha recorrido un largo camino. Ciertamente, fue retomada, apropiada y reformulada por distintos actores del campo académico, del campo político y del campo de los movimientos sociales.

Aunque en un sentido distinto del que le diera Lefebvre (1973), la noción de *derecho a la ciudad* fue trabajada y problematizada en el ámbito local por Oszlak (1991). En su ya clásico estudio titulado *Merecer la ciudad. Los Pobres y el Derecho al Espacio Urbano*, Oszlak examina un conjunto de medidas implementadas en la ciudad de Buenos Aires por la última dictadura militar (1976-1983). Pone de relieve cómo todas ellas tuvieron el efecto de restringir la capacidad que hasta entonces detentaban los sectores populares para utilizar el espacio urbano y apropiarse de él. Oszlak examina la problemática del *derecho a la ciudad* por medio de un concepto particular, el de *derecho al espacio urbano*, al que define como la capacidad de fijar el *lugar de residencia* o de localización de la actividad económica dentro del espacio y como un derecho al *goce* de las *oportunidades sociales y económicas* asociadas a la localización de la vivienda o actividad económica (Oszlak 1991:23).

El autor postula así la existencia de un vínculo relativamente directo y estrecho entre el derecho a la vivienda, al espacio urbano y a la ciudad, ya que tiende a visualizar a este último como la máxima expresión del primero, y a considerar que la concreción del derecho a la vivienda resulta en la concreción del derecho a la ciudad.

En el contexto actual, y tanto en el ámbito nacional como internacional, se registra una amplia expansión en la producción académica sobre la temática del derecho a la ciudad (Harvey, 2008; Fenster, 2005; Lopes de Souza, 2010; Mathivet, 2010; Ortiz Flores, 2007; Perceval, 2011). Otro tanto ocurre con las agrupaciones y movimientos sociales directamente inspirados en la obra de Lefebvre –y en parte también en la del geógrafo contemporáneo David Harvey–. Efectivamente, son cada vez más numerosos los movimientos que se pronuncian en favor del derecho a la ciudad, lo reivindican, y mantienen debates sobre la temática en el marco de diversos foros nacionales e internacionales en los que se aboga por la

construcción de ciudades más justas y democráticas. Los resultados de ese debate fueron parcialmente recogidos en la Carta Mundial por el Derecho a la Ciudad¹. Algunos autores (Mathivet, 2010; Ortiz Flores, 2007) sintetizan los contenidos más relevantes de dicho documento al señalar que sus componentes principales son, entre otros, los siguientes: el derecho a un hábitat que facilite el tejido de las relaciones sociales; el derecho a sentirse parte de la ciudad, el derecho a la convivencia pacífica²; el derecho a la igualdad de derechos. Señala Mathivet que se realiza el derecho a la ciudad cuando se observa, entre otras cosas, un ejercicio pleno de la ciudadanía, igualdad de derechos y no discriminación³, derecho a la vivienda, derecho a un medio ambiente sano y sostenible (Mathivet, 2010:26).

No es nuestra intención discutir aquí los contenidos de la *Carta Mundial por el Derecho a la Ciudad* de manera exhaustiva, ni el sentido en el que se utiliza allí la noción de derecho a la ciudad. Nos interesa, en cambio, remarcar dos cuestiones:

Primero, que lo que en ese documento se designa en términos de ‘derecho a la convivencia pacífica’ o ‘ejercicio pleno de la ciudadanía’ y que Mathivet (2010) (2011) sintetiza en las expresiones el ‘derecho a sentirse parte de la ciudad’ y ‘derecho a un hábitat que facilite el tejido de las relaciones sociales’ (Mathivet, 2010:25) alude a lo que Giglia y Duhau (2008) denominan urbanidad. El concepto de urbanidad se refiere, efectivamente, a la problemática del vínculo social y la convivencia en los contextos urbanos. Giglia y Duhau definen a la urbanidad como un código o conjunto de normas tácitas y relativamente flexibles, cuyo respeto y cumplimiento

1 La Coalición Internacional de Habitat (HIC), el Foro Nacional por la Reforma Urbana de Brasil y el Frente Continental de Organizaciones Comunes (FCOC), son algunas de las agrupaciones que participaron activamente en la elaboración de la Carta Mundial por el Derecho a la Ciudad. Los contenidos de ese documento fueron discutidos en el Foro Social de las Américas (Quito, Julio 2004), el Foro Mundial Urbano (Barcelona, Octubre 2004) y Foro Social Mundial (Porto Alegre, Enero 2005).

2 Con respecto a este punto ver el Artículo XI de la *Carta Mundial por el derecho a la ciudad*, titulado “Derecho a la seguridad pública y a la convivencia pacífica, solidaria y multicultural”.

3 En el Punto I (Parte I, Artículo I) de la Carta se afirma: “Todas las personas tienen derecho a la ciudad sin discriminaciones de género, edad, condiciones de salud, ingresos, nacionalidad, etnia, condición migratoria, orientación política, religiosa o sexual. En el Punto II también se destaca el respeto a las minorías y la pluralidad étnica, racial, sexual y cultural y el respeto a los migrantes.

posibilita, en el ámbito del espacio público, el desarrollo de interacciones pacíficas entre sujetos diferentes y desconocidos. Se trata de un código que si bien prescribe y regula los comportamientos que se despliegan en los ámbitos urbanos, favorece al mismo tiempo las actitudes de tolerancia y respeto hacia el otro. La urbanidad es, en suma, lo que permite a sujetos desconocidos y diferentes compartir el espacio (Giglia y Duhau, 2008:33).

En segunda instancia, nos interesa recalcar que al contrario de Oszlak, la *Carta Mundial por el Derecho a la Ciudad* distingue y diferencia claramente entre la concreción del derecho a la vivienda y la del derecho a la ciudad. La Carta concibe a este último como un derecho multidimensional, complejo e integral. Es decir, como un ‘derecho de derechos’ que además de los aspectos recién reseñados vinculados con la urbanidad y con los usos del espacio urbano, incluye otras cuestiones, tales como el derecho a la participación política, a un medio ambiente sano, etcétera.

En consonancia con la Carta Mundial por el Derecho a la Ciudad, en este trabajo optamos por utilizar de manera separada las expresiones *derecho a la vivienda* y *derecho a la ciudad*, ya que distintos fenómenos sugieren que actualmente, en el ámbito de la ciudad de Buenos Aires, es posible construir o efectivizar el derecho a la vivienda sin que ello redunde automáticamente en la adquisición del derecho a la ciudad. Es más: en algunas ocasiones, la efectivización del derecho a la vivienda, lejos de garantizar el pleno ejercicio de la ciudadanía, la no discriminación, la igualdad de derechos y el derecho a la convivencia, puede concluir con la generación de dramáticos procesos de segregación socio-espacial.

A lo largo de este trabajo consideramos, entonces, al derecho a la vivienda, básicamente, como el derecho a la habitación, y al derecho a la ciudad a la manera en la que se lo define en la *Carta Mundial por el Derecho a la Ciudad*, enfatizando en los aspectos contenidos allí directamente vinculados con la problemática del vínculo social, la urbanidad y el ejercicio ‘pleno’ de la ciudadanía.

El Movimiento Territorial de Liberación (MTL)

El MTL se autodefine como un movimiento político, social y territorial de lucha por la tierra y la vivienda y no solamente como una agrupación de trabajadores desocupados o piquetera. Conformado formalmente en 2001, constituye un movimiento político social partidario, ligado al Partido Comunista Argentino. En la ciudad de Buenos Aires, la agrupación nació y se expandió en estrecha relación con la profundización de la crisis habitacional producida en el último decenio del siglo XX (Thomasz, 2007). Creció reafirmando el derecho de los sectores populares a acceder a una vivienda digna y definitiva, así como en torno al designio de crear soluciones habitacionales para sectores en situación de emergencia: familias residentes en inmuebles ocupados bajo amenaza de desalojo, inquilinatos, hoteles-pensión, villas o asentamientos. En efecto, la mayor parte de las familias que pertenecen al movimiento carecen de vivienda propia, por lo que cubren su necesidad de alojamiento y hábitat a través de alguna de las modalidades citadas. Por otra parte, más de la mitad de sus integrantes son inmigrantes de países limítrofes o latinoamericanos como Perú, Bolivia, Paraguay, Chile y otros.

A través de su proceso de lucha, movilización y organización, el MTL logró que el Instituto de Vivienda de la Ciudad, dependiente del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, le extendiera un crédito para edificar un conjunto habitacional a través del Programa de Autogestión para la Vivienda (PAV). El PAV, creado a instancias de la ley 341/00, tiene como objetivo instrumentar políticas de acceso a la vivienda para hogares de escasos recursos y prioriza la extensión de créditos a personas que se hallen ‘con sentencia judicial de desalojo’ y que se nucleen en organizaciones mayores como cooperativas de vivienda con los fines de recibir dichos créditos (Thomasz, 2008).

Este último camino –la organización en una cooperativa de vivienda y construcción– fue el escogido por el MTL. Cabe remarcar que dado el carácter autogestionario del programa, el Instituto de Vivienda de la Ciudad sólo se ocupa de extender los fondos a las cooperativas, y deja a estas últimas en situación de elegir libremente las características de las obras que construirán, los equipos técnicos que contratarán y otros aspectos vinculados a esos.

El MTL y el desarrollo de una incipiente política cultural propia

En mayo de 2003, el MTL se instaló en el terreno de más de una hectárea que adquirió en Parque Patricios Sur, con un crédito extendido por el Instituto de Vivienda de la Ciudad. En primer lugar, pintó con sus colores distintivos –el rojo y el negro– la sigla MTL en el portón de acceso a dicho terreno. En el predio –ubicado en una zona del barrio deteriorada en la que abundan depósitos y talleres, así como casas bajas y añosas– se erigían las antiguas construcciones y galpones de un enorme establecimiento fabril perteneciente a una importante sociedad económica del país. El MTL se afincó allí resuelto a demoler esas viejas edificaciones de tipología industrial y construir un complejo habitacional, a fin de concretar el derecho a la vivienda digna y definitiva para buena parte de las familias que lo integran.

Sin embargo, la inserción de la agrupación en esa zona del barrio de Parque Patricios no fue un proceso sencillo ni carente de conflictos. Dados los fuertes estigmas que en la ciudad de Buenos Aires se endilgan a los grupos ‘piqueteros’ y a la tipología edilicia ‘complejo habitacional’, la resistencia y oposición de los vecinos residentes allí al proceso de cambio representado por la llegada del MTL y por la construcción de viviendas de interés social en ‘su’ barrio, no tardó en manifestarse abiertamente. Así, el MTL fue acusado por los viejos vecinos de la zona porque construiría un gueto en el barrio, una ‘villa de cemento’, una ‘pajarera’, un ‘aguantadero’, un ‘hacinamiento’ o un nuevo ‘Fuerte Apache’⁴. Al mismo tiempo, los propios integrantes del MTL fueron acusados de ‘vagos’, ‘agitadores’, y caracterizados como seres infrahumanos, o bien asociados con la animalidad. Los antiguos vecinos de la zona acusaron a las autoridades del Gobierno de la ciudad de Buenos Aires de utilizar a los barrios de la zona sur de la me-

4 Fuerte Apache es el nombre con el que se conoce al barrio Ejército de los Andes, localizado en el Partido de Tres de Febrero, Provincia de Buenos Aires. Es un emblema del deterioro en el que se dejó caer a los grandes conjuntos habitacionales de interés social edificados por el Estado. Actualmente se lo asocia además con la delincuencia y la peligrosidad. Comenzó a diseñarse en 1966 durante la dictadura militar de Onganía y las viviendas fueron terminadas en 1976. Gran parte de sus habitantes provienen de villas miseria de la ciudad erradicadas y desalojadas durante los gobiernos dictatoriales. Posee más de 3 000 viviendas y aunque fue planificado para 22 000 habitantes, se calcula que actualmente alberga entre 50 000 y 90 000 personas.

trópolis como un gran basurero en donde arrojar los ‘desechos’ o ‘residuos’ humanos que son ‘descartados’ de otras zonas de la ciudad.

Con el propósito de resistir la construcción de las viviendas, los vecinos organizaron movilizaciones y otras acciones de protesta. Según un miembro de la agrupación MTL:

...los vecinos del barrio, al principio no nos querían, llamaban a la Policía cada tres minutos, les decían que éramos intrusos que habíamos usurpado el local, nos mandaban a los Bomberos,[decían] que hacíamos fuego [...] Era la persecución total: pintadas de que nos teníamos que ir, marchas de que nos teníamos que ir [...] (Entrevista a Ramón, 2005).

Sin embargo, más allá de las dificultades, el MTL logró dar inicio al proceso de edificación hacia 2004. Y al poco tiempo, comenzó a organizar algunos encuentros en el terreno en el que estaba levantando el complejo habitacional, a los que genéricamente caracterizaba como ‘festivales culturales’. Con el objetivo de idear y organizar esos festivales, el MTL conformó en su interior una Comisión de Cultura. Entre marzo de 2005 y marzo de 2007, momento en el que se inauguró el complejo habitacional (15 de marzo de 2007), la mencionada comisión organizó una decena de festivales y otras actividades culturales como la pintura de murales.

El primer festival se tituló *Casas-Festival Urbano*, en referencia a la edificación de viviendas y al segundo *Día de las Américas*, ya que se orientó a recuperar expresiones culturales características de los diferentes países latinoamericanos de los que procedían gran parte de los miembros del MTL. Otro importante festival tuvo lugar en agosto de 2005, a fin de celebrar el día del aniversario de la Independencia del Perú (28 de julio) y el día la Pachamama (primero de agosto). En todos esos encuentros, el terreno en donde se construían las viviendas fue engalanado con globos, guirnaldas y banderas. Y en todos los casos también se desarrollaron actividades culturales sumamente variadas, que incluyeron puestos de venta de comidas ‘étnicas’; la presentación de conjuntos de danzas folklóricas peruanas, paraguayas, bolivianas y argentinas; de bandas de sikuris y música andina; de grupos de percusión y candombe; la actuación de cantantes de tango y murgas y la realización de otras actividades artísticas como títeres y música

de cámara. Más allá del contenido de los festivales, interesa resaltar aquí las motivaciones que impulsaron al MTL a organizarlos y a idear una política cultural propia. De acuerdo con el testimonio de la agrupación, sus motivaciones se vincularon con mitigar imágenes peyorativas y prejuicios asociados por algunos sectores sociales a la categoría ‘piquetero’, tender lazos y construir relaciones sociales más amenas y pacíficas con los vecinos establecidos en el barrio de Parque Patricios, a los que también se invitó a concurrir y participar de los festivales, y quienes inicialmente los habían rechazado. Según algunos testimonios, la intención era “que los vecinos vengan y decirles: ven, miren lo que hacemos, no sólo cortamos calles”, “que se acerquen y conozcan el proyecto nuestro”, “presentarnos y abrirnos al barrio, que nos conozcan”, “compartir experiencias e integrarnos con el barrio de Parque Patricios” (Thomasz, 2007).

Los procesos de segregación socio-espacial y las conductas de rechazo y evitamiento a las que se vio sometido el MTL por parte de los vecinos ya residentes en la zona, permiten inferir que si la edificación del conjunto habitacional proporcionaba a los integrantes del MTL la posibilidad de concretar en un futuro más o menos cercano su derecho a la vivienda, no garantizaba al mismo tiempo la efectivización del derecho a la ciudad. Los conflictos que se suscitaron entre ambos actores sociales, la resistencia de los vecinos a compartir *su* espacio urbano con una agrupación piquetera y a interactuar cotidianamente con sus integrantes, van de hecho a contrapelo de los contenidos pregonados en la *Carta Mundial por el Derecho a la Ciudad* –antes citados–, vinculados con la problemática de la urbanidad (pleno ejercicio de la ciudadanía, no discriminación, igualdad de derechos y derecho a la convivencia). En cuanto a los festivales culturales que organizó el MTL, es posible afirmar lo contrario: es decir, que actuaron a favor de la integración social. Ciertamente, los festivales se sustentaron en la utilización de la cultura como un recurso (Yúdice, 2002) capaz de apaciguar conflictos sociales, fomentar la integración entre el MTL y resto de la vecindad, legitimar la presencia de los piqueteros en Parque Patricios Sur y fortalecer el vínculo social (Thomasz, 2007). En efecto, al desplegar un rico, bello y variado patrimonio cultural, los miembros del MTL fueron construyendo una imagen positiva, alegre, colorida y atractiva de sí

mismos, muy distante de la imagen conflictiva y negativa con la que habitualmente se vincula a los piqueteros –y con la que de hecho los vinculaba la población que residía en Parque Patricios Sur con anterioridad–. En esta línea, es posible sostener que las actividades culturales ofrecidas por la agrupación tendieron a des-estigmatizarla, purificar su imagen, estetizarla y moralizarla, coadyuvando así a que quienes la conformaban fueran adquiriendo el derecho a la belleza.

En consecuencia, en primera instancia no fue tanto el acceso a la vivienda como la construcción activa del derecho a la belleza a través de la puesta en escena, en el marco de los festivales, de una imagen estetizada y atractiva de sí mismos lo que moralizó, dignificó y elevó socialmente a los piqueteros, y lo que actuó en favor de la adquisición (parcial y limitada, desde luego⁵) de su derecho a la ciudad. En palabras de un dirigente de la agrupación: “A medida que nosotros impulsamos el tema de lo cultural –haciendo eventos culturales, abriéndonos al barrio– nos vinieron a conocer y bueno, ahora más o menos como que los vecinos nos van aceptando de a poco, van viendo que estamos haciendo una obra de lo más seria...” (Entrevista a Uriel, 2007).

El proceso de estetización del complejo habitacional

Con la expresión proceso de estetización del complejo habitacional me refiero a un fenómeno amplio y multifacético que adquirió diversas manifestaciones, y que en todos los casos remite al acentuado impulso estético que sustentó la concepción, el diseño y la edificación del complejo habitacional, así como al designio de ‘dotarlo de memoria’ y ‘valor simbólico’ (Delgado Ruiz, 1997: 102). En primer lugar, cabe remarcar que el MTL recurrió a un renombrado estudio de arquitectura de la ciudad a fin de que se hiciera cargo del diseño y la dirección de la obra. Se trata del estudio de arquitectura que elaborara y dirigiera los proyectos correspondientes a prestigiosas operaciones de renovación urbana efectuadas en la región

⁵ Considero que la adquisición del derecho a la ciudad constituye un *proceso* que puede ir construyéndose de manera gradual.

metropolitana de Buenos Aires –como el Tren y el Parque de la Costa– y responsable de la remodelación de algunos de los más elegantes centros comerciales porteños (los *shoppings* Patio Bullrich, Alto Palermo y otros). En segunda instancia, es interesante notar que el complejo diseñado por dicho estudio con la participación del MTL, fue concebido y proyectado tomando como contrapunto no deseado a ciertos conjuntos habitacionales modernistas-funcionalistas edificados en la ciudad de Buenos Aires, entre las décadas del cuarenta y del setenta. Ciertamente, se diseñó tomando como contrapunto la tipología edilicia monoblock, la que desde el sentido común local se asocia a un sinnúmero de representaciones negativas y a todo tipo de ‘patologías urbanas’, tales como el hacinamiento, el caos y desorden. En tal sentido, la escasa altura de los 11 edificios que componen al complejo habitacional MTL, su disposición, su innovador estilo arquitectónico y particular aspecto exterior unidos a la amplia perspectiva del conjunto, contrastan agudamente con la de los complejos habitacionales de interés social típicos de la modernidad.

Como se expresó, el complejo MTL se compone de 11 tiras de edificios. Cada tira tiene cuatro plantas; cada planta cuenta con sólo cuatro departamentos a los que se accede por escaleras. A ambos lados de las tiras se extienden los patios internos. Se trata de patios comunitarios cerrados, en tanto cada uno de ellos corresponde sólo a una tira y puede ser usufructuado por los habitantes residentes en ella exclusivamente. El acceso a los patios está protegido por portones de hierro. Se accede a las tiras y los departamentos ubicados allí únicamente atravesando el portón y patio correspondiente. Todos los departamentos cuentan con balcones enteramente contruidos en cemento (sin frente de rejas) y con vista a los patios.

Las tiras, que se encuentran unidas entre sí por pórticos de ladrillo a la vista, se disponen en dos filas, las que se abren a ambos lados del eje representado por la calle José C. Paz, en forma perpendicular a dicha vía: cinco tiras se levantan hacia la mano derecha de la calle, enfrentadas a las seis tiras localizadas en la mano izquierda. Cabe remarcar que el segmento de la calle José C. Paz que atraviesa al complejo habitacional, dividiéndolo en dos conjuntos de tiras, fue recuperado y reabierto como espacio público y vía de tránsito vehicular por el proyecto MTL, luego de que fuera ‘pri-

vatizado’ –es decir, cerrado en forma arbitraria– por los propietarios del establecimiento industrial que se levantaba allí anteriormente. El proyecto diseñado también contempla la instalación de ocho locales comerciales y de un jardín maternal a lo largo de dicha calle, para ser utilizados tanto por los pobladores del complejo como por el resto del vecindario.

Los elementos recapitulados –gran cantidad de tiras de escasa altura y baja densidad, pocos departamentos en cada una de ellas, espacios de uso público pero de acceso restringido (patios comunitarios cerrados), tiras con vista al exterior y entrada de luz solar desde ambos lados, ausencia de ascensores, reapertura de una calle y emplazamiento de ocho nuevos locales comerciales– responden al precepto general de distanciar simbólicamente a esta obra de los populosos conjuntos habitacionales modernistas y las representaciones ligadas a ellos, vinculadas al hacinamiento y la insalubridad. Responden también a los designios de reducir los costes de mantenimiento y limpieza de los edificios y propiciar una integración armoniosa, en términos estilísticos y estéticos, de la obra con el espacio urbano-barrial en el que se encuentra inserta. Como frecuentemente lo señalan los arquitectos responsables del proyecto, “no queríamos reproducir un Fuerte Apache”, queríamos distanciarnos ‘del lenguaje de los monoblocks’, de las ‘cajas anónimas’.

Otra particularidad del proyecto se relaciona con la preservación de un sector de la antigua fábrica que se levantaba anteriormente en el lugar: se mantuvo en pie el viejo edificio de ladrillo a la vista y tipología industrial localizado en una de las esquinas del terreno, cuya fachada fue preservada y restaurada y cuyo interior fue reciclado. Una decisión vinculada con esa fue el detalle de incorporar también ladrillo a la vista en los frentes de las nuevas tiras de edificios. De acuerdo con el testimonio de los arquitectos, estas elecciones se sustentaron en el deseo de mantener la memoria urbana de la zona y la continuidad estética de todo el conjunto. Según sus propias palabras, el uso de ladrillos a la vista fue el único ‘lujo’ que se permitieron darle a las fachadas. Lujo al que encontraron “suficientemente justificado, ya que de esta manera logramos identidad para el conjunto y un fuerte vínculo con el edificio de ladrillo a la vista preexistente que fue reciclado para más viviendas. Con esta conservación y reciclaje también respetamos

la memoria urbana del lugar: una vieja fábrica de fuerte impronta estética en el barrio” (Entrevista a José, arquitecto, 2006).

El proyecto, urbanístico-arquitectónico diseñado, incluyó asimismo el emplazamiento de una plaza pública (situada en la intersección de las calles José C. Paz y Monteagudo) con bancos, faroles y sectores parquizados; y puso además especial énfasis en la colocación de canteros y plantas, abundantes árboles y vegetación, a fin de embellecer el entorno y suscitar lazos afectivos de los pobladores de las viviendas con este último.

Otra faceta insoslayable del proceso de estetización remite a la pintada de dos grandes murales en los paredones de los patios comunitarios a los que nos referimos antes, y a la erección de un monolito que conmemora a un militante del MTL asesinado en 2002 en un conflicto desatado en la Villa 21 por disputas en torno al acceso a la tierra local. El monolito fue descubierto e inaugurado ante un numeroso público, en el marco de uno de los festivales antes mencionados, realizado en diciembre de 2005: la segunda edición del *Casas-Festival Urbano*. Los dos murales fueron pintados por agrupaciones culturales chilenas –denominadas *Cultura en movimiento* y *Acción rebelde*–, que viajaron desde ese país en respuesta a una invitación que les realizara el MTL para que participaran de algunos de los festivales organizados y para que transmitieran sus conocimientos y experiencias relativos al arte del muralismo, con miras a conformar una agrupación de muralistas propia. Ambos murales son sumamente vistosos y coloridos y poseen un claro contenido social (a modo de ejemplo, en uno de ellos se representan los piquetes, la protesta, la lucha y movilización callejera del MTL).

El proceso de estetización del complejo habitacional se completó con ciertos detalles, como la incorporación de techos a dos aguas levemente inclinados en los pisos superiores de las tiras imitando la tipología chalet, y con la pintura final de todo el conjunto: se adoptaron colores pastel pálidos, tenues y delicados de tonalidades claras como rosado, lila, lavanda y amarillo. ‘Una cromática general cálida’, según palabras de los arquitectos. Estas tonalidades contrastan con los colores estridentes de los murales y con el rojo y el negro, los colores distintivos del MTL, con los que la agrupación había pintado el portón de acceso al terreno cuando iniciara las obras.

En síntesis, además de la singular y elegante estructura edilicia general del complejo habitacional, el MTL recurrió a tres elementos básicos a fin de estetizar sus viviendas: el patrimonio histórico (preservación de un sector de la antigua fábrica, colocación de un monolito conmemorativo), la naturaleza o el patrimonio natural (énfasis en la abundancia de vegetación, construcción de una plaza con espacios verdes), y el color (murales y pintura final de la edificación).

Si como lo discutimos en el apartado anterior, el despliegue de un atractivo patrimonio cultural tendió a neutralizar y purificar la imagen de los piqueteros, en tanto que futuros moradores del conjunto habitacional, y permitió que construyeran el derecho a la belleza y a través suyo, el derecho a la ciudad; los fenómenos hasta aquí comentados hicieron otro tanto en un plano material. La creación de un patrimonio histórico, de un patrimonio natural y el uso de colores pasteles en las fachadas del conjunto habitacional, sujetaron a este último al derecho a la belleza, alejándolo de los devaluados conjuntos modernistas y fomentando su integración simbólica al resto de la ciudad.

El acto de inauguración

El 15 de marzo de 2007, día de su inauguración, el complejo habitacional fue engalanado con globos y pequeñas banderas rojas y negras, y acondicionado para recibir a las más altas autoridades del gobierno porteño, así como a otras cooperativas de vivienda y movimientos sociales de la ciudad. Se montó un escenario sobre la calle José C. Paz, recientemente reabierto. Los miembros del MTL participaron del acto llevando un prolijo pañuelo rojo y negro al cuello y vistiendo remeras blancas con distintas imágenes del complejo habitacional con la inscripción “Proyecto Monteagudo 2007. Creando poder popular. MTL”. Hacia el mediodía profirieron sus discursos el máximo dirigente del MTL y el jefe de gobierno de la ciudad. Vale la pena citar algunos pasajes de esos discursos:

Iniciamos esto en el marco de las condiciones más adversas, cuando pocos creían que era posible que un puñado de desocupados pudiera llevar ade-

lante este magnífico complejo. Este magnífico complejo que rompe con la idea de que la vivienda popular, de que los barrios populares, deben ser feos, que incorpora la belleza a la vivienda popular, que aspira a constituirse en un pedazo del barrio de Parque Patricios (...) Creemos en la necesidad de construir una ciudad para todos y trabajamos para ello. Cuando nosotros iniciamos este proceso, cuando cruzamos el portón de la vieja fábrica que había acá, sin otro elemento más que una maza y un cortafierro, muchos presumían que marchamos hacia el fracaso.... (Carlos Chile Huerta, dirigente del MTL, 2007).

Hoy ustedes nos muestran un camino, han transformado la nada en viviendas. Y no cualquier vivienda: han logrado borrar ese prejuicio de discriminación que piensa que los barrios populares tienen que ser feos. La única transformación real, revolucionaria de una sociedad es cuando todos accedemos a lo que es justo y a lo que es lindo y a lo que es bello. Si hay algo que tiene que ser más lindo que nada, más espléndido y luminoso que cualquier otro rincón de la ciudad de Buenos Aires, son los lugares que le pertenecen al pueblo y su espacio público (...) Nosotros hace pocos días firmamos con otra organización, Madres de Plaza de Mayo, un acuerdo que nos va a permitir construir viviendas de estas calidades, bellísimas nuevamente. Las viviendas en las que cualquiera, desde un presidente hasta un barrendero, podría vivir (Jorge Telerman, ex jefe de gobierno de la ciudad de Buenos Aires, 2007).

En ambos testimonios resuenan las reflexiones de Amendola (2000:132) acerca de la nueva función que parece haber asumido la belleza en las ciudades contemporáneas, en donde actúa, en palabras del autor, como un objeto ‘de normalización positiva’. La belleza aparece en ambos relatos como aquello que unifica, iguala y homogeneiza a todos los ciudadanos, como lo que integra y aglutina a toda la ciudadanía más allá de la pertenencia de clase, la ocupación y la pertenencia nacional o étnica. Así, tanto *el Presidente* como un barrendero podrían vivir en viviendas tan bellas como las construidas por el MTL. Resulta por demás interesante que el propio Jefe de Gobierno destaque la relevancia que reviste acceder no solamente a ‘lo que es justo’ (es decir, a lo que corresponde por ley y costumbre, que en nuestro caso sería la vivienda) sino además a lo que es *lindo* y a lo que

es *bello*, y que subraye que los espacios públicos y lugares que pertenecen al *pueblo* también deben ser bellos. Tampoco parece casual que el dirigente del MTL remarque en primer lugar que la obra incorpora la belleza a la vivienda popular, y a continuación sostenga que la obra *aspira* a integrarse al barrio de Parque Patricios –como si la belleza fuera un recurso de integración a la ciudad, o en la terminología utilizada en este trabajo, de adquisición del derecho a la ciudad–. En suma, los relatos parecen sugerir que para conquistar el derecho a la ciudad, no basta con construir viviendas ni con acceder a una vivienda. Estas últimas deben, además, ser bellas y atractivas.

Al finalizar el acto de inauguración se realizó un brindis. Por la tarde tuvo lugar un segundo acto en el que también se profirieron discursos y por otra parte se descubrieron placas conmemorativas que recuerdan a diversos luchadores ‘del campo popular’, las que se colocaron en la entrada de cada uno de los patios interiores del complejo habitacional. A continuación del acto, el público pudo recorrer el complejo habitacional y degustar comidas típicas de Perú, Bolivia, Paraguay y Argentina. Por la noche, a modo de cierre y festejo, se realizó un festival cultural de características similares a los anteriores.

Conclusiones

A lo largo de este trabajo, procuré mostrar que el acceso a la vivienda no implica en forma directa ni automática el derecho a la ciudad: así, si la construcción del complejo habitacional garantiza al MTL el acceso a la vivienda en términos materiales y jurídicos, no por ello se ve garantizada simultáneamente la concreción de su derecho a la ciudad, tal como lo testimonia la resistencia a la que se vio sometida la agrupación cuando quiso establecerse en el barrio de Parque Patricios. A fin de concretar su derecho a la ciudad, el MTL no sólo tuvo que construir un complejo habitacional. Debió además ‘encantar’ el espacio urbano en cuestión, ‘embellecerse’, construir consenso y legitimarse ante el resto de la sociedad en pos de disipar juicios condenatorios y prejuicios ampliamente extendidos acerca de

las agrupaciones ‘piqueteras’, las viviendas de interés social en general y los conjuntos habitacionales en particular. Así como en un primer momento, el MTL tuvo que organizarse y entablar una lucha por el acceso a la vivienda digna y definitiva, en segunda instancia debió hacerlo para construir y alcanzar también el derecho a la ciudad. O, lo que es lo mismo, debió organizarse para adquirir el tan mentado derecho a la belleza (Amendola, 2000) que fuera reivindicado tanto por el jefe de gobierno como por el principal dirigente del MTL cuando se inauguraron las viviendas. Para ello, el MTL recurrió a diversos dispositivos.

A través de la organización periódica de festivales, dotó de ‘vida cultural’ –o de un patrimonio cultural– al complejo habitacional y convocó al resto de la ciudadanía a participar de esos encuentros. Asimismo, diseñó un elegante conjunto habitacional cuya imagen está en las antípodas del monoblock y cuya belleza supera largamente a las vetustas viviendas del entorno. Por otra parte, ‘dotó de memoria’ (Delgado Ruiz, 1997) a dicho conjunto con la colocación de un monolito y placas conmemorativas. Por medio de la preservación edilicia de una parte de la vieja fábrica, inventó también un patrimonio histórico para aquel. Lo dotó asimismo de color y de un incipiente patrimonio natural. Todos estos elementos –el color, el festival cultural, el patrimonio histórico y natural– contribuyeron a moralizar y dignificar la imagen de los piqueteros ante el resto de la ciudadanía. Pero en este proceso, la identidad piquetera y el perfil combativo de la agrupación fue desdibujándose en forma gradual: así, para la pintura final del complejo habitacional no se adoptó el rojo y el negro sino colores pasteles tenues y pálidos, de modo que para el día de su inauguración, el rojo y el negro habían quedado reducidos a pequeñas, prolijas y estetizadas banderas y pañuelos. En el mismo sentido, aunque se pintaron dos murales de colores estridentes y contenido social, estos quedaron semiocultos a medida que avanzó la obra, puesto que se encuentran en los patios cerrados, en sitios no visibles desde el exterior. De este modo, la agrupación fue paulatinamente purificando su imagen, aproximándose al ideal de belleza socialmente esperado y *ciudadanizándose a sí misma*: esto es, conquistando su derecho a la ciudad. En un contexto de clara hegemonía del llamado ‘urbanismo escenográfico’, el camino que el MTL siguió para ello no po-

día ser otro que el de estetizarse, hiper-estetizando a su vez al complejo habitacional. Si en épocas de auge del planeamiento urbano modernista-funcionalista, la Carta de Atenas (1933) elaborada en el marco del cuarto CIAM (Congreso Internacional de Arquitectura Moderna) pudo reducir las formas urbanas a cuatro preceptos básicos a partir de una definición estrictamente funcional de las necesidades humanas (habitación, esparcimiento, trabajo, circulación) y subordinar dichas formas a la función; en el contexto actual, las formas urbanas –pero también los ciudadanos y en especial el derecho a la ciudad– se subordinan cada vez más al único precepto de ser bellos y atractivos.

Mientras en la modernidad el derecho a la vivienda (cuyo paradigma, en el caso de los sectores populares, estuvo representado por los grises y estandarizados conjuntos habitacionales de interés social) resultaba consustancial al derecho a la ciudad, en la actualidad este ya no parece ser el caso. Como surge de la experiencia del MTL aquí analizada, es imperativo construir y adquirir también el derecho a la belleza. La particularidad de dicha experiencia da cuenta de la progresiva interiorización de ese derecho por parte de los sectores populares: en efecto, el derecho a la belleza fue reivindicado y adquirido en esta oportunidad por una agrupación de trabajadores desocupados, que la puso en práctica en un área urbana deteriorada y en el seno de un proceso que, en primera instancia, se sitúa al margen de la lógica de mercado: la edificación de un conjunto de viviendas de interés social. Aunque el MTL hizo un uso *estratégico* de ese derecho, la apelación a dicha estrategia resulta, en sí misma, significativa y sintomática de la creciente hegemonía de un nuevo modelo urbano en Buenos Aires, y evidencia que algo ha cambiado en las reglas que subyacen al arduo juego de acceder a la vivienda y a la ciudad.

Bibliografía

- Amendola, Giandomenico (2000). *La Ciudad Posmoderna. Magia y Miedo de la Metrópolis Contemporánea*. Madrid: Celeste Ediciones.
- Ballent, Anahí (2005). *Las huellas de la política. Vivienda, ciudad, peronismo en Buenos Aires, 1943-1955*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes.
- Delgado Ruiz, Manuel (1997). “Las estrategias de memoria y olvido en la construcción de identidad urbana: el caso de Barcelona”. En *Ciudad y Cultura. Memoria, identidad y comunicación*, Daniel Herrera Gómez (Coord.): 95-125. Bogotá: Ediciones Universidad de Antioquia.
- Fenster, Tovi (2005). “The Right to the Gendered City: Different Formations of Belonging in Everyday Life”. *Journal of Gender Studies*. N°14(3): 217-231.
- Fiori Arantes, Otilia (1996). “Cultura da cidade: animação sem frase”. *Revista do Patrimônio Histórico e Artístico Nacional*. N°. 24: 229-240.
- Giglia, Angela y Emilio Duhau (2008). *Las reglas del desorden: habitar la metrópoli*. México: Siglo XXI Editores, Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Azcapotzalco.
- Gorelik, Adrián (2004). *Miradas sobre Buenos Aires. Historia cultural y crítica urbana*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Habitat International Coalition, et. al. Carta Mundial por el Derecho a la Ciudad. <http://www.hic-net.org/document.php?pid=2663>.
- Harvey, David (2008). “The Right to the City”. *New Left Review*. N° 53: 23-40.
- Lefebvre, Henry (1973). *El derecho a la ciudad*. Barcelona: Península.
- Lopes de Souza, Marcelo (2010). “Which Right to Which City? In defense of political-strategic clarity”. *Interface*, N°. 2(1): 315-333.
- Mathivet, Charlotte (2010). “El derecho a la ciudad: claves para entender la propuesta de crear ‘otra ciudad posible’” En *Ciudades para tod@s: Por el derecho a la ciudad, propuestas y experiencias*, Ana Sugranyes y Charlotte Mathivet (Ed.): 23-28. Santiago de Chile, Habitat International Coalition.
- Mongin, Olivier (2006). *La condición urbana. La ciudad a la hora de la mundialización*. Buenos Aires: Paidós.

- Mecle Amiñana, Elina (2002). “Los derechos sociales en la Constitución Argentina y su vinculación con la política y las políticas sociales”. En *Pobreza, desigualdad social y ciudadanía. Los límites de las políticas sociales en América Latina*, Alicia Ziccardi (Comp.): 37-65. Buenos Aires: CLACSO.
- Ortiz Flores, Enrique (2007). “El derecho a la ciudad. Una apuesta política por una vida digna en la ciudad”. En *Conversaciones sobre el derecho a la ciudad*, Favio Velásquez (Comp.): 11-24. Lima: Colección Travaux de L’ Institut Francais de Études Andines.
- Oszlak, Oscar (1991). *Merecer la ciudad. Los pobres y el derecho al Espacio Urbano*. Buenos Aires: Cedes Humanitas.
- Perceval, Marita (2011) “En camino hacia el derecho a la ciudad”. En *Derecho a la ciudad: por una ciudad para todas y todos. Ideas para debatir*, María Cristina Perceval y Jordana Timerman (Coord): 10-19. Buenos Aires: Ministerio de Justicia y Derechos Humanos de la Nación.
- Prévot Schapira, Marie France (2000). “Segregación, fragmentación, secesión: hacia una nueva geografía social en la aglomeración de Buenos Aires”. *Revista Economía, Sociedad y Territorio*. Vol. 7, N° 2, pp. 405-431.
- Rodríguez, María Carla (2005). *Como en la estrategia del caracol... Ocupaciones de edificios y políticas locales del hábitat en la ciudad de Buenos Aires*. Buenos Aires: El Cielo Por Asalto.
- Thomasz, Ana Gretel (2007). “Políticas culturales en el seno de movimientos político-sociales piqueteros”. *Voces Recobradas. Revista de Historia Oral*. N.º 23: 52-62.
- (2008). “Historia y etnografía de una normativa polémica: la Ley 341 y el Programa de Autogestión para la Vivienda”. *Cuadernos de Antropología Social* N.º 28: 127-149.
- Yúdice, George (2002). *El recurso de la cultura. Usos de la cultura en la era global*. Barcelona: Gedisa.

Confinamientos, movilidad e intercambios Una investigación sobre las condiciones y los modos de vida en la periferia del Gran Buenos Aires

Daniela Soldano

Introducción

Durante los largos y sombríos meses que siguieron a la crisis de finales de 2001, las principales ciudades de la Argentina dejaron en una suerte de ‘intemperie’ a las múltiples formas de la marginalidad urbana. Cotidianamente, habitantes de ‘otros’ territorios desembarcaron en las grandes ciudades y establecieron contactos impensados con los residentes habituales. Un abanico heterogéneo de actitudes, que fueron desde la caridad hasta la represión, pasando por el rechazo, el fastidio, el conflicto y la negación, estructuró cotidianamente esas relaciones. El despliegue de un conjunto de oficios populares –cuida coches, feriantes y vendedores de productos usados en plazas y parques, malabaristas de semáforo y demás artistas de la pobreza y mendigos callejeros– convirtieron a los espacios públicos –históricamente destinados al ocio o a la circulación creativa– en lugares críticos para la supervivencia.

Del conjunto de sujetos de otros territorios que accedieron sistemáticamente a las zonas céntricas, los cartoneros¹, por ejemplo, quienes en menor número y con menor asiduidad ya venían haciéndolo, ocuparon un lugar

1 Denominación corriente de los sujetos que se dedican a la recolección informal de materiales (cartón, papel, vidrio, plástico, metales) en los residuos urbanos para su recuperación, reciclaje, consumo y reventa. Los ‘cartoneros’ son el eslabón más débil de un circuito de reciclaje de alto valor económico y que incorpora, al final del ciclo, a las grandes empresas. Para un análisis de la temática véase Schamber -Suárez (2007).

preponderante. Para sus enormes y polifacéticos contingentes, salir de *sus* espacios cotidianos a recorrer *otros* se constituyó en una alternativa precaria aunque relativamente efectiva de obtención de ingreso. Estos nuevos desplazamientos y usos del espacio y sus expresiones de sociabilidad cotidiana permitieron apreciar una transformación copernicana en las formas de integración social y laboral de vastos conjuntos sociales en áreas urbanas; y, en particular, en la condición territorial de esta nueva trama.

Si en algunos casos, la modificación del paisaje urbano fue vivida con relativa resignación por los vecinos estables, en otros, primó el tono de denuncia –velada o explícita– acerca de la usurpación, los emplazamientos y los desplazamientos foráneos e ilegales. Las miradas sobre el crecimiento de la población de las villas de la ciudad, por ejemplo, han permitido apreciar los modos en los que los habitantes legales de Buenos Aires perciben a los habitantes ilegales, la batería de clasificaciones sobre sus orígenes, prácticas habituales y matrices morales. El crecimiento de la sensación de inseguridad ha sido acompañado de un verborragia usualmente xenofóbica que liga la condición de pobreza con delincuencia y a ciertos territorios con ‘canteras’ de delincuentes (Kessler, 2009).

Revisando la perspectiva de Marc Augé sobre la oposición entre lugares y no-lugares y sus derivaciones identitarias, Regin Robin (1996) utiliza la expresión ‘fuera de lugar’ para referirse a los personajes que, desde lugares de estabilidad identitaria, transitan hacia lugares de movimiento o de alejamiento de la pertenencia. En ese transitar, se sufre cierta des-territorialización. Las imágenes de ‘cantera’, ‘desborde’ y ‘fuera de lugar’ contribuyen a apreciar indicios de una nueva configuración de la gran ciudad, cuyo borde cobra relieve y se robustece produciendo franjas periféricas crecientemente marginalizadas.

Si bien las periferias son tan antiguas como las ciudades, sostengo que el hecho de habitarlas, en el presente, está moldeando formas subjetivas y de ciudadanía –es decir, de relación entre los sujetos y el Estado– de nuevo tipo. En efecto, la situación de pobreza crónica y territorializada ha tendido a consolidar regiones cuyas posibilidades de integración material, política y simbólica, como así también de acceso a bienes valiosos, se van extinguiendo.

En este artículo propongo una clave para abordar la cuestión social urbana y la desigualdad en Argentina contemporánea centrada en estos dos registros: la relegación social y urbana y la movilidad cotidiana. El foco estará puesto en el análisis de los desplazamientos de los cartoneros por el espacio urbano, especialmente, en las sociabilidades y políticas que ocurren en sus lugares de residencia en la periferia y a propósito de la utilización del servicio ferroviario. Esto es, se propondrá un análisis de la desigualdad particularmente atento a las múltiples dinámicas de diferenciación y etiquetamiento que ocurren en el espacio vital cotidiano². Como intentaré demostrar, el Estado y las políticas públicas en una relación recursiva con el sentido común de la vida cotidiana, llevan a cabo un rol clave en la reproducción de los intercambios desiguales, y del confinamiento material y simbólico de estos conjuntos sociales.

En torno al lugar y a los actores de esta investigación

La investigación que está en la base de este artículo fue realizada entre 2003 y 2009 y tuvo como objetivo analizar las experiencias de la desigualdad social de un conjunto de habitantes de la periferia noroeste de la Región Metropolitana de Buenos Aires (RMBA), la de una zona del partido de José Clemente Paz situado a 35 km. de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires. Dependiendo de los recursos provinciales y nacionales y con exiguos niveles de recaudación impositiva, este distrito exhibe el nivel de gasto por habitante más bajo de la Región³. Los hogares de José C. Paz son en comparación más grandes que los de los otros partidos del Gran Buenos Aires. Están compuestos por más de 4 miembros y con integrantes más jóvenes

2 Se sostiene que la investigación sobre la desigualdad debe centrarse en este registro: el de la vida cotidiana, el espacio de los próximos con quienes se intercambian a diario experiencias de acceso a los bienes valiosos y repudiados y juicios de valor sobre los grados de justicia de esta distribución y sus consecuencias en la sociabilidad (Soldano, 2011)

3 Según datos del Censo 2010, su población asciende a más de 263 mil habitantes, lo que representa una variación relativa respecto al censo de 2001 de 14,3%. La densidad aumentó en proporción al aumento poblacional y actualmente se estima en 5 262 hab/km², mientras que en 2001 contaba con 230 208 habitantes y una densidad de población de 4 594 hab/km².

que el promedio. Además de una alta concentración de población, José C. Paz cuenta –al igual que los municipios periféricos de la RMBA (Malvinas Argentinas, Florencio Varela, Moreno, Esteban Echeverría)– con indicadores de provisión de servicios que se ubican bajo el promedio de los demás partidos del Gran Buenos Aires. Por ejemplo, para el año 2001, sólo el 1,8% de los hogares contaba con red de cloacas, y sólo el 14,9% con red de agua potable. Dos tercios de los hogares disponían de red de alumbrado público e igual proporción tenían provisión de red de gas. Y, en términos de infraestructura urbana, sólo el 67,6% de los hogares tenía al menos una cuadra pavimentada, y el 88,8% declaró contar con un medio de transporte público próximo a su domicilio.

José C. Paz, es también uno de los partidos de la RMBA donde se registran mayores porcentajes de hogares con NBI por radio censal (entre 20,5% y 30,4%). Asimismo, en los últimos veinte años la mayoría de los habitantes de José C. Paz –fundamentalmente los de sus barrios periféricos– se han convertido en receptores sistemáticos de programas sociales focalizados. En efecto, debido a sus niveles de NBI territorios como el pacheño se han constituido en escenarios predilectos para la implementación de programas sociales, en espacios atravesados y sostenidos por planes, en ‘barrios bajo planes’. Esta situación tuvo un fuerte impacto en la vida cotidiana familiar y comunitaria (Cravino, Fournier, Neufeld, Soldano, 2002). Los recursos de los planes estatales se convirtieron en insumos clave para la reproducción al mínimo de la vida, al tiempo que se tornaba crecientemente difícil conseguir trabajo e ingresos monetarios. Los criterios de focalización de los programas sociales instalaron una suerte de dialéctica regresiva con sus objetivos, que fijó a los sujetos a sus espacios de recepción.

Las condiciones demográficas y socioeconómicas de alta vulnerabilidad que presentan los hogares de José C. Paz, y las características territoriales del partido con conectividad y accesibilidad heterogéneas y desiguales, se combinan estrechamente con la oferta de transporte público disponible en la zona, dando como resultado una población con importantes dificultades para el desplazamiento cotidiano. El dinero, en tanto recurso de movilidad, se convierte en un elemento que, siendo escaso, no alcanza a mitigar los efectos de una infraestructura vial y de transporte deficitario.

Residentes en zonas próximas a las estaciones de tren experimentan mayores posibilidades de desplazamiento, mientras que aquellos cuya residencia se ubica en zonas más segregadas deben realizar desplazamientos más complejos (en cantidad de etapas y trasbordos), más caros y que insumen mayor cantidad de tiempo; o bien, deben optar por construir su cotidianidad en una escala barrial, donde el trabajo, las relaciones sociales y las actividades de consumo y de esparcimiento se ven restringidas al área de alcance de su movilidad, y no pueden acceder, la mayoría de las veces, a vínculos personales y laborales que sí encontramos en otros espacios de la RMBA (Palma Arce, Soldano, 2010).

El trabajo de campo de esta investigación se concentró en un área del borde del distrito –el del límite con Pilar– que puede ser vista como una zona de interfase entre el tradicional suburbio (que combinó loteos populares con asentamiento informales) y el nuevo periurbano, donde se emplazan una estación ferroviaria recientemente inaugurada, un parador de cartoneros y una feria de comercialización de productos derivados de dicha actividad. Por los niveles e intensidad de la pobreza, los tipos de inserción al mercado de empleo, la situación de cobertura, la calidad de los servicios sociales y urbanos, y su relación con la ciudad central, la región analizada presenta un conjunto de características que permiten estilizar las condiciones y modos de vida en franjas metropolitanas periféricas. El barrio donde residen los sujetos de esta investigación, *Sol y Verde*, carece de servicios de infraestructura urbana mínimos, tales como redes de agua y cloacal, alumbrado público, calles pavimentadas y en buen estado. Las políticas estatales de expoliación y provisión tendieron a reproducir su condición de periferia en el marco de la crisis del mercado de trabajo y sus efectos de desintegración social y cultural. Los servicios sociales no responden, objetivamente, de manera adecuada a la demanda de los vecinos. Sumado a esto las intervenciones focalizadas de los programas sociales compensatorios, de los últimos veinte años, tuvieron efectos coadyuvantes en la diferenciación de estos espacios del ‘resto’ social y urbano.

Una red conceptual para investigar la desigualdad: relegación social y urbana y movilidad cotidiana

En los últimos años, el campo de investigaciones sobre la dinámica urbana y las ciencias sociales se ha concentrado en el desarrollo de una serie de conceptos y enfoques tendientes a explicar el impacto de los procesos de reestructuración económica sobre la estructura social y espacial de las ciudades. Distintas metáforas acuñadas por los científicos sociales han intentado dar cuenta de esta relación entre la transformación en la estructura socioeconómica y política y su fisonomía. Sea bajo el prisma de la dualización, de la fragmentación o de la segregación, esto es, considerando al espacio urbano desde una lógica de polos, de piezas dispuestas en fragmentos o con tendencia a la separación, las ciencias sociales han intentado producir imágenes de la ciudad que expresen la profunda metamorfosis social y económica de la que ha sido objeto. (Sassen, 1999; Correa do Lago, 2000; De Queiroz Ribeiro, 2005; Preteceille, 1994, Bayón y Saravi, 2007, Cordera-Ramírez Kuri-Ziccardi, 2008; Kessler *et al*, 2010, Merklen, 2006; Pirez, 2009; Grassi y Danani, 2009).

La línea de investigación de Wacquant (2001 y 2007), centrada en la idea de la relegación como producción institucional, permite explicar de manera compleja el proceso de segregación residencial en grandes ciudades cuyos aspectos centrales son: la erosión de la capacidad integradora de la relación salarial; la desconexión funcional de las tendencias macroeconómicas respecto de los territorios pobres, es decir, el crecimiento sin empleo y con alta segmentación del consumo; la fijación y territorialización de la marginalidad y la penalización de los espacios segregados; y todas las formas de clasificación y categorización que contribuyen a fijar los límites de los espacios de confinamiento; la ‘alienación’ espacial y la disolución de los lugares de pertenencia; la pérdida de un país interno, en tanto el Estado es el principal actor de la relegación al dar forma a los mercados de vivienda, del trabajo y el valor de las credenciales educativas, la distribución y calidad de la provisión de bienes y servicios; la ‘desregulación simbólica’ de amplios y heterogéneos conjuntos sociales en la proliferación de etiquetas que se aplican a estas poblaciones.

No obstante, las propiedades del régimen de marginalidad avanzada se especifican de modos distintos en cada caso nacional y regional; según los contextos urbanos, la historia y las políticas públicas⁴. Si en Estados Unidos, la discusión sobre segregación se centró en los aspectos étnicos o raciales que constituían a los guetos (Jargowsky, 1996)⁵, en América Latina la explicación debe centrarse en el análisis de las desigualdades socioeconómicas y su expresión espacial. En efecto, las investigaciones sobre el crecimiento urbano en las ciudades de nuestro continente reflexionan acerca de su expansión a partir de la idea de fabricación de territorios diferenciados, con formas de vida antitéticas y de conexiones complejas: la segregación autoinducida de sectores de altos ingresos (la de las urbanizaciones cerradas)⁶ y la segregación estructural de los sectores pobres (favelas, poblaciones, asentamientos y villas miseria). En el medio, se localizaría la consolidación de zonas intermedias entre ricos y pobres, caracterizadas por estilos de ‘atomización privatizadora’ que desestructuran la tradicional vida cotidiana en la ciudad. No obstante, para ambos sectores sociales, habrían desaparecido los espacios públicos y privados de interacción que caracterizaron históricamente a sus modos de vida (Prévôt-Schapira, 2001 y 2002).

Rodríguez Vignoli (2001), por ejemplo, sugiere considerar dos aspectos de la segregación que no necesariamente están empíricamente relacionados: el ‘geográfico’, es decir, el que refiere a una distribución desigual y distante de estos grupos sociales en el espacio físico, y el ‘social’, es decir, el

4 En este esquema, mientras el gueto afro-americano es analizado en tanto el efecto combinado del funcionamiento del mercado de trabajo, las relaciones étnicas y las políticas públicas sobre la geografía de la ciudad y las experiencias sociales; en la periferia parisina, la marginalización se explica como el resultado de las ‘cerraciones excluyentes’ de la sociedad post-fordista y del desarrollo desigual del Estado de Bienestar francés, el cual ha perdido fuerza para contrarrestar la lógica de clase y de nacionalidad.

5 Para una lectura ampliatoria del debate sobre segregación y gueto véase número 16 “Conurbano” de la Revista del CECyP.

6 Según Svampa (2001) la ocupación del espacio suburbano por los barrios cerrados reflejó ‘de manera hiperbólica’ el fenómeno de privatización de la sociedad durante los noventa, vehiculado por las trayectorias de ascenso social de una parte de la clase media altamente capacitada, dedicada a los servicios, que desarrolló un estilo de vida (basado en el ideario de la recreación y la seguridad) deliberadamente resguardado de la diversidad. Más allá de la heterogeneidad del universo total de los barrios cerrados, la población de cada barrio se caracteriza, hacia adentro, por su homogeneidad social y generacional y por el desarrollo de estrategias de distinción asumidas como colectivo.

que implica ausencia de interacciones entre distintos grupos sociales. En el mismo sentido Sabatini (1999) propone superar el análisis estrictamente objetivo de la segregación para considerar el conjunto de vivencias y percepciones que sobre este producen los habitantes de un territorio.

En esta línea, algunas investigaciones recientes muestran cómo el proceso de creciente aislamiento de los pobres urbanos contribuyó a la erosión de capital social y vació las redes de circulación de recursos y ayudas, cuyo funcionamiento depende de contactos estratégicos con el 'afuera' en el que se asentó históricamente buena parte de su reproducción (Suárez, 2004). De este modo, en los enclaves de pobreza se reproducen biografías de riesgo al perpetuarse los mecanismos que acumulan desventajas, retroalimentan el aislamiento y, por ende, la vulnerabilidad de los hogares (González de la Rocha, 2007).

Según Kaztman (2001) el progresivo repliegue y la relegación de los pobres se vincula a la escasa posibilidad de integración al mercado laboral y de acumulación de recursos, a la desaparición de los espacios de sociabilidad entre clases —que posibilitaba intercambios informales y una suerte de agenda común— y a la segmentación de la calidad de los servicios públicos, en particular al deterioro de la educación y la salud en los territorios que habitan. El enfoque de Kaztman es interesante para pensar el correlato espacial de la fractura social a la que asistimos las sociedades latinoamericanas: una sociabilidad cada vez más limitada a círculos sociales homogéneos, un debilitamiento de los vínculos de los trabajadores menos calificados con el mercado de trabajo y la creciente concentración de esos trabajadores en barrios de alta densidad de pobreza.

Finalmente, el concepto de *insularización* (Cravino *et al*, 2001; Soldano, 2008) pone en primer plano la relación entre la degradación del hábitat urbano-ambiental y las experiencias de sus habitantes⁷. Esta hipótesis propone que en las últimas tres décadas las franjas periféricas de la región metropolitana de Buenos Aires han sido moldeadas al calor de tres dinámicas: a) la de la expoliación del contexto en el cual se insertaron, crecieron y 'empantanaron'; b) la de la vulnerabilización y marginalización

7 Para un análisis de estos procesos en la región metropolitana de Buenos Aires véase Calello y Suárez, 2012; Torres, 2001; Barsky, 2009.

socio-laboral que se erigió como el sino de la vida cotidiana de los sujetos⁸; y c) la de su aislamiento creciente, derivado de las restricciones a los desplazamientos desde el barrio hacia otros sitios de la metrópoli, el cual alimentó experiencias subjetivas de relegamiento.

El otro organizador analítico de este trabajo es el de la movilidad, entendida como el conjunto de desplazamientos cotidianos y rutinarios, en los que se conjugan expectativas, necesidades y recursos de los sujetos. La interacción más o menos virtuosa entre estos elementos permite referirse a la accesibilidad de grupos sociales a sus 'prácticas de viaje' (Gutiérrez, 2008). Esta forma de comprender la movilidad pone énfasis en la relación triangular entre los desplazamientos deseados, los desplazamientos posibles y los desplazamientos realizados (Lévy, 2000)⁹. Así, el análisis de la movilidad trasciende el estudio de las redes objetivamente disponibles en un territorio al incorporar la noción de accesibilidad (como dinámica y proceso atravesado por interacciones y no como dato) y al registro subjetivo e imaginario de la vida metropolitana. La categoría 'horizonte espacial' representa una herramienta potente para comprender las percepciones del espacio de movilidad posible y la riqueza (o pobreza) eventual de sus fines (Harvey, 1999; Cebollada, 2006; Fournier, 2008; Alba, 2004).

Los procesos de movilidad permiten poner en relación un conjunto de registros críticos en la construcción de la ciudad metropolitana, al tiempo que invitan a una reconstrucción histórica de esos procesos: el de la nueva configuración urbana marcada por la agudización de la desigualdad socio-espacial y la transformación del régimen social de acumulación; el de las políticas públicas que disponen los elementos urbanos, proveen y regulan para que dichos procesos ocurran; y el de prácticas sociales y los imaginarios que se construyen en los desplazamientos¹⁰.

8 En contextos de expoliación se imponen los riesgos permanentes externos e internos y los repertorios débiles para contrarrestar dichos riesgos y, fundamentalmente, una estructura de oportunidades adversa. Además de la desocupación se destaca la instalación de la *vulnerabilidad laboral*, es decir, la multiplicación de inserciones intermitentes y precarias al mercado de trabajo (Rodríguez Enríquez, 2002).

9 Para una reconstrucción y análisis de la 'especialidad' entendida como un problema de múltiples escalas y dimensiones, véase Derek y Urry, 1985.

10 El Observatorio de Movilidad Urbana (OMU) del Banco de Desarrollo de América Latina, sos-

Dispuestos brevemente estos elementos conceptuales, en lo que sigue de este trabajo intentaré esbozar algunas respuestas a las siguientes preguntas: ¿Qué tipo de relegación encarnan los territorios periféricos investigados? ¿Cuál ha sido el papel del Estado en estos procesos? ¿Cómo se regulan simbólicamente estos territorios de relegación? ¿Qué tipos de subjetividades y sociabilidades se generan al calor de estos procesos cotidianos? El hilo conductor, como propuse al inicio, será el análisis del tren cartonero y la nueva estación ferroviaria inaugurada en 2009.

Un territorio, dos trenes. Política pública y sentido común en la construcción de la desigualdad socio espacial

Si una ciudad contiene todo tipo de señales y símbolos, entonces podemos tratar de comprender el significado que la gente les confiere. Debemos esforzarnos por comprender el mensaje que la gente recibe del ambiente construido a su alrededor. (Harvey, 1977:26)

Está terminando febrero de 2008 y llueve bastante. El tren cartonero está parado en el andén ‘invisible’ de la calle Calicanto y el cruce con la vía. En cada puerta, de cada vagón, los cartoneros suben trabajosamente los carros ayudándose unos a otros. No es tan grave porque están vacíos. A la madrugada, será más difícil bajarlos porque estarán cargados. La asignación

tiene que el proceso de urbanización de las últimas décadas ha puesto en evidencia la necesidad de problematizar las condiciones de movilidad de las personas, en especial, porque el crecimiento de las ciudades no se ha visto acompañado por un crecimiento equiparable en los servicios públicos e infraestructura (CAF, 2011). El patrón de movilidad en América Latina se caracteriza por un creciente y constante aumento de las distancias entre los lugares de trabajo y servicios públicos y residencia, y por el incremento del tránsito vehicular (que ha crecido cerca de un 40% en la segunda mitad del siglo XX). Dicho patrón estaría generando graves ‘externalidades negativas’ como la contaminación, la congestión vial y la accidentalidad, que asumen proporciones importantes en ciudades como San Pablo, Buenos Aires o México DF. (Krüger, 2010; Gutiérrez, 2008, Rearte, 2006). Kralich (2000 y 2005) sobre transporte público en general y Pérez (2010), Pérez - Rebón (2012) y Lopez y Waddell (2007) sobre trenes, en particular, sostienen asimismo, que las reformas de las últimas décadas coadyuvaron a la segmentación de la calidad de la oferta según las condiciones socioeconómicas de los usuarios y consolidaron los monopolios.

de lugares en los vagones no es aleatoria sino que sigue un criterio claro: el lugar en el que bajarán a realizar sus circuitos diarios de colecta.

Algunos rezagados apuran el paso mientras el silbato del guarda empieza a sonar. Hay menos cartoneros (y entre estos, menos mujeres y niños) por el mal tiempo. Son las dos y media de la tarde y la formación salió de la estación cabecera con otros trabajadores para parar aquí y volver a hacerlo en José C. Paz y en San Miguel. Mientras se suben los últimos –de frente, en sentido contrario– se aproxima el otro tren, el servicio normal. Como hay aún algunos cartoneros que suben del lado de la vía, el otro tren detiene la marcha y espera. Es peligroso. Unos segundos después, ambos trenes se cruzan y el andén de los cartoneros, como tal, desaparece.

Como dije, el tren cartonero realizará otras paradas antes de ingresar a la capital y cuando cruce la avenida General Paz, los contingentes empezarán a bajar, cada uno a su turno, a emprender sus circuitos de colecta en comercios y domicilios. La jornada de trabajo es extenuante. Casi a la medianoche esperarán en las inmediaciones de las estaciones con los carros cargados de materiales para reciclar, alimentos, objetos y ropa y subirán al tren. Aproximadamente a la una de la madrugada del día siguiente, estarán tirándose de este –literalmente– en el parador de Calicanto y la vía. A doscientos metros de aquel parador, otro andén –este visible– de la estación recientemente inaugurada espera hasta la hora de la madrugada en la que retoma el servicio. En un rato, empezará a poblarse de operarios, trabajadoras domésticas y obreros de la construcción.

Muy cerca de la estación *Sol y verde* se erige un mercado popular en el que se comercializan ropa y artículos recolectados en los itinerarios de los cartoneros por los barrios de clase media. La así llamada ‘feria cartonera’ o ‘feria de los cartoneros’ constituye un espacio fundamental en la vida cotidiana de esta periferia, ya que en esta no sólo encuentran una forma posible de obtención de ingreso muchos de los vecinos, sino que se despliega una activa sociabilidad de tiempo libre. Así como el parador cartonero convive con la estación oficial, esta feria convive con espacios de comercialización formales, como el mercado concentrador y la zona de la estación de José C. Paz, nudo de las prácticas de viaje de los habitantes metropolitanos.

Durante la década del noventa, el tren devino en un espacio de transición entre lo público y lo privado, signado por un proceso altamente conflictivo. En efecto, la privatización subsidiada –durante el gobierno de Carlos Menem y el de Néstor Kirchner– significó la eliminación de puestos de trabajo, el vaciamiento de la empresa, la tercerización y la flexibilización laboral, como así también la carencia de inversiones en mantenimiento y seguridad, que dejaron como resultado un servicio colapsado y en riesgo permanente. En 2004, debido al incumplimiento del contrato de concesión y los reiterados informes en ese sentido de la Comisión Nacional de Regulación de Transporte (CNRT), le fue revocada la concesión a la empresa Metropolitano. La operación del servicio quedó a cargo de la Unidad de Gestión Operativa Ferroviaria de Emergencia (UGOFE), conformada por las otras concesionarias de la red, mientras que los salarios de los trabajadores comenzó a pagarlos el Estado.

Pero además, desde el año 2002 y hasta el presente, el ex tren San Martín (TSM) presta un servicio diferenciado para cartoneros a través de una formación de vagones preparada para que entren los carros. Hoy, el ex Tren San Martín es el único ramal que continúa prestando este servicio, el cual sale a las 15hs desde la estación Derqui y regresa a las 23hs. con destino final Pilar¹¹.

La convivencia de ambos trenes y ambas estaciones –una invisible y otra visible– vuelve prístino el lugar del Estado en la reproducción de la desigualdad categorial. El enfoque de Tilly (2000) brinda elementos explicativos claves para iluminar los mecanismos profundos que mueven este proceso y lo reproducen a diario. Según este autor, la vida de las sociedades adquiere la forma de configuraciones en una red cuyo conjunto básico es el par categorial. Cadena, jerarquía, tríada y organización, constituyen las partículas elementales de la vida social. La argamasa que liga a las configuraciones sociales es el conocimiento social entendido como ‘libreto’ y ‘conocimiento local’ compartido según su grado de estructuración.

11 Los vagones cartoneros se distinguieron en el paisaje metropolitano por circular, con aspecto fantasmagórico, en las noches durante las últimas décadas. Sin luces, con las ventanillas enrejadas y las puertas abiertas. La investigación empírica sobre los servicios de trenes cartoneros no constituye un corpus destacable. Véase, Koebs (2007) y Di Marco (2007).

Según Tilly, las categorías se desplazan y se replican en una suerte de ‘ósmosis’. Las organizaciones estatales toman decisiones y resuelven la asignación de recursos basadas en distinciones categoriales externas que incorporan a sus libretos organizacionales internos. En esta investigación puede advertirse este proceso en la separación del servicio para usuarios y para cartoneros, lo que incluye la imposibilidad para estos últimos de usar el andén de la nueva estación.

Los sujetos marcados por esas categorías producen cotidianamente sus vidas en este marco, al encontrarse, de manera permanente, atravesados por estas categorías de ‘desigualación’. Esta palabra le imprime a la cuestión de la que hablo un horizonte temporal¹². Se trata de un proceso en curso, de lenguajes públicos y sociabilidades que tienen una historia y que deben ser comprendidas como tales. Sin embargo, las configuraciones que se arman en la reiteración de pares categoriales no son plenamente eficientes. En diversas situaciones, los actores pueden modificar sus determinaciones a partir del desarrollo de comportamientos colectivos desafiantes. De hecho, como presentaré enseguida, la concreción de la estación de *Sol y Verde* puede leerse en esta clave, como el resultado de las prácticas ‘insubordinadas’ o contestatarias que emprendieron los habitantes de la periferia, las organizaciones y los movimientos sociales en el territorio de la vía frente a la postergada respuesta del sistema político.

El servicio del tren cartonero permite advertir la demarcación cotidiana de una suerte de ‘corredor’ donde circulan usuarios específicos recortados del universo general, sujetos a quienes no se les permite usar el andén de la estación oficial. Entiendo que un corredor es un camino o pasillo que conecta dos puntos en el espacio y que en su despliegue puede admitir/permitir un conjunto –más o menos amplio– de alternativas de salida. El tren –las estaciones, las vías y los vagones– trazan las condiciones físicas del corredor en tanto permite el desarrollo corriente de los desplazamientos comunes y prepara condiciones especiales para los desplazamientos cartoneros. En esa operación –a la vez– se van construyendo cotidianamente sus condiciones simbólicas. Por un lado, definiendo atributos para los usuarios

12 Agradezco los comentarios de Estela Grassi, quien me sugirió la utilización de este término, en el marco de las Jornadas de Política Social, UNGS, agosto de 2009.

estándar y usuarios cartoneros, por el otro definiendo reglas de acceso claramente diferenciadas. Los carros no suben por las rampas y si se acercan los gendarmes los miran ‘con malos ojos’.

A lo largo de su recorrido, las vías conectan ‘espacios comunes’ –los bordes, los andenes, las inmediaciones de las estaciones– que adquieren visibilidad precisamente por los conflictos vinculados a sus usos. Estas disputas permiten mirar desde primera fila la lógica de la fragmentación y la relegación urbana como sello dominante de la cuestión social contemporánea. Mientras que para algunos se trata de invisibilizar los recorridos, hacer limpieza y devolver a *su* sitio a ciertos sujetos, para otros la posibilidad misma de los desplazamientos es asunto de derecho, a tal punto que puede motorizar acciones colectivas y de protesta. En ambos casos, siempre, lo que se hace cada vez más evidente es la desigual y cada vez más reificada estructura de opciones y de metas: la nitidez de las fronteras entre distintas clases de ciudadanías.

Los espacios comunes pueden ser comprendidos a partir de dos analizadores básicos: sus condiciones de accesibilidad y su diversidad de integrantes y usuarios (Da Representação, 2009). Entre los aspectos que inciden en la *accesibilidad*, el estatus jurídico e institucional resulta fundamental, ya que las definiciones que este estipula condicionan a los actores a adoptar un registro específico de acción y determinan –de esta manera– las prácticas legítimas e ilegítimas. Regulando los accesos, es posible advertir también reglas informales y consuetudinarias muy potentes.

A su vez, en relación a los usuarios, la condición de *intersubjetividad* del espacio común es un componente crítico, en cuanto estos son tanto el ámbito y matriz de referencia para la construcción de la propia identidad, como para demarcar la identidad del otro: la alteridad. Así, los espacios comunes se construyen a partir de las sucesivas ‘marcas de habitación’ que las personas y los grupos producen al nombrarlos y recorrerlos. Las marcas se producen en el marco de relaciones de poder donde se ponen en juego distintos proyectos personales y político-culturales (Eilbaum y Villalta, 2002, Duhau y Giglia, 2004 y 2008)¹³.

13 Catenazzi y Quintar (2009:15) se refieren a este proceso en términos de la ‘territorialidad de la acción pública’. Con este concepto las autoras proponen pensar cómo las relaciones Estado-sociedad,

En un pasaje de *Cuando me muera quiero que me toquen cumbia*, Cristian Alarcón (2003) describe el interior de la vida en los vagones del tren cartonero con una intensa minuciosidad, y hace sentir al lector la ‘intemperie moral’ que se replica cotidianamente en su trajín. El suceso narrado en detalle es el accidente de un chico de catorce años y los intentos desesperados de los pasajeros por detener el tren, allí donde, si bien hay estaciones, no hay paradas previstas para los de *su* clase. El pasaje es elocuente de las diferencias institucionalizadas en materia de derechos de acceso y desplazamientos por el espacio urbano; y también, como exploraré a continuación, permite apreciar dos figuras nítidas de la subjetividad en esta periferia: los vecinos y los cartoneros¹⁴.

La estación de los vecinos

¿Qué significa la nueva estación ferroviaria de *Sol y Verde* para los habitantes de este territorio? ¿Qué narrativas se han construido en torno a su origen? ¿Qué prácticas y relaciones permiten apreciar su desarrollo como demanda? La historia de la demanda por la estación ferroviaria permite discernir un conjunto de temas críticos de la vida social metropolitana; a saber: la relación de los vecinos con el Estado en sus distintos niveles, las prácticas políticas y la sociabilidad barrial y la experiencia vital y los desplazamientos cotidianos en grandes ciudades, entre los más significativos. En efecto, se trata de una demanda por un servicio que permitió ampliar los repertorios de movilidad de las habitantes de la periferia noroeste de la Región Metropolitana de Buenos Aires y que desencadenó impactos concretos en la vida cotidiana: optimización del tiempo de traslado, abaratamiento de su costo, reducción del riesgo y de la imprevisibilidad.

Me cuentan los vecinos que usualmente, en las horas pico, cuando los contingentes se componían en su mayoría por hombres trabajadores adul-

es decir, tanto las acciones gubernamentales como las acciones sociales colectivas en torno a una diversidad de demandas producen al territorio. Tomando la propuesta de Sack (1986) y Di Meo (2001) esta línea de investigación entiende al territorio desde los procesos de apropiación intersubjetiva, que son a la vez económicos, políticos, sociales, históricos, intencionales y voluntarios.

14 Véase Lindon Villoria (2005).

tos, algunos pasajeros detenían el tren con el freno manual y que la gente ‘se tiraba’. Lo hacían a la altura de *Sol y Verde*, porque allí la vía estaba a ras del suelo y era menos peligroso saltar con los bolsos de trabajo y las carteras. En efecto, en los kilómetros previos, la vía se extiende por un promontorio de paredes muy empinadas.

Minutos antes de llegar a este punto del recorrido se generaba cierta ansiedad. Hombres y mujeres se preparaban para saltar de los vagones apenas el tren detuviera la marcha. Era poco tiempo y era peligroso. De no hacerlo, debían recorrer cinco kilómetros más hasta la próxima estación y esperar a que los colectivos ‘desandaran’ el camino realizado en vano, operación que les llevaba de cuarenta y cinco minutos a una hora más –como mínimo– y, por supuesto, más dinero. Me dice una entrevistada, por ejemplo, que el costo de este desplazamiento innecesario equivalía a la compra de un kilo de pan y un litro de leche, alimentos tan básicos como cruciales en la dieta diaria de una familia de sectores populares.

La naturalidad con la que se dice esto resulta llamativa para mí desde la primera vez que lo escucho, y aún ahora. Activar el freno de emergencia sin motivo es ilegal y, por lo tanto, puede ser penalizado. Sin embargo, se vuelve algo corriente para los habitantes de esta periferia. No digo sistemático, pero sí posible. Los ‘detenedores’ del tren recibían de modo tácito la anuencia de maquinistas y guardas, quienes concebían, de algún modo, ‘justo’ que el tren se detuviera allí y –más allá de los riesgos y las consecuencias legales– lo permitían. Silva (1991) ve en estas operaciones de marcación intersubjetiva del espacio uno de los aspectos claves para comprender su producción. En efecto, sobre la huella de esta marca cotidiana de los vecinos y sus formas complejas de evocación se fue construyendo uno de los argumentos legitimantes de la demanda de la estación frente a las autoridades del Tren San Martín, la cual fue sostenida durante más de quince años por una organización de vecinos. Así, la demanda se transforma en el eje en relación al cual crece y se estructura la principal organización vecinal, al punto que su logo identificatorio termina siendo un tren. Las capacidades de gestión de la demanda van construyendo a la organización, que propone que el grueso de su conocimiento como tal se basa en las operaciones de rastreo sistemático de los expedientes contra las fuerzas del ‘cajoneo’ y la dilación.

El material acopiado –las fuentes documentales y las entrevistas– permite identificar a los actores centrales de este proceso, a saber: la Unión Vecinal, el Estado en sus distintos niveles, la empresa Metropolitano que ganó la licitación al momento de la privatización y el conglomerado de empresas de la Unidad de Gestión Operativa Ferroviaria de Emergencia (UGOFE).

En este sentido, la de la estación es más bien una épica organizacional, que comunitaria¹⁵. Si bien se produce una protesta con corte de vía al final del proceso, en el que participan mediadores barriales, algunos cartoneros y organizaciones de desocupados, lo que prevalece a lo largo de su ciclo de vida es más la táctica de la organización que la de la participación vecinal. A grandes rasgos, es posible decir entonces, que la mayoría de los vecinos no estuvo al tanto de las gestiones por la estación y que el gobierno local de este municipio joven no supo bien qué hacer con ella. De hecho, pasa de la indiferencia a la apropiación y a los intentos de acumulación política en momento de su inauguración.

Efectivamente, en mayo de 2007 la Unión Vecinal decidió cortar la vía para protestar, con apoyo del personal de la UGOFE que colabora –una vez más– y detener el tren a la altura de *Sol y Verde*. En la cobertura periodística se señala que hubo piquetes al principio de esa semana y que el servicio permaneció interrumpido tres días y miles de pasajeros varados. La medida de protesta consistió no sólo en bloquear servicio, sino en entregar panfletos a los usuarios explicando el porqué de los cortes.

En ese contexto, la Subsecretaría de Transporte anuncia que destinará más de 4’ 000 000 de pesos para la construcción de la estación. La resolución 283/2007 publicada en el Boletín Oficial el 11/05/07 aprueba el presupuesto de \$4’ 160 043,56 y le otorga a la UGOFE el 20% de adelanto financiero. De todos modos, la Unión vecinal insta a los vecinos a montar una carpa en las inmediaciones de los nuevos andenes, en la que se instalan los dos meses y medio que duró el final de obra.

En la actualidad, en el tren se realizan 40’000 000 de viajes por mes y el trayecto total es de 1:17hs¹⁶. El tiempo del desplazamiento en la línea San

15 En Auyero (2001) se describe la función de narrativas épicas de este tipo en relación a los asfaltos en Villa Paraíso.

16 Fuente: UGOFE. En: http://www.ugofe.com.ar/san_martin.php

Martín, en promedio, es de 67 minutos; mientras que el trayecto más largo (80 minutos en promedio) se da en el caso de los pasajeros que se desplazan desde/hacia Ciudad de Buenos Aires-Gran Buenos Aires. En comparación con los pasajeros que usan las demás líneas de la Región Metropolitana de Buenos Aires –cuyo alcance es desde/hacia el centro de Buenos Aires (Retiro-Constitución)–, son aquellos que viajan en la línea San Martín los que hacen (en promedio) desplazamientos más extensos en términos temporales.

Los nuevos andenes de la estación *Sol y Verde*, emplazados en el kilómetro 44.5, se extienden 240 metros y están pensados para que en el futuro próximo puedan ser utilizados por trenes eléctricos. La estación tiene rampas, baños y boleterías con intercomunicador electrónico. La seguridad es responsabilidad de la Gendarmería Nacional y de una empresa privada. Durante el día, cuatro gendarmes recorren los andenes y de noche son seis; hay cámaras de seguridad e iluminadores de gran potencia.

Sin lugar a dudas, para los vecinos de la zona, la estación es crucial ya que satisface las necesidades de desplazamiento hacia la capital y hacia Pilar, acortándolos, abaratándolos y simplificándolos. Esa conexión –que en el momento del trabajo de campo demora 16 minutos y cuesta \$0,60– llevaba antes 1 hora. Para ir a Pilar los habitantes del barrio tenían que retroceder hasta José C. Paz (y tardaba cuarenta minutos) para luego tomar el tren. Por otro lado, mejoró la conectividad. Si bien el colectivo aún no se desvía hacia la estación porque no hay asfalto, las empleadas domésticas, los empleados y trabajadores de la construcción usan la estación a diario. Me comenta una vecina:

Nosotros, por ejemplo ahora... antes teníamos, por ejemplo, para ir a Bellavista, \$5,40 ida y vuelta y ahora con ida y vuelta tenemos \$1,20. Es una inmensa diferencia. Y nosotros, por ejemplo, hasta José C. Paz, entre esperar el colectivo y llegar hasta José C. Paz, llegar, sacar boleto con la cola que se hacía y después disponer a ver qué tren va a partir para ir a tomarlo, es casi una hora. Y nosotros, tomando el tren acá, sabiendo los horarios, en una hora ya estamos en Chacarita o Palermo y con la misma plata que viajábamos solamente hasta José C. Paz. Así que en tiempo y en dinero es inmensamente beneficioso. La diferencia es muy grande (Entrevista a Antonia, 2010).

Además de útil, la estación es, para muchos vecinos, un jalón evidente en el camino del progreso. Una vecina, por ejemplo, cree que a partir de la estación, el barrio estará mejor en la medida en que logre superar *eso* que expresa su marginalidad: las acciones de ciertos vecinos, sus descuidos.

–¿Y vos participás en algún grupo y organización?

–No. Únicamente cuando levantan firmas yo también firmo y sino no.

–¿Para quién levantan firmas?

–Levantaron para Gendarmería que está en la estación, por los ladrones. En eso firmé.

–¿Pero quién pasaba por acá? ¿Algún referente político?

–No. Unión Vecinal. Esa gente pasó.

–¿Y por qué firmaste?

–Para la seguridad de la estación.

–¿Y en partidos políticos participás en la actualidad en alguno?

–No.

–¿Y creés de la estación?

–Yo creo que está más iluminado. Y yo creo que con eso se van a enganchar para, al menos, limpiar más el barrio, más yendo a la estación, más todo ese sector de las vías para sacar todos esos basurales que tenemos ahí. Yo creo que sí.

–¿Y quién creés que se va a enganchar? ¿El gobierno, gente del municipio o la gente?

–Gente del municipio. Porque frente a la estación hay un galpón grandísimo que estaba todo abandonado. Ahora está pintado, cortado el pasto. Es como que están arreglando.

–¿Hay ciertos movimientos?

–Sí. Que está mejorando. Y de ahí ya se empiezan a enganchar los vecinos que cortan el pasto, que ya no tiran basura para que vean más limpio el barrio. Y yo creo que se van a enganchar todos (Entrevista a Elvira, 2009).

Mientras tanto, para los dirigentes barriales la estación es vivida como una conquista, el fruto de la perseverancia y la viva imagen del progreso. Por esta razón, los cartoneros de todos los días –unos ciento veinte o ciento cincuenta– deben mantenerse lejos. El diseño arquitectónico del andén oficial, en el que participaron estos actores, expresa sin metáforas una cer-

tera línea de corte entre sus eventuales usuarios: los pasillos se hicieron deliberadamente estrechos para evitar el ascenso de los cartoneros. Pero excluir los usos cartoneros de la estación implica excluir a los cartoneros mismos y confinarlos a la vulnerabilidad del parador. También es una forma de invisibilizarlos. Así, los cartoneros conservan su parador y su tren especial y los vecinos otro tanto. En el mismo proceso, el Estado interviene de manera diferencial velando porque no se interfieran sus desplazamientos ni se mezclen los usos. Por un lado, procura que la gendarmería cuide de la seguridad sobre el andén de la estación oficial, al tiempo que sigue permitiendo el ascenso y descenso de personas en condiciones de altísima vulnerabilidad a pocos metros de allí.

Asimismo, en las entrevistas a cartoneros se hace evidente una naturalización muy fuerte de estos usos diferenciados e incluso una apropiación del mismo argumento: es 'lógico' no llevar los carros hasta allí, para qué contaminar el nuevo paisaje, incluso aunque la utilización del parador les dé miedo o inseguridad. La convivencia entre ambos usos y usuarios parece ser pacífica y tiene alguna organización por género.

En general las mujeres que cartonean solas no toman el tren cartonero. A Antonia, por ejemplo, siempre le dio miedo utilizar el parador, por eso prefiere tomarse el tren común desde la estación José C. Paz hasta Villa del Parque, llevar a cuestas un carrito chico y volver a la medianoche con las bolsas a la espalda. En varias entrevistas, me relatan que las mujeres iban con bolsas en el tren común, así como los hombres que empleaban carros iban en el otro. Es que la experiencia supone poner el cuerpo en el lugar del riesgo, sacarlo del barrio y soportar la intemperie.

En suma, la inauguración de la estación ferroviaria de *Sol y Verde* resulta un logro altamente significativo en la vida e historia de los vecinos de la periferia paceña. Resultado de la perseverancia y la capacidad de gestión de la unión vecinal, se asienta sobre la marca social en el territorio y su legitimidad colectiva. Con su existencia, los vecinos han visto ampliado su repertorio de movilidad, es decir, el acceso a recursos y la mejor utilización del tiempo para los desplazamientos hacia el trabajo y la provisión de servicios.

Sin embargo, en este territorio conviven dos trenes. Un conjunto importante de personas no tiene acceso a ese andén y sus prácticas se de-

sarrollan en otras condiciones, invisibilizadas y recurrentemente peligrosas. De este modo, la *condición cartonera* se moldea entre la acción de dos dinámicas: la dinámica institucional que hace al corredor urbano, y las configuraciones simbólicas que regulan la economía de intercambios entre los cartoneros y los vecinos. Este caso nos permite mirar el fluir de una categoría desde el sentido común a la política estatal, y a la inversa.

La otra estación: condición cartonera y exclusión

En esta periferia, la condición cartonera se moldea al calor de dos mecanismos: el de la política pública, que permite el desarrollo de la actividad, el plano organizacional/institucional que acabo de describir y que nos habla de estructuras organizacionales de la desigualdad (andenes que excluyen usos 'marginales', discursos de progreso que reconocen a ciertos habitantes como usuarios legítimos del andén y no a otros) y los juegos de adaptación diarios en los que se rutiniza el significado de la categoría 'cartonero' y sus efectos en este mundo de vida.

Ambos planos, sostengo aquí, se retroalimentan y contribuyen a producir cierta socio-espacialidad típica de los corredores urbanos, en la reproducción cotidiana de un régimen de marginalidad política, socio-económica y simbólica, a propósito del cual cierta clase de sujetos tienen habilitadas ciertas formas de movilidad y denegadas otras. En este punto, con el desplazamiento de la categoría a través de los campos experienciales, los planos interaccionales o institucionales y el subjetivo de la producción de la desigualdad se conectan.

Como investigadores, advertimos la potencia de una categoría cuando aparece recurrentemente durante el trabajo de campo organizando la comprensión de los actores en temas diversos, es decir, estructurando los tipos ideales de sentido común (Schütz, 1970 y 1974)¹⁷. Una categoría social

¹⁷ El concepto de 'categoría' utilizado en este trabajo se encuadra en la perspectiva de la sociología fenomenológica. Por razones de espacio no se ofrece aquí la recorrida por otros usos y referentes teóricos de tal concepto en las ciencias sociales, los cuales pueden consultarse en la introducción a este libro.

es un modo de aglutinar significados, de economizar esfuerzos reflexivos individuales a la hora de clasificar y comprender. Según una categoría, una persona o un acontecimiento es tal o cual cosa. De este modo, lo que fluye a través de esta siempre es poroso e incompleto y víctima de la violencia aplanadora que aquella ejerce sobre todo. Cartonero es una de estas categorías críticas, por todo que lo contribuye a ubicar y explicar en la vida cotidiana de este territorio, pero ¿qué atributos porta (o incorpora) esta marca en este territorio? ¿Qué clasifica y deslinda en su aplicación?¹⁸.

En el grueso de las entrevistas que tengo en mi poder, cartonear supone una vivencia límite, de abismo, de fondo, que implica traspasar un umbral crítico en las formas de la reproducción social. En otras palabras, una transposición que parece tener altos costos subjetivos, en el sentido de que si se emprende, significa que algunos puentes hacia otros modos de auto-identificación se fragilizan o directamente se rompen. Esto hace que relacionarse con la categoría, desde cierta distancia, preserve a las personas de las figuras fantasmagóricas que la pueblan¹⁹. En una de las entrevistas, me dice una vecina “Dios no va a permitir que este hijo sea ciruja. Una vez salió y no pudo juntar nada y por suerte no va a volver a salir”.

El cartoneo es percibido como un lugar social de difícil retorno al que “te lleva la necesidad”. Las construcciones de sentido común que aluden a las necesidades, exhiben una notable riqueza y complejidad. Así, en una primera acepción, la ‘necesidad’ nos reenvía a la imagen de fuerza o motor de la subjetividad intencional o consciente, a algo lógicamente anterior a las prácticas. En su libro *El discurso de la acción*, Paul Ricoeur (1988) examina la red causal que funciona como motor de las prácticas humanas, en

18 En una excelente reconstrucción del tema, Brubaker y Cooper (2007) diseccionan la larga lista de supuestos y suscripciones axiológicas que organizan al campo de estudio sobre la identidad, y abogan por la derogación del término mismo y por su sustitución por el concepto de ‘identificación’. La expresión ‘forma identitaria’ o ‘tipo de identificación’, propuesta por los autores, nos ayuda a evitar la utilización del término ‘identidad’ y, por ende, algunas connotaciones contradictorias y confusas inherentes a su uso. En esta investigación se utiliza el término ‘identificación’ para considerar el complejo proceso de interacciones a través del cual una persona crea un relato de sí mismo, para sí mismo y para los otros, en los distintos momentos de su vida. Las autocaracterizaciones, las ubicaciones del ‘sí mismo’ y las de los otros, ya sea dentro de una categoría o de una narrativa, son siempre situacionales y contextuales.

19 Para un análisis de esta idea de lo fantasmagórico en contextos urbanos fragmentados, véase el desarrollo de Filc (2001) sobre Althabe.

el intento por reconocer cuánto pierden en intencionalidad aquellas acciones que son ganadas por una fuerza causal. Así, intención, motivo y deseo son tres momentos de despliegue de la racionalidad y la conciencia. En el planteo del autor, el deseo es la fuerza poderosa que nos hace hacer cosas más allá de la voluntad y el discurso. Podemos hacer el intento por poner en ese lugar de esta analítica a la fuerza ciega a la necesidad. Así, ‘deseo’ y ‘necesidad’ están en las antípodas del interés y de la intención y son formas o estados de la subjetividad.

Se padece el ser cartonero, no se elige. Por su carácter abismático y su relación con la necesidad como fuerza, la experiencia cartonera debe aparecer como lejana a cualquier planteo estratégico de los sujetos. No hay opción aquí sino determinación. Trasponer el límite no es algo que pueda hacerse sin costos simbólicos.

Pero no todos los actores a los que objetivamente vincularíamos a la actividad, se sienten cartoneros o se dejan llevar por la necesidad. Ana es una vecina con primaria incompleta que vive en la zona más pobre del barrio, lejos del asfalto y del alumbrado público y muy cerca del arroyo contaminado. Su esposo está preso desde hace cuatro años por supuesto intento de homicidio. Ella cocina a leña y sus hijos no van a la escuela. Su hogar exhibe una total dependencia de los planes sociales y las redes clientelares. Su único ingreso regular es una beca que le exige movilizarse a actos políticos cada vez que se lo exigen. Sin embargo, la experiencia del cartoneo no está presente en su repertorio cotidiano: “nunca necesité, pero si me llega a pasar, salgo” (Entrevista a Amparo, 2009).

Tienen lugar, así, un conjunto de ‘juegos identitarios’ vinculados al cartoneo donde es posible hallar etiquetamientos ofensivos y defensivos²⁰. “Cartonear? No, hasta *eso* no llegamos...”, me aclara Ofelia, de 48 años, secundario completo, auxiliar de limpieza de la escuela del barrio. Mientras que el significado de ‘eso’, en su discurso, es tanto un estado como un lugar de los que hay que preservarse. En el mismo sentido, aclara y deslinda Celina, de 32 años, secundaria incompleta, cuatro hijos, beneficiaria de un programa social de construcción de viviendas:

20 En el análisis de sociedad y cultura del barrio del Abasto, Carman (1997) se centra en la relación de los vecinos con la categoría ‘ocupante ilegal’.

No, nunca. O sea, hemos vendido y juntado cobre, aluminio, marfil, pero no yendo a cartonear. Mi marido trabajaba en obras y sobraban pedazos de cable, sobraban cosas y se juntaba. La vendíamos por acá. O sea, para nosotros es un rebusque. Si sale no nos da vergüenza ir a vender cosas. Pero sí, salir a buscarlo no. Por ahí ves que nosotros vamos hasta San Atilio, nos vamos caminando porque aquí el trayecto de los colectivos es muy trasmano. Y por ahí vamos caminando y vemos un pedacito de cable... y lo ponemos dentro de una bolsa y lo traemos. Y vamos juntando y cuando no tenemos otra, no queda otra que venderlo (Entrevista a Celina, 2009).

No obstante, conviviendo con este material, tengo en mi poder historias donde la posibilidad del cartonero –por contraste– ingresa en el repertorio corriente de supervivencia y se vive como una alternativa más, incluso como un trabajo posible. Mireya de 36 años y su esposo, ambos nacidos en el Gran Buenos Aires, con primaria completa, y con seis de sus nueve hijos, constituyen un hogar multirreceptor de programas sociales que vive en la zona más deprimida del barrio en un terreno que compraron a un usurpador. Ninguno de sus hijos asistió con regularidad a la escuela durante el año en que la entrevisté, ya que se dedicaron a acompañar al padre en las recorridas por la ciudad. Tienen un carro y un caballo, al que compraron de potrillo y que les cuesta alimentar.

Mi marido trabaja por su cuenta, junta botellas, latas, por día no hace mucho (dinero) hace 50, 30... sale todos días. A veces le pagan más, a veces menos. En Pilar, anda él, por todos lados, a veces se chocan los carros. Se levanta a las seis, toma unos mates y a las siete se va. Si llueve va igual, aunque el papel se moja y te lo pagan menos. Cuando salgo yo, con los chicos, saco más. El me dice ‘salí vos que te dan más’. A veces voy los domingos a capital o a Palomar. Me voy a las ocho y a las cuatro de la tarde ya estoy acá. Me traigo un kilo de azúcar, fideos, fui con los chicos, el carrito y bolsas... te tenés que arreglar... yo me conformo con que sean trabajadores como el padre... no importa que vayan a cartonear o lo que se sea, que se vayan a trabajar. (Entrevista a Mireya, 2010).

Rosa es oriunda de Santiago del Estero, tiene secundario completo, 45 años y cuatros hijos y una trayectoria laboral donde se destaca el empleo

doméstico, si bien en el momento de las entrevistas está probando suerte con la venta de ropa y cosméticos. El marido trabaja en una panadería, en blanco y cobra \$1 200 por mes. Anteriormente había trabajado en una metalúrgica que cerró y había cobrado el fondo de desempleo. En este hogar el cartoneo aparece como opción ‘de última’. Su hijo salió a los 17 años porque no alcanzaba con lo del marido. Con lo que sacaba se compraba la comida diaria y guardaba para ‘viajar’ porque le habían robado la bicicleta.

Traía botellas, cartón... lo vendía por Palomar y guardaba para el boleto y la comida. Se iba con un primo en tren, andaban por el conurbano más que nada. Fue poco tiempo pero le sirvió para aprender que nadie te regala nada. Y que no es malo salir a cirujear. Se traía ropa, calzado, materiales de demolición y estaba feliz de eso. (Entrevista a Rosa, 2009).

En todo el corpus, no obstante, cartonear significa juntar los restos de consumos ajenos (que pueden ser migajas, chatarra u objetos en buen estado) y vivir de ellos, sea para el consumo directo o para ser trocado en futuros intercambios. En efecto, el destino final no es un dato menor. Hay una relativa despenalización del cartoneo para consumo directo y una actitud crítica para el que revende y obtiene dinero para acceder a otros consumos. Para Paola, por el contrario, la condición cartonera expresa una situación de total injusticia en la que las únicas víctimas son los cartoneros. Esta vecina trabaja en un centro comunitario y es mediadora de una red de guarderías de la zona. En este razonamiento hay una visión territorializada de la condición cartonera, se señala la relación entre la zona ocupada, la actividad realizada y las condiciones de vida como factores que se retroalimentan.

En síntesis, contrariamente a lo que podamos suponer desde una mirada externalista y aplanadora de la vida social de los barrios relegados, los juegos identitarios y los etiquetamientos son muy diversos. La experiencia del cartoneo merece respeto e implica a todas luces un desgarramiento de ciertos lugares que se sienten ocupados en la sociedad. Los miedos son bastantes prístinos: ¿podremos volver a esos lugares? ¿Qué seremos después? ¿Cómo seremos vistos por los otros?

En la consideración de la experiencia cartonera, presente en el material empírico, es posible identificar distintas clases de tipificaciones²¹. En primer lugar, las basadas en tipos ideales de actor y lo que se espera como pauta de acción típica: cartoneros de tiempo completo o ‘profesionales’, intermitentes u ocasionales y ‘falsos’ cartoneros. Los *cartoneros profesionales* organizados y sistemáticos, son en general hombres que suelen salir solos. Los caracteriza el amplio conocimiento de reglas que organizan la actividad: de los recorridos, jergas, códigos para el uso del tren y manejo de los carros, acerca de cómo vender los materiales y en torno a la relación con los acopiadores, al estado del mercado y los precios de los materiales. En el *cartonero asistemático* reconocemos a otros sujetos, en general, a mujeres o emprendimientos familiares liderados por mujeres que salen tanto solas o con sus hijos, cuando no los dejan al cuidado de alguien o solos en las casas. En estos casos, la experiencia del cartoneo deja de ser un trabajo estrictamente y se combina –a veces se funde– con la mendicidad. Una variante de esto es el *cartoneo puntual*, desarrollado por personas que salieron a la calle en algún momento determinado y que cuando volvieron a tener otras alternativas lo dejaron. Finalmente, existen los *falsos cartoneros*: aquellos vistos como lejanos a las reglas. Se trata, en general, de jóvenes que aprovechan la situación de los emplazamientos (el parador, la bajada de los carros en Capital) para ‘armar quilombo’ y hasta para ‘afanar’. Este tipo ideal fue utilizado por jóvenes las veces que hice observación, para señalar aquellas situaciones específicas donde los involucrados –era evidente para ellos– pretendían otras cosas y era obvio que no iban a trabajar sino a ‘bardear’.

En segundo lugar, las basadas en los tipos de materiales recolectados (alimentos, ropa, calzado, chatarra, materiales) y sus destinos (consumo propio, reventa). En la práctica, ambas tipificaciones están combinadas. Los tipos ideales del sentido común permiten resolver problemas organizacionales, y tomar decisiones que implican ‘cierres’ (como con los usuarios

21 Los tipos ideales de sentido común tienen una identidad relativamente independiente (o discreta) de sus usuarios. No es posible encontrar causalidades directas entre clase de actores o trayectorias biográficas y uso de tales o cuales tipificaciones. No obstante, en la medida en la que el sentido común está regionalizado, es factible que encontremos ciertos flujos de tipificaciones utilizados con más frecuencia entre actores que comparten lugares o estilos de vida. A pesar de estar hechos de material intangible y subjetivo, pueden ser examinados con cierta objetividad y método.

del tren) que son legitimados socialmente. En este punto es interesante ver cómo pueden conciliarse perspectivas relacionales de la desigualdad institucional con perspectivas centradas en la subjetividad. El sentido común como forma de conocimiento experiencial es básicamente colectivo, intersubjetivo e institucional; regula todas las operaciones, desde las más simples y cotidianas hasta las más complejas e institucionales.

Otra forma de organizar la experiencia desde el sentido común nos reenvía al tipo de materiales recolectados y al destino de lo recolectado. Mientras que en el cartoneo ‘profesional’ es posible identificar rutinas diarias y mayor conocimiento de las reglas del juego, el cartoneo puntual tiene como objetivo abultar el *stock* de alimentos de la casa o directamente, preparar la comida de la noche.

El autoconsumo, la reventa al acopiador y la venta en la feria de cartoneros son los tres destinos usuales de lo recolectado en la actividad cartonera en este barrio. Las necesidades de ingreso monetario hacen que las mujeres y los hombres decidan qué cosas utilizarán a título personal y cuáles venderán. Pero cierto cono de sombra cae sobre los cartoneros –desde la mirada de algunos de los vecinos– cuando los ven vender lo obtenido en feria. ¿Por qué adquiere valor algo que se obtuvo gratis? ¿Es legítimo? En efecto, para este grupo la feria es un espacio donde se venden –adquieren valor de cambio– objetos y mercadería que solo deberían tener valor de uso. Resulta interesante este punto porque la feria es un espacio de intercambios mercantiles, de sociabilidad y de ocio notablemente contradictorio. Y nuevamente, las sospechas y las críticas no son sólo esgrimidas por los actores externos sino también, por los actores ubicados estructuralmente en un lugar social de similar vulnerabilidad.

Una de las dimensiones de estos corredores es la tendencia a la homogeneización de la sociabilidad y a la consolidación de vínculos fuertemente asimétricos entre sujetos colocados en lugares distintos en las estructuras organizacionales. En efecto, ¿con quiénes se vinculan los cartoneros?: entre ellos, con la policía, con los vecinos poseedores de recursos, con los comerciantes. En todos estos intercambios, los cartoneros están en el lugar del recibir, un lugar extremadamente subordinado, que se construye de intenciones morales, caritativas y despreciativas. Es la ropa vieja, el pan viejo y el sobrante.

Hay una suerte de degradación moral vinculada a la experiencia cartonera. Un rito de pasaje a una suerte de infra-clase de la que parece difícil retornar. Esta visión de los cartoneros ‘pegados’ a la delincuencia, malos padres, malas madres, caóticos, responsables de los malos niveles educativos de los hijos, de la ruptura de rutinas escolares y familiares es producida por actores que están tanto fuera de la experiencia como por los que están adentro, Antonia me dice:

Se armaba lío a veces. Por ahí alguien se desubicaba por un kilo de pan. Y se cagaban a piñas, ahí no había distinción entre hombres y mujeres. Yo me iba a la mierda, despacito, no me iba a meter en líos por un kilo de pan por más que lo necesitara. Yo tomaba el tren común, el cartonero no me gustaba, había mal clima. Traíamos con mi hijo hasta 15 bolsas a espalda para la comida: pan, algo de verdura y de carne, lácteos. Nos daban cosas buenas, cosas frescas que por ahí no venden. (Entrevista a Antonia, 2010).

Antonia tiene 43 años, no cursó estudios secundarios y es viuda. Tiene experiencia como cartonera de forma asistemática. Sus cuatro hijos van a la escuela pública del barrio y los más grandes hacen ‘changas’. Nació en Tucumán y llegó a Buenos Aires en los años 80, momento en el cual comienza a trabajar en el servicio doméstico. Vive en el barrio desde ese momento en un terreno ocupado.

Desde afuera, Silvina me dice que nunca fueron a cartonear porque está en desacuerdo con el tema de los chicos cartoneros.

Por el tema del alcohol, por el tema drogas, por el tema robar. Un grande hace lo que quiere, pero el tema son los chicos. Los llevan a cartonear. Al chico lo mandan a pedir porque al chico le van a dar, lo ponés en la calle. Por eso no estoy de acuerdo. Uno ve a un chico descalzo, con media remera y te pide una moneda o te pide algo para comer, vos no sabés si va a comer o qué va a hacer. A un grande pasa. Uno tiene hijos y piensa. Yo también tengo a mi hijo y que no trabajaría a esa edad de 9 años. Bueno, por ahí, con 50 centavos junta. No, pero eso sí. O para comprar un pancho con dos pesos, junta moneditas y se compra. Uno no sabe si realmente comió ese chico o no comió, si lo ves en el tren o en la estación todo el día. Vas a las

tres de la tarde y están, a las cinco y están. No sabés si comió o no comió y si los padres se están ocupando. (Entrevista a Silvina, 2010).

Silvina de 41 años y secundario completo; no tiene hijos. Vive con su pareja en el Barrio de las Casitas, una urbanización perteneciente al Plan Federal de Emergencia Habitacional “Techo y Trabajo”. Es beneficiaria del programa, al integrar una de las cooperativas de construcción de viviendas. Anteriormente trabajó en el municipio en el área social. No tiene cobertura de salud. Nació en José C. Paz y vive en Sol y Verde desde 2006.

En síntesis, tanto los actores que participan del cartoneo –con distintos implicamientos identitarios–, como los que no lo hacen, ven en la experiencia un desplazamiento subjetivo del cual es difícil retornar. Si se llegó a ese nivel de necesidad, o mejor dicho, si ‘tocó’ a una persona o a una familia ese grado de necesidad, los impactos en las formas de vida y la sociabilidad son nítidos. Y estos, evidentemente, habilitan la posibilidad de sospecha sobre las consecuencias indelebles de marginalización en los modos de vida.

A modo de cierre

Barreras arquitectónicas que impiden usos, accesos diferenciados por género, circulación de categorías entre la política pública y el sentido común y entre vecinos que comparten similares adversidades en cuanto a sus condiciones de vida (y de pobreza y marginalidad) invitan a traer a primer plano el argumento explicativo de la desigualdad persistente. En la base de la producción de la desigualdad persistente, según Tilly (2000), se hallan los mecanismos de ‘explotación’ y ‘acaparamiento de oportunidades’, y en la cima los dos mecanismos que refuerzan la eficacia de las distinciones categoriales: la ‘emulación’ y la ‘adaptación’. La explotación refiere a la extracción de utilidades por parte de los poderosos, el acaparamiento de oportunidades, a la capacidad de ciertos sujetos para monopolizar el acceso a un recurso valioso de cierta red. Por su parte, la emulación refiere a la copia de modelos organizacionales establecidos o al trasplante de relaciones

sociales existentes de un ámbito a otro. Finalmente, la noción de adaptación, alude a las múltiples rutinas cotidianas –a los ‘juegos diarios’– que ejercen los subordinados en torno al límite categorial impuesto por una organización (el Estado y las organizaciones sociales, en este caso), que producen una contribución permanente a su mantenimiento y fijación. Estos dos últimos mecanismos refieren a los procesos simbólicos que refuerzan la producción de desigualdad.

El tren metropolitano asegura que los cartoneros lleguen a la ciudad y vuelvan a la periferia. El transporte público satisface, así, necesidades de desplazamiento para la reproducción, al tiempo que consolida formas degradadas de trabajo y provisión. En este punto puede decirse que el Estado mismo refuerza un circuito paralelo de integración social en el que se construye una suerte de infra-ciudadanía. Es decir, la instalación de fronteras, la demarcación de zonas y la imputación de marcas es un proceso amplio que involucra a todas las clases sociales y no solo a la relación entre sectores medios y sectores populares. En el último lugar del corredor urbano que traza el tren cartonero –y todas las prácticas antes mencionadas– los sistemas de clasificación y la demarcación de zonas persisten. Es como si se desplazaran con el tren.

Pero además, la decisión técnico-política de localización de la estación y sus exclusiones, refuerza explícitamente los procesos de concentración de servicios urbanos, delineando una nueva ‘periferia’ en el borde la periferia; con lo que queda ésta, una vez más, en el cono de sombra de la espera y la promesa. En este doble movimiento –esta es mi hipótesis– la intervención del Estado define territorios y habitantes, homogeneizándolos según ciertos atributos y, en el extremo, contribuye a su escisión y aislamiento.

De este modo, en una investigación sobre la cuestión social urbana y sus relaciones con la movilidad, se vuelve imperativo atender a los dispositivos institucionales que operan en la distribución de los elementos urbanos y, también, a la espacialidad que producen. Como sostiene Reygadas (2008), debemos atender al plano interaccional en el que la desigualdad se reproduce. Y este estudio pretende agregar una mirada sobre las formas espaciales que esa reproducción tiende a producir.

Imbuidas de la naturaleza legal y el carácter vinculante de su palabra, las

categorías de las políticas públicas constituyen en algún sentido ‘barreras’ o ‘fronteras’ materiales y simbólicas que separan tanto como ligan a los vecinos y cartoneros. Considerando ambos trenes y ambas estaciones, estas fronteras deben pensarse necesariamente a contraluz de la retórica de la sociedad igualitaria que dominó –a través de sus imágenes de integración y ascenso social– el imaginario de la sociedad argentina hasta hace poco tiempo, y de las nuevas metáforas que el sentido común está acuñando para naturalizar y legitimar la creciente desigualdad social.

Bibliografía

- Alarcón, Cristian (2003). *Cuando me muera quiero que me toquen cumbia. Vida de pibes chorros*. Buenos Aires: Grupo Editorial Norma.
- Alba, Martha (2004). “Mapas mentales de la ciudad de México: una aproximación psicosocial al estudio de representaciones espaciales”. *Revista de Estudios Demográficos y Urbanos* 55: 115-143
- Auyero, Javier (2001). *La política de los pobres*. Buenos Aires: Manantial.
- Barsky, Andrés (2009). “Horticultura periurbana: Implementación de un programa de “buenas prácticas” en Pilar”. *Apuntes de Investigación del CECYP* 16: 177-187.
- Bayón, María Cristina y Gonzalo Saraví (2007). “De la acumulación de desventajas a la fractura social. Nueva pobreza estructural en Buenos Aires”. En *De la pobreza a la exclusión. Continuidades y rupturas de la cuestión social en América Latina*, Gonzalo Saraví (Ed.): 55-95. México: Prometeo / CIESAS.
- Brubaker, Rogers y Frederick Cooper (2007). “Más allá de ‘identidad’”. *Apuntes de Investigación del CECYP* 7: 30-67
- CAF-Corporación Andina de Fomento (2011) Análisis de movilidad urbana. Espacio, ambiente y equidad. Observatorio de movilidad urbana para América latina. Bogotá: Colombia.
- Calleo, Tomás y Francisco Suárez (2012). “Ecología y Sociedad”. En *Ecología Urbana*, María Di Pace y Horacio Caride Bartrons (Orgs.): 155-182. Buenos Aires: UNGS - Prometeo.

- Carman, María (1997). "Ser o no ser ocupante ilegal". En *Postales Urbanas del final del milenio. Una construcción de muchos*, Hilda Herzer (Comp.): 47-62 Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires, Publicaciones del CBC.
- Catenazzi, Andrea y Aída Quintar (Comps.) (2009). *El retorno de lo político a la cuestión urbana: territorialidad y acción pública en el Área Metropolitana de Buenos Aires*. Buenos Aires: UNGS - Prometeo.
- Cebollada, Ángel (2006). "Aproximación a los procesos de exclusión social a partir de la relación entre el territorio y la movilidad cotidiana". *Documents d'anàlisi geogràfica*, N° 48. Visita: 5 marzo 2010 en www.dialnet.unirioja.es
- Cordera, Rolando, Patricia Ramirez Kuri, y Alicia Ziccardi (Comps.) (2008). *Pobreza, desigualdad y exclusión social en la ciudad del siglo XXI*. México DF: UNAM.
- Correa do lago, Luciana (2000). *Desigualdades e segregação na metropole: O Rio de Janeiro em tempo de crise*. Río de Janeiro: Revan.
- Cravino, María Cristina, Marisa Fournier, María Rosa Neufeld y Daniela Soldano (2002). "Sociabilidad y micropolítica en un barrio 'bajo planes'". En *Cuestión social y política social en el Gran Buenos*, L. Andrenacci (Org.): 61-83. Buenos Aires: Ediciones UNGS-Al Margen.
- Da Representação, Natalia (2009). "Los espacios comunes como problema. Sociabilidad, gestión y territorio". En *El retorno de lo político a la cuestión urbana: territorialidad y acción pública en el Área Metropolitana de Buenos Aires*, Andrea Catenazzi y Aída Quintar (Comps.): 79-104. Buenos Aires: UNGS-Prometeo.
- De Queiroz Ribeiro, Luis Cesar (2005). "Segregación residencial y segmentación social: el "efecto vecindario" en la reproducción de la pobreza en las metrópolis brasileñas". En *Trabajo y producción de la pobreza en Latinoamérica y el Caribe. Estructuras, discursos y actores*, Sonia Alvarez Leguizamón (Comp.): pag. 137-155. Buenos Aires: CLACSO-CROP.
- Derek, Gregory y John Urry (Comps.) (1985). *Social Relations and Spatial Structures*, Londres: Macmillan.
- Di Marco, Sabina (2007). "¿Podemos mirar más allá de la basura? Raneros, cirujas y cartoneros". *Papeles del CEYC*, Vol. 2007/2: 1-29.

- Di Meo, Guy (2001). *Geographie sociale et territoires*. París: Nathan.
- Duhau, Emilio y Ángela Giglia (2004). "Conflictos por el espacio y orden urbano". *Estudios Demográficos y Urbanos*, Vol 19, N° 56: 257-288
- (2008). *Las reglas del desorden: habitar la metrópoli*. México: SXXI.
- Eilbaum, Lucía y Carla Villalta (2002). "Zonas diferenciales en el espacio público: clasificaciones, distinciones y jerarquías". En *Territorios, Itinerarios, Fronteras (1990-2000)*, Judith Filc (Org.): 67-80 La Plata: UNGS - Ediciones Al Margen.
- Filc, Judith (2001). *Textos y fronteras urbanas: palabra e identidad en la Buenos Aires Contemporánea*. Buenos Aires: Documento de Trabajo Instituto del Conurbano - UNGS.
- Fournier, Jean-Marc (2008). "Des mobilités sociales et spatiales au capital spatial. L'exemple de l'élite argentine de Punta del Este en Uruguay". *Espaces et Sociétés UMR 6590*. Visita: 1 marzo de 2010 en <http://eso.cnrs.fr/spip.php?Article311>.
- González de la Rocha, Mercedes (2007). "Espirales de desventajas: pobreza, ciclo vital, y aislamiento social". En Gonzalo Saraví (Comp.): 137-166. *De la pobreza a la exclusión. Continuidades y rupturas de la cuestión social en América Latina*. Buenos Aires, Prometeo / CIESAS.
- Grassi, Estela y Claudia Danani (Orgs.) (2009). *El mundo del trabajo y los caminos de la vida. Trabajar para vivir, vivir para trabajar*. Buenos Aires: Espacio Editorial.
- Gutiérrez, Andrea (2008). "Movilidad o inmovilidad: ¿Qué es la movilidad? Aprendiendo a delimitar los deseos". XV CLATPU. Visita: 15 de Abril de 2011 en <http://www.filo.uba.r/contenidos/investigaciones/institutos/geo/ptt/gutierrezclatpu09/pdf>
- (2009). "De las redes de transporte al problema de la movilidad: límites físicos y analíticos de la expansión urbana". En *Buenos Aires, la larga formación del presente*, Pedro Pérez (Ed.): 239-267. Quito: Olacchi.
- Harvey, David (1977). *Urbanismo y desigualdad social*, Madrid: Siglo XXI.
- (1999). *Las condiciones de la posmodernidad*. Buenos Aires: Amorrortu.

- Jargowsky, Paul (1996). "Take the money and run: economic segregation in U.S. Metropolitan areas". *American Sociological Review*, Vol. 61: 984-998. Diciembre.
- Kaztman, Rubén (2001). "Seducidos y abandonados: el asilamiento social de los pobres urbanos". *Revista de la CEPAL N° 75*. Diciembre: 171-189 Santiago de Chile.
- Kessler, Gabriel (2009). *El sentimiento de inseguridad: Sociología del temor al delito*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Kessler, Gabriel, Maristella Svampa, e Inés González Bombal (2010). *Reconfiguraciones del mundo popular. El conurbano en la post-convertibilidad*. Buenos Aires: UNGS.
- Koehs, Yésica (2007). "El *empowerment* de los cartoneros de Buenos Aires y su emergencia como actores sociales durante la crisis argentina de 2002". En *Recicloscopio. Miradas sobre recuperadores urbanos en América Latina*. Pablo Schaber y Francisco Suárez (Comps.): 185-206. Buenos Aires: UNGS / unla / Prometeo.
- Kralich, Susana (2000). "Transporte urbano, accesibilidad y situación socioeconómica en los partidos del Gran Buenos Aires". Ponencia presentada en la Primera Reunión Anual sobre Pobreza y Distribución del Ingreso. Buenos Aires: Departamento de Economía de la Universidad Torcuato Di Tella.
- (2005) "Crisis urbana y transporte alternativo: la opción remi-se" En *Scripta nova vol. IX, n° 164* Barcelona.
- Krüger, R. (2010) "Diferentes patrones de movilidad en el AMBA. Una perspectiva desde las urbanizaciones suburbanas". *Scripta nova Vol. XIV, n° 331* Barcelona.
- Lévy, Jacques (2000). "Les nouveaux espaces de la mobilité". En *Les Territoires de la Mobilité*, Michel Bonnet y Dominique Desjeux (Eds.): 155. París, Presses Universitaires de France.
- Lindon Villoria, Alicia (2005). "Figuras de la territorialidad en la periferia metropolitana: topofilias y topofobias". En *Ciudades translocales. Espacios flujo y representación. Perspectivas desde las Americas*, Rossana Reguillo y Marcial Godoy Anativia (Eds.): 145-172. México: ITESO / SSRRC.

- Lopez, José María y Jorge Waddell (Comps.) (2007) *Nueva historia del Ferrocarril en Argentina. 150 años de política ferroviaria*, Buenos Aires: Lumiere.
- Merklen, Denis (2006). *Pobres ciudadanos. Las clases populares en la era democrática (Argentina 1983-2003)*. Buenos Aires: Editorial Gorla.
- Palma Arce, Carolina y Daniela Soldano (2010). "Capital espacial y movilidad cotidiana en la Región Metropolitana de Buenos Aires. Una propuesta analítica y empírica". En *Sociedad y Territorio en la Región Metropolitana de Buenos Aires. Un estudio de las condiciones socioeconómicas y sociopolíticas de cuatro partidos: San Miguel, José C. Paz, Moreno y Morón*, Adriana Rofman (Comp.): 103-134. Buenos Aires: UNGS.
- Pérez, Verónica (2010) "La gestión del sistema ferroviario urbano de pasajeros. Las condiciones de posibilidad para el desborde hostil de disconformes (1994-2008)". *Revista Transporte y Territorio* 3: 103-123.
- Pérez, Verónica y Rebón, Julián (2012) *Las vías de la acción directa*. Buenos Aires: Aurelia Rivera Libros.
- Preteceille, Edmond (1994). "Cidades globais e segmentação social". En *Globalização, fragmentação e reforma urbana*, Luis Cesar de Queiroz Ribero y Orlando Alves Junior (Comps.): 65-89. Río de Janeiro: Civilização Brasileira.
- Prévôt-Schapira, Marie France (2001). "Fragmentación espacial y social: conceptos y realidades". *Perfiles Latinoamericanos* 19: 33-56.
- (2002). "Buenos Aires en los '90: metropolización y desigualdades". *EURE*, Vol. 28 N° 85: 31-50.
- Pirez, Pedro (Ed.) (2009). *Buenos Aires, la formación del presente*. Quito: Olacchi.
- Rearte, Julio (2006) "Segregación y accesibilidad a servicios públicos de transporte en la Ciudad de Buenos Aires" En *Panorama nacional da pesquisa en transporte*, A. O. Brasileiro y P. Marques Da Siva (Ed.): 829-840. Río de Janeiro: ANPET.
- Reygadas, Luis (2008). *La apropiación. Destejiendo las redes de la desigualdad*. México: Antrophos, Universidad Autónoma metropolitana.
- Ricoeur, Paul (1988). *El discurso de la acción*. Barcelona: Cátedra.

- Robin, Regine (1996). *Identidad, memoria y relato. La imposible narración de sí mismo*. Buenos Aires: Secr. Posgrado Fac. C. Sociales/CBC.
- Rodríguez Enríquez, Corina (2002). "Indicadores de precariedad laboral como estimación de la zona de vulnerabilidad social". En *Cuestión social y política social en el Gran Buenos*, Luciano Andrenacci (Org.): 45-59. Buenos Aires: UNGS - Ediciones Al Margen.
- Rodríguez Vignoli, Jorge (2001). "Segregación residencial socioeconómica: ¿qué es? ¿cómo se mide? ¿qué está pasando? ¿importa?". Serie Población y Desarrollo 16. CEPAL – ECLAC Santiago de Chile.
- (2008). "Movilidad cotidiana, desigualdad social y segregación residencial en cuatro metrópolis de América Latina". *EURE* 34: 49-71
- Sabatini, Francisco (1999). "Tendencias de la segregación residencial urbana en Latinoamérica: reflexiones a partir del caso de Santiago de Chile". Ponencia presentada en el Seminario *Latin America: Democracy, markets, and equity at the threshold of new millenium*. Suecia: Universidad de Upsala.
- Sack, Robert (1986). *Human territoriality: Its theory and history*. Cambridge: Cambridge, University Press.
- Sassen, Saskia (1999). *La Ciudad Global. Nueva York, Londres, Tokio*. Buenos Aires: EUDEBA.
- Schamber, Pablo y Suarez, Francisco (Comps.) (2007). *Recicloscopio. Miradas sobre recuperadores urbanos de residuos en América latina*. Buenos Aires: UNGS / unla / Prometeo.
- Schütz, Alfred (1970). *Fenomenología del mundo social. Introducción a la sociología comprensiva*. Buenos Aires: Paidós.
- (1974). *Estudios sobre teoría social*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Silva, Armando (1991). *Imaginario urbano: cultura y comunicación urbana en América Latina*. Bogotá: Tercer Mundo Editores.
- Soldano, Daniela (2002). "La subjetividad a escena. El aporte de Alfred Schütz a las ciencias sociales". En *Filosofía y Métodos de las ciencias sociales*, Federico Schuster (Comp.): 59-92. Buenos Aires, Manantial.
- (2008). "Vivir en territorios desmembrados. Un estudio sobre la fragmentación socio-espacial y las políticas sociales en el Área Metropolitana de Buenos Aires (1990-2005)". En *Procesos de urbanización de la*

- pobreza y nuevas formas de exclusión social. Los retos de las políticas sociales de las ciudades latinoamericanas del siglo XXI*, Alicia Ziccardi (Comp.): 37-59. Bogotá: Siglo del Hombre Editores, Clacso-Crop.
- (2011) "Necesidades sociales, Estado y consumo en territorios de periferia. Hacia una fenomenología de la desigualdad social". Tesis de Doctorado, Facultad de Ciencias Sociales Universidad de Buenos Aires: (mimeo)
- Suarez, Ana Lourdes (2004). "Impacto del capital social de los hogares del Gran Buenos Aires de la ayuda obtenida a través de los programas de asistencia social". Ponencia presentada en el *III Congreso Nacional de Políticas Sociales*. Mendoza: Univ. Nacional de Cuyo.
- Svampa, Maristella (2001). *Los que ganaron: la vida en los countries y barrios cerrados*. Buenos Aires: UNGS - Biblos.
- Torres, Horacio (2000). "Procesos recientes de fragmentación socio-espacial de Buenos Aires: la suburbanización de las elites". *Mundo Urbano*. Visita: 20 enero 2003 en www.mundourbano.unq.edu.ar
- (2001). "Cambios socioterritoriales en Buenos Aires durante la década de 1990". *EURE*, Vol. 27, Nº 80: 33-56.
- Tilly, Charles (2000). *La desigualdad persistente*. Buenos Aires: Manantial.
- Wacquant, Loic (2001). *Parias urbanos. Marginalidad en la ciudad a comienzos del milenio*. Buenos Aires: Manantial.
- (2007). *Los condenados de la ciudad. Gueto, periferia y estado*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Segunda sección
**Fronteras urbanas y
límites sociales**

Habitar la ciudad desde sus fronteras La Chimba, Santiago de Chile*

Francisca Márquez

Introducción

Las representaciones de nosotros mismos en el mundo han estado íntimamente ligadas a las maneras en las que ocupamos el espacio y hacemos *territorio*. Los individuos, las familias y los grupos sociales no habitan sus barrios y ciudades por el *uso* que puedan hacer de ellos, sino también porque son *lugares* de identificación, de distinción y ensoñación de mundos posibles. Las prácticas espaciales en las que todos nos desenvolvemos han sido históricamente una fuente esencial de los significados identitarios. Es a esta condición de la identidad que se ha denominado *territorialidad del poder de habitar* (Lefebvre, 1976).

Sin embargo, y esta es la tesis que quisiera sostener, las identidades territoriales nacen, se crean y se transforman en fuente de poder y control cultural cuando los territorios que las cobijan son capaces, por su porosidad, de alimentar y ensanchar *el campo de lo posible*. La porosidad del territorio y su condición de translocalidad, esto es, de vaso comunicante, es una condición para la construcción de las identidades, la imaginación y la posibilidad de realización de la *vita activa* (Arendt, 1983: 46).

Este artículo se pregunta por la construcción y génesis de las identidades que se hacen al vaivén de los desplazamientos reales e imaginarios que dieron nacimiento, y hoy dan vida, a nuestras ciudades y a nuestros

* Este artículo se basa en la investigación Fondecyt N°1095083.

Estados-nación. A partir del análisis de La Chimba –territorio de mestizaje al norte del río Mapocho, en Santiago de Chile– el artículo aborda la pregunta por las fronteras múltiples en la ciudad segregada y sus implicancias en términos de procesos de construcción de identidades urbanas.

Habitar la ciudad de fronteras porosas

Para hablar de Estado, de nación y de ciudades debemos comenzar diciendo que si existe una condición esencial al hombre esta es la de *habitar*, estar vinculado a un territorio. Territorio como arraigo, territorio como vínculo y territorio como pertenencia que se hace justamente en el estar, en el transitar y en el relatar. Se habita cuando se echan raíces, cuando se hace historia; cuando las identidades y las expresiones ciudadanas en el terruño ganan lugar. El construir es en sí mismo habitar (Heidegger, 1993). Habitar un territorio es esencial a la condición urbana.

La territorialidad es el conjunto de relaciones y afectos que el individuo –en tanto miembro de una sociedad– teje con su entorno. Relaciones e historias que se inscriben en un espacio y en un tiempo (De Certau, 1990: 25) y donde las codificaciones norman el transcurrir de esta comunidad imaginada (Anderson, 2000: 39). Un territorio es por definición, entonces, un espacio sociocultural porque en él se materializa el *nosotros*; el territorio es también un espacio político porque en él se definen y establecen las fronteras y los límites del Estado nación (Clifford, 1999: 112; Appadurai, 1999: 31).

Es indudable que, junto a la irrupción de los flujos transnacionales, las geografías de las ciudades y de nuestros Estados conforman un entramado de tensiones profundas y complejas. Comprender el movimiento y el arraigo en estos territorios en circulación se ha vuelto un imperativo de la investigación urbana. Nuestras ciudades y la experiencia urbana como *zonas de fricción* (Joseph, 2002: 65; Delgado, 2007: 187) enfrentan a sus habitantes a la ambivalencia entre la discontinuidad fragmentada de sus espacios amurallados y los flujos que desdibujan y ensanchan sus fronteras (De Mattos, 1999: 345). La pregunta por la dimensión política de la experiencia urbana

y el devenir de la ciudad se nos impone. ¿Quién pertenece a la ciudad? ¿Quién participa en ella? ¿Quién delibera? (Mongin, 2006: 250).

Nuestras ciudades, así como nuestros Estados, se pueblan de velocidades múltiples, de distancias, de fronteras y, por cierto, de desigualdades diversas. El imaginario de *ciudad de clase mundial* coexiste con un campo imaginado residual y marginal que no siempre se condice con el imaginario de la ciudad translocal y global. Es el imaginario nostálgico de la comunidad bucólica, de la ciudad o ‘barrio aldea’ con reminiscencias rurales y de tiempos lentos que se contraponen a la ciudad global, la ciudad del consumo, de los tiempos rápidos, de la estética de la seguridad, de los artefactos urbanos (aeropuertos, carreteras, malls). Son imaginarios que conviven y se superponen, contradicción entre modernización y formas comunitarias que toman la forma de una ciudad privada, moderna, anónima y avasalladora frente a la localidad, el barrio y la plaza como espacio de resguardo, encuentro y a veces agencia local.

Una mirada atenta a la historia de nuestras ciudades, sin embargo, nos advierte que a pesar de la segregación urbana y la consecuente *celebración del gueto* (Sennet, 1975: 78), muchos territorios urbanos se caracterizaron y se caracterizan justamente por su capacidad de acoger la *fricción de la vida urbana* y convocar en un mismo encuentro a invitados de lugares diversos y lejanos. Flujos e intercambios de actores, de recursos, de ideas que unidos al apego al terruño abren nuevas formas de construcción de la *vita activa* en la ciudad. Son territorios que logran en el movimiento y en el compromiso con lo propio y lo ajeno, abrir posibilidades y contrafuegos a la *comunidad purificada* (Sennet, 1975: 89) que se ha vuelto nuestra sociedad urbana.

Indagar en esta dimensión, es decir en la capacidad de los territorios de constituirse –en un contexto de movimientos y migraciones crecientes– en espacios de cobijo, de contrapoderes e identidades multiculturales; comprender y caracterizar estas translocalidades urbanas entendidas como espacios de circulación de bienes, de culturas, de miradas y contrapuntos a la asentada segregación urbana, se nos ha vuelto una tarea ineludible.

Si la mirada se desplaza en el tiempo, veremos que históricamente la circulación, la fricción, los flujos y la movilidad no son características ex-

clusivas de las ciudades contemporáneas. Por el contrario, el movimiento ha estado en la base de la construcción de territorios sólidos en sus economías, en sus identidades y en su adscripción ciudadana. Circulación y flujos que no aluden sólo a la diáspora, a la emigración forzada de sus habitantes, sino al flujo y al movimiento de actores y de ideas que, convocados en un mismo territorio, se alimentan y fortalecen en el pensar y actuar. Ágoras que, a diferencia de nuestros guetos, logran en el movimiento y en el compromiso con *lo propio y lo ajeno*, abrir posibilidades y contrafuegos a los poderes del Estado y al disciplinamiento de sus políticas sobre el territorio. Barrios, poblaciones, campamentos... espacios de circulación de bienes, de culturas, de miradas, de contrapuntos y debates. Translocalidades que en este intercambio se fortalecen en su conectividad y capacidad de diálogo con el entorno. Son historias urbanas que alimentan nuestras imágenes y relatos de ciudad, espacio y afiliación territorial.

Por cierto que los intereses del Estado y de estos territorios ciudadanos pueden llegar a ser diferentes; las fisuras y flujos entre el espacio local, translocal y el nacional obligan necesariamente a la negociación y disputa de intereses. Pero es de este movimiento y diversidad de códigos, de este capital simbólico y cultural, que finalmente dependerá la capacidad de *control cultural* (Bonfil, 1995: 6) de cada localidad. Mientras más porosas las fronteras del ágora, más imperfectas las membranas, más densos los vasos comunicantes y más amplio el número de invitados, más posibilidad de ejercicio de una soberanía territorial.

Territorios de fricciones que nos vienen a recordar que la ciudad difícilmente puede ser comprendida como el lugar del orden y la coherencia; ella es el lugar, por definición, de la deliberación, de la participación, de la experimentación de la diferencia (Sennet, 1997: 45), de la multiculturalidad (García Canclini, 1997: 12) y también de la sobreabundancia de sentidos (Augé, 1998: 56). La densidad de interacción y el intercambio acelerado, es la condición de posibilidad del ágora.

La Chimba, ciudadela de frontera y mestizaje

Una breve mirada a La Chimba de Santiago de Chile, nos permitirá ilustrar parte de la discusión planteada¹. La Chimba, al norte del río Mapocho, ha sido históricamente nuestro *otro lado, la otra banda* de la ciudad de Santiago. Chimba, en voz quechua, significa *terreno, barrio o localidad situada al otro lado del río* (Rosales, 1948: 52).

Desde el siglo XVI, período de la Colonia, en La Chimba se instala, material y simbólicamente, lo que el centro de la ciudad niega: los cementerios, los hospitales, el mercado, los indios y los inmigrantes empobrecidos en busca de mejor fortuna. La Chimba ha sido, durante cuatro siglos y medio, frontera, trastienda, pero también cobijo y lugar de la diversidad. Desde la fundación de la ciudad de Santiago, entre los brazos del Mapocho, este territorio acogió a todos aquellos indígenas que el conquistador no quería establecidos en su ciudad. Fue con este hecho que La Chimba se fue constituyendo como un arrabal: un sector de los extramuros de la ciudad, donde en un primer momento se establecen los yanaconas e indígenas al servicio de los conquistadores.

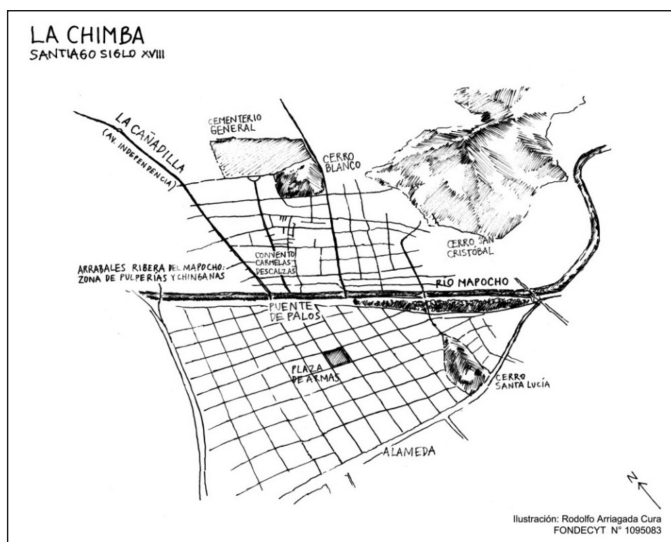
El poblamiento de La Chimba, durante los siglos XVII y XVIII, constituye uno de los primeros ejemplos dentro de Santiago donde la multiculturalidad se evidencia junto a la pobreza, y en el cual el habitar va de la mano con un modo de producción económica. En La Chimba se instalan indios, negros, mulatos, mestizos y españoles pobres que trabajan en manufactura artesanal y servicios que ofrecen a la población de la ciudad. La intensa actividad comercial, social y lúdica dará origen a un territorio que marca la pauta de desarrollo de Santiago (De Ramón, 2000). La frontera establecida por el río Mapocho actuará a su vez de trinchera y también cobijo en momentos de efervescencia social o de represión desde el centro

¹ La etnografía que sustenta este artículo se desarrolló en las comunas de Recoleta e Independencia de la ciudad de Santiago entre los años 2009 y 2011, con períodos de residencia en el lugar, trabajo de campo, observación participante y entrevistas a 70 habitantes (chilenos y migrantes). El trabajo en terreno se orientó a la caracterización y comprensión de los modos de habitar, ocupar y signar el territorio, así como las identidades que sustentan dichas prácticas urbanas desde el *otro lado* del río. Aquí se presenta una síntesis de dicha etnografía y se discute, a la luz de dichas evidencias empíricas, los planteamientos desarrollados previamente.

de la ciudad (Rosales, 1948; Pinto y Salazar, 2002). La angosta franja del río marcará así la frontera entre la *ciudad propia* y la *ciudad bárbara*, a decir del intendente Benjamín Vicuña Mackenna, a fines del siglo XIX.

Comenzando el siglo XXI, si el centro de Santiago persiste como la cara de la legalidad y la civilidad —*ciudad propia*—, La Chimba continúa siendo espalda, contracara y reverso —*ciudad bárbara*—. Territorio de la segregación simbólica de los muertos al otro lado del río Mapocho y de la presencia de poblaciones que en su mixtura mantienen la vitalidad y la diferencia de este territorio (Franz, 2001). Una ciudadela paralela al otro lado del río que desafía la planificación central y se vuelve emblema de una cierta autarquía. En La Chimba, tres son las franjas que organizan esta espacialidad del territorio: Bellavista y su bohemia, bares y restaurantes; Patronato, con sus migrantes y comerciantes; el Mercado de La Vega con sus bodegas, locales y masa itinerante de trabajadores y vagabundos.

Croquis 1
La Chimba de Santiago, siglo XVIII



Fuente: Rodolfo Arriagada, Fondecyt 1095083, 2012.

Habitar de frontera

Geográficamente el río Mapocho aún fija la frontera, es la línea divisoria que establece un adentro y un afuera, borde visual hasta donde se llega, pero también desde donde se parte (Silva, 1996). Sus puentes sobrecargados de transeúntes, automóviles y carros empujados por hombres, anuncian que los lazos entre ambas ciudades —*la propia y la bárbara*— están vivos; y que la porosidad de la frontera persiste a pesar de las resistencia del centro de la ciudad.

La Chimba no es campamento ni gueto; en ella la zonificación propia de la modernidad y la planificación urbana no tienen lugar. En La Chimba los principios de urbanidad tan queridos a Jane Jacobs (1965), como el desorden y la vertiginosidad, adquieren toda su fuerza y sentido. A diferencia de la ciudad de los barrios segregados y claramente delimitados, en La Chimba los límites territoriales y funcionales parecieran nunca asentarse. Entre la bohemia de Bellavista, el comercio de Patronato y el mercado, los vínculos se tejen cotidiana y vertiginosamente. En La Chimba todo es bullir, trájín y movimiento que se construye en esa fluidez de las relaciones de vecindad. Porque así como en ella se habita, también se trabaja, se festeja, se bebe, se come, se sana, se educa, se reza y se muere. El relato de sus vecinos nos advierte que ‘después de Dios’ está La Vega², La Chimba.

Economía barrial sustentada en el comercio de alimentos frescos, textiles y baratijas, que se hace entre todos y para todos: hombres, mujeres, niños, *huachos*, vagabundos, ancianos, migrantes, parias y delincuentes. Aquí todos tienen un lugar.

Territorialmente, la economía de La Chimba se teje en cada uno de sus espacios y rincones: en el pasaje, en el cité, en el mercado, en el bar, en la calle, en la plaza, en el conventillo, en el cuarto redondo, en el altillo, en la puerta del cementerio, en cada espacio de la manzana de ese damero apenas diseñado. En ese laberinto que es La Chimba, los habitantes ensamblan, maquilan, cocinan, tejen, cosen, trasladan, sirven y comercian todo aquello que su ciudad pueda comprar. Un modo de producción informal

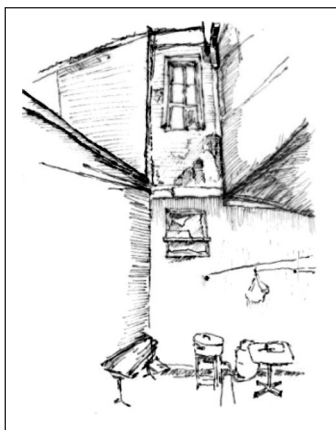
² Mercado de abastos que además de alimentar a parte de la población de la ciudad de Santiago, cobija a niños huachos, vagabundos y todo aquel que necesite ser socorrido en su desgracia.

que se levanta entre risas, desvaríos, camaradería, compadrazgos, amistades, disputas y riñas. Economía *otra*, saber-hacer que solo quienes ahí se asientan sabrán decodificar.

Espacio de profunda maleabilidad y capacidad de transformación: *el cité* puede ser en la mañana residencia y guardería de niños; en la tarde, bodega; en la noche, bar clandestino, prostíbulo, restaurante; y al amanecer, nuevamente residencia. Es esta maleabilidad de los espacios para acoger, cobijar, esconder o proteger a sus habitantes lo que otorga a La Chimba su impronta de espacio femenino, útero y posibilidad siempre abierta a ser recibido y acogido. Como bien registra este croquis (ver Croquis 2), la maleabilidad de sus espacios interiores, anuncia que la superposición de funciones es siempre posible.

Croquis 2

Casa bodega de familia chilena, La Chimba 2011



Fuente: Arquitecto R. Arriagada, Fondecyt n°1095083; croquis del interior de una vivienda familiar de trabajadores del mercado de abastos, en el que se observa la mesa para comer, trabajar y jugar cartas; los utensilios para la preparación de empanadas y el carro y cocinilla en la que se fríen y ofrecen en el mercado.

Como escenario que se monta y desmonta de acuerdo al guión y sus personajes, en La Chimba la calle acoge a los sin hogar –vagabundos y andantes– y en el día se puebla de tiendas que lucen su mercadería a una clientela diversa, para luego vestirse de comedor y cocinería y nuevamente

de gran mercado. Rasgo que *la ciudad propia* a través de sus políticas de zonificación e higiene no está en condiciones de realizar ni aceptar, pero que, sin embargo, cada vez que lo requiere, va en su búsqueda, ya sea para demandar mano de obra, buscar recreación, enterrar a sus muertos, adquirir el aprovisionamiento de sus mercados...

Con sus estrechas calles y pasajes, La Chimba ofrece al habitante y al transeúnte algo de ‘cajón’ (Delgado, 2007), fragmentos de colores, olores, sonidos y voces que se configuran en perpetuo movimiento. Identidades y prácticas barriales que coexisten y se superponen de manera fragmentada en una suerte de contaminación mutua. Crónica intranquilidad que obliga a buscar permanentemente los ajustes que no rompan este equilibrio del espacio barrial.

Croquis 3

Casa bodega de familias peruanas, La Chimba 2011



Fuente: Arquitecto R. Arriagada, Fondecyt 1095083, hall de entrada a vivienda compartida por familias peruanas en La Chimba; se observan los diversos utensilios de trabajo, sacos de harina, carros para la venta de alimento, y ropa colgada.

Mixtura como posibilidad

En La Chimba de hoy, sus habitantes comparten el carácter de mixtura étnica que caracteriza a este territorio desde su origen. Chilenos en su mayoría, habituados a convivir con las sucesivas oleadas de migrantes que desde inicios del siglo XX pueblan el barrio (palestinos, sirios, libaneses, italianos, coreanos, peruanos, ecuatorianos, argentinos...). La Chimba persevera en su impronta de mosaico y territorio de cobijo de la diversidad. Porque todo circula, todos tienen su lugar y la xenofobia –tan presente en la *ciudad propia*– pierde toda posibilidad de ser. El *otro*, el distinto, el diferente, está siempre ahí, y el estigma –entendido como marca que fija– pierde toda razón de ser. Las evidencias de la etnografía permiten levantar la hipótesis de que son los habitantes chilenos los que otorgan al territorio su condición de continuidad, pero sobre todo de cobijo y frágil polifonía. Es en ellos donde residen las claves de la integración, una integración urbana que se mueve en una compleja red de vínculos y reciprocidades que transitan entre lo laboral, lo vecinal, lo lúdico... En este territorio, todos están amarrados y comprometidos con todos, pero no como en el gueto, sino en su condición urbana donde todos caben.

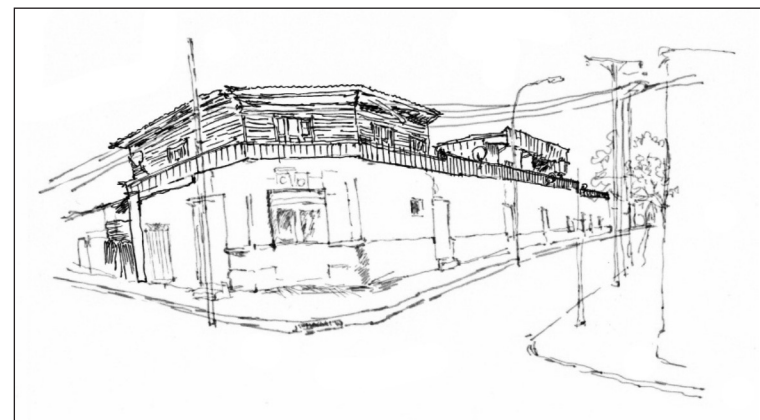
La mayoría de estos habitantes corresponden a una clase trabajadora que se desenvuelve en el mercado de la Vega y el comercio aledaño, o bien a una antigua clase media envejecida y algo empobrecida que adquirió su vivienda por adscripción a un sistema de protección social (antiguas poblaciones construidas por la Caja de Empleados Particulares en los años cuarenta).

Para los chilenos, palestinos, coreanos y migrantes en general, el territorio, en tanto pequeño y bullente distrito de negocios, ofrece evidentes ventajas. Su gran maleabilidad en términos de su arquitectura, la presencia de una mano de obra barata y siempre dispuesta, y el flujo de clientes provenientes de toda la ciudad, hacen de La Chimba un lugar especialmente favorable a la residencia y al trabajo. Para los migrantes latinoamericanos, empobrecidos, ilegales y con escasos vínculos sociales en la ciudad, el barrio les ofrece las oportunidades de cobijo y resguardo que la ciudad propia pareciera negarles. Arquitectura antigua y fácil de adecuar a sus ne-

cesidades de habitación, trabajos informales y de fácil acceso, comunidad de compatriotas y acceso a los mecanismos de sobrevivencia, servicios de salud y educación y buena conectividad, hacen de La Chimba un buen territorio para asentarse en la ciudad.

Croquis 4

Casona de adobe remodelada por migrantes peruanos, La Chimba 2011



Fuente: Arquitecto R. Arriagada, Fondecyt n°1095083, casona de adobe de fines del siglo XIX, remodelada en madera por inmigrantes peruanos que han construido sobre ella pequeñas piezas de habitación para las familias; remodelan, así, el diseño arquitectónico original.

Puentes y lazos

Para unos y otros, chilenos y extranjeros, La Chimba, en su condición de *otro lado*, así como cobija y protege de la mirada y la sanción social de la ciudad propia, también amarra y vincula a través de sus puentes y cercanía al centro de la ciudad. Ni tan lejos ni tan próxima, La Chimba, al igual que río Mapocho, se cierra y se abre, en función del ritmo, de las necesidades y también de la valentía de sus habitantes para incursionar en el *otro lado*.

Apertrechados de sus carros de frituras y jugos, los habitantes peruanos saben que ir al centro de la ciudad y cruzar el río es siempre asunto de *guerreros* y *aventureros* dispuestos a dar la pelea por ganarse un lugar.

Para quienes lo intentan, el precio puede ser tan alto como perder todos sus enseres o ser detenido y deportado. Hacia el centro solo atraviesan los valientes, el resto preferirá permanecer y hacer de La Chimba el territorio donde consolidar y afianzar los lazos con los iguales.

Para los migrantes —en especial los latinoamericanos— los vínculos con el país de origen permanecen y se reactualizan día a día. En los locutorios, cibercafés y telecentros que llenan las calles de estos barrios de inmigrantes, largas conversaciones mantienen la vigencia del vínculo con el país de origen: envío de remesas, saludos de cumpleaños, conversaciones banales, gestos y mimos de afecto, cuidados cotidianos o simplemente reportes de salud, todo certifica que aún se está allá, al otro lado de la frontera. Las tardes, al regreso del trabajo, son los momentos privilegiados para la llamada al país de origen. Y es entonces que los locutorios se llenan de voces, en su mayoría femeninas, de cariño, enojo, tristeza y a veces reclamo, para contar que en este país cuando tiembla —y vaya que tiembla— está prohibido pernoctar en las plazas, así se los ha hecho saber el alcalde³.

Aún así, los migrantes han aprendido a torcerle la mano a una ciudad que les teme, en especial cuando se osa cruzar el río.

Límites y fronteras urbanas

La frontera ha sido comprendida en este escrito y en esta etnografía en su doble acepción: frontera como límite generador de categorías discretas (el adentro y el afuera; lo bárbaro y lo propio), pero también como espacio desbordado por ambos bordes (territorio poroso, de puentes y subversiones).

En estos términos, el primer sentido de frontera —más próximo al de segregación urbana— habla de un ejercicio de demarcación que introduce por decreto una discontinuidad en la continuidad natural de la ciudad. La historia de nuestras ciudades segregadas, ha sido la historia de una lucha

3 “Los inmigrantes se han quedado sin trabajo y son un carga para el país... A mí me parece que ya basta. Si gente de otro país quiere vivir en Chile, que lo hagan legalmente y sobre todo que no abuse de irse a instalar en las plazas”, sostuvo el alcalde de Santiago, P. Zalaquette; (www.emol.com, 13.04.2010).

por la delimitación legítima de las diferencias sociales. Una frontera que ‘naturaliza’ las construcciones y prácticas que en su interior se despliegan. Esto es, haciéndolas existir como conformes a la naturaleza de las cosas. En el sentido de Bourdieu (1987), una frontera en tanto construcción cultural, que produce diferenciación cultural y a su vez es producto de esa misma diferenciación.

En estos términos, la historia de La Chimba, delimitada por el río mapocho y a veces peligroso del Mapocho, ha sido la historia de la construcción de una ciudad escindida en dos, la *ciudad propia* y la *ciudad bárbara*. Y en estos términos, La Chimba, en una primera aproximación, bien puede ser leída como ‘cobijo’ y resguardo de una diversidad cultural mestiza temida y expulsada de la *ciudad propia*. Porque la ‘otra banda’ protege, refugia y segrega; el río no puede sino operar como límite que escinde la ciudad.

Y, sin embargo, la etnografía también nos abre una segunda lectura sobre este territorio de la *otra banda*, aquí la noción de frontera adquiere un segundo significado, como espacio liminal del desborde. La Chimba es, en estos términos, un territorio de frontera ‘donde cada cultura prolifera sobre sus márgenes’, lugar en el que se producen las irrupciones y creaciones que en el imaginario oficial se representan como excepciones, excentricidades y a veces peligros (De Certeau, 1999; Rosaldo, 1989). Reducción que, por cierto, no impide el desborde más allá de las fronteras del río, permeando incluso la *ciudad propia*.

Aunque la mayoría de las tipificaciones metropolitanas continúan suprimiendo las zonas fronterizas, las culturas humanas no son por necesidad coherentes, ni tampoco son siempre homogéneas. Con más frecuencia de lo que creemos, nuestras vidas cotidianas son entrecruzadas por las zonas fronterizas, por los grupos aislados o erupciones varias. Muy a menudo las fronteras sociales son prominentes en líneas de orientación sexual, género, clase, raza, grupo étnico... Junto con nuestras identidades culturales en apariencia transparente, las fronteras no deben considerarse como zonas transicionales de análisis vacío, sino como sitios de producción cultural creativa (Rosaldo, 1989: 190).

Es esta segunda acepción la que nos parece relevante para el caso analizado. La Chimba, territorio de frontera al interior de una ciudad segregada, se nos revela justamente gracias a esta condición de desborde, en una paradoja: cobijo (comunidad y redes de protección) y conectividad (translocalidad y redes que articulan a la ciudad y otras naciones). En este sentido, el carácter de este *territorio de frontera* que es La Chimba, estaría dado justamente por la posibilidad de asegurar el resguardo de los migrantes en la diversidad, pero a su vez facilitar la conectividad más allá de sus fronteras. Es la paradoja que nos muestra cómo, junto a los procesos crecientes de deslocalización y migración, se crean procesos de relocalización y desborde en nuestras ciudades (Reguillo y Godoy, 2005; Low y Lawence, 2001).

El dinamismo que imponen estas prácticas translocales a los territorios, contribuye al desdibujamiento de las narrativas que naturalizan las historias locales y barriales. Y en este proceso, el problema deja de ser el pluralismo cultural —la diversidad de identidades en sí—, sino la tensión entre diversidades que transitan y una ciudad segregada que no los reconoce en sus diferencias (Appadurai, 1999). Los territorios de frontera, como La Chimba, territorios porosos y diversos en sus identidades, a menudo ponen en tensión los proyectos homogeneizadores y dominantes del Estado-nación y de nuestra planificación urbana. Comprender los sentidos en disputa en nuestra ciudad frente al surgimiento y la diversificación de estas lealtades no nacionales y no territoriales, es un desafío a la investigación urbana. La Chimba nos advierte que las diferencias culturales de la otra banda, no son solo respuesta a la exclusión desde el centro, sino más bien una evidencia de las limitaciones de la ciudad propia, para acoger y representar al conjunto (Clifford, 1999). Pensar los territorios —poblaciones, barrios, villas— desde sus porosidades, vasos comunicantes y flujos de capitales, de bienes, de culturas y de actores, exige un esfuerzo por resituar la mirada. Esto es, una aproximación crítica a la producción del espacio urbano más allá de las estrechas fronteras de la ciudad y su cultura.

La porosidad de las fronteras anuncia, o deja la puerta abierta, para soñar que otro mundo es posible, otra ciudad y otra ciudadanía. No es aquí donde reside el riesgo de la vida urbana y sus imaginarios. Tampoco en las *incongruencias* entre estos imaginarios, pues son justamente estos des-

conciertos, estas distancias entre esquemas utópicos, entre imaginarios que no se encuentran, los mejores indicios de que esta sociedad aún imagina, inventa, se pregunta y delibera. En tiempos de modernización y globalización vertiginosa, estos son espacios de deliberación que talvez no tengan que aunarse en una sola gran utopía, en un solo gran relato común, en una sola imagen de ciudad ideal.

El riesgo está en la imposibilidad de imaginar algún tipo de coherencia entre identidades e imaginarios diversos, de manera tal que nos ayuden a convivir de forma más amable y más justa en la ciudad. La *desurbanización* de las ciudades, la disminución del uso de los espacios públicos, la *guetización*, el amurallamiento interno, la inseguridad, la fragmentación y segregación social amenazan con substituir el deseo y la imaginación por el miedo a la ciudad.

En una sociedad de la desigualdad y hegemonía del mercado como la nuestra, los ejemplos de amenazas y rupturas de la territorialidad abundan. La modernización compulsiva de barrios que son despojados de sus viejos referentes, testigos activos de una historia común y compleja; la especulación inmobiliaria que se impone y destruye todo paisaje identitario y arquitectural; el empobrecimiento progresivo de sus habitantes que impide la inversión y el cuidado compartido de la materialidad del habitar; las carreteras que atraviesan y arremeten con la unidad histórica y territorial de la vecindad; las políticas de recuperación urbana que erradican de las entrañas de la ciudad todo vestigio de diversidad.

Sin embargo, sabemos que cuando el sentido de pertenencia y las condiciones que lo posibilitan entran en peligro o se ven amenazadas, los territorios se defienden y las resistencias territoriales surgen. Es la *vita activa*, como diría Arendt (1983), donde trabajo, acción y obra se conjugan. Diversos estudios advierten cómo, frente al movimiento de poblaciones y el desdibujamiento de las fronteras identitarias y territoriales, nacen progresivamente esfuerzos de reterritorialización. Esto es, de construcción de prácticas segmentadas para fijar el propio terruño (Reguillo y Godoy, 2005: 12). En un contexto de velocidades y flujos que desdibujan el espacio de lo urbano, los tiempos lentos y de pertenencias cercanas crean nuevos lugares y nuevas jerarquías.

La desterritorialización o la deslocalización pueden, por cierto, crear procesos de reterritorialización, entendidos como imaginarios de autonomía, poder o soberanía de recursos. Comunidades donde los derechos se defienden y nuevos discursos de ciudadanía nacen. El pluralismo de las translocalidades tiende a confundir las narrativas que intentan naturalizar y homogeneizar tales historias locales y vecinales.

La soberanía y las ciudadanía residual no van necesariamente de la mano de fronteras territoriales cerradas; esto que es válido para los Estados-nación, también lo es para los pequeños territorios en su interior. Así como la integridad territorial está dejando de ser una simple expresión de la integridad nacional, también a nivel local la delimitación y amurallamiento territorial no han sido nunca, per se, fuente de identidad territorial. El territorio segregado, delimitado y de fronteras inamovibles se ha convertido en el punto clave de la crisis de las soberanías y de la deslegitimación de las identidades territoriales, locales y nacionales en un mundo transnacional (Appadurai, 1999: 3).

Las evidencias de la segregación urbana y la desigualdad de nuestras sociedades constituyen, por cierto, una barrera importante a la consolidación de estos vasos comunicantes entre segmentos sociales y territoriales, y también al surgimiento de estos poderes translocalizados. Por el contrario, lo que observamos es que en nuestras ciudades latinoamericanas, si bien una nueva cartografía tiende a consolidarse, los vasos comunicantes a menudo transforman el campo de la imaginación y el ejercicio de la *vita activa*.

Señalábamos que los espacios transnacionales pueden ser también lugares de resistencia, como representantes de culturas híbridas, de identidades multiposicionadas, de prácticas de fronteras como claras estrategias para escapar al control del capital y del Estado. Nuevas formas de resistencias y nuevas narrativas que interrumpen la ideología del Estado-nación en una subversión de la *comunidad imaginada* (Anderson, 2000: 12). De esta manera se reformula el espacio social y político, suplantándose el concepto estático de centro-periferia –y también el centro y los márgenes– y se crea un espacio más fluido para la gente común. Las diferencias culturales de los márgenes y de los bordes ya no podrán ser solo representadas como signos

de la exclusión desde el centro, sino más bien como las limitaciones del Estado-nación para representar al conjunto (Clifford, 1999:79).

Esta reformulación de espacio transnacional como fluido y fragmentado, producido por las personas en movimiento, complementa los estudios de la soberanía y la ciudadanía en la reconsideración de los Estados-nación como entidad espacial y territorial. Quizás como la mayor peculiaridad del Estado-nación moderno fue la idea de que las fronteras territoriales podían mantener indefinidamente las fábulas de la singularidad étnica (Bhabha, 2002: 34), podríamos señalar que la mayor peculiaridad de nuestras ciudades latinoamericanas –cuyo tipo más paradigmático podría ser la ciudad de Santiago de Chile– fue la idea de que las fronteras territoriales podrían mantener la ilusión de la singularidad y de inamovilidad. Ambas ideas hoy se han vuelto insostenibles. La primera por la evidencia de las disputas de espacios entre diásporas y Estados; la segunda, por las evidencias históricas de que el ciudadano de nuestras urbes no ampliará el campo de lo posible sino es en el ejercicio de la *vita activa*. El problema no es el pluralismo cultural, la diversidad de identidades en sí, sino la tensión entre estas diversidades que transitan y el proyecto de ciudad que los niega y expulsa en sus diferencias.

Los estudios de desplazamientos de las culturas nos alertan sobre el poder de los individuos en su capacidad simultánea de, por una parte, territorializar paisajes de la memoria (como resguardo y reactualización) y, por otra, desterritorializar esos mismos arraigos. Movimiento y arraigo en potencia; pero jamás uno sin el otro. La pregunta por la génesis de nuevas configuraciones culturales, identitarias y de soberanías (Bataille, 1996: 4) en estos espacios urbanos transnacionales es un trabajo a realizar. Etnografías cuyo objetivo se oriente a comprender la multilocalidad y la polifonía como recursos en la construcción de soberanías que se hacen en la paradoja del movimiento. Una etnografía de las rutas e itinerarios del vecindario, no como la aldea de fronteras y murallas, sino del movimiento y del viaje como permanente búsqueda de la realización de la urbe. Ni tan próximo ni tan lejano, un ciudadano que se construye en esta relación de pertenencia fronteriza, entendida como esa línea indeleble pero porosa que se puede cruzar y mirar de uno y otro lado.

¿Cómo describir entonces desde la etnografía las diferencias y las formas culturales que compiten para ser representadas en ese tiempo y espacio que es la cultura urbana? La construcción de *contra narrativas* de la ciudad y de la nación, que evocan y borran sus fronteras totalizantes, puede ser un camino fructífero a seguir. Una etnografía de las experiencias híbridadas, cosmopolitas y enraizadas que abren caminos hacia una ciudad de la translocalidad. Una etnografía multisituada de los lugares de exclusión e invisibilidad que excave en los silencios y en las memorias de aquellos itinerantes y desplazados sin los cuales la ciudad como experiencia de la diversidad nunca será.

Bibliografía

- Anderson, B. (2000). *Comunidades imaginadas*. Buenos Aires: FCE.
- Appadurai, A. (1999). "Soberanía sin territorialidad: Notas para una geografía posnacional". *Revista Nueva Sociedad* 163: 109-124.
- Arendt, H. (1983). *La Condition de l'Homme Moderne*, París: Calmann-Lévy.
- Augé, M. (1998). *Los no lugares, espacios del anonimato: una antropología de la sobremodernidad*. Barcelona: Gedisa.
- Bataille, G. (1996). *Lo que entiendo por soberanía*. Barcelona: Paidós.
- Bhabha, H. (2002). *El lugar de la cultura*. Buenos Aires: Manantial.
- Bonfil, G. (1995). "Lo propio y lo ajeno: una aproximación al problema del control cultural". En *La cultura popular*. Rodolfo Stavenhagen (Comp.): 79-86. México: FCE.
- Bourdieu, P. (1987) *La distinction*. París: PUF
- Clifford, J. (1999). *Itinerarios transculturales*. Barcelona: Gedisa.
- De Certeau, M. et al (1990). *L'invention du quotidien, 1 : Arts de faire*. París: Gallimard.
- De Certau, M. (1999). *La cultura en plural*. Buenos Aires: NuevaVisión.
- De Ramón, A. (2000) *Santiago de Chile*. Santiago: Ed. Sudamericana.
- Delgado, M. (2007). *El animal público. Para una antropología de los espacios urbanos*. Barcelona: Anagrama.

- De Mattos, C. (1999). "Santiago de Chile, globalización y expansión metropolitana: lo que existía sigue existiendo". *Eure* 76: 507-542
- Franz, C. (2001). *La muralla enterrada*. Santiago: Planeta.
- García Canclini, N. (1997). "Ciudad invisible, ciudad vigilada". *La Jornada Semanal*: 89-93. Visita 20 de mayo de 2007 en <http://www.jornada.unam.mx/1997/05/18/sem-nestor.html>
- Heidegger, M. (1993). *El ser y el tiempo*. México: F. de C. E.
- Jacobs, J. (1965) *The death and life of great american cities*. New York: Modern Library.
- Joseph, I. (2002). *El transeúnte y el espacio urbano: Ensayo sobre la dispersión del espacio público*. Barcelona: Gedisa.
- Lefebvre, H. (1976). *Espacio y política: el derecho a la ciudad*. Barcelona: Península.
- Low, S. y D. Lawrence-Zúñiga (Ed). (2001). *The anthropology of space and place. Locating Culture*. New York: Blackwell Publishing.
- Mongin, O. (2006). *La condición urbana: La ciudad a la hora de la mundialización*. Buenos Aires: Paidós.
- Pinto, J. y Salazar, G. (2002) *Historia contemporánea de Chile*. Santiago de Chile: LOM.
- Reguillo, R. y M. Godoy (2005). *Ciudades translocales: espacios, flujo, representación. Perspectivas desde las Américas*. México: Iteso.
- Rosaldo, R. (1989) *Cultura y Verdad*. México: Grijalbo.
- Rosales, A. (1948) *La Chimba antigua, la cañadilla de Santiago (1541-1887)*. Santiago de Chile: Ed. Difusión.
- Sennet, R. (1975) *Vida urbana e identidad personal*. Barcelona: Península.
- (1997). *Carne y Piedra: El cuerpo y la ciudad en la civilización occidental*. Barcelona: Alianza.
- Silva, A. (1996) Rito urbano e inscripciones imaginarias en América Latina. *Persona y Sociedad*, Vol. X, N°1, abril: 106 -115.

Los pliegues en la experiencia urbana de la segregación socio-espacial. Análisis comparativo de dos etnografías urbanas

Ramiro Segura

Introducción

A partir del análisis comparativo de dos espacios segregados socio-espacialmente, el presente artículo tiene por objetivo delinear dos conjuntos de operaciones complementarias y constitutivas de los modos de simbolizar y habitar el espacio urbano. Por un lado, un conjunto de operaciones de marcación de límites y umbrales que separan y aíslan ámbitos y prácticas, al distinguir, según los casos, entre adentro y afuera, interior y exterior, público y privado, nosotros y otros. Por otro lado, un conjunto de operaciones que se dirigen en sentido opuesto, y que establecen puentes y pasajes, vasos comunicantes, entre tales ámbitos separados y diferenciados.

Dos trabajos de campo etnográfico en contextos urbanos son el punto de partida de las reflexiones que aquí se proponen. Durante el año 2005 realicé trabajo de campo en La Cárcova, barrio ubicado en el límite norte del partido de San Martín, en el conurbano bonaerense, investigando la experiencia social de la segregación espacial (Segura, 2006; 2009a). Posteriormente, en un trabajo de campo de más largo alcance vinculado con mi tesis de doctorado (Segura, 2010a), realicé trabajo de campo entre los años 2007 y 2009 en un sector de la periferia urbana de la ciudad de La Plata. El diálogo entre los resultados obtenidos en ambas investigaciones permitió identificar los dos operaciones y, a través de ellas, señalar matices y diferencias en la experiencia urbana de ambos espacios. En la base de nuestra preocupación se encuentra el conocido ensayo de

Georg Simmel, *Puente y puerta*. En este maravilloso texto leemos que “sólo al hombre le es dado, frente a la naturaleza, el ligar y el desatar” y que ambas actividades se presuponen e implican mutuamente. El camino y el puente comunican dos lugares que previamente debieron ser percibidos como separados; la puerta, por su parte, comunica y a la vez separa la finitud del mundo privado –producto él mismo de una operación de marcación y separación, de la instauración de una discontinuidad en el espacio– con la infinitud del espacio público. Por esto, “en un sentido tanto inmediato como simbólico, tanto corporal como espiritual, somos a cada instante aquellos que separan lo ligado o ligan lo separado” (Simmel, 2001: 45-46).

En esta dirección, creemos que una vía útil para conocer y caracterizar los modos de vida urbana contemporáneos (necesariamente diversos debido a las diferencias socioeconómicas, residenciales y de género, entre otras) consiste en analizar las maneras en que los actores sociales distinguen y a la vez vinculan el adentro y el afuera, el interior y el exterior, lo público y lo privado, la mismidad y la otredad, y esto supone identificar tanto los límites y los umbrales (operaciones de separación de ámbitos y prácticas) como los puentes y pasajes (operaciones de conjunción de tales ámbitos y prácticas disímiles). Con fines analíticos pensamos en un conjunto de metáforas urbanas (Silva, 2000) que se expresan en oposiciones como cerca-lejos, adentro-afuera, público-privado e interior-exterior, y a la experiencia urbana como el modo de vincular, no sin tensiones y contradicciones, y de manera cambiante según los actores sociales involucrados, los contextos y las situaciones, de tales oposiciones. La experiencia urbana, entonces, como ‘pliegue’ cuyas posibilidades extremas son el ‘despliegue’ o el ‘repliegue’ (Mongin, 2006) en el espacio.

El artículo se compone de tres partes principales. Siguiendo la estrategia comparativa de distintas ‘situaciones periféricas’ (De Almeida, D’Andrea y De Lucca, 2008), en cada una de las secciones de este artículo se abordan simultáneamente la periferia platense y el barrio del conurbano, en un contrapunto que busca iluminar convergencias como divergencias entre los casos. La primera parte se detiene en una caracterización de los espacios estudiados. Una vez presentados los campos donde se practicó

etnografía, la segunda parte se aboca a las formas de simbolizar el espacio en dos escalas espaciales: las configuraciones socio-espaciales a escala de la ciudad que sitúan espacial y socialmente cada uno de los espacios residenciales analizados y las topografías socio-espaciales de cada uno ellos. Posteriormente, la tercera parte analiza las lógicas de circulación y las formas de significar los desplazamientos por parte de los residentes de cada uno de los espacios segregados. Cierra el artículo una puesta en diálogo de los resultados obtenidos en el ejercicio comparativo, y lo que el mismo nos permite vislumbrar sobre la experiencia urbana de la segregación.

Los espacios urbanos analizados

Si bien es factible caracterizar a ambos espacios como productos de procesos de segregación espacial de carácter predominantemente socio-económico, la localización, la historia y las características del entorno urbano en el cual se insertan cada uno de los espacios estudiados, son clave para identificar matices, especificidades y diferencias en la experiencia urbana de la segregación socio-espacial. Por esto, en primer lugar, brindaremos una breve caracterización de los espacios urbanos donde desarrollamos la investigación: la periferia de una ciudad planificada y un barrio segregado en el conurbano bonaerense.

La periferia de una ciudad planificada

La Plata fue fundada el 19 de noviembre de 1882, como nueva capital de la provincia de Buenos Aires. Una de sus características distintivas es la de tratarse de una *ciudad planificada*. El formalismo, expresado en las preocupaciones por la geometría y la simetría, es la característica fundamental del trazado fundacional. El diseño original de la ciudad consiste en un cuadrado de 40 por 40 manzanas, claramente delimitado por una avenida de circunvalación de 100 metros de ancho. Al interior del cuadrado predomina la disposición en cuadrícula, una geométrica trama ortogonal con

avenidas cada seis cuadras, en cuya intersección se encuentran espacios verdes (plazas y parques) equidistantes. Dos diagonales principales y otras seis secundarias procuran dar agilidad a la circulación por el cuadrado y conectan el centro de la ciudad con la periferia. Un eje monumental que corre a lo largo de las avenidas 51 y 53 divide simétricamente al cuadrado fundacional. Este eje, perpendicular al río de La Plata, además de distinguir los espacios públicos de los privados, conecta simbólicamente el puerto con la pampa, cuya mediación es la ciudad misma.

Orden y equilibrio son las dos ideas que se traducen en el trazado fundacional: la ciudad como “una máquina urbana, en la que no se puede agregar ni sacar un engranaje” (Garnier, 1992a: 102). Preocupación por la circulación (avenidas y diagonales), por lograr un equilibrio entre el espacio construido y el espacio verde (espacios verdes equidistantes; avenidas y boulevares con ramblas arboladas), por diferenciar claramente espacios públicos de espacios privados (eje monumental que divide en dos partes simétricas al trazado fundacional), por separar lo urbano de lo rural (avenida de circunvalación). Sin embargo, distintos factores como el crecimiento poblacional, la suburbanización periférica, la edificación en altura debida a una insuficiente legislación y a la especulación inmobiliaria y la progresiva conurbación con Buenos Aires han transformado la fisonomía de la ciudad. Por esto, actualmente es posible identificar dos espacios urbanos contrastantes, separados por la ancha avenida de circunvalación. El contraste no es únicamente poblacional –menos de 200 000 habitantes en el trazado fundacional, más de 400 000 en la periferia– sino también urbanístico, administrativo y socioeconómico.

El Centro Comunal Altos de San Lorenzo –lugar donde se desarrolló la investigación– se encuentra emplazado al sudeste del casco fundacional de La Plata y cuenta con 40 000 habitantes. Se trata del sector de un periferia urbana consolidado de manera tardía y que está localizado en el extremo opuesto al sector con mayor desarrollo de la ciudad, representado por el eje Buenos Aires-La Plata, donde hay enclaves de clases medias y medias altas. Su posición singular respecto a la ciudad, hace que el centro comunal se encuentre marginado de las mayores inversiones urbanas y de las principales vías de comunicación. En este sentido, los índices socioeconómicos

para el conjunto del centro comunal muestran un panorama no sólo peor que el del casco fundacional, sino también por debajo del promedio del partido. Si tomamos como indicador las Necesidades Básicas Insatisfechas (NBI), las mismas están presentes en el 22,5 % de la población de Altos de San Lorenzo, mientras que esa cifra desciende a 12,8 % para el promedio del partido y a sólo 2,1 % de la población del casco.

Un barrio segregado en el conurbano

La Cárcova es un barrio que se encuentra a 15 cuadras de la estación de trenes de la localidad de José León Suárez, en el partido de General San Martín, dentro del primer cordón del conurbano bonaerense. Aunque no existen datos precisos, se calcula que allí viven alrededor de 11 000 personas, que subsisten a través de una combinación de planes sociales, (intermitente) ayuda social del Estado y por lo obtenido en tareas de cartoneo y reciclaje (ya sea en Buenos Aires o en el cinturón ecológico del CEAMSE¹) y/o trabajos ocasionales, predominantemente en el sector informal².

El barrio se fue poblando lentamente en sucesivas oleadas de pequeños grupos de familias, desde finales de la década de 1970 hasta la actualidad, momento en el que continúa su expansión. El espacio ocupado por el barrio corresponde a parte de la planicie de inundación del río Reconquista, una zona baja que durante mucho tiempo fue un basural. Dicha zona es adyacente al loteo cuadrangular que data de 1932 (año en que el ferrocarril llegó a Suárez), que encontró en tal accidente geográfico el límite para su prolongación. Así, la irregularidad de la llanura funcionó como límite de la

1 Coordinación Ecológica Área Metropolitana Sociedad del Estado (CEAMSE) realiza desde fines de la década de 1970 la gestión de los residuos sólidos urbanos del Área Metropolitana de Buenos Aires (AMBA) mediante la aplicación del método de relleno sanitario. Uno de ellos es el Norte III, ubicado en José León Suárez, que recibe 310 000 toneladas de basura al mes.

2 Los datos del censo no nos ayudan a conocer las características de la población del barrio, ya que se encuentra incluido en una fracción censal junto a otros barrios que presentan mejores condiciones socioeconómicas. De todas maneras, a los efectos de tener un panorama del conjunto, el censo arroja los siguientes datos: el 23% de la población presenta Necesidades Básicas Insatisfechas (NBI), el 22,5% se encuentra desocupada, más del 60% de la población carece de cobertura de salud y el 95% de la población tiene menos de 14 años de instrucción.

cuadrícula. El establecimiento del barrio más allá de la cuadrícula, a partir del punto donde el terreno sufre un abrupto declive, transformó a dicho accidente geográfico, antiguamente obstáculo para la prolongación de la cuadrícula, en frontera que separa dos ámbitos urbanos.

A diferencia de los escasos datos que poseemos sobre su población y su historia, el barrio ha adquirido una notoria visibilidad pública en los últimos años debido a dos razones. Por un lado, los *secuestros*, ya que en el momento de mayor notoriedad pública de este tipo de casos, el barrio era señalado de manera recurrente en la sección policiales de la prensa gráfica nacional como uno de los lugares clave para explicar el funcionamiento de las bandas de secuestradores. Por otro lado, *el cartoneo*, pues con posterioridad a la crisis de 2001, la existencia –y expansión– de este tipo de prácticas entre los sectores más afectados, fue un tema privilegiado por la opinión pública y tanto el *tren blanco* –que todos los días alrededor de las 18 horas transportaba a los cartoneros desde José León Suárez a la Capital para juntar cartones, vidrio, metales, comida y retornar a Suárez cerca de la medianoche– como el *basural del CEAMSE* –lugar al que habitantes de La Cárcova y otros barrios concurren diariamente a rescatar aquello que aún es utilizable–, fueron tomados por los medios como metáforas condensadoras de la magnitud de la crisis económica y social de la Argentina.

Marcaciones, límites, separaciones

Desde hace mucho tiempo, la antropología ha mostrado que el espacio humano no es un espacio natural. Por el contrario, se trata de un espacio apropiado, simbolizado, producido socialmente. En esta dirección, Durkheim y Mauss (1996) sostuvieron tempranamente la hipótesis de que las clasificaciones espaciales y temporales, lejos de ser un a priori kantiano o una cualidad innata anclada en la biología humana (interpretaciones dominantes a fines del siglo XIX), se encontraban estrechamente conectadas con la organización social. Y, desde una perspectiva diferente, Malinowski consideró al espacio y al tiempo como componentes esenciales del ‘contexto de la cultura’ (Kuper, 2003: 249). Por esto, en términos generales, par-

timos aquí de asumir que el espacio (y también el tiempo) es un producto social, resultado de las prácticas y procesos materiales vinculados con la reproducción de la vida social (Harvey, 1998), que constituye un marco relevante para la experiencia condicional (Bourdieu, 2007) y que, a la vez, es susceptible de ser transformado por estas.

Sabemos que el espacio de nuestras ciudades no es homogéneo, indiferenciado y continuo: ni las residencias ni la infraestructura urbana se encuentran distribuidas de manera uniforme, como tampoco son constantes ni equivalentes los valores, los significados y los sentimientos con los que se asocia a las distintas zonas de una ciudad y a sus habitantes. El espacio urbano se encuentra marcado, dividido, simbolizado, jerarquizado, donde cada categoría espacial adquiere sentido sólo en relación con las demás. De este manera, al igual que la lógica segmentaria propuesta por Evans-Pritchard (1997) para el caso de los Nuer, “la simbolización del espacio se da en distintos niveles: se aplica a la casa, a conjuntos de casas, a reglas de residencia, a divisiones del poblado (en barrios, en zonas profanas y sagradas), al terruño, al territorio, a la frontera entre espacio culturalizado y naturaleza salvaje. Si construye una identidad relativa, lo hace siempre por oposición a una alteridad externa y en función de una alteridad interna” (Augé, 1995: 100).

De la pluralidad de escalas en las que se despliega este proceso de simbolización, nos detendremos aquí en dos escalas que son relevantes desde el punto de vista nativo para comprender la experiencia de la segregación: la ciudad y el barrio. Primero describimos la imaginación geográfica (Harvey, 2007) dominante en la ciudad de La Plata que contrapone el adentro y el afuera de la ciudad, luego delineamos la topografía socio-espacial de La Cárcova y, por último, nos acercamos a la topografía de la periferia (la topografía del afuera) en la ciudad de La Plata.

La Plata: el adentro y el afuera de una ciudad

“No hay nunca diseño físico que tenga un significado perenne –escribió Richard Sennett–. Como cualquier otro diseño, las cuadrículas se convierten en lo que cada sociedad quiere que represente” (1990: 282) Así,

mientras los romanos establecían un centro, producto de la intersección de los dos ejes o calles principales y un límite o perímetro amurallado, y crecía entonces la ciudad dentro de sus límites, desde el centro hacia el perímetro amurallado, la cuadrícula moderna (cuyo modelo es la ciudad norteamericana) no tiene límites y se extiende por acumulación de bloques a medida que crece la ciudad. Quizás podríamos decir que la estructura urbana de La Plata actual es una síntesis sui generis (o, mejor, un *bricolage*³) entre ambos modelos opuestos. De hecho, *El cuadrado roto* es el nombre que Garnier (1992a) dio a su libro sobre la ciudad, donde sostuvo que “el plano fundacional de La Plata contiene una estructura simbólica muy marcada, pero ese sentido simbólico fue apropiado sólo en una forma muy parcial por los habitantes”, es decir, existe “un desfase entre lo simbólico proyectado y la realidad percibida” (Garnier, 1992b: 21).

La pregunta por la significación de la ciudad y de sus espacios, es decir, la pregunta por una de las dimensiones fundamentales de la experiencia urbana que es la ciudad, como objeto de representación, nos remite al problema de *la ciudad como texto*. Analogía problemática porque, en primer lugar, si la ciudad es un texto, se trata de un texto constantemente reescrito, con supresiones, notas a pie de página, agregados, un texto en perpetua modificación, un texto compuesto por fragmentos de múltiples tiempos, un palimpsesto. Y en segundo lugar, analogía problemática porque no sólo el texto cambia, sino que –incluso manteniéndose inalterable– el texto posibilita múltiples –si no infinitas– lecturas, tanto en la dimensión sincrónica –distintas lecturas, algunas antagónicas, coexistentes– como en la dimensión diacrónica –lecturas sucesivas, cambiantes.

Como sabemos, el signo se basa en un significado codificado que un determinado contexto cultural atribuye a un significante. Así, la perspectiva semiótica, con su distinción entre significantes y significados, aquellos que pueden ser observados y descritos prescindiendo en principio de los significados que podemos atribuirles, y estos variando según los códigos con los cuales leemos los significantes, nos permite reconocer en los signos arquitectónicos y urbanísticos unos significantes descriptibles y catalogables,

3 En el sentido que Lévi-Strauss le atribuye a esta práctica: “arreglárselas con lo que uno tenga” (1997: 36).

que pueden revestir significados sucesivos. De este modo, podemos pensar el espacio construido como *formas significantes* (Eco, 1999: 285-290). Si la ciudad es un texto, una disposición peculiar de formas significantes, debemos tener presente que existen, por un lado, multiplicidad de lecturas simultáneas del mismo texto y, por otro lado, que históricamente los significados son extremadamente imprecisos y cambiantes. En términos de Eco, se trata de un “juego entre las formas y la historia, entre estructuras y acontecimientos, entre configuraciones físicamente estables (que pueden ser descritas objetivamente como formas significantes) y el juego variable de los acontecimientos que les confieren significados nuevos” (1999: 301).

Haciendo referencia a esta problemática Roland Barthes escribió “los significados pasan, los significantes quedan” (1993: 262), por lo que la *caza del significado* no puede ser más que un procedimiento provisional. A esta relatividad histórica de la significación debemos agregarle, en el caso del espacio, que no todos los significantes quedan y, los que perduran, muchas veces ocupan con el correr del tiempo posiciones cambiantes en las configuraciones espaciales. Así, la ciudad es, *del lado del significante*, un texto escrito y reescrito de modo continuo, un texto en constante construcción, inacabado. Y, *del lado del significado*, un texto interpretado por múltiples lectores que, simultánea o sucesivamente, le atribuyen significados siempre inestables.

Nuestras indagaciones sobre la ciudad de La Plata muestran la tensión constante entre ‘la ciudad ideal’ decimonónica, diseñada, equilibrada y cerrada, y ‘la ciudad real’ actual, fragmentada, en movimiento y abierta, casi en fuga hacia Buenos Aires. El antropólogo brasileño José Márcio Barros ha señalado que “la planta de la ciudad es tratada no sólo por los especialistas sino también por los platenses como el primero y uno de sus más importantes patrimonios” (2005: 174; traducción propia) y el urbanista suizo Alain Garnier, por medio de la elaboración de ‘mapas cognitivos’, ha mostrado que los habitantes se han apropiado de ciertos elementos del trazado fundacional, como el cuadrado y sus límites (1992b: 21). Los resultados de nuestras indagaciones se dirigen también en una dirección similar. Diferentes actores sociales urbanos coinciden en señalar como característico de la ciudad ciertos elementos históricos (fundación), urbanísticos (planifi-

cación, diseño), monumentales (edificios públicos), ambientales (espacios verdes equidistantes) e institucionales (universidad) que recortan como 'la ciudad' al trazado fundacional (Segura, 2010b). De esta manera, más allá de las transformaciones urbanas del último siglo, se verifica cierta *persistencia de la forma* (Segura, 2009b) en la 'imagen de la ciudad' que delimita un adentro y un afuera dentro de la misma ciudad, donde corresponde a los límites fundacionales y a las diferencias urbanísticas que tales límites delimitan, marcar espacialmente la separación entre la ciudad y la no ciudad.

Las descripciones que sobre 'la ciudad' realizan los residentes de la periferia confirman esta hipótesis. Víctor⁴, migrante peruano de 40, señala que La Plata "es una de las pocas ciudades en el mundo que ha sido planificada antes de ser construida. Es una ciudad arquitectónicamente novedosa, por sus plazas, su diseño, su catedral. Es muy atractiva por eso" (Entrevista a Víctor, 2007). En la misma línea Ester, migrante boliviana de 35 años, remarca "yo la veo como ciudad histórica que tiene muchas cosas lindas, por ejemplo la catedral, todas esas cosas históricas ¿viste?" (Entrevista a Ester, 2008). De esta manera, las descripciones de 'la ciudad' remiten al trazado fundacional y a los elementos urbanos que lo caracterizan: planificación, plazas, catedral, entre otros elementos, los cuales están ausentes en el espacio barrial. Y la sensación compartida por los habitantes de Altos de San Lorenzo es que *viven afuera de la ciudad*. En los relatos obtenidos en múltiples situaciones durante el trabajo de campo aparece el eje metafórico (Silva, 2000) que opone adentro y afuera. Alberto (38 años) señala que "una cosa es el barrio y otra cosa es La Plata. La Plata como ciudad para vivir me parece una ciudad preciosa, inigualable, salvo los cordones de pobreza, los cordones que están de la 72 para este lado que es la frontera" (Entrevista a Alberto, 2008). Aurora (60 años) coincide: "Está dividido, el centro es una cosa y el barrio es otra" (Entrevista a Aurora, 2008) y Carlos (56 años) remarca la necesidad de 'abrir la ciudad', que "está encerrada entre cuatro fierros", donde 'adentro' hay de todo y 'afuera' no hay nada (Entrevista a Carlos, 2007).

4 Como es habitual, aplicando criterios éticos con vistas a preservar el anonimato de nuestros informantes, en este trabajo los nombres de la totalidad de las personas y de ciertos lugares han sido cambiados. Aunque algunos testimonios citados son producto de diálogos e intercambios casuales, en la mayoría de los casos los mismos se obtuvieron a través de entrevistas.

La Cárcova: topografía de un espacio barrial

En el partido de San Martín existe un centro de clases medias y altas cercano a la avenida General Paz (límite entre la ciudad de Buenos Aires y el sur de San Martín) y una periferia cuya pobreza se incrementa a medida que nos alejamos de la capital atravesando la avenida Márquez hacia el límite norte del partido, el río Reconquista. "Sacando el centro de San Martín y Ballester", describía un obrero metalúrgico, "todo el cordón está marginado; el municipio se fija en el centro, todo lo que es alrededor está abandonado" (Entrevista a José, 2006). De manera coincidente, el referente de un movimiento por la tierra señaló que "una cosa es el que vive en Malavert, Chilavert y fundamentalmente Ballester, y otra cosa es la gente que vive del otro lado de la Avenida Márquez", territorio que "tiene el 22% de la población de San Martín y en su mayoría con gravísimos problemas ocupacionales, de salud y de educación formal" (Entrevista a Pedro, 2006). La Cárcova es uno de los barrios ubicados en esa franja.

Nos interesa detenernos en los modos de representar el espacio barrial (las formas de simbolizarlo y segmentarlo), las valoraciones asociadas a tales representaciones y el conjunto de prácticas y actitudes que las mismas prescriben. Se trata de delinear cierta topografía socio-espacial al analizar cómo operan determinadas categorías en la comprensión del barrio. En esta dirección, durante el trabajo de campo fue posible identificar tres pares de oposiciones que actúan como ejes metafóricos a partir de los cuales los residentes simbolizan el espacio barrial y su relación con el entorno circundante.

El primer par corresponde a la oposición adentro-afuera. Los límites del barrio⁵ se constituyen como frontera por medio de la cual se separa el espacio barrial del entorno mayor, con lo que queda delimitado un adentro y un afuera. Al barrio se entra, del barrio se sale. Juana, una joven de 23 años, nos comentaba que "[los trabajos] son *por afuera*" y que debido

5 El espacio barrial se encuentra claramente delimitado por cuatro fronteras: la frontera exterior, que corresponde al comienzo de la planicie de inundación del río Reconquista, punto en el cual culmina el trazado cuadrangular planificado y, a la vez, punto a partir del cual se extiende La Cárcova; las fronteras laterales, que corresponden, una a las vías del ferrocarril, otra al camino de circunvalación; y la frontera interior, que corresponde a un zanjón artificial, más allá del cual se extiende un descampado hacia el río.

a que es madre soltera de tres hijos chicos y a que su madre se encuentra en un estado de salud delicado que requiere de su constante atención “no puedo salir [a buscar trabajo]” (Entrevista a Juana, 2005). Esta frontera a partir de la cual se delimitan ambos ámbitos funciona no sólo para los que ‘están adentro’, que deben hacer el esfuerzo de ‘salir’, sino también para aquellos que ‘están afuera’ y tienen motivos (fundamentalmente laborales) para ‘entrar’ al barrio. En relación con esto, si bien una vecina nos decía que “la ambulancia no quiere *entrar*” y otro que los remises “no se animan a *entrar*”, hubo un consenso generalizado en que, en comparación con otras épocas, “*entran* mucho los policías ahora”.

El segundo par corresponde a la oposición delante-detrás. El espacio barrial, a pesar de lo que una mirada rápida y distante podría suponer, no es un ámbito homogéneo. Como han mostrado diversos trabajos en espacios residenciales segregados, se multiplican las diferencias hacia el interior del espacio barrial. En este caso, *el adentro tiene un delante y un detrás, un fondo*. El delante del barrio corresponde a las únicas dos calles asfaltadas (más allá de algún pequeño tramo de algunas calles, pasajes y cortadas cercanas) que corren paralelas: Central y 1º de Mayo. Además de asfalto (muy precario y en mal estado), en esas calles predominan las casas de material, algunas de las cuales funcionan también como comercios: almacenes, ferreterías, comida al paso, panaderías, talleres mecánicos, reparación de electrodomésticos y kioscos, entre otros. En contraste con el resto del barrio, se ven varios autos. Se encuentran además en esa zona algunas iglesias evangélicas, un centro de salud y varios comedores.

A medida que uno se aleja, se introduce en lo que tanto residentes como agentes externos llaman *fondo*. Calles, pasajes y pasadizos de barro, donde no hay señales de luz eléctrica y predominan las casas y casillas de madera y chapa. Si en el ‘centro’ hay indicios de una tendencia a la disposición en cuadrícula de casas y calles (aunque no faltan los pasajes que comunican el interior con los lotes y casas que dan a la calle), en el resto del barrio la disposición es muy irregular. Predominan las actividades vinculadas al reciclado de materiales. Los carros y las carretas son omnipresentes y también se ven caballos y otros animales (gallinas, perros, patos, etc.). Ya se trate –en el menor de los casos– de tener un galpón, o de usar el patio,

el frente o la vereda, las casas y casillas son a la vez lugares donde se llevan, clasifican y depositan los productos del cirujeo (vidrios, botellas, cartones, metales) que luego serán vendidos a grandes depósitos, algunos de ellos ubicados también en *el fondo*.

Este contraste entre delante y fondo es señalado constantemente por los vecinos. Por un lado, se señala su peligrosidad. “Más para el fondo no me meto” nos decía un vecino que desde chico vive en el barrio y seguramente todos coincidirían con la percepción de Rosario que “por acá *adelante* es más tranquilo que en *el fondo*” (Entrevista a Rosario, 2005). Por otro, se señalan las peores condiciones de vida en las que se encuentran quienes allí habitan. “Vos te vas para el fondo y es peor, ¡pobre gente!”, exclama Laura, una vecina de 30 años. Es la ausencia de servicios, sintetizada en la ausencia de asfalto, la que la lleva a sostener “a la gente del fondo por ahí se le complica [la vida con la lluvia y el barro]”⁶ (Entrevista a Laura, 2005).

Por último, el tercer par corresponde a la oposición arriba-abajo y funciona como nexo entre las dos primeras, una referida a la relación entre el barrio y el entorno (adentro-afuera), la otra referida a las diferencias dentro del barrio (delante-detrás). En efecto, la oposición arriba-abajo se aplica, en un continuo, tanto a las relaciones entre barrio y entorno como a las relaciones hacia el interior del espacio barrial. El afuera está arriba, por lo tanto, entrar es bajar. “[Vivo] de la escuela para allá abajo, para *la bajada*”, nos indica una mujer mientras lleva a su hijo a la escuela y otra, llegada hace poco al barrio, señala “[estamos viviendo] en una casa que compramos acá *abajo*”. De esta manera, si entrar es bajar, salir es subir: “Allá *arriba* me dan [leche]” dice una madre refiriéndose al centro de salud Agote, ubicado sobre la avenida Márquez, en el centro de Suárez; y otra sostiene que “[las compras] las hacemos *arriba, en Suárez*”. Por último,

6 Al interior del barrio se reproducen las diferencias y los estigmas que se pueden encontrar en la relación entre el adentro y el afuera, entre el barrio y su entorno. Dos indicios. Primero, la *oposición asfalto-barro* es usada tanto para delimitar –y separar– al barrio y sus habitantes del resto del entorno (una maestra señaló que, de los más de 700 alumnos que tenía la escuela, “sólo uno es del asfalto”) como para distinguir dentro del ámbito barrial al fondo, ligado al barro. Segundo, el término *villa* es utilizado tanto por la gente de Suárez para designar al barrio como también por muchos de los habitantes del barrio para estigmatizar a sus vecinos del ‘fondo’. “¡Eh, no me dijiste vos que no te juntabas con negros villeros!” fue la recriminación que un niño del fondo lanzó a otro de adelante, quien en una de las primeras visitas al barrio nos había acompañado hasta ese lugar.

una vez adentro se puede ir descendiendo desde adelante hacia atrás, hacia el fondo. Un vecino del barrio sostiene, refiriéndose al ‘fondo’, “ahí *abajo* sí la mayoría [de la gente] se dedica al cirujeo” y, en la misma dirección, una vecina cuenta que “allá *en el bajo*, cuando llueve, sabe lo que esa pobre gente, con criaturas [sufre], lleno de agua, de barro”.

De este modo, las tres pares de oposiciones forman un sistema topográfico por medio del cual se simboliza, segmenta y otorga sentido al espacio barrial y a la relaciones con el entorno: entrar y salir, bajar y subir. Se representa el espacio barrial y se orientan las prácticas del espacio. En definitiva, se trata de un sistema que tiene su base en la experiencia del espacio y al mismo tiempo le da forma a dicha experiencia, orientando a los actores sociales en el espacio. Simultáneamente –y aquí radica su riqueza metafórica– al hablar del espacio habla también de otra cosa: simboliza las relaciones de poder y las desiguales posiciones sociales de distintos actores asociados a un determinado espacio (Segura, 2006a).

La periferia de La Plata: topografía del afuera

Vivir afuera de la ciudad es la representación –y el sentimiento– compartido entre los residentes de Altos de San Lorenzo. Simultáneamente, al igual que lo observado en La Cárcova, no se trata de un espacio homogéneo. La constatación de temporalidades (y condiciones materiales) diferenciales en el proceso de llegada y establecimiento en la periferia se traduce en una configuración socio-espacial con una *fuerte correlación entre tiempo de residencia y condiciones de vida*, que genera clivajes hacia el interior del espacio barrial (Segura, 2011). De esta manera, a la vez que en relación con ‘la ciudad’ todos viven afuera, en la cotidianidad barrial se distinguen espacios y actores que delinearán una ‘topografía del afuera’.

Al interior del espacio barrial es posible identificar un primer gran clivaje que se condensa en *la oposición entre barrio y asentamiento*, que rápidamente remite a cuestiones económicas, de procedencia, de antigüedad en la residencia e, incluso, a diferencias conductuales y morales. A la vez que señala que “la 72 es un límite” que separa el casco urbano del barrio,

Adolfo sostiene que “acá también estamos delimitados por zonas” y describe: “desde la 72 hasta la 80, 81 como máximo, y después de la 81 hasta 90. Aquellos [de 72 a 80] tienen más plata, estos [de 80 a 90] menos y los de allá al fondo no tienen nada, de la 90 para el fondo no hay nada de plata”. Para Adolfo las diferencias socioeconómicas y urbanas se corresponderían, por un lado, con los ‘rasgos físicos’ predominantes en cada sector, con presencia de los ‘descendientes de europeos’ en el espacio delimitado por 72 a 80 y con personas “de Bolivia o de Perú” en el espacio que se extiende hacia 90, hacia quienes “hay un rechazo bastante generalizado”; y, por el otro, con ‘las conductas’, ya que las personas que “viven hacia la 90 son las que tienen todo ese problema de alcoholismo y violencia familiar” (Entrevista a Adolfo, 2008). “Son distintos los barrios”, sostiene por su parte Miguel, para quien las diferencias estarían marcadas por el ‘nivel de gente’: “acá [entre 72 y 76] es un nivel más alto, allá [entre 76 y 80] es medio, y bueno, de 80 a 90 ya es bajo”. En esta última zona viven “inmigrantes que vienen del conurbano, muchos peruanos, muchos paraguayos, no hay un 10% argentino” y se encuentran ‘los focos’ de peligro, “un semillero de delinquentes” (Entrevista a Miguel, 2008).

De esta manera, ciertos límites sociales vinculados con el acceso desigual al espacio urbano son reforzados por límites simbólicos (Lamont y Molnár, 2002) que asocian de manera estable ciertos espacios físicos con un conjunto de supuestas características sociales y morales de quienes los habitan. La periferia se estructuraría en un degradé continuo desde el límite exterior de la ciudad (la avenida 72) *hacia atrás*, hacia *el fondo* (la avenida 90). El espacio barrial es percibido como un desmejoramiento continuo de las condiciones de vida desde 72 hacia 90, a la vez que dicho degradé se correlaciona con la clase (media-baja), la situación legal de los terrenos (propietario-usurpador), la procedencia (argentino-extranjero), el tiempo de residencia (antiguo-reciente), la relación con el trabajo (trabajo-plan/ayuda) y las conductas y moralidad de sus residentes. Los límites remiten a relaciones sociales, a los modos cómo las personas se clasifican e imaginan entre sí y a las formas en las que se relacionan en virtud de tales clasificaciones e imaginarios. Las configuraciones espaciales, ellas mismas objetivaciones del espacio social, en tanto adquieren evidencia dóxica, es

decir, en tanto adquieren ante “los ojos de todos aquellos que lo disfrutaban la inmutable razón de ser de los hechos de la naturaleza” (Signorelli, 1999: 57), participan de muchas maneras en la naturalización del espacio social y de las posiciones sociales de los agentes. Por esto, las oposiciones sociales objetivadas en el espacio en la forma de *barrio y asentamiento* tienden a reproducirse en el lenguaje y las prácticas como principios de visión y división (Bourdieu, 2002), categorías de percepción y clasificación de objetos, lugares y personas. En definitiva, las categorías espaciales funcionan como categorías sociales que simbolizan las posiciones de cada uno de los actores en el espacio social, vinculan tales posiciones a dimensiones morales y organizan las relaciones entre los actores en clave de *nosotros-otros*.

En términos de topografía socio-espacial, entonces, el eje adentro-afuera se complementa con otros dos ejes metafóricos. Por un lado, de manera similar a lo observado en La Cárcova, el afuera tiene un delante y un detrás, tiene un fondo. De los relatos y las prácticas de los residentes se desprende que la periferia consiste en un espacio heterogéneo, en el cual las condiciones económicas y urbanas decrecen de manera continua a medida en que nos alejamos del límite fundacional de la ciudad hacia fuera, hacia el fondo. Por el otro lado, el tercer eje metafórico identificado en los relatos de los residentes es, a diferencia de lo encontrado en La Cárcova, la oposición entre cerca y lejos, eje que establece un puente entre los otros dos. Es decir, desde el límite de la ciudad, desde los inicios del afuera, puede uno irse alejando cada vez más, hacia el fondo, a la vez que cuanto más en el fondo uno se encuentre, se estará cada vez más lejos de la ciudad y de lo que a ella se asocia.

Conjunciones y vinculaciones

A partir de lo expuesto, queda claro que los procesos de marcación y delimitación del espacio nos remiten a relaciones entre espacio y alteridad. “Circulación, muro, gueto, periferia, frontera: el vocabulario es en nuestros días espacial, pero las palabras de este vocabulario tienen todas que ver con la relación entre el sí mismo y el otro” (Augé, 1995: 98). Ahora bien, esta imagen ‘ecológica’ del espacio, donde a cada ámbito espacial le co-

rresponde una significación unívoca y se encuentra vinculado con un tipo específico de actor social, no es suficiente para pensar la dinámica urbana.

La comprensión de la desigualdad urbana requiere “ampliar el análisis tradicional de la segregación urbana tomando en cuenta las prácticas cotidianas y sus distintas esferas y espacios de intercambio e interacción, que van más allá de las áreas residenciales fijas” (Jirón, 2010: 104). En efecto, los estudios urbanos han enfatizado la posición y el estatismo, ignorando o trivializando la importancia de los movimientos cotidianos de las personas vinculados con el trabajo, la vida familiar, el ocio, la cultura, la religión y/o la política (Sheller y Urry, 2006). La pregunta por los desplazamientos no busca, sin embargo, contraponer teorías ‘sedentaristas’ de la vida social con metáforas ‘nomádicas’ o ‘líquidas’, sino analizar cómo se articulan y combinan las posiciones, las distancias y los desplazamientos en la vida urbana (Segura, 2010a), reconociendo que la movilidad es una práctica urbana clave para leer la desigualdad social y urbana (Rodríguez Vignoli, 2008; Jirón, 2009, 2010; Soldano, 2008). Entre la ‘inmovilidad forzada’ y las diversas formas de ‘movilidad obligada’ (Urry, 2002) se despliegan en la ciudad diversas formas de movilidad cotidiana.

Nos interesa, pues, identificar los límites, las marcaciones, las separaciones, pero también los modos en que los diferentes ámbitos se comunican, se relacionan. Es decir, se trata de límites y del modo en que los mismos son atravesados y, de esta manera, se ponen en relación los distintos ámbitos. Como escribió Roberto Da Matta, refiriéndose a la oposición entre la casa y la calle:

El único modo de entender correctamente este cuadro dicotómico es procurar verlo tanto en su lógica como en sus movimientos y articulaciones, pues en su dialéctica –en sus relaciones recíprocas– es donde podremos escapar al congelamiento al que con frecuencia conduce la visión formalista o taxonómica (Da Matta, 2002: 105).

Nos encontramos, entonces, ante un espacio simbolizado, dividido y clasificado, pero también ante un espacio transitado y usado que comunica, no siempre ni para todo, a las unidades previamente distinguidas: el adentro y el afuera, el arriba y el abajo, la ciudad y el barrio. Este apartado se subdivi-

de en dos secciones. En la primera abordamos la territorialidad de las prácticas urbanas en ambos espacios segregados. En la segunda nos detenemos en los sentidos asociados a tales desplazamientos, que permiten identificar distintas lógicas de circulación.

Territorialidad de las prácticas sociales urbanas

De manera complementaria a las formas de representar el espacio barrial, en el trabajo de campo buscamos conocer también la territorialidad de las prácticas sociales de los residentes de ambos espacios segregados y los sentidos asociados a tales desplazamientos. Siguiendo la propuesta de Ulf Hannerz (1986) de la ciudad como una ‘red de redes’ indagamos en la territorialidad –y los sentidos– de las prácticas involucradas en cinco dominios urbanos: aprovisionamiento, parentesco, vecindad, ocio y tránsito.

Lo primero que se desprende del análisis de la territorialidad de las prácticas urbanas en ambos casos es que el barrio no constituye un ámbito autónomo ni autosuficiente, por lo que sus residentes deben movilizarse cotidianamente para obtener un conjunto de bienes y servicios fundamentales para la reproducción de la vida. En ambos casos, también, los motivos fundamentales de estos desplazamientos se vinculan con el dominio del aprovisionamiento, que involucra el trabajo asalariado, el usufructo de bienes y servicios educativos y sanitarios, el acceso a políticas sociales. Se trata mayoritariamente de *salidas instrumentales* (Grimson, 2009): trabajar, ir al hospital, llevar a los chicos a la escuela, gestionar un subsidio.

Ante esta evidencia, en otro trabajo (Segura, 2009b) propuse la ecuación “recursos hacia afuera, vínculos hacia adentro” como una fórmula que condensaba esquemática y parcialmente la vida en barrios populares. Vida tensada entre una multiplicidad de fuerzas que empujan hacia el aislamiento y la exclusión, por un lado, y la movilidad como práctica fundamental en las estrategias implementadas para sobrevivir, por el otro. Se trata de una fórmula esquemática y parcial por dos motivos. En primer lugar, no todos los recursos para vivir se obtienen fuera del barrio ni se sale

únicamente en búsqueda de recursos. Si bien la mayor parte de los desplazamientos por la ciudad son instrumentales y suponen un gran esfuerzo en términos económicos, temporales y corporales, las prácticas (excepcionales) ligadas al consumo y al ocio y la política constituyen instancias para salir del barrio. En segundo lugar, existen variaciones tanto entre barrios como al interior de los barrios, pues según la posición social de los actores barriales analizados, la circulación, los desplazamientos y las territorialidades varían sensiblemente. De hecho, del trabajo de campo realizado surge que, para comprender los desplazamientos por la ciudad, se debe mirar la cambiante articulación entre la condición laboral, el género y la edad, entre otras dimensiones, que influyen tanto en el conocimiento de la ciudad como en las territorialidades cotidianas de cada una de las personas en la ciudad (Segura, 2012).

Las lógicas de circulación: ir y venir, entrar y salir

A la vez que en los dos espacios residenciales analizados hay un predominio de las salidas instrumentales, vinculadas con el dominio del aprovisionamiento, en términos comparativos es posible identificar diferentes lógicas de circulación (Kessler, 2004) que nos permiten cualificar la experiencia de la segregación. En La Plata, entre el adentro y el afuera de la ciudad, desde el barrio al centro o viceversa, los actores sociales *van y vienen*. Así, personas como Carlos (trabaja en la construcción) y Javier (se dedica al cartoneo) sostienen al igual que Víctor (trabaja como electricista) “voy al centro todos los días”. De la misma manera Ester, referente de un comedor barrial, reconoce que “casi siempre estoy en el centro, porque si no me muevo esto no funciona”. Por su parte, el lenguaje predominante en La Cárcova en cambio hace referencia a que los actores *entran y salen* del barrio. Rosa tiene 40 años y 9 hijos. Desde hace 15 años vive en el barrio, en una pequeña casa junto a sus cuatro hijos más pequeños, su actual pareja y dos de sus hijos. Ambos reciben el plan. Su pareja, además, es peón de albañil, trabaja ‘afuera’, habitualmente por Boulogne o San Martín, lugares a los que llega por medio del tren, la camioneta del patrón o, en su defecto,

la bicicleta. Además de salir del barrio para realizar la contraprestación en una escuela cercana, Rosa cuenta que “para lo único que salgo es para ir a la iglesia evangélica” y el resto del tiempo “estoy en mi casa”. A lo sumo “me voy a la casa de mi hermana que vive acá, a tres cuadras, o si no a lo de mis hijos, que viven enfrente”. Sus hijos mayores viven en el barrio, se han casado o juntado con gente del barrio y se dedican al cartoneo (Entrevista a Rosa, 2005).

Bourdieu (2002) ha señalado que el espacio físico, objetivado, es una simbolización (más o menos turbia) del espacio social, que de este modo tiende a ser naturalizado. La ubicación en el espacio de la ciudad y las distancias que se deben recorrer, traducirían las posiciones y las distancias sociales. Y la incorporación de las estructuras del orden social se realizaría a través de la experiencia prolongada e indefinidamente repetida de las distancias espaciales que se afirman en distancias sociales, y a través de los desplazamientos y movimientos del cuerpo que esas estructuras sociales, convertidas en estructuras espaciales, y con ello naturalizadas, organizan y califican: entrar y salir, subir y bajar, ir y venir, cerca y lejos (Bourdieu, 2002: 121). De esta manera, mientras en el caso de la periferia de La Plata, el ir y el venir remiten a un espacio relativamente más abierto y accesible, cuya variable más importante es la distancia (cercanía o lejanía), el entrar y el salir de espacios residenciales como La Cárcova aluden a un espacio cerrado sobre sí mismo: hay una entrada y a medida que nos introducimos hacia el fondo y hacia abajo las condiciones se tornan más desfavorables. La rutina de Rosa y su familia es sumamente reveladora. Ella ‘sale’ por la contraprestación, su marido por trabajo, sus hijos para obtener productos mediante el cirujeo, ya sea al CEAMSE o la Capital. Y, simultáneamente, la gran mayoría de sus vínculos se establecen en el ámbito barrial, donde se solapan las relaciones de vecindad, parentesco y afinidad. Sus vecinos son, en muchos casos, familiares, a quienes visita en su tiempo libre. Y sus hijos mayores han armado sus propias familias con personas del barrio. Y si bien hemos encontrado casos similares en la periferia de La Plata, esta tendencia a la ‘encapsulación’ (Hannerz, 1986) dentro de los límites del barrio de las redes de relaciones sociales involucradas en los dominios de parentesco, vecindad y ocio, es una experiencia mucho más generalizada en La Cárcova.

Experiencia condensada en un lenguaje espacial que enfatiza, antes que la fluidez de movimientos, el encierro y los obstáculos para desplazarse.

En términos comparativos, entonces, del trabajo de campo se desprende que en los residentes de La Cárcova la experiencia de encierro, aislamiento y separación del resto del entorno urbano es mayor que entre los residentes de la periferia de La Plata. De esta manera, barrios similares en términos de infraestructura e indicadores socio-económicos pueden estar insertos en tramas relacionales cualitativamente distintas. No podemos, en consecuencia, utilizar sólo un criterio territorial; debemos mirar las relaciones sociales, los desplazamientos espaciales y los sentidos involucrados en tales relaciones y desplazamientos.

Epílogo

Permítanme comenzar con un fragmento del cuento *Los que viven lejos*, de Liliana Heker:

En Colonia Vela, si se sigue la dirección que tomó Cristina Bonfanti el 1º de marzo, es raro encontrar a alguien: el puesto de policía, el almacén y la casa de los Mosquera quedan para el lado opuesto, yendo hacia las vías; pero las otras casas, le dijeron, están más lejos y para allá.

[...]

Chicos había, lo dijo el vigilante; y el señor Mosquera también.

—Chicos hay, señorita —dijo—; lo que pasa es que a estos animales les importa bien poco la instrucción de sus hijos. Si se descuida no hay más que dos que le sepan leer el cartel —y el señor Mosquera extendió su dedo grueso y autoritario hacia el cartel donde, desde hacía siete días, era posible leer que el lunes 2 de marzo comenzaban las clases.

—Le colocamos un cartelito, sabe —había dicho el secretario del Consejo—; pero ni va a hacer falta, ya he ido a todos los hogares.

La frase que dijo después: ‘Tiene que haber más de quince alumnos, claro, si no se cierra la escuela’, no fue un problema hasta que transcurrió casi una semana sin que se hubiera inscrito más que Isabel Mosquera.

[...]

Va a haber que hacer algo, señorita, dijo el hombre. Sí, por supuesto, señor Mosquera; si estuviera en mis manos... Está en sus manos, m'hijita; puede que a usted le hagan caso: al fin y al cabo es la maestra. Vaya a las casas y hablelés, no la van a comer; y metalés lo del asunto de la instrucción a ver si los ablanda. Eso sí; no se me vaya más allá del Estanque Grande: no es lugar para mujer sola. Pero de este lado de acá va a pescar bastantes.

[...]

Pero aún contándolo, pensó mientras dejaba atrás la casa de los Boyero, *siguen faltando cinco*.

Cruzó el Estanque Grande.

Después, cuando el tiempo continuó transcurriendo, esa zona volvió a ser el territorio de los que viven lejos, y ella no lograba recordarla con nitidez. Solo veía una tierra confusa e intrincada donde, quizá, la gente vivía de algún modo inconfesable y mejor no pensar en eso. Como si el mundo estuviera cortado en dos por el Estanque Grande y nosotros, los de este lado, los del lado de la escuela y el puesto de policía y las propiedades de los Mosquera y las vías y la casa de Graciana Franta y el rancho de Francisco Viancaba y el molino, nouviésemos por qué pensar en eso (Heker, 2001: 53-57).

En el trabajo de campo es más que habitual encontrarse con estos 'relatos de espacio', como bellamente los llamó Michel de Certeau (2000): el señalamiento de hitos como el puesto de policía, el almacén y la casa de los Mosquera, la marcación de límites como las vías y el Estanque Grande, las clasificaciones y distinciones entre los de acá y los de allá, y la delimitación (y muchas veces estigmatización) de esos 'espacios otros', que están más lejos y para allá. Relatos donde se combinan de maneras cambiantes descripciones tipo mapa, donde predominan el 'hay' y el 'ver', y descripciones tipo recorrido, donde prevalece el 'ir' y 'el hacer' que, más allá de sus diferencias, permiten inferir cierto orden o configuración del espacio no necesariamente perceptible para un observador ajeno o exterior. En efecto, solo para quienes residen en Colonia Vela, el Estanque Grande es un hito o una frontera que les señala que el mundo está cortado en dos y que ambas porciones, que el Estanque Grande delimita, se corresponden con dos tipos de agrupamientos: los que viven de un lado y los que viven del otro, nosotros y los otros, que se vinculan de maneras específicas. Y lo

mismo sucede –como sugiero en este artículo– con los adentros, los afueras y los fondos de La Plata y La Cárcova, los lejos de la primera, los abajos de la segunda.

Estos relatos cuestionan las descripciones externas de los lugares donde desarrollamos nuestra investigación. Lo que podemos imaginar que presentaba la maestra rural del cuento como un simple pueblo, gana a través del relato de sus residentes en distinciones, clivajes y distancias. Gana en densidades y en profundidades. De una llanura más o menos gris, emergen distinciones, bajos y altos, cercanías y lejanías... Se condensa tiempo, el espacio acumula usos, marcas, sentidos e historias. Se trata del resultado del lento proceso de habitar un espacio y tornarlo un lugar: marcarlo, recorralo, simbolizarlo, atribuirle sentidos. En efecto, como señalaron Duhau y Giglia (2008), habitar remite al proceso de significación, uso y apropiación del entorno realizado a través del tiempo, a partir de un conjunto de prácticas y representaciones que les permiten a los actores colocarse dentro de un orden espacio-temporal.

En este sentido, la idea de delinear topografías socio-espaciales a partir de los relatos y las prácticas de los residentes en espacios segregados como la periferia de La Plata y La Cárcova buscó describir y problematizar la simbolización del espacio como un proceso (y un producto) que, a la vez que permite a los actores sociales establecer relaciones estables con el entorno y orientar sus prácticas en el espacio, habla de las relaciones de poder y de las desiguales posiciones sociales de los distintos actores asociados a un determinado espacio. De manera análoga a la casa kabila, analizada por Pierre Bourdieu, consideramos que oposiciones como adentro-afuera, arriba-abajo, delante-detrás o cerca-lejos "jamás deben toda su necesidad a los imperativos técnicos" (Bourdieu, 2007: 421), como el hecho innegable de que La Cárcova esté topográficamente más abajo que el resto de José León Suárez o que los barrios de la periferia estén ubicados lejos del centro de la ciudad de La Plata. No se trata únicamente de señalar que, en el proceso tempo-espacial de habitar, los actores (re) producen una determinada configuración del espacio; el trabajo de campo nos indica que, simultáneamente, la simbolización del espacio es un terreno propicio para pensar las relaciones sociales (y, por ende, de poder) entre aquellos que

cotidianamente (re) producen dicha configuración.

Además, por su carácter contextual y específico, contra cualquier ilusión de estar en presencia de una clave de lectura unívoca que tornaría transparente las relaciones entre espacio construido y estructura social, vale la pena enfatizar que no estamos ante un lenguaje universal, una gramática espacial autónoma de las prácticas sociales. Al contrario, categorías y oposiciones idénticas funcionan y significan cosas distintas, según los contextos sociales en las que son desplegadas y puestas en juego por actores social y espacialmente situados. Es precisamente por este carácter práctico y contextual del proceso de simbolización y uso del espacio, que se torna valiosa la comparación entre campos etnográficos distintos. En esta dirección, el ejercicio comparativo de los modos en que los residentes de La Cárcova y la periferia de La Plata simbolizaban, segmentaban y clasificaban el espacio, por un lado, y establecían vínculos entre las partes, por el otro, posibilitó identificar variaciones en las prácticas y los sentidos involucrados en la experiencia de segregación de cada uno de los casos.

En síntesis, consideramos que la indagación en las maneras en que en la vida cotidiana se ‘separan y ligan’ espacios urbanos, dominios de actividad y actores sociales, es una vía productiva para conocer la experiencia urbana, resultado de articulaciones específicas entre posiciones, desplazamientos y relaciones sociales y espaciales.

Bibliografía

- Augé, Marc (1995). *El sentido de los otros*. Barcelona: Paidós.
- Barros, José Márcio (2005). *Cultura e Comunicação nas avenidas de contorno em Belo Horizonte e La Plata*. Belo Horizonte: Editora PUCMINAS.
- Barthes, Roland (1993). *La aventura semiológica*. Buenos Aires: Paidós.
- Bourdieu, Pierre (2002). “Efecto de lugar”. En *La Miseria del Mundo*. Pierre Bourdieu (Dir.): 119-124. México: FCE.
- Bourdieu, Pierre (2007). *El sentido práctico*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Da Matta, Roberto (2002). *Carnavales, malandros y héroes*. México: FCE.

- De Almeida, Ronaldo, Tiarajú D’ Andrea y Daniel De Lucca (2008). “Situações periféricas. Etnografía comparada de pobreza urbanas”. *Novos Estudos*, N° 82: 109-130.
- De Certeau, Michel (2000). *La invención de lo cotidiano I*. México: ITESO.
- Duhau, Emilio y Giglia, Ángela Giglia (2008). *Las reglas del desorden. Habitar la metrópoli*. México: Siglo XXI.
- Durkheim, Émile y Marcel Mauss (1996). “Sobre algunas formas primitivas de la clasificación”. En *Clasificaciones primitivas (y otros ensayos de antropología positiva)*: 23-103. Barcelona: Ariel.
- Eco, Umberto (1999). *La estructura ausente. Introducción a la semiótica*. Barcelona: Lumen.
- Evans-Pritchard, Evan (1997). *Los nuer*. Barcelona: Anagrama.
- Garnier, Alain (1992a). *El cuadrado roto. Sueños y realidades de La Plata*. La Plata: LINTA, CIC y Municipalidad de La Plata.
- Garnier, Alain (1992b). “Los espacios públicos de La Plata: de la tradición a la modernidad”. En *La Plata: de la ciudad antigua a la ciudad nueva*. La Plata: LINTA, CIC y Municipalidad de La Plata.
- Grimson, Alejandro (2009). “Introducción: clasificaciones espaciales y territorialización de la política en Buenos Aires”. En *La vida política en los barrios populares de Buenos Aires*, Alejandro Grimson, Cecilia Ferraudi Curto y Ramiro Segura (Comps.): 11-38. Buenos Aires: Prometeo.
- Hannerz, Ulf (1986). *La exploración de la ciudad. Hacia una antropología urbana*. Buenos Aires: FCE.
- Harvey, David (1998). *La condición de la posmodernidad*. Buenos Aires: Amorrortu editores.
- Harvey, David (2007). *Urbanismo y desigualdad social*. Madrid: Siglo XXI.
- Heker, Liliana (2001). *Los bordes de lo real*. Buenos Aires: Alfaguara.
- Jirón, Paola (2009). “Prácticas de Movilidad Cotidiana Urbana: Un Análisis para Revelar Desigualdades en la Ciudad”. En *Espacios, Prácticas y Cultura Urbana*, Manuel Tironi y Fernando Pérez (Comp.): 176-189. Santiago de Chile: ARQ Ediciones.
- Jirón, Paola (2010). “Posibilidades de Socialización e Integración: La movilidad en Santiago de Chile”. En *Mutaciones de lo colectivo: Desafíos de*

- Integración*. Actas de la tercera escuela Chile-Francia: 103-122. Casa Central de la Universidad de Chile.
- Kessler, Gabriel (2004). *Sociología del delito amateur*. Buenos Aires: Paidós.
- Kuper, Hilda (2003). "The Language of Sites in the Politics of Space". En *The Anthropology of Space and Place*, Setha Low y Denise Lawrence-Zúñiga (Org.): 247-263. Oxford: Blackwell Publishing.
- Lamont, Michèle y Virág Molnár (2002). "The study of boundaries in the social sciences". *Annual review of Sociology*. Nº 28: 167-195.
- Lévi-Strauss, Claude (1997). *El pensamiento salvaje*. México: FCE.
- Mongin, Oliver (2006). *La condición urbana*. Buenos Aires: Paidós.
- Rodríguez Vignoli, Jorge (2008). "Movilidad cotidiana, desigualdad social y segregación residencial en cuatro metrópolis de América Latina". *EURE*. Vol. 34, Nº 103: 49-71.
- Segura, Ramiro (2006a). "Segregación residencial, fronteras urbanas y movilidad territorial. Un acercamiento etnográfico". *Cuadernos del IDES*, Nº 9.
- Segura, Ramiro (2009a). "Si vas a venir a una villa, loco, entrá de otra forma. Distancias sociales, límites espaciales y efectos de lugar en un barrio segregado del gran Buenos Aires". En *La vida política en los barrios populares de Buenos Aires*, Alejandro Grimson, Cecilia Ferraudi Curto y Ramiro Segura (Comps.): 41-62. Buenos Aires: Prometeo.
- Segura, Ramiro (2009b). "La persistencia de la forma (y sus omisiones). Un estudio del espacio urbano de La Plata a través de sus ciudades análogas". *Cuadernos de Antropología Social* 30: 173-197.
- Segura, Ramiro (2010a). "Representar. Habitar. Transitar. Una antropología de la experiencia urbana en la ciudad de La Plata". Tesis Doctoral, Universidad Nacional de General Sarmiento – Instituto de Desarrollo Económico y Social.
- Segura, Ramiro (2010b). "Cartografías discrepantes. La ciudad de La Plata vista y vivida desde la periferia". *Revista Periferia* Vol. 2, Nº 1.
- Segura, Ramiro (2011). "La trama relacional de la periferia urbana en la ciudad de La Plata. La figuración establecidos-outsiders revisitada". *Revista Publicar en Antropología y Ciencias Sociales*. Año IX, Nº X: 85-106.

- Segura, Ramiro (2012). "Elementos para una crítica de la noción de segregación residencial socio-económica: desigualdades, desplazamientos e interacciones en el periferia de La Plata". *Quid* 16. No. 2: 106-132.
- Sennett, Richard (1990). "Las ciudades norteamericanas: planta ortogonal y ética protestante". *RICS, Revista Internacional de Ciencias Sociales* 125: 281-299. Unesco.
- Sheller, Mimi y John Urry (2006). "The new mobilities paradigm". *Environment and Planning* Vol. 38: 207-226.
- Signorelli, Amalia (1999). *Antropología urbana*. México: ANTHROPOS.
- Silva, Armando (2000). *Imaginario urbanos*. Bogotá: Tercer Mundo Editores.
- Simmel, Georg (1998). "Puente y puerta" En *El individuo y la libertad. Ensayos de crítica de la cultura*: 45-53. Barcelona: Península.
- Soldano, Daniela (2008). "Relegación, desplazamiento, conflicto. Notas para pensar la cuestión social urbana en la Argentina contemporánea". *Apuntes de Investigación del CECYP* 13: 201-211.
- Urry, John (2002). "Mobility and Proximity". *Sociology* Vol. 36, nº 2: 255-274.

Cuando lo singular es plural: El caso del Barrio de la Mouraria en Lisboa*

Marluci Menezes

Introducción

Captar y analizar los significados y sentidos con los que determinados contextos socio-espaciales se inscriben en el mapa social de la ciudad contemporánea puede tornarse una tarea difícil, sobre todo, porque tenemos que lidiar con la complejidad de relaciones entre centro(s), periferia(s) y las lógicas de continuidad y cambio; las dinámicas endógenas y exógenas; y la articulación entre lo local y lo global; relaciones que remiten a cuestiones relativas a la heterogeneidad, el movimiento y la multidimensionalidad. Esto puede complejizarse aún más, cuando lo que se pretende es demostrar la peculiaridad socio-espacial de tales contextos, a partir del diálogo que estos tienen con la sociedad más amplia.

Al tomar como campo de análisis los barrios tradicionales de la ciudad de Lisboa y, específicamente, el Barrio de la Mouraria, se reflexiona sobre la necesidad de complejizar la discusión sobre las nociones de límite, frontera y lugar, e identificar medios para la interpretación de la singularidad, en cuanto expresión plural y multidimensional, a la par de una cierta discontinuidad. Se considera fundamental la profundización teórica y empírica, en el conocimiento de las prácticas socio-culturales de uso, apropiación y representación del espacio; así como también discutir y comprender tales lugares, barrios, como territorios de contornos socio-espaciales flexibles y maleables.

* Traducción del portugués: Ramiro Segura.

El argumento de esta reflexión tiene como referencia un estudio antropológico de espectro más amplio, que se llevó a cabo en el Barrio de la Mouraria (Menezes, 2002, 2004). En síntesis, este estudio investigó las cuestiones socioculturales relacionadas con los dilemas, disputas y conflictos simbólicos que subyacen al proceso de construcción de imágenes de la identidad barrial. La investigación se centró, principalmente, en dos campos de análisis: las significaciones imaginarias y las prácticas sociales de uso y apropiación del espacio público. En el primer campo se buscó captar cómo el espacio era percibido, endógena y exógenamente. Aquí, el objetivo fue comprender las metáforas que proyectaban ciertas imágenes del barrio. En este esfuerzo, uno de los aspectos privilegiados de análisis fue el captar cómo la gente se pronunciaba sobre la inscripción del lugar Mouraria, en el espacio más amplio de la ciudad. Con respecto al campo de las prácticas, el interés fue captar la experiencia fenomenológica de la vivencia del espacio público local. El objetivo consistió en poner de relieve la mediación entre ciertas prácticas y el campo de significaciones imaginarias del barrio. En la consecución de este objetivo, se consideró que la visibilidad de las prácticas cotidianas asociadas a los ritmos que la sustentan, estimulan la creación de metáforas que se reflejan como imágenes del barrio.

Presupuestos teóricos de la reflexión

Pudiendo la noción de lugar ser uno de los puntos de partida para intentar responder a tales cuestiones, como antropólogos podemos encontrarnos con algunas dificultades que pueden ser tomadas como pretexto de conocimiento y comprensión de las formas y modos en los que determinadas dinámicas socio-espaciales se inscriben en el mapa social de la ciudad. Esto debido a que la noción de lugar ha sido, muchas veces, tratada a partir de dos perspectivas opuestas: como *setting* o espacio de localización de conceptos y como construcción social o espacialización de la experiencia (Rodman, 1992).

Las dificultades de trabajar con la noción de lugar se vinculan también al estudio de la relación entre espacio y sociedad, ya que el estudio del

espacio se ha guiado por perspectivas que también se colocan en oposición. Una de ellas pretende abordarlo como una dimensión material y física, encuadrando geográficamente el paisaje y denotando su extensión. La otra, pretende tratar al espacio como una dimensión que se define a través del sentido que la sociedad le atribuya (Durkheim, 1989). En una tercera perspectiva, la relación dialéctica entre lo social y lo espacial es reconocida (Lévi-Strauss, 1974, 1993).

En términos del análisis del espacio urbano, conforme lo referido por Zukin (1996), existen todavía otras dos perspectivas diferenciadas de abordaje: una, enfatiza en la economía, el capital y el uso de la tierra; en tanto, la otra, privilegia la relación entre significados culturales y formas construidas, reforzando la contribución de las representaciones de los grupos sociales y de los significados visuales, para la construcción de las identidades sociales. Por su lado, Low (2000) recuerda la distinción entre el análisis del espacio, en cuanto proceso de producción social, involucrando factores sociales, económicos, ideológicos y tecnológicos que contribuyen para la creación y materialización de un *setting*; y procesos de construcción social, relacionados con las experiencias fenomenológicas y simbólicas que transcurren en el espacio, siendo estas mediadas por los procesos de cambio, conflicto y control.

Si es que el espacio puede ser considerado una de las dimensiones más privilegiadas en el análisis de los fenómenos sociales del mundo contemporáneo, importa admitir que el espacio se expresa en plural y, como tal, supone una ambigüedad de significados (Bettanini, 1982). Así, en el análisis y comprensión del espacio, importa explorar la articulación entre procesos de producción y de construcción social; la ciudad y el espacio construido a partir de la interpretación e interpenetración de las perspectivas que enfatizan el poder y las que resaltan la cultura; la existencia de una relación dialéctica entre actores sociales y espacio, entre organización del espacio y organización social, entre espacio físico y espacio social. Y, en lo que se relaciona a la noción de lugar, es fundamental compatibilizar perspectivas, ya que el lugar puede ser espacio de localización de conceptos, como contexto de espacialización de la experiencia. Como señala Bourdieu (1999: 122) acerca de los 'efectos del lugar', es interesante notar que "los lugares y sitios

del espacio social reificado, y los beneficios que procuran, son una apuesta de lucha (dentro de diferentes campos)”.

Así, importa apreciar el lugar a través de una perspectiva relacional que, al objetivar la realidad socio-espacial y al servir como locus para la observación de los fenómenos que constituyen esa misma realidad, proporciona instrumentos para el conocimiento de las relaciones entre global y local, de comunicación y de información (Santos, 1995). Por esto, el lugar será visto aquí, como un área elástica constituida por tres elementos esenciales: localización –referido a los efectos de los procesos sociales y económicos sobre lo local, siendo que esos procesos operan a partir de diferentes escalas–; local –escenario donde las relaciones sociales son constituidas–; y sentimientos de lugar –la forma cómo los individuos se enlazan geográficamente y socialmente al lugar (Agnew, 1997). De este modo, los lugares no se limitan a ser meros soportes de la acción social, ni tampoco, del desarrollo de reflexiones sobre la sociedad.

La experiencia del lugar como espacio vivido se da a través de la interacción entre la experiencia de un lugar, más la evocación de otros eventos, otros espacios, otras experiencias y tiempos, y de las muchas voces que sobre él hablan. Por ello, no es acertado hacer referencia a una experiencia urbana singular como una experiencia homogénea. De ahí el interés de nociones como ‘multilocalidad’ y ‘multivocalidad’ (Rodman, 1992), ya que permiten abordar las varias dimensiones de un lugar, posibilitando descentrar el análisis y considerar el proceso de construcción de los lugares como múltiple, cosa que viabiliza la construcción de un mirar a partir del punto de vista de los otros. Y más: permiten comparar los análisis del espacio, como lo indica la reflexibilidad, entre las diferentes relaciones y los lugares, dando expresión a la polisemia de los significados atribuidos al lugar por sus diferentes usuarios. Por esta causa, interesa sobre todo, proceder a la deconstrucción de los significados que, a lo largo del proceso de construcción y producción del espacio, son atribuidos al lugar.

A partir del análisis de las prácticas cotidianas de uso/apropiación del espacio, se demuestra que el conocimiento de tales prácticas permite evocar la coexistencia, a través de dilemas y conflictos simbólicos, de un indefinible número de atmósferas que estimulan la creación de metáforas urbanas

que, proyectadas como imágenes, forman parte del conocimiento que se tiene del barrio, como de una determinada faceta de la ciudad. Se muestra cómo las nociones de lugar y de límite son más dependientes de las redes de relaciones sociales y de los valores que se encuentran presentes, que de factores físicos y urbanísticos. En este proceso dinámico de construcción de límites, fronteras e intersticios, determinados lugares se inscriben en la complejidad social de la ciudad a través de su especificidad. Los límites, fronteras e intersticios comunican significados específicos que, formando parte del conocimiento de estos barrios, simultáneamente, forman parte del conocimiento de la ciudad.

Notas sobre el Barrio de la Mouraria

Lejos del Río Tejo y localizada en la pendiente trasera de la colina que da lugar al Castillo de San Jorge, en su origen, Mouraria fue la designación atribuida al arrabal destinado a los moros, después de la reconquista cristiana de la ciudad (1147). El arrabal (gueto) estuvo durante mucho tiempo amurallado y separado del resto de la ciudad, siendo su entrada, inicialmente, condicionada por horarios de apertura y cierre. Sin embargo, mediante la intensificación de la actividad económica, segmentos cristianos de la población pasaron a instalarse en los alrededores del arrabal. Esto viabilizó una convivencia profesional y de vecindad muy característica en este territorio lisboeta, impulsando más tarde, la expansión del barrio por el territorio vecino.

Pobreza y precariedad habitacional fueron –y son– características que atravesaron la historia del barrio. Sobre todo a partir del siglo XVIII y hasta mediados del siglo XX, se asistió a un vertiginoso aumento poblacional de la ciudad, generada por intensos flujos migratorios. Barrios como Alfama y Mouraria alcanzan sus capacidades de ocupación y, debido a su precariedad socio-económica y funcional pasaron, juntamente con otros barrios, a ser conocidos como los barrios pobres de la ciudad (Cordeiro, 1997).

La dinámica de recomposición y reconfiguración urbana, traducida en los elevados índices de concentración poblacional en los barrios antiguos

de Lisboa y en los cambios demográficos, sociales y culturales provocados por las olas migratorias de finales del siglo XIX, contribuyó para la invención de lo que posteriormente fuera conocido como las tradiciones populares (Cordeiro, 1997). Y, en algún momento en el siglo XIX, la Mouraria fue socialmente construida como un barrio que tenía algunas tradiciones. Esta fundación sucede en medio de una compleja red de elementos culturales, sociales, históricos, urbanos y rurales, sueños, mitos y representaciones, entre los cuales se destaca el mito de la Severa, una bella prostituta que era conocida como una importante cantora de fado. Este mito tiene una función simbólica muy próxima a la de un mito de origen, que alimenta la idea de una Mouraria típica y tradicional. Pero, a la par de un proceso de emblemización, el barrio continuó atravesado por un proceso de estigmatización y segregación socio-espacial, ya que, en paralelo a la pobreza y a la miseria que allí preveían, la Mouraria también sería conocida como un contexto propicio para la prostitución, la vagancia y el alcoholismo.

Prácticamente inalterada hasta la segunda mitad del siglo XIX, urbanísticamente, la Mouraria sufriría graves alteraciones a lo largo del siglo XX, preconizadas a través de un ideal de modernización, embellecimiento e higienización de la ciudad que, durante el Estado Nuevo (décadas del treinta y sesenta), llevó a la destrucción de la parte baja del barrio. Al espacio vacío allí dejado le fue dado el nombre de Largo do Martim Moniz. Entre las décadas del setenta y ochenta del siglo XX, el barrio y las áreas adyacentes aún serían focos de interés de políticas de modernización de la ciudad. Con todo, en plenos años ochenta, poco se había edificado en los espacios dejados vacíos a causa de la destrucción, y se destacaban apenas, la construcción de un edificio para servicios y, más tarde, dos centros comerciales que rodean la plaza (Centro Comercial de la Mouraria y Centro Comercial del Martim Moniz).

Teniendo en cuenta la degradación del parque edificado local, en muchos casos en riesgo de ruina inminente o consumada –situación todavía, más agravada por la precariedad socio-económica local y por la dificultad de implantación de actividades que permitan la dinamización económica y cultural del área– el barrio es, desde 1985, social y urbanísticamente, endógena y exógenamente, constituido como ‘objeto de rehabilitación urbana’

(Costa, 1999). El proceso de rehabilitación urbana contribuirá a la reconstrucción social de la realidad simbólica y de la imagen urbana del barrio que, luego, pasará a ser considerado como patrimonio urbano de Lisboa.

Por otro lado, desde la década del setenta del siglo XX, se verifica en esta área de la ciudad, la instalación de un comercio de reventa, mayoritariamente controlado por minorías étnicas. Tal fenómeno contribuyó a la configuración de otra imagen de la Mouraria que, así, pasó a ser también referida como contexto multiétnico y multicultural; como lugar de personas, prácticas, músicas, artefactos, ropas y comidas diferentes, que se destacan por una cierta diferencia social y cultural. Locales como la Plaza de Martim Moniz (1997) y el Centro Comercial de la Mouraria son unos de los principales palcos de visibilidad de tales dinámicas. En esta nueva imagen resuenan algunas connotaciones asociadas al barrio, en cuanto espacio liminal, como lugar de encuentro de diferentes expresiones culturales sobre todo derivadas de la condición de (in)migrante. La asunción de la Mouraria como una especie de símbolo de la convivencia multiétnica y/o multicultural de la ciudad (Menezes, 2011, 2012) convive con el otro universo de prácticas y representaciones asociadas a una idea del barrio como contexto de tradiciones populares. Todavía importa aquí, recordar que, históricamente, los atributos de tipicidad popular asociados a la Mouraria se encuentran también vertidos en una imagen del barrio como espacio de pobreza y de transgresión, donde se desarrollan actividades como la prostitución, el tráfico y consumo de droga, y donde es posible encontrar individuos en condición de sin techo.

La actualidad de la Mouraria se refleja en la vivencia de la calle, en los edificios históricos y degradados, en la procesión, en los campos y en la marcha popular. Así como también se relaciona con un conjunto de territorios y dinámicas que, además de combinar los elementos más característicos de su población y de su espacio físico, se vincula con nuevos y otros estilos de vida que no se explican solamente por el fenómeno de gentrificación, ni por la heterogeneidad de las clases populares, sino también por fenómenos de cariz étnico. Un mundo en el que el fado, los residentes, los (in)migrantes, los visitantes, los desempleados y los reformados coexisten con las tiendas y mercerías chinas, los peluqueros luso-africanos,

los bazares indios, la Asociación Comercial China Town, una banda de teléfonos móviles, los tóxico dependientes, los sin techo. Tantas similitudes, tantos contrastes con los otros barrios populares, típicos o *tradicionais* de la ciudad... Pati Kati, Bombay Looks, Xin Ge, Palop, Morabeza, Tabanka son algunas de las designaciones de los establecimientos existentes en los centros comerciales locales (Centro Comercial de la Mouraria y Centro Comercial de Martim Moniz). Nombres exquisitos, olores extraños, sonidos africanos y chinos, cánticos hindúes, sabores de ultramar, lenguas y dialectos desconocidos componen el ambiente urbano en conjunto con el fado, el olor de la sardina y el pastel de bacalao, y el hablar lisboeta (*alfacinha* para algunos).

El lado público y visible de la Mouraria parece reflejarse en una especie de juego de espejos que reproduce imágenes que transitan entre las ideas de típico, tradicional, popular, multicultural, multiétnico, pero también como un nuevo Casal Ventoso, Bronx y hasta Texas (Menezes, 2002, 2004). En la Mouraria, el espacio público —a saber las calles—, se desarrolla como un contexto de interacción de los habitantes, siendo tales espacios, contextos de mediación para la construcción y reformulación de las relaciones identitarias con el barrio, y de la relación con el otro. Pero también es un espacio en donde se puede verificar la coexistencia de una multiplicidad de ‘pedazos’, que a su vez, están ligados por ‘trayectos’ y atravesados por ‘circuitos’ (Magnani, 2000). En este sentido, los espacios colectivos y públicos del barrio son también contextos de mediación con la ciudad (Menezes, 2009). Y, para complejizar aún más, la Mouraria también parece definirse por aquello que Magnani llamó la ‘mancha’, término que permite inferir que en el espacio físico del barrio coexisten distintas ‘Mourarias’.

Sentidos y significados de los límites y fronteras en el Barrio de la Mouraria

Inicialmente, fueron identificados algunos de los aspectos del ámbito geográfico, urbano, histórico, social y cultural, que ayudaran a la realización de las primeras aproximaciones al barrio. En el seguimiento de las ideas de

De Certau (1990), se consideró que el proceso de percepción espacial, al ser particularizado por los individuos, les permitía evadirse de las limitaciones colocadas por el espacio construido. Sobre todo, porque, conforme penetraba en el mundo de la Mouraria, encontraba mundos paralelos que, a su vez, reflejaban una variedad de maneras de pensar y percibir el territorio del barrio. Pero, de cara a las varias formas de percibir el barrio, era consecuente la sensación de entrar en una ruleta rusa que nos llevaría a ningún lugar, ya que era imposible captar la multidimensionalidad de las formas en las que los individuos percibían el territorio del barrio, así como se tornaba irrealizable una pesquisa que contemplase todas las opiniones. En verdad, no estuvo prevista la dificultad de lidiar con la singularidad de un espacio, en un lenguaje plural.

Con todo, después nos dimos cuenta de que el modelo físico de organización del tejido edificado, las relaciones entre las actividades desarrolladas en espacios abiertos y cerrados, exteriores e interiores, centro y alrededores, y sus formas de reciprocidad y diferenciación, no podían pasar desapercibidos. Tales aspectos repercutían en las configuraciones socio-espaciales porque colocaban en juego, criterios de clase social, género, grupo étnico (Valle, 1999). Por lo que, sin refutar las ideas de De Certau (1990), como refirió Edensor (1998), se consideró la no existencia de un peatón heroico, ya que aunque al caminar el individuo pueda sentirse afectado por el medio social que atraviesa, también puede leer, con su propia visión del mundo. Así, la insistencia nos mostró que para atravesar las puertas de los diferentes mundos paralelos existentes en la Mouraria (por lo menos de algunos de ellos), era necesario ajustar nuestra propia percepción y, antropológicamente, encontrar sentido, en un conjunto confuso de otras percepciones. A partir de aquí, nos dimos cuenta de que ciertas lógicas se repetían en el interior de un conjunto de múltiples relaciones que se constituían en referencia a los individuos y a sus lugares de residencia o de presencia (donde eran abordados), a las memorias, a las prácticas, espacios, acontecimientos y tiempo (cotidiano y fuera del cotidiano), a las parroquias o al área de intervención del gabinete de rehabilitación urbana local, al sentimiento de vinculación, al lugar y a una determinada red de relaciones sociales, e incluso, a criterios de categoría social, etarios, de género y étnicos.

Tales perplejidades y constataciones permitieron observar cómo determinados aspectos, atributos y categorías espaciales —a través de la observación de prácticas de uso y apropiación del espacio (sobre todo, de los espacios exteriores y públicos), de la auscultación del discurso de determinados individuos (como por ejemplo de moradores, usuarios y comerciantes), de la percepción de cómo el espacio era captado y representado—, revelaban la singularidad de un lugar que habla en plural. Pero también, revelaban cómo las distintas demarcaciones socio-espaciales eran atravesadas por relaciones y lógicas socio-*espaciais* ambivalentes, ambiguas, de inclusión y exclusión. En este orden de cosas, fue pertinente el considerar que el espacio público urbano puede ser privatizado por determinadas prácticas, o que su acceso puede ser condicionado por reglas de conducta que, más allá de las imposiciones colocadas por quien oficialmente controla el espacio, también existen en el interior de su propia dinámica. O sea, es un espacio cuyo control social y político es asegurado por códigos y signos informales, así como por reglas y reglamentaciones formales, que pueden proporcionar tanto la exclusión como la inclusión (Madanipour, 1998; Sibley, 1997).

La manera en cómo la extensión del barrio era percibida nos coloca frente a dos lógicas: el barrio es tanto pequeño (“este *bocadinho*”), como grande (“*isto tudo*”). El sentido de barrio pequeño es relativo a un núcleo central y de pequeña dimensión, donde hay más regularidad en la demarcación de su perímetro. Algunas citas permiten ilustrar este aspecto:

Sí, aquí está la Mouraria, todo esto es Mouraria. Socorro (alusión al nombre que designa a la región administrativa que encaja parte del barrio) y barrio Mouraria. Las Olarias (...), todo es Mouraria, sin embargo, el centro es aquí (estábamos en una calle del núcleo), es esta parte el centro, es el Barrio de la Mouraria. Todo esto es histórico (...). En la Plaza del Martim Moniz también es Mouraria, incluso tiene un centro comercial con el nombre del barrio (habitante en el núcleo central desde hace más de 50 años).

La Mouraria es cuando se penetra en la Calle del *Capelão* allí, vamos a ver, la Calle del Marqués de Ponte de Lima, el Largo de la Olaria. Aquí la Calle del Benfornoso es menos antigua, tenga en cuenta que la construcción es diferente. La Mouraria aquí está: es este núcleo primitivo” (comerciante portugués instalado en el barrio hace más de 30 años).

Hoy el Barrio de la Mouraria se reduce a poco. Pues bien, la Mouraria es el centro, el corazón de la Mouraria es sólo este poquito. Porque, la Mouraria grande va de la Calle de la Amendoeira hasta el Intendente, vaya hasta el Borratém. Pero todo esto es ahora (...), ¿cómo que voy a explicar? (...), ahora la gente comienza a llamar esto todo los alrededores de la Mouraria (...)” (Entrevista a habitante en el núcleo central, de más de 70 años, nació en el barrio).

EL BARRIO grande engloba los alrededores, es un territorio impreciso, irregular y ambiguo:

La Mouraria es grande, es esto todo hasta el Castillo S. Jorge y luego abajo, después creo que es el Barrio del Alfama. La Mouraria es todavía gran (...), sigue siendo un gran barrio, es la Calle del Benfornoso y nuestra calle, es la Calle del Capelão donde vivió esa cantante famosa, la Severa (...), esto todo es corazón de la Mouraria (...) (Entrevista a habitante cerca del núcleo central, de más de 60 años, nació en la misma casa en que aún vive).

La Mouraria es todo esto (hace un gesto con los brazos cubriendo un área alrededor de la calle donde vive y apuntando en dirección al centro del barrio y con el englobamiento del Lg. Martim Moniz). La Calle del Benfornoso también es y va hasta allí delante del Castel (Entrevista a comerciante oriundo de Mozambique, llegó al barrio en 1979, con su familia, es dueño de un negocio familiar en torno al núcleo).

El Barrio de la Mouraria alcanza hasta la parte de arriba en el Largo del Terreirinho, en las Olarias, sigue hacia abajo en la Calle Agostinho de Carvalho hasta la Capilla de Nuestra Sra. de la Salud, después comienza Santa Justa. La Calle del Benfornoso es Mouraria, hasta la salida del Terreirinho, adelante es el Intendente, pero ahí es otra región administrativa (Entrevista a habitante cerca del núcleo central, desde hace más de 60 años es procedente de la región norte del país).

El corazón de la Mouraria está aquí y es el resto (...), el Intendente, también forman parte del barrio árabe, pero nunca se consideró como parte de la Mouraria derivado de su mala reputación. Así, por Mouraria es conside-

rado las Olarias, el Largo del Terreirinho, la Calçada Agostinho de Carvalho y la Calle del Benfornoso, pero esta parte ya no tenía esa amistad aquí como allí, nos sentamos en la puerta de los demás, nos sentamos en la plaza con mantas, unos pocos a cantar, a contar anécdotas (...). Esto en aquel tiempo, cuando yo era un niño. Pero esto también ha cambiado ahora (...) (Entrevista a habitante, nació en el barrio, vive en el núcleo central desde hace más de 60 años).

Estas lógicas son constantemente atravesadas por mecanismos simbólicos que permiten la separación, el agrupamiento, la mezcla y la confusión. Tales mecanismos son accionados en función de determinadas referencias, dinámicas, memorias, espacios, tiempos, ocasiones, como por ejemplo: a) el haber nacido en el núcleo del barrio ('aquí es mi tierra'); b) vivir en los alrededores del núcleo del barrio (cuando en determinados momentos, interesa ser parte del barrio, por ejemplo, en el momento de las fiestas y marchas populares, cosa que no interesa con el mismo énfasis, en momentos más cotidianos); c) la participación del barrio en las fiestas y marchas populares de la ciudad (cosa que torna al barrio grande e integrador de sus varias facetas y dimensiones); d) la tradicionalidad popular del barrio (purificándolo y potenciando un sentimiento de pertenencia); e) la liminaridad del barrio (evocando demarcaciones y sentimientos de distanciamiento).

Debe tenerse en cuenta, por ejemplo, que la percepción de un territorio como centro o periferia hace presuponer que el mismo se define como una relación de oposición. Sin embargo, aquello que se constata es que tanto el centro como las periferias son paradójicamente complementarios, inclusivos y diferentes. Esta cuestión es importante, porque la inversión simbólica en el barrio se encuentra fundada en una lógica relacional donde todas las mediaciones son posibles, haciendo factible, de ese modo, la diferenciación y reciprocidad, la simultaneidad y la intersticialidad. Queda así claro, que la relación entre centro y periferias se encuentra marcada por la ambigüedad, pero también por una cierta ambivalencia. En verdad, la Mouraria es percibida como un territorio complementario e inclusivo, a partir de un conjunto de atributos que permiten su diferenciación y separación.

La Mouraria es un lugar cuya plasticidad también se muestra a través de un lenguaje que, al auxiliar la orientación de los individuos, en el espacio, también proporciona indicaciones sobre las posiciones y representaciones sociales sobre ese mismo espacio:

Los de acá de la cima no van muy abajo y los de allá abajo no vienen mucho aquí. Pero hay más de ellos de abajo aquí que en contrario. Vienen más ahora, debido a una tienda de videos que se abrió en Largo de la Alfarería, pero son los jóvenes que vienen, los viejos tienen dificultades para subir todo, sólo vienen en lo Mouraria Sport Club, en las noches, en fado. En la pelea por el campeonato y el deporte, los más viejos no vienen, sólo los más jóvenes, con torneo, los más jóvenes vienen acá. (...) Los chicos de aquí se definen como el centro de los jubilados o el centro de los borrachos (...), y llaman a los de la planta baja como el centro de los drogadictos y acá el centro de los borrachos (risas), (Entrevista a habitante en los alrededores del núcleo central hace más de 40 años, nació en Lisboa en otro barrio popular).

Personalmente creo que este es el Barrio de las Olarias, aquí no tiene mucho que ver con el Barrio de la Mouraria, creo que hasta aquí es el Barrio de las Olarias. Bueno, ahí está, el barrio, las mujeres vendedoras, incluso sus propios errores nacen con ellos, porque dicen unas pocas palabras y otra media docena son una mierda, pero creo que ya es parte de la gente que vive allí porque aquí no hay nada de eso. La gente de aquí no habla tonterías, pero allá abajo creo que es diferente, estas cosas son más pronunciadas, incluso las discusiones. Realmente, creo que el barrio está dividido, (Entrevista a habitante, vive hace muchos años en los alrededores del núcleo central del barrio).

Así, expresiones como acá en la cima/allá abajo, adentro/afuera, lejos/cerca o en frente/atrás, ganan sentido y significado, no porque indican relaciones topográficas y de posición geográfica, sino por estar relacionadas con determinados aspectos sociales y simbólicos, entre los cuales cuentan: ser o no ser habitante del núcleo del barrio; ser o no trabajador en la zona; ser o no ser comerciante; participar o no de las fiestas populares; identificarse con la dimensión residencial, tradicional y típica del barrio o con la dimensión comercial, multicultural y multiétnica; tener una perspectiva del barrio a

partir de lo cotidiano y/o fuera de lo cotidiano. A continuación, algunas citas para ilustrar estos puntos:

La Mouraria misma es esta parte ahí para dentro. La Calle de los Cavaleiros y las Olarias es todavía Mouraria, pero no es bien. La Mouraria moderna (por referencia a la destrucción de gran parte del barrio en los años 40 del siglo XX) es solo acá dentro, es la Calle del Capelão, la Calle de la Guia (...), y allí no sale nada, la gente es muy cerrada, (Entrevista a ex-residente del núcleo central, donde nació; pero fue a vivir en la periferia de Lisboa cuando se casó, mas con frecuencia, vuelve al barrio para visitar personas de su familia).

Mi hijo no tiene el hábito de ir en dirección del Largo de la Guia (en el centro del barrio), ya está lejos y no saben cómo llegar allí. Después, él puede inmiscuirse con los chicos de otro barrio y yo también tengo miedo (...). Mi hija sólo tiene amigos en la escuela y no acostumbra quedarse acá, porque no hay lugar para parar aquí (...), es solo bandidos, otras generaciones, pero hablo con todo el mundo. Ellos, a veces, jugarán más cerca, en la escuela, y allí, en la Voz del Trabajador o un lugar que hay a los lados de Barrio del Alfama (ambos lugares están más lejos de su casa). (Comerciante y residente muy cerca del núcleo central del barrio, donde vive hace muchos años).

Se observa que los territorios geográficamente próximos –la Mouraria ampliada y el núcleo del barrio– se encuentran socialmente demarcados por núcleos de referencia identitaria, valores y atributos de clasificación, ya no siendo sus distancias –y aquí debe leerse distancia social– fácilmente superables. Como si la conquista o la apropiación espacial de los territorios limítrofes –psicológica, cultural y socialmente más difíciles de superar– transformase el camino a ser recorrido en más largo. No obstante, también se verifica la posibilidad de ser vencidos, a saber, cuando la demarcación identitaria de la Mouraria se compara con otros barrios o con la propia ciudad, y así lo que queda lejos es el resto del territorio urbano.

En síntesis, las demarcaciones espaciales se apoyan en lógicas complementarias y de diferenciación. Estas lógicas se encuentran más dependientes de las relaciones sociales y de los valores, que de factores de orden

geográfico y urbanístico. Recuérdese que la elasticidad del lugar confiere a sus límites una maleabilidad que es constantemente manipulada, ocupada, activada, accionada, utilizada estratégicamente y contextualmente.

El barrio es un lugar social que, siendo más limitado que la inmensidad de la ciudad, es de acceso inmediato a sus habitantes. Un lugar donde suceden una serie de actitudes, valores y comportamientos circunscriptos a una determinada red de relaciones sociales, donde la calle es un pedazo del espacio que se coloca en una posición intermedia entre lo público y lo privado, definiéndose como un espacio semi-público (Magnani, 2000) facultando, de ese modo, la ligazón entre casa-barrio, por oposición al universo amplio de la ciudad. En el caso de la Mouraria, se debe tener en cuenta que la destrucción de gran parte de su territorio seguida de una serie de dinámicas sociales, económicas y culturales que escapan al control de la población local, disminuye la distancia entre casa-barrio y la ciudad. No solamente porque la accesibilidad al resto de la ciudad se tornó más fácil, sino sobre todo, porque individuos, prácticas y valores, a priori, vistos como pertenecientes a la vastedad del universo urbano, pasaron a formar parte de las dinámicas locales y de la configuración de la imagen identitaria del barrio. Aunque los habitantes más antiguos identifiquen a los otros como ajenos, en los procesos de configuración socio-espacial, ambos comportamientos, actitudes y valores que permiten la invención del nosotros y de los otros contribuyen para la construcción social de las imágenes identitarias de la Mouraria.

Obsérvese que la reflexión ya desarrollada sobre la problemática de los límites en algunos de los barrios típicos de Lisboa, como Bica (Cordeiro, 1997), Madragoa (Menezes, 2002) y Alfama (Costa, 1999), permite señalar que el reconocimiento de los límites y fronteras son construcciones sociales que, como tal, son representadas de forma dinámica. Estos territorios tienen contornos maleables. En tal virtud, es necesario considerar que esos territorios se componen, sobre todo, por ‘núcleos de referencia identitaria’ –a lo que contribuyen las referencias sociales, culturales, físicas y espaciales–, y por ‘demarcaciones de cara a otros barrios o a otros elementos destacados de la ciudad’, antes que por una configuración rígida de sus límites y fronteras (Costa, 1999: 202).

De la visibilidad de las prácticas en el espacio público al barrio y la ciudad

La 'policromía exuberante' y 'agitadora' de las calles de Lisboa, conforme fueron referidas por Sequeira (1929: 19) en la primera mitad del siglo XX, son todavía recursos metafóricos impactantes para hablar de la Mouraria. Esto porque el espacio público de la Mouraria es una de las caras más visibles de su cotidianeidad, que estimula la creación de metáforas urbanas que contribuyen para la invención de determinadas imágenes del barrio que pueden evocarlo como contexto característico, tradicional, típico, popular, como una aldea, incluso como histórico, patrimonial, multiétnico o multicultural, o como un barrio descaracterizado y repleto de liminaridades, que provocan el refuerzo de los procesos de estigmatización y segregación territorial.

En el proceso de consolidación y reconfiguración de las imágenes identitarias se verifica que, a la par de la continuidad de determinados trazos que son utilizados para caracterizar el barrio, otros van siendo indexados al campo de las significaciones imaginarias del lugar. Por ejemplo, a finales del siglo XIX y en la primera mitad del siglo XX, la Mouraria fue evocada por sus personajes característicos como matones, bohemios, cantantes y prostitutas, pero también por su urbanística pintoresca y por su peculiaridad sociocultural. Entre los años treinta y sesenta, la defensa de lo pintoresco fue contradictoriamente asociada a la defensa de una imagen urbana de higiene y civilización; y, aunque los otros barrios populares de la ciudad hayan sentido la amenaza de la destrucción, ésta, de hecho, fue impiadosa con las tan mal afamadas calles, edificios y personas de la Mouraria, un símbolo del vicio que en plena década del setenta era noticia a partir de los restos de una destrucción atroz y por ser el lugar donde insistentemente todavía se realizaban las procesiones y las fiestas populares. Las décadas del setenta y ochenta, todavía marcadas por el ideal de la renovación urbana, dieron lugar al Centro Comercial de la Mouraria, un edificio urbanísticamente controvertido que, juntamente con el Hotel Mundial, se transformaron en polos opuestos de la llamada convivencia multiétnica: en uno de ellos, la multiétnicidad era símbolo de una cultura históricamente localizada, en el otro, se transfiguraba en turismo. A mediados de los años ochenta, el barrio se tornó foco de otra política urbana: la recuperación y la rehabilitación de su patrimonio histó-

rico y urbano. Aquí, el proceso de reapropiación del patrimonio urbano y las dinámicas de intervención urbanística parecen inscribirse en el espacio público, reinventando escenarios e imágenes de lo que es tradicional y típico, y creando nuevas maneras de pensar y representar el espacio. En el ímpetu de las revitalizaciones, una nueva imagen va siendo construida e inventada como tradición multiétnica. A principios del siglo XXI, los espacios públicos del barrio son, cada vez más, un punto de encuentro de diferentes etnias. Dicha visibilidad no pasa desapercibida ante los ojos de cualquier transeúnte o de los productores de imágenes de la ciudad, entre ellos, algunos antropólogos. Pero la procesión todavía atraviesa las calles del barrio y de la ciudad. Los campos populares engloban la casa, la calle, el barrio y la ciudad en un solo espacio. El movimiento continúa representando determinados símbolos emblemáticos del barrio y recorriendo las pasarelas de la ciudad. Las relaciones de vecindad son intensas. La prostitución continúa. Los delitos aumentaron. Los sin-techo subsisten. La adicción y el tráfico de droga son reales. La ilegalidad y la marginalidad existen. Las casas se caen y se incendian; y tales características estimulan la invención de metáforas urbanas que también son productoras de imágenes —endógenas y exógenas— del barrio.

Aquí, es fundamental superar la tentación de explicar las contradicciones entre los individuos y sus prácticas a partir de enunciados como: la faceta tradicional y típica del barrio repercutiría en la domesticación del espacio público como sala o patio de los habitantes; la faceta moderna se reflejaría en la substitución de la dimensión doméstica y semi-pública del espacio por una de ámbito más público y globalizada. Nos interesó mucho más discutir los procesos que permiten la coexistencia de diferentes modos y formas de usar, apropiar y representar el espacio —teniendo en cuenta que estas pueden ser paralelas o estar en conflicto—, como forma de comprender la complejidad inherente al sistema de clasificaciones y manipulaciones de los significados atribuidos al barrio. Se trató, así, de analizar cómo es que en el proceso de construcción y producción social del espacio, se verifica la coexistencia de imágenes que pueden contribuir tanto a la emblemización del barrio como a su segregación y estigmatización.

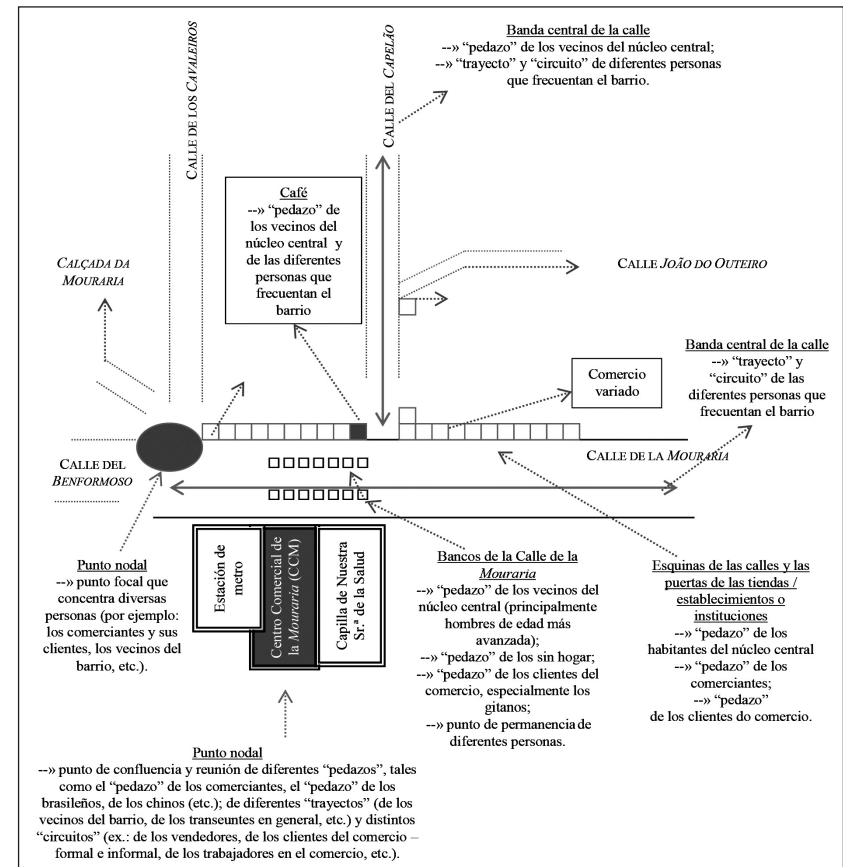
En la descripción y análisis de las micro geografías cotidianas de uso y apropiación de los espacios públicos del barrio fue fundamental el recur-

so a las nociones de 'pedazo', 'trayecto', 'circuito' y 'mancha', admitiendo que tales nociones sirven como instrumentos de 'lectura', 'comprensión' y 'orientación' en el espacio urbano, en la medida en que "configuran aquel repertorio de significantes que posibilitan guardar historias y personajes que estarían olvidadas si no fuese por la permanencia, en el paisaje urbano, de tales soportes" (Magnani, 2000:45). A modo de ejemplo, el esquema que sigue (ver Esquema 1) describe algunas de las dinámicas de uso y apropiación del espacio, como se observó en el núcleo central del barrio.

Al inscribirse en el mapa social de la ciudad, las micro geografías cotidianas de uso y apropiación de los espacios públicos construyen paisajes, aquello tiene repercusión en las imágenes que son construidas del barrio, que forman parte del conocimiento que se tiene de la Mouraria como de la ciudad. De esta manera, tales espacios sirven como intermediadores para la creación y lucha de las identidades sociales y de las imágenes socio-espaciales. Y, de cierto modo, el drama de una imagen que transita entre la idea de que el barrio es tradicional, o de que ya no tiene esas características; de que es un barrio histórico, multiétnico, multicultural, o de que es un contexto liminal, parece estar ligado a la visibilidad de las prácticas de uso y apropiación de los espacios públicos y a la interpretación que los individuos hacen de tales dinámicas a lo largo del tiempo cotidiano y fuera del cotidiano, así como a lo largo del tiempo histórico. Se cree, así, necesario admitir que no sólo las permanencias crean especificidades, sino que el propio movimiento –veloz y efímero– se inscribe en el paisaje urbano definiendo particularidades que bien pueden ser heterogéneas y multidimensionales.

El trabajo desarrollado en la Mouraria permitió demostrar que no es solamente la vida de calle/barrio –y la respectiva transfiguración de la calle en habitación de sus residentes– lo que permite detectar singularidades o, en un sentido más amplio, detectar una intensa utilización de los espacios públicos. También algunas dinámicas que ocurren en lo metropolitano, calles comerciales, plazas y centros comerciales locales, permiten inferir que existen rutinas y particularidades, apropiaciones, inclusiones y exclusiones, paralelamente a la multidimensionalidad de las dinámicas y a la influencia del poder político y económico.

Esquema 1
Dinámicas de uso y apropiación del centro del barrio



Fuente: Elaboración propia.

Se cree, así, importante conservar un punto esencial: la repercusión social, cultural, simbólica y urbana de las prácticas que se desarrollan en el espacio público en la creación de atmósferas que impulsan la invención de determinadas imágenes de la Mouraria y de ciertas metáforas urbanas que, en una perspectiva más amplia, también forman parte del conocimiento que se tiene de la ciudad (Crouch, 1998). Es importante observar que las

intersecciones entre el campo de las significaciones imaginarias del barrio y la interligación con su historia, morfología física y las prácticas socioculturales y espaciales de los distintos individuos que viven y frecuentan el barrio resaltan la íntima articulación entre la experiencia de los diferentes actores sociales, los símbolos, los valores sociales y las imágenes (Richardson, 1980). En verdad, los distintos pedazos, trayectos y circuitos que configuran el paisaje social y urbano local permiten inferir que la Mouraria es una mancha inscrita en el mapa social de la ciudad donde, paralelamente y/o conflictivamente, coexisten distintas Mourarias.

Conclusiones

Se consideró que el lugar está constituido por tres elementos esenciales –local, localización y sentido/sentimiento de lugar (Agnew, 1997)–, con el fin de discutir algunos aspectos de la inscripción territorial del barrio en el espacio urbano. A partir de ahí, se procuró captar cómo los límites y las fronteras del barrio eran percibidos por distintos individuos y cómo determinadas referencias sociales y espaciales servían como medios de orientación en el espacio. Las nociones de multilocalidad y multivocalidad fueron particularmente recurrentes para comprender algunos de los procesos, referencias y aspectos a través de los cuales el lugar es percibido. Permiten englobar otros lugares, no lugares, otras prácticas, tiempos y eventos, como admitir que todas esas otras situaciones pueden ocurrir en un mismo espacio y tiempo, y ser expresadas por varias y múltiples voces (Rodman, 1992). Pero no sólo esto: tales nociones permiten comprender los procesos de configuración de los límites y fronteras como algo dinámico, maleable y múltiple, y sirven como una especie de disolvente de las perspectivas que toman los límites y fronteras como meras barreras físicas y sociales. O sea, como simulacros para explicar la separación, por lo que fue más prometedor admitir, como refirió Low (2000), que los límites y fronteras son, en verdad, marcas de transición entre una determinada esfera de control social y otra, y sirven para demarcar diferencias y contrastes.

En este sentido, el análisis efectuado permitió inferir que la Mouraria no posee fronteras nítidas, pues son estas mucho más dependientes de las

relaciones sociales que de factores de orden geográfico y urbanístico. Lo que implicó entender que “las fronteras son justamente esos lugares de contradicciones inconmensurables”, que indican mucho más una zona intersticial y de desplazamiento que un marco topográfico de demarcación entre dos lugares; de ahí que la noción de frontera sea útil para situar al ‘sujeto posmoderno’. Pero tales consideraciones no quitan a la Mouraria su expresividad como un lugar socialmente construido. Por lo que, en lo que respecta a una antropología en la que los “objetos no son más concebidos como automática y naturalmente anclados en el espacio”, es fundamental estar atento “al modo como espacios y lugares son construidos, imaginados, disputados e impuestos”. Lo que, en otra perspectiva, infiere que en lugar de centrarnos en la idea de “desterritorialización, en la pulverización del espacio de la alta modernidad”, es mucho más fructífero “teorizar de qué modo el espacio está siendo re-territorializado en el mundo contemporáneo” (Gupta y Ferguson, 2000: 44-47).

Al privilegiar el análisis de las prácticas de uso y apropiación del espacio público de la Mouraria, fue posible demostrar cómo la visibilidad de los individuos y de sus prácticas de uso y apropiación del espacio, aliada a la organización física y arquitectónica del territorio, son elementos constituyentes de las imágenes culturales y urbanas del barrio. Se verificó, así, que la rutina cotidiana de uso y apropiación del espacio público crea un indefinible número de atmósferas que estimulan la creación de metáforas urbanas que, proyectadas como imágenes, forman parte del conocimiento que se tiene del barrio como de una determinada faceta de la ciudad.

El hecho de que los individuos estén en permanente contacto con otros grupos de individuos en situaciones muy diversas permite, entonces, destacar dos aspectos. Primero, que las percepciones del lugar Mouraria se mueven en una especie de terreno movedizo, lo que les confiere una pluralidad de sentidos y significados, solamente comprensibles en términos de un proceso continuo de recomposiciones y reconfiguraciones, donde los límites desempeñan un importante papel en la demarcación de los territorios intersticiales. Se destaca, entre tanto, que para comprender la pluralidad y multidimensionalidad de los límites y fronteras, bien como de sus continuos procesos de reconfiguración, es importante contextualizarlos. O sea, las nociones de

límite, frontera e intersticio, a pesar de la fluidez y plasticidad que les son intrínsecos, solamente hacen sentido en tanto son constituidos y constituyentes de realidades sociales específicas, aunque interligadas con un espacio social más vasto. Repárese todavía que tales constituciones e interligaciones se localizan en el núcleo de los procesos históricos. Esto permite, incluso, relativizar la idea de que la realidad urbana solamente sea perceptible por las ideas de que todo es demasiado efímero, desconectado o disyuntivo. Se cree, así, que ciertos aspectos y atributos socio-espaciales puedan ser considerados como tales, pero no todos. Importa considerar que la Mouraria se constituye como un lugar multifacético, como si en él coexistiesen –de forma paralela y/o conflictiva– varias Mourarias. Es aquí que las nociones de límite, frontera e intersticio ganan vida, y adquieren significados y sentidos.

Cabe destacar que el proceso de percepción e invención del espacio no siempre es una forma pacífica y armoniosa de evasión de las coacciones dictadas por el planeamiento, organización y control del espacio urbano, precisamente porque el medio social puede constreñir determinadas visiones del mundo. Los límites y las fronteras son constituidos con base en las reglas sociales de diferencia y diferenciación, con lo que se contribuye para la invención de determinados significados urbanos que, a su vez, permiten situar el Barrio de la Mouraria en el mapa social de la ciudad. Esto se evidencia por el encuadramiento de las micro geografías cotidianas de uso y apropiación de los espacios públicos locales, ya que a la par de sugerir heterogeneidad y multidimensionalidad, también insinúan la importancia que determinadas demarcaciones socio-espaciales tienen en el proceso de construcción del paisaje urbano.

Por fin se observa que, desde la finalización del estudio antropológico que soporta los principales argumentos de esta reflexión, el Barrio de la Mouraria ha experimentado un rápido proceso de transformación urbana. Estos cambios reflejan, en gran medida, la influencia del actual proceso de intervención urbana que, en general, tiene privilegiado la intervención del espacio público local. Finalizando con el análisis de algunas de las actuales dinámicas socio-espaciales locales, se considera que el argumento presentado en esta reflexión es relevante para la comprensión del complejo proceso de creación de imágenes de la identidad local.

Bibliografía

- Agnew, John (1997). "Representing space: space, scale and culture in social science". En *Place/Culture/Representation*, James Duncan y David Ley (Comps.): 251-271. London: Routledge.
- Bettanini, Tonino (1982). *Espaço e Ciências Humanas*. Rio de Janeiro: Paz e Terra.
- Bourdieu, Pierre (1999). "Efectos del Lugar". En *La miseria del mundo*, Pierre Bourdieu, : 119-125. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Cordeiro, Graça Indias (1997). *Um Lugar na Cidade: Quotidiano, Memória e Representação no Bairro da Bica*. Lisboa: Publicações Dom Quixote.
- Costa, António Firmino (1999). *Sociedade de Bairro*. Oeiras: Celta Editora.
- Crouch, David (1998). "The street in the making of popular geographical knowledge". En *Images of the Street - Planning, Identity and Control in Public Space*, Nicholas R. Fyfe (Editor): 160-175. London: Routledge.
- Durkheim, Émile (1989). *As Formas Elementares de Vida Religiosa*. São Paulo: Edições Paulinas.
- Edensor, Tim (1998). "The culture of the indian street". En *Images of the Street - Planning, Identity and Control in Public Space*, Nicholas R. Fyfe (Editor): 205-221. London: Routledge.
- Gupta, Akhil y James Ferguson (2000). "Mais além da 'cultura': espaço, identidade e política da diferença". En *O Espaço da Diferença*, António Arantes (Editor): 30-49. Campinas: Papirus.
- Lévi-Strauss, Claude (1974). *Anthropologie Structurale*. Paris: Pion.
- (1993). *Tristes Trópicos*. Lisboa: Edições 70.
- Low, Setha M. (2000). *On the Plaza: The Politics of Public Space and Culture*. Austin: University of Texas Press.
- Madanipour, Ali (1998). "Social exclusion and space". En *Social Exclusion in European Cities – Processes, Experiences and Responses*, Ali Madanipour, Goran Cars y Judith Allen (Org): 75-89. London: Jessica Kingsley Publishers Ltd.
- Magnani, José Guilherme Cantor (2000). "Quando o campo é a cidade: fazendo antropologia na metrópole". En *Na Metrópole - Textos de An-*

- tropologia Urbana*, José Guilherme Cantor Magnani y Lilian de Lucca Torres (Org.): 12-53. São Paulo: EDUSP.
- Menezes, Marluci (2002). *Espaço: Manutenção, Mudança e Representação. Estudo de Caso: Bairro da Madragoa*. ITECS 34, Lisboa: LNEC.
- (2002). “Mouraria: entre o Mito da Severa e o Martim Moniz - Estudo antropológico sobre o campo de significações imaginárias de um bairro típico de Lisboa”. Tese de doutorado, Universidade de Nova de Lisboa.
- (2004). *Mouraria: Retalhos de um Imaginário. Significados Urbanos de um Bairro de Lisboa*. Oeiras: Celta Editora.
- (2009). “A Praça do Martim Moniz: Etnografando Lógicas Socioculturais de Inscrição da Praça no Mapa Social de Lisboa”. *Horizontes Antropológicos*, Ano 15, N.º 32: 321-328.
- (2011). “Todos na Mouraria? Diversidades, desigualdades e diferenças entre os que vêm ver o bairro, nele vivem e nele querem viver”. Ponencia presentada en el XI Congresso Luso-Afro-Brasileiro de Ciências Sociais (CONLAB), Salvador, Bahia, Brasil.
- (2012). “Debatendo mitos, representações e Convicções acerca da invenção de um bairro lisboeta”. *Sociologia*, Revista da Faculdade de Letras da Universidade do Porto (FLUP), Número temático 1 (Imigração, Diversidade e Convivência Cultural): 69-95 (in <http://ler.letras.up.pt/uploads/ficheiros/10009.pdf>)
- Menezes, Marluci, Margarida Rebelo y João Craveiro (1992). *Bairro Casal Ventoso - Elementos para uma Caracterização Socio-Ecológica*. ITECS 17, Lisboa: LNEC.
- Richardson, Michael (1980). “Culture and the urban stage: the nexus of setting, behavior, and image in urban places”. En *Human Behavior and Environment*, Vol 4, Irwin Altaman y Amos Rapoport (Comps.): 290-242. New York: Plenum.
- Rodman, Margaret C. (1992). “Empowering place: multilocality and multivocality”. *American Anthropologist* N.º 94: 640-656.
- Santos, Carlos Nelson, Arno Vogel y Marco Antonio da Silva Mello (Comps.) (1985). *Quando a Rua Vira Casa*. Rio de Janeiro: IBAM/FINEP.

- Santos, Milton (1995). “Raison universelle, raison locale. Les espaces de la rationalité”. *Espaces et Sociétés*, N.º 79: 129-135.
- Sequeira, Gustavo Matos (1929). “Os bairros antigos e a comédia das ruas”. *Portugal/ Lisboa. Exposição Portuguesa em Sevilha*, Lisboa: Câmara Municipal de Lisboa.
- Sibley, David (1997). *Geographies of Exclusion*. London: Routledge.
- Valle, Teresa (1999). “La importancia del espacio en relación a la identidad individual y grupal: limites, contenidos y significados desde el enfoque antropológico”. *Trabalhos de Antropologia e Etnologia* Vol. 39: 33-44.
- Zukin, Sharon (1996). “Space and symbols in an age of decline”. En *Re-presenting the City: Ethnicity, Capital and Culture in the 21st-Century Metropolis*, Anthony D. King (Comp.): 43-59. London: Macmillan Press Ltd.

La consolidación de la segregación espacial desde las prácticas e imaginarios cotidianos de la vida doméstica. Santiago 1930-1960

Francisca Pérez

Introducción

Uno de los escenarios en donde es posible abordar las formas de segregación socio-espacial, que han caracterizado históricamente a las ciudades latinoamericanas, es el ámbito de las transformaciones del espacio público y privado. En este marco, si bien las formas de segregación han tendido a ser observadas, preferentemente, a través de la organización espacial de las desigualdades sociales en el espacio urbano, aquí planteamos la posibilidad de verlas expresadas desde aquellos espacios que albergan cotidianamente la vida de los sujetos.

En efecto, las investigaciones sobre segregación abordan principalmente factores como la ubicación socio-espacial de los diferentes sectores sociales, o su desigual acceso a áreas verdes y espacios públicos, tal es el caso de aquellos estudios que, durante los últimos 15 años, se han enfocado en el análisis de los condominios cerrados como expresión de segregación (Sabatini y Cáceres 2001; Salcedo 2002; Svampa, 2000) así como los que más bien han ahondado en los efectos de la construcción de viviendas sociales desde la década del noventa, (Rodríguez, 2000).

Este artículo plantea las potencialidades que tiene abarcar el fenómeno de la segregación sociespacial, por un lado desde la transformación de los sentidos asociados al espacio público que impone el proceso de suburbanización desde la década del treinta en Santiago, y por otro desde una mirada

a la especificidad del espacio privado, específicamente desde las transformaciones acaecidas en el espacio doméstico de la ciudad de Santiago entre 1930 y 1960.

En este sentido, las transformaciones de la vida cotidiana en el ámbito barrial, así como la vida doméstica al interior del hogar, constituyen un espacio desde donde se potencian y consolidan las desigualdades sociales. Tal como señala De Ramón (2000: 39) uno de los primeros mecanismos de segregación de las ciudades chilenas estaba dado por lo que se producía al interior de las residencias coloniales que albergaban en su interior a negros, mulatos o zambos quienes, en su condición de esclavos, residían junto a sus amos; fenómeno que expresa de qué manera la segregación se plasma al interior de la casa, ya sea a partir de la diferenciación entre miembros de la familia y el servicio doméstico, o como la expresión segregada de las distinciones de género al interior del hogar.

Desde esta mirada, el presente artículo pretende esbozar algunos elementos de análisis para la comprensión de la construcción de lo doméstico en Santiago, Chile, entre 1930 y 1960. Para ello, la investigación ha abarcado lo doméstico a partir de dos perspectivas desde las cuales se pueden trazar los sentidos y prácticas que producen la escena de la domesticidad en la sociedad santiaguina de la época.

Por un lado, la investigación aborda las prácticas cotidianas de lo doméstico en el contexto de la suburbanización, y toma como referente la perspectiva de residentes y ex-residentes del barrio El Golf¹ —primer suburbio jardín de elite— que comienza a ser habitado a lo largo de la década del treinta y que representa la salida definitiva de la elite santiaguina del casco urbano y que consolida la segregación residencial que caracterizará Santiago a lo largo del siglo XX (Acuña, 2005; Bannen, 1996).

El proceso de suburbanización como fenómeno históricamente situado, produce un sentido específico de lo doméstico, que se ha expandido como un elemento característico de la cultura occidental. Es así que podemos relacionarlo con un momento particular de lo doméstico, en el que

1 El proceso de lotización de El Golf es liderado por el departamento de Comisiones y Confianza del Banco de Chile en 1934, institución que juega un importante papel en el proceso de lotización de gran parte del sector oriente (Imax, 1995).

emergen imaginarios ligados con el habitar al interior del hogar, así como con la manera de percibir y actuar sobre el escenario urbano, expresando el ideal de vida suburbana centrado en la familia y la vida doméstica (Fishman, 1987; Sennett 1978; Mumford, 1979)

Por otra parte, se incorpora el análisis de discursos e imágenes relacionados con lo doméstico, presentes en el imaginario social de la época, a partir de la revisión de semanarios femeninos. Específicamente, el artículo se centra en revista *Margarita*, semanario publicado por editorial Zig-Zag entre 1932 y 1952. En Chile este tipo de publicaciones proliferaron desde inicios del siglo XX, donde destacaban revistas como *Rosita*, *Eva* y *Margarita*, todas enfocadas en el mundo femenino y el hogar. En este escenario, *Margarita* sobresale porque, si bien contiene secciones destinadas al vestuario y moda femenina, aborda además temas contingentes de la vida doméstica en sus distintos aspectos, pasando desde la alimentación, o el cuidado de los niños hasta a un conjunto de secciones o reportajes dedicados a la mantención del hogar y el decorado doméstico. En este sentido, interesa abordar la influencia que estas revistas pudiesen haber tenido sobre la vida cotidiana y el hogar, así como también el predominio que sobre ellas tuvo el estilo de vida norteamericano, como se puede apreciar en sus portadas, reportajes y publicidad.

Se incorpora también la mirada institucional acerca de lo doméstico, plasmada en *Comuna y Hogar*, publicación destinada a la divulgación de la labor de los municipios, que da cuenta de una narrativa oficial de lo doméstico, insertándolo como uno de los campos de acción del urbanismo ligado estrechamente con el rol de la mujer en la sociedad².

Se combina, así, el análisis de lo doméstico desde la especificidad de la elite en el marco del ideal suburbano a partir del caso del Barrio El Golf, con una reflexión más general relacionada con los imaginarios de lo doméstico que circulan en el periodo, permitiéndonos situar y contrastar la domesticidad de la elite en un contexto más amplio.

Desde esta perspectiva, interesa, por un lado, identificar los sentidos que toma lo doméstico considerando su relación con los procesos de mo-

2 Publicación iniciada el año 1929 bajo el Gobierno de Carlos Ibáñez del Campo, posteriormente se denominará Boletín Municipal de la República, fue editada hasta 1939.

dernización de la vida urbana iniciada a principios del siglo XX y, por otro, su relación con lo que podríamos denominar como sentido tradicional de lo doméstico asociado a un conjunto de valores culturales referidos con el hogar, la casa y la familia, largamente arraigados a la sociedad santiaguina.

El escenario doméstico de Santiago suburbano 1930-1960:

Rupturas y continuidades

Las transformaciones experimentadas en las prácticas cotidianas, significados y representaciones asociadas a las opciones residenciales y al espacio doméstico en el caso de la elite santiaguina³ entre 1930 y 1960, ocurre en estrecho vínculo con el proceso de suburbanización hacia la zona oriente de Santiago durante este periodo. De este modo, se produce un nexo entre el proceso expansivo de la ciudad y las transformaciones socioculturales asociadas a la modernización que esa expansión produce desde principios del siglo XX (De Ramón, 2000; Palmer 1984 y 1985). Las principales causas involucradas en el abandono de la ciudad tradicional por parte de la elite, tienen que ver, por un lado con los cambios experimentados desde la década del treinta sobre el espacio urbano del centro de la ciudad, especialmente con la llegada de grandes contingentes, producto de la migración campo-ciudad. Por otro lado, sin embargo, se relacionan con las innovaciones en los *estilos de vida* (Bourdieu, 1979), en la manera de *usar y significar* los espacios, así como en las transformaciones en los imaginarios sociales relacionados con el habitar, influenciados por la llegada de colonias extranjeras así como por la influencia de los medios de comunicación como la radio y el cine.

A partir de lo anterior, uno de los supuestos de este artículo es el de que en el paso de la *ciudad tradicional* a la *expansiva*, están implicados

3 La elite santiaguina de la época, está configurada por aquellas familias que se adscriben al pasado hacendal /colonial o que participan del desarrollo financiero y comercial vinculado con la empresa salitrera y que se reconocen como grupo social cohesionado-cerrado, que comparte un conjunto de códigos, valores normativos, gustos y estilos de vida que lo diferencian respecto de otros sectores emergentes, como la burguesía en ascenso y cierto sector de las colonias extranjeras, los que serán integrados con el tiempo como parte de una nueva elite.

cambios en las *pautas de sociabilidad*, dentro de las cuales se insertan un conjunto de modificaciones que reelaboran las formas de experimentar el espacio doméstico y que se expresan en un conjunto de relatos y prácticas espaciales⁴, entendidas como aquellas narrativas y acciones que permiten la producción y reproducción de la domesticidad y que están vinculadas con aquellas prácticas desplegadas en el marco del espacio doméstico, asociadas con la vida familiar.

Sin embargo, junto con este supuesto, el artículo pretende complejizar y poner en dialogo la relación entre las rupturas y continuidades de la domesticidad de elite, entre 1930-1960, a la luz del proceso modernizador. En este sentido, algunos de los elementos de contexto, importantes a considerar en relación con las transformaciones de las prácticas cotidianas relativas a la vida doméstica, tienen que ver con los procesos de modernización iniciados desde principios de siglo XX en Latinoamérica. Como señalan para el caso Argentino, Francisco Liernur y Anahí Ballent, estos se expresarán en un programa de vivienda especializado y compacto, marcado por la división funcional de los espacios representando el advenimiento de una concepción moderna del habitar (Ballent: 2004; Liernur: 1999). Compacticación racional de la vivienda que coincide a su vez con la consolidación de la familia nuclear. En este sentido, la transformación del espacio doméstico interactúa dialécticamente con los cambios atribuidos a las nociones de la vida social y familiar.

Cabe destacar que si bien el proceso de suburbanización implicó un quiebre importante en la concepción que la elite había desarrollado respecto del habitar desde mediados del siglo XIX, que generó una reconfiguración en los patrones y pautas de sociabilidad en relación con los usos y significados del espacio urbano y del espacio doméstico, también se reconoce la existencia de una serie de continuidades respecto de valores que tradicionalmente la identifican en tanto grupo social. De este modo, la casa en tanto receptáculo de valores que simbolizan la comunidad y la

4 En el contexto de las prácticas cotidianas del espacio doméstico, estas producen *geografías de acciones* derivando en determinados órdenes del sentido común. De alguna manera los relatos logran producir acciones sobre los lugares. En estos términos, la descripción es un acto culturalmente situado, que en el contexto de los que emergen de los relatos espaciales lo que hacen es crear y fundar espacios (De Certeau, 2000: 135).

familia, también puede ser vista como lugar de resguardo y reproducción de la tradición (Dal Co, 1982: 13).

Usos cotidianos de la calle y espacios públicos del barrio El Golf

Los relatos sobre la vida cotidiana desplegada en el barrio El Golf, elaborados por aquellas familias que llegan durante la década del cuarenta, permiten aproximarnos a los principales elementos significativos sobre los inicios de la vida suburbana de la elite santiaguina, especialmente considerando el desarrollo de un conjunto de prácticas y representaciones cotidianas desplegadas sobre la nueva espacialidad del suburbio.

Un primer elemento a destacar se relaciona con aquellas prácticas emplazadas en los espacios públicos. En este marco las asociaciones que se elaboran en los relatos respecto de este punto tienden a remitirse al ámbito de aquellas prácticas cotidianas en las que se da cuenta de la sociabilidad y recreación infantil, uno de sus ejes fundamentales.

En este sentido, emergen como relevantes en la escena suburbana del barrio las plazas, calles y parques como lugares de esparcimiento y entretenimiento, que constituyen los dispositivos espaciales claves en la comprensión de la espacialidad del barrio El Golf y de la sociabilidad vecinal a través del cuidado de los niños.

Serán estos espacios los que tendrán un nuevo significado a partir de los usos que comienzan a adquirir por los nuevos habitantes. Por contraste con la espacialidad urbana propia del centro de la ciudad, plasmada en la Alameda y otros paseos aristocráticos donde se desplegaba la sociabilidad santiaguina de mediados del XIX principios del XX, podemos ver una reelaboración del concepto de paseo urbano, a partir de los dispositivos espaciales del suburbio.

La tradicional concepción del paseo como práctica socio-espacial –atribuida principalmente a las generaciones más jóvenes como estrategia de reforzamiento de un tipo de encuentro pauteado en el espacio público entre hombres (solos) y mujeres (siempre acompañadas por hermanos o damas de compañía)– se diferencia del paseo que comienza a perfilar la

vida cotidiana del suburbio, destinado más bien a la recreación infantil y desplegado en un entorno configurado por plazas, calles y avenidas que conforman un nuevo escenario para el desarrollo de la sociabilidad de niños y niñas.

En este marco, cobra especial importancia la figura de las *mamas*, denominación referida a las mujeres encargadas del cuidado infantil. Esta figura femenina y maternal aparece en estrecho vínculo con el desarrollo de los usos del espacio público y es una imagen que se reitera en el relato.

[las *mamas*] son como nanas y empleadas que se encargaban de sacarnos a pasear, salían con todos nosotros, pero solo a pasear con los Valdés Edwards que salíamos al parque que era lleno de árboles de tilo y nos llevaban bolsitas de género para sacar tilos... (Carolina Chadwick, Diciembre 2008)

La imagen del paseo por el barrio en compañía de las *mamas* o en otros casos de las *gringas*, denominación que se distingue de las *mamas*, apelando a mujeres extranjeras que llegaron al país luego de la guerra y que desempeñaban un rol más cercano al de una institutriz, que ejercía una labor de cuidado y compañía de los infantes.

En este sentido, serán estas figuras femeninas las encargadas de supervisar y custodiar la vida social de los niños, cumpliendo un rol central en el cuidado infantil, tanto al interior del hogar como en los paseos, salidas o visitas realizadas en torno al barrio. “(...) bueno seguramente cuando éramos más chicas quizás mandaba a la nana a buscarnos”. (Entrevista a Carmen Gloria Pérez Cruz, Agosto 2008).

Imagen 1

Niños Ossa Bulnes paseando por el barrio El Golf junto a su nana, 1942



Fuente: Álbum Familiar Juan Luis Ossa Bulnes.

En este marco además de constatar la relevancia de las prácticas cotidianas ligadas con el ocio y recreación infantil como elemento que perfila una reelaboración de los espacios y formas de la sociabilidad en el escenario del suburbio, la presencia de *mamas*, nanas o gringas en el espacio público del barrio nos lleva a considerar el rol desempeñado por parte de personas vinculadas al servicio doméstico en la producción de la vida barrial, entendida como el uso cotidiano del escenario espacial suburbano (Mayol, 1999: 6-8). Esta presencia es reiterada en los relatos, destacando como elemento de distinción de la elite nacional, que se opone al estilo de vida impuesto por familias extranjeras. Como bien lo destaca uno de los relatos, los mecanismos a partir de los cuales se configuran las relaciones con el servicio doméstico tienen una especificidad o carácter local, que es ponderado por la entrevistada como elemento diferenciador, por tanto se alude a la configuración de un nosotros de manera consciente desde la distinción (Bourdieu: 2000). “Hacíamos de *baby sitter* porque los gringos no usaban empleadas como usamos nosotros...” (Entrevista a Carmen Gloria Cruz, agosto 2008).

Si bien el extracto no da detalles específicos, podemos elaborar una interpretación analítica de lo que subyace a partir de esta diferenciación, planteando el rol histórico que han desempeñado las relaciones patronales en el ámbito del servicio doméstico de la elite chilena. Un rasgo interesante de destacar es que generalmente las nanas o *mamas* provenían del sur de Chile, preferentemente del contexto rural con el cual la familia se vinculaba.

Este punto refuerza la idea de una suerte de *continuum* respecto del ámbito rural fundante, el que opera resituando las relaciones con el servicio doméstico en el contexto urbano. En esta línea, es interesante mencionar la mirada propuesta por la literatura respecto de la construcción de las relaciones patronales por parte de la elite chilena. Como bien lo analiza Pilar Álvarez- Rubio (2007), en relación con la novela *Casa de Campo* de José Donoso⁵, el mundo de los patronos y el de la servidumbre se constituyen como dos universos totalmente diferenciados, incluso con fronteras distinguibles físicamente. Como plantea, Adriana Váldez (1979), dentro de sus ejes centrales, esta novela alude metafóricamente a la manera cómo son impuestos ciertos límites espaciales por parte de la elite: por un lado los que se delimitan entre la casa y el exterior, donde emerge el peligro de los nativos (posiblemente antropófagos) que viven afuera y los que se inscriben al interior de la casa expresando la jerarquía impuesta por la elite tanto entre adultos y niños como respecto a los sirvientes. La vida de los adultos transcurre en el *piano nobile* (piso noble), la de los sirvientes en el subterráneo, y los espacios de los niños son claramente delimitados por los adultos, restringiendo su libre circulación (Váldez, 1979). En este sentido este *continuum*, nos habla de la permanencia de dicha matriz en el contexto urbano y su impronta en la construcción de la identidad nacional (Bengoa, 1996; Álvarez, 2007).

Es necesario señalar que a la notoria segregación sociespacial entre patronos y empleados encarnada en la distribución y organización al interior

5 Novela escrita por José Donoso en 1978, ambientada en cada señorial del siglo XIX en una zona rural que retrata el Chile de los setenta. La trama transcurre durante un día en que los adultos salen de excursión y los niños quedan solos en la casa transgrediendo el orden y delimitación impuesta por sus padres.

de la casa, se superpone el rol que les era asignado a las nanas-mamas en el ámbito del espacio público.

En este sentido, su papel de cuidadoras no quedaba circunscrito únicamente al espacio privado de la casa, instalándose en el contexto de la espacialidad pública suburbana, en donde serán preferentemente ellas quienes supervisarán las prácticas cotidianas de los niños en la calle. Esto nos invita a pensar en las tareas que debían asumir las entonces *mamas* o *nanas puer-tas adentro* en el vocabulario actual.

Lo interesante es que las personas vinculadas al servicio doméstico y particularmente las mujeres encargadas del cuidado infantil, históricamente han cumplido una labor relevante en los extramuros de la casa, la que ha definido activamente la vida de barrio. Desde esta perspectiva el *adentro* y el *afuera* constituyen categorías que están permanentemente redefiniendo el dominio de lo público y lo privado, así como de quienes los usan y definen.

En este sentido, la relación que construye la elite con las personas vinculadas a las labores domésticas, responde o da cuenta de una matriz cultural tradicional, cuya raíz descansa en las relaciones patronales que se desprenden de la hacienda, las que incluso perduran en la actualidad. Sin ir más lejos, la vida cotidiana de barrios residenciales exclusivos o suburbanos actuales, destaca por el uso intenso de los espacios públicos por parte de nanas y niños, que configuran parte importante de la vida de barrio hoy en día.

La continuidad de este tipo de prácticas en el espacio público del barrio, por tanto, permite reforzar el carácter conservador de la elite o de los sectores acomodados de la ciudad contemporánea. Es decir, la imagen de la sociabilidad barrial, entendida como espacio recreacional infantil, que tiende a fortalecerse con el proceso de suburbanización de la elite iniciado en 1930 en el barrio El Golf, es una imagen duradera y que puede constituir una instantánea de cualquier barrio de connotación residencial actual. Al mismo tiempo es una imagen de dos caras, ya que tal como veremos a partir del análisis de artículos publicados en los años treinta en *Comuna y Hogar*, este sentido conservador otorgado a las cuidadoras infantiles, coexiste con el ímpetu modernizador del período, expresado, entre otras cosas, en la relevancia otorgada a la vida al aire libre, y reivindica la plaza como lugar apropiado para la sociabilidad y desarrollo infantil, permanencia que

sugiere el peso ambivalente de las prácticas cotidianas de carácter tradicional, las que se perpetúan pese al acontecer paralelo de fenómenos de modernización o democratización de la sociedad. Sin ir más lejos, y a modo de ejemplo, destaca el debate generado el año 2011 a partir de las normativas que restringen el tránsito de personas vinculadas al servicio doméstico por ciertos espacios de circulación o recreación, así como la obligación del uso del uniforme en condominios privados en la comuna de Chicureo.

En este sentido, dar cuenta de cómo se gestaron las prácticas cotidianas en el escenario suburbano y, en este caso en específico, aquellas que involucraban la presencia de personas del servicio doméstico, no constituye solamente un hecho ilustrativo que da cuenta de un cuadro de época del suburbio de elite; es además un elemento que interpela la relación que la sociedad ha establecido históricamente con el servicio doméstico, desde el punto de vista de las articulaciones entre lo público y lo privado, pero por sobre todo desde las fronteras y cruces entre estos ámbitos. Si bien esta investigación no se basa en relatos de personas ligadas directamente con el servicio doméstico, podemos ver, desde la interpretación de las familias entrevistadas, cuál era la posición que se les otorgaba en la casa, en la calle y en la sociedad.

En este marco, los niños y sus *cuidadoras* serían usuarios icónicos del espacio suburbano, tal como se desprende de los relatos o de la fotografía facilitada por José Luis Ossa Bulnes (ver imagen 1). Los padres, por tanto, aparentemente no frecuentaban estos espacios de manera regular y aparecen más bien vinculados con la espacialidad de la casa, en el caso de las madres, o con el ámbito laboral en el caso de los padres.

La vida cotidiana suburbana, por tanto produce una espacialidad básicamente enfocada en el despliegue de la sociabilidad infantil, elemento que podemos encontrar, además, plasmado en el imaginario social de la época a partir de la reiterada presencia del niño en imágenes de publicidad o en secciones de revistas destinadas a la infancia.

Destaca en este ámbito una sintonía entre lo que señalan los relatos de la época a partir de la evocación de las prácticas cotidianas en el espacio público, con la figura de la cuidadora infantil, como una de las ideas que circulan alrededor de la nueva espacialidad suburbana en el caso de *Comu-*

na y Hogar. La niñera emerge en estrecha relación con las actividades de recreación en el entorno del barrio; en este sentido, aunque apunten en direcciones diferentes, resultan comparables los relatos de quienes en su recuerdo de infancia señalan la figura de *mamas* como las encargadas de su cuidado en los paseos por el barrio, con la mirada que la connotada escritora Marta Brunet esboza en uno de los artículos publicados de *Comuna y Hogar* respecto de la importancia de las áreas verdes en la ciudad y en especial para el desarrollo de la infancia.

La niñera chilena tiene toda la tristeza de la raza. Llega a un parque, o a un jardín, o a una plaza de juegos con los niños que cuida y sólo sabe sentarse y vigilar, mal o bien, a las criaturas, a veces entabla charla con otras compañeras que están allí. Nunca he visto a una niñera que hiciera jugar a sus niños. Y sin su medio habitual y sus juguetes los niños se aburren, trabados por los trajes de salida y por los otros niños que tienen su mismo aire desconcertado y desconfiado. Sería necesario una voz inteligente que pusiera en contacto todos esos pequeños seres, que les diera confianza y los uniera en la alegría de los mismos goces. Nada más melancólico que una plaza de juegos infantiles chilena. Fueron los mismos niños quienes rechazaron las plazas, que ningún aliciente tenían para ellos. Y las madres —que sentían el aburrimiento mortal de los pequeños— no insistieron por mandarlos nuevamente. Y las plazas cayeron en el abandono. (Brunet, 1929:119).

El relato nos habla de la necesidad de capacitar a las niñeras para el ejercicio de su labor de cuidadoras en el espacio público. El eje de dicha labor debía enfocarse en la sociabilidad entre los niños, incentivando al juego grupal. Este extracto sintetiza la ambigüedad entre tradición y modernidad, que anunciamos recientemente, en la medida en que en él se apela a una suerte de especialización de la labor de la niñera, pero sin cuestionar su papel de sujeto subordinado, ni las tareas que le han sido históricamente asignadas. Más bien Brunet apunta a la importancia de las áreas verdes y los lugares de esparcimiento de la ciudad como elemento modernizador del período.

De esta manera, ya a fines de los años veinte surge un interés por los lugares de esparcimiento para niños en la ciudad, los que, como sabemos, serán uno de los ejes fundamentales de la vida suburbana. Un elemento

interesante que se desprende del artículo de Marta Brunet es cómo estos espacios deben ser utilizados de manera adecuada, invitando a esta suerte de modernización y especialización de la tradicional labor de las niñeras, la que dialoga con las narrativas evocativas de quienes pasaron su primera infancia en el recién inaugurado barrio El Golf.

Yendo aún más allá, Brunet toma como punto de comparación el mundo europeo y utiliza como ejemplo una especie de profesora de juego encargada del control y buen comportamiento de los niños en las plazas, labor que implicaba, además de incentivar el juego, estimular el compañerismo y evitar las diferencias sociales. Llama la atención, en este ejemplo, otra clave modernizadora, a partir de un modelo de espacio público democrático caracterizado por la diversidad y heterogeneidad social. En esta propuesta, la tradicional nana será reemplazada por una persona dedicada exclusivamente al cuidado de los niños y niñas en las plazas. Si bien la autora, en el extracto anterior, señala con un tono crítico la labor desempeñada por las nanas o niñeras, esta crítica es desplazada al plantear que esa labor debe recaer en una persona dedicada exclusivamente a esa tarea, dejando entrever que no necesariamente son las niñeras quienes deben velar por el cuidado y entretención de los infantes, y aludiendo a una figura más cercana a la educadora de párvulo, como sería el caso de las denominadas *kindergartnerina* en el caso Alemán.

La kindergartnerina podría tener un curso al margen de sus estudios, que le diera este saber distraer a los niños jugando. En las plazas de juegos de barrios residenciales, la obra de la profesora de juego sería unir a los niños, evitando la formación de grupos en torno a ciertos apellidos, prejuicios que ponen su nota amarga en tantos niños. (...) El niño que goza de aire, de sol y de alegrías se desarrollará sano y optimista. Su salud y bienestar deben ser atención preferente de una Municipalidad que anhele hacer amplia labor social y desee un futuro mejor para nuestra raza chilena. (Brunet, 1929: 119-120).

Sin embargo, de estas líneas también podemos desprender una diferencia fundamental respecto de la espacialidad suburbana del barrio El Golf, la que sucede más bien en un entorno caracterizado por la homogeneidad so-

cial, opuesta a la plaza que idealmente describe Brunet, que nos remite a la plaza de un barrio sin las características de exclusividad que posee El Golf.

Por otra parte, junto con esta labor educativa, que debiesen desempeñar las plazas como espacios de encuentro con la diferencia, Brunet plantea los beneficios de la vida al aire libre y el rol que tendrían estas pequeñas áreas verdes, desde el punto de vista de la salud, destacando la importancia del sol y el aire, componentes fundamentales de la perspectiva modernizadora en relación a la vida urbana de la época.

Si bien no hay una referencia directa al barrio El Golf ni a la vida suburbana, este artículo esboza un cierto clima en relación con la ciudad a la que se estaba aspirando a fines de los años veinte, a partir del estatus otorgado a las áreas verdes y a las formas de sociabilidad infantil a ellas asociadas. Característica que dialoga en parte, con la experiencia suburbana que emergerá posteriormente en la cotidianidad de El Golf en la década del cuarenta.

La diferencia radica tal vez en que si bien en ambos casos la vida al aire libre, así como la relevancia de lugares de esparcimiento operan como íconos de una nueva sociabilidad, El Golf se define por el carácter homogéneo y exclusivo que hemos destacado, difiriendo de la perspectiva ciudadana a la que aspira Brunet. En este sentido, el imaginario social de la época, en este caso a partir del discurso elaborado por la mirada de una connotada escritora, dan cuenta de la importancia de los dispositivos espaciales destinados para la recreación infantil, así como de la necesidad de la incorporación de áreas verdes; sobresaliendo la imagen de la plaza como espacio recreacional.

Cabe señalar, sin embargo, que la incorporación de áreas verdes en la ciudad surge previamente vinculada a las ideas higienistas que inspiraron la reforma urbana impulsada por Benjamín Vicuña Mackena a fines del siglo XIX, que destacan la construcción de parques y plazas (Pérez, 2005). A modo de ejemplo, en 1911 se inaugura la Población Huemul ubicada en el sector de la avenida Matta en la zona sur de Santiago. Conjunto residencial que corresponde a la primera población obrera basada en la idea de ciudad satélite, que incluye además de viviendas higiénicas, equipamiento urbano de calidad, destacando la figura de la plaza como eje de la recreación infantil (Barros, 1919: 22). Este proyecto fue construido por Ricardo Larraín

Bravo, inspirado en los principios del higienismo que su obra encarnó. En este sentido la presencia y relevancia de áreas verdes como las plazas en las inmediaciones del entorno residencial, se venía gestando previamente al proceso de suburbanización al oriente, pero será el suburbio el que las convertirá en un lugar central en la recreación y sociabilidad infantil.

Una característica del higienismo es su vínculo con una visión moralizante de la sociedad, expresada en la construcción de viviendas, los espacios urbanos y el conjunto de saberes desde los cuales se plantea construir una sociedad 'sana'. En este proceso, el higienismo va de la mano del saber médico pero también de un conjunto de políticas destinadas al disciplinamiento social. Como se desprende del discurso elaborado por Luis Barros Borgoño a los socios de la Caja de Ahorros durante la inauguración de nuevo equipamiento para la Población Huemul el año 1919, la creación de barrios obreros con estándares de calidad responde a la necesidad de una transformación urbana que mejorará las condiciones morales de habitabilidad de los sectores populares:

En diversos barrios de la ciudad se ha dado comienzo a estos centros de población que, como el que tenéis a la vista, están llamados a efectuar una verdadera transformación en el hábito de vida y en las condiciones morales de la familia del pueblo (Barros, 1919:30)

Si bien esta perspectiva apunta principalmente al control social de los sectores populares, podríamos decir que la expansión de la ciudad y el rol de las áreas verdes responde a las valoraciones estéticas y éticas que se desprenden del peso que tuvo desde fines del siglo XIX y principios del siglo XX el higienismo, generando un clima en el cual colaboraron connotados arquitectos como Ricardo Larraín Bravo a partir de obras como la Población Huemul. Cabe mencionar que a la vez él mismo construyó residencias para la elite en el barrio República y que escribió el connotado tratado sobre higienismo *La higiene aplicada a las construcciones: alcantarillado, agua potable, saneamiento, calefacción, ventilación* en el año 1909. En este sentido, el proceso de suburbanización puede ser visto como la consecuencia de un proceso previo de asentamiento de discursos y prácticas urbanas que con-

tribuyeron a la generación de un estilo de vida cercano a la naturaleza, en el cual las áreas verdes serían altamente valoradas. Estos discursos coinciden con las ideas desarrolladas por Marta Brunet en los años veinte, sobre la necesidad de plazas para la ciudad.

En síntesis el entorno del barrio emerge como un paisaje fundamental en el cual se inscribe la geografía recreacional de la infancia suburbana. Destacan, como hemos señalado, el uso de las áreas verdes y las calles como lugar de despliegue de prácticas de juego propias de la infancia, como la bicicleta y los patines; estos representan formas de sociabilidad de un barrio que cuenta con los espacios apropiados y que además se caracteriza en sus inicios por un entorno de tranquilidad, propio de una zona rural en reciente proceso de urbanización.

Organización y distribución del espacio doméstico

El espacio doméstico, como hemos señalado, se produce desde las prácticas y relatos espaciales que, desde una *acción narrativa* (De Certeau; 2000:129), organizan la vida cotidiana determinando la distribución de cada uno de sus espacios y funciones. Desde esta perspectiva, tanto los relatos de residentes del Barrio El Golf como los discursos e imágenes de *Margarita* o *Comuna y Hogar* identifican un conjunto de prácticas cotidianas que desde su función narrativa construyen un imaginario que clasifica y cualifica el espacio doméstico desde estas funciones y usos. Operación que actúa delimitando y distribuyendo funciones desde una concepción diferenciada y jerarquizada del espacio. En este sentido, hay un lugar destinado a los niños, uno para la madre –dueña de casa, uno para el padre– jefe de hogar, así como un área destinada al servicio.

El espacio doméstico a partir de esta perspectiva se configura a través de la segregación espacial de sus recintos, la que podría ser analizada desde la distinción entre producción y consumo. La casa puede ser pensada como una “fábrica de trabajos domésticos y a la vez lugar de consumo (donde se vive y convive)” (Ibáñez, 1994: 13). Distinción que se manifiesta espacialmente en la diferenciación entre aquellas áreas destinadas al servicio do-

méstico, donde se despliegan las actividades productivas y aquellas zonas habitadas por la familia como áreas de consumo⁶. Los espacios destinados a la producción incluyen actividades como el lavado, planchado, cocina, las cuales en la casa burguesa se realizaban de manera manual. Desde el punto de vista de las actividades y áreas de consumo, estas se acotan a aquellos espacios en donde sucede la habitabilidad y sociabilidad al interior de la casa.

Cuadro 1
Organización y distribución de espacio doméstico a partir de las narrativas del barrio El Golf

SEGUNDA PLANTA habitaciones padres - habitaciones hijos /habitaciones hijas
PRIMERA PLANTA living - comedor - escritor comedor de diario - cocina - habitaciones de servicio
CONSUMO PRODUCCIÓN

Esa diferenciación especializada de la casa emerge desde los relatos espaciales de residentes y ex-residentes del barrio El Golf y al mismo tiempo se desprende de *Margarita* y *Comuna y Hogar*. Son relatos e imágenes que configuran una narrativa especializada de la vida doméstica y que trazan un imaginario de la domesticidad que dialoga dialécticamente con la distinción de género.

...en el primer el piso tenía un living, después un comedor, un escritorio, una cocina grande *con un ala de servicio y en el segundo piso uno entra a un hall y está el dormitorio de mis papás, una pieza chica que me acuerdo que era de mis hermanos hombres en esa época, después una de las tres mujeres y luego una chica que era de otro hombre*⁷. Después con el tiempo cuando fui-

6 Distinción que, sin embargo, responde específicamente a la casa burguesa en donde estas áreas tendían a no superponerse y que representaban además las zonas habitadas diferenciadamente por *criados y señores* (Ibáñez, 1994: 13)

7 Énfasis añadido por la autora.

mos creciendo hicieron un tercer piso en donde después se fueron mis tres hermanas grandes (Entrevista a mujer residente del barrio El Golf, 2009).

El salón, que se habría sólo para las visitas, ha desaparecido de la casa moderna. ¡Que descansen en paz para siempre! Hoy por hoy el salón suele estar combinado con el hall o con el dormitorio (...), se puede hacer una división en el hall propiamente tal con la ayuda de un biombo, dejando así un rincón para *que la señora reciba sus amigas*⁸. (...) Y así como se toma en cuenta a las amigas de la señora hay que tomar en cuenta a los amigos del señor y *hacer para ellos otro rincón comfortable en qué fumar y tomar el cocktail*⁹. (Revista Comuna y Hogar: agosto 1929: 29).

Lo interesante es cómo esta diferenciación de espacios según usos y funciones va transformándose en determinados contextos, sobre todo frente a los procesos de modernización. Desde esta perspectiva, si bien la cita anterior alude a un conjunto de elementos modernos, respecto de los aspectos formales y funcionales de la distribución y organización del espacio, refuerza sus características tradicionales a partir de la distinción de género. Ello sugiere, desde una primera lectura, una reelaboración en términos de la especialización del espacio doméstico, basada en una propuesta funcional –práctica destinada a los miembros del hogar y sus respectivas necesidades, principalmente desde el punto de vista de la reproducción de la vida social masculina y femenina.

En la misma lógica, así como el espacio se distribuye según usos de hombres y mujeres como sujetos diferenciados, el niño toma una centralidad importante como sujeto que requiere de un espacio propio y pertinente a sus necesidades, tanto desde el plano funcional como desde la perspectiva estética. En el caso de *Margarita* existen una serie de artículos dedicados a la vida infantil en el contexto del hogar, ya sea desde la perspectiva de las necesidades en términos espaciales, como desde el punto de una serie de prácticas cotidianas asociadas a la infancia, que van desde el cuidado del niño en términos de su alimentación hasta la vestimenta, mobiliario y decorado de sus espacios.

8 Énfasis añadido por la autora.

9 Énfasis añadido por la autora.

Otra de las temáticas que ilustran estas publicaciones atiende a la organización y distribución de *las áreas de producción*. En este contexto emerge la cocina, en un vínculo estrecho con la dueña de casa, la mención acerca de los espacios destinados para personas encargadas de los servicios son escasas o aparecen en un segundo plano, lo que responde a su condición de publicaciones enfocadas en la masificación de la domesticidad moderna en las capas medias. En el caso de la imagen que vemos a continuación (ver imagen 2) por ejemplo, destaca la propuesta de un *bungalow*, que junto con un conjunto de propuestas decorativas plantea además una determinada distribución del espacio doméstico, la que cuenta con *living-comedor con su chimenea, buena cocina, dos dormitorios y un baño; fácilmente se le puede agregar otro dormitorio para la empleada y garaje*. Podemos ver cómo esta propuesta corresponde a la primera casa para un matrimonio joven de clase media donde tanto el dormitorio de servicio como el garaje para el auto, son pensados para ser construidos en el futuro y en cual la cocina juega un lugar central para la futura vida familiar.

Imagen 2
Publicidad de la primera casa



Fuente: Revista Margarita, N°845, 6 Julio de 1950.

Por otra parte, la cocina es mencionada y sobre todo representada como espacio que debe ser modernizado, en ese contexto se proponen un conjunto de características que apuntan a dicho objetivo, las que van desde el uso del aluminio como material que garantiza mayor higiene, la incorporación de nuevas tecnologías como el aparato de teléfono, hasta la propuesta del comedor de diario en su interior, todos elementos que apelan a la eficacia y eficiencia en el tiempo utilizado por la mujer en las labores cotidianas de mantención y cuidado del hogar. En este sentido, se apunta a una reorganización de la espacialidad enfocada en la optimización del tiempo, otro de los valores propios de la modernidad, idea que se refuerza en uno de los textos que acompaña la siguiente imagen “*El hecho de que junto a la cocina haya un pequeño comedor íntimo y familiar evita mayores viajes al comedor grande, llevando y trayendo platos*”.

Imagen 3
Artículo dedicado a la organización de la cocina



Fuente: Revista Margarita, N° 603, 15

Algunas consideraciones finales

El espacio doméstico es el espacio por excelencia de la privacidad y del encuentro con lo conocido, donde se reproduce la vida familiar y además en donde se elaboran los rituales de la vida cotidiana, es el lugar en donde se deben “... celebrar los nacimientos, solemnizar los enlaces, pasar los exámenes...” (De Certeau y Giard, 1999; 149). La casa representa así un lugar de resguardo frente al caos urbano y el lugar al que se retorna diariamente al descanso que posibilita la continuidad de la vida cotidiana. El valor del espacio doméstico desde el punto de vista de la vida cotidiana radica en su capacidad de transformarse en espacio propio, como *territorio personal*, en el cual destaca la capacidad de la apropiación creativa de las *maneras de hacer* (De Certeau y Giard, 1999: 149). Sin embargo, la naturalización de la idea de hogar como refugio, así como aquellas posturas que lo consideran en relación a su papel en la estabilidad de la personalidad, provienen de una construcción particular, desarrollada por la cultura occidental en el siglo XIX; por tanto, el hogar está claramente situado históricamente y culturalmente (Rybczynski, 1991).

En este sentido, el espacio doméstico no solo implica un espacio físico, sino que además involucra una dimensión moral y estética (Douglas, 1991: 230). Desde esta perspectiva, es necesario problematizar acerca de los procedimientos implicados en su construcción, revelando también su rol en el disciplinamiento del cuerpo y la mente, como lugar que representa la autoridad paterna. En efecto, en el *proyecto doméstico* desarrollado desde el siglo XVIII hasta la década del setenta del siglo XX “se ha desarrollado el lento pero potentísimo proceso de domesticación de la vida social, de normalización de los espacios y comportamientos, y de moralización de la población, proceso basado en técnicas de control de los impulsos y de canalización de deseos hacia el ciclo producción-consumo” (Teyssot, 2005: 8).

El proyecto doméstico tendría un carácter político, económico y social que, vinculado principalmente con el control social y que opera en el espacio privado de la familia a través de la regulación de los hábitos de la intimidad (Teyssot, 2005). Desde esta perspectiva —que retoma la mirada *biopolítica* foucaultiana, vinculada con las técnicas de control de los cuerpos— se

puede problematizar el concepto de casa y de espacio doméstico, sacándolos de su versión exclusivamente romántica, para problematizarlo, al analizarlo como lugar en donde convergen distintas fuerzas y tensiones sociales.

Podríamos concluir también que el proceso de suburbanización inspirado en el modelo de ciudad jardín contribuyó con la privatización de los espacios y el repliegue de la elite sobre estos; es decir, la salida del centro y la llegada a un contexto socio-espacial, en el cual se replantean las formas en las que se vinculan los ámbitos públicos y privados, así como sus usos y percepciones espaciales, que impactaron directamente en la configuración de la espacialidad residencial. En esta línea, el traslado a un escenario con características sociales más homogéneas, como es el caso de El Golf, comienza a modificar la dinámica y el paisaje residencial y recreacional de la ciudad de Santiago, a partir de los años treinta. En este marco la figura del niño cobra especial relevancia al combinar la sutil paradoja de una libertad tutelada por el atento cuidado de las nanas o niñeras, una libertad que se abre paso en la medida en que toma distancia del centro de la ciudad.

Al respecto, cabe mencionar que las formas de sociabilidad que impone la vida suburbana del treinta, fusiona la libertad con el control y cuidado que recién hemos destacado. Este punto también constituye una clave de lectura respecto de la ciudad actual en cuanto que a esas formas de control, se suman hoy en día nuevos mecanismos de disciplinamiento tendientes a clausurar la posibilidad de la vida social en el espacio público. Desde las cámaras de seguridad, guardias y rejas de los condominios se redefine esa ecuación entre libertad y protección. Si bien la ciudad de entonces no es la de hoy, los sentidos de la vida suburbana permanecen anclados en un ideario que asimila la calidad de vida con la tranquilidad, la armonía y la cercanía de la naturaleza y la seguridad como valores primordiales.

Cabe destacar, por otro lado, que el traslado de la elite al suburbio es una transición paulatina, y en las primeras décadas del barrio las familias permanecían en un contacto relativamente cotidiano con la espacialidad del centro, sobre todo en lo que concierne a las actividades de carácter recreativo-cultural, educacional y comercial, cuando el centro continuaba siendo un referente importante. El Mercado y la Vega Central, así como las grandes tiendas o el teatro Municipal y los tradicionales colegios de la elite constitu-

yen importantes vínculos entre las familias de El Golf y la ciudad, sobre todo durante los primeros años de vida suburbana. Con la llegada al barrio del cine El Golf (teatro el Golf) en la década del cuarenta, así como de los principales establecimientos educacionales, podríamos decir que se comienza a transformar esta vinculación con el centro y lentamente la elite fue abandonando o distanciando cada vez su relación con la ciudad tradicional.

Lo mismo sucederá con la instalación de los clubes deportivos, previos a la formación del barrio, los que constituyen parte de este nuevo escenario espacial suburbano y que también irán modificando paulatinamente los usos y las prácticas cotidianas en torno a la vida urbana. Plantear que esta constituye una transición lenta y un ajuste que tiene desfases, y en ocasiones contradicciones, implica apostar al peso del estilo de vida previo de la elite y su dificultad de adaptarse a nuevas formas y prácticas socio-espaciales. Esta responde principalmente a la importancia de la cosmovisión que ha definido históricamente a esa elite santiaguina y su posición ética, estética y moral frente al mundo, la que se puede manifestar justamente desde las prácticas y representaciones cotidianas ligadas con el espacio suburbano, tal como esta tesis ha tratado de mostrar.

Otro elemento que nos permite plantear una continuidad histórica en lo que respecta a las prácticas y representaciones socio-espaciales ligadas con el suburbio, es el rol desempeñado por las niñeras o nanas en el espacio suburbano. Son ellas quienes circulan por las plazas y parques, desde su labor de cuidadoras, finalmente cumplen un rol fundamental en la producción de la espacialidad suburbana. La imagen de la nana paseando a los niños constituye una postal histórica del escenario suburbano en el tiempo.

Por otra parte, el espacio doméstico corresponde a un lugar fundamental en la formación de identidades individuales y sociales, así como a la producción de determinadas relaciones sociales y sentidos colectivos, lo que se constituye en un eje clave en la producción de significados ideológicos. Tanto en el caso de relatos de residentes y ex residentes del Barrio El Golf, como de las imágenes y relatos de *Margarita*, como de *Comuna y Hogar*, se materializan diferentes connotaciones y atribuciones otorgadas al espacio doméstico. En el caso de El Golf, podemos ver de qué manera el proceso de suburbanización hacia el oriente de la ciudad, experimentado

por la elite santiaguina –que si bien se encuentra asociado a una paulatina reelaboración de las prácticas y representaciones cotidianas espaciales–, a la vez manifiesta la continuidad de las valoraciones ético-estéticas frente a la casa, que provienen mayoritariamente de un *ethos* cultural fundante.

Es en este marco que estas transformaciones de la vida doméstica coinciden con la puesta en marcha de otra serie de innovaciones que se implementan en el marco de la modernización experimentada por la sociedad chilena. En este escenario, la transmisión de un conjunto de saberes y técnicas –una suerte de pedagogía para el hogar– asociadas con el uso de las nuevas herramientas tecnológicas para la vida cotidiana, cobra especial relevancia y emerge como un ejercicio necesario y coherente con un proceso de tecnificación del hogar más amplio.

Las imágenes y secciones de revistas como *Margarita* o de *Comuna y Hogar* cumplen una función específica y práctica sobre la reproducción de la vida cotidiana, idea que hemos intentado exponer a lo largo de este texto. Desde esta suerte de *pedagogía práctica para el hogar*, se instala por un lado el papel desempeñado por la mujer y su centralidad en la configuración de la rutina doméstica, y por otro el despliegue de un conjunto de prácticas cotidianas desde las cuales estas son re-presentadas en tanto contenedoras, reproductoras y productoras de lo doméstico.

En este escenario, aproximarse a este tipo de publicaciones desde el punto de vista de *la programación de la vida cotidiana*, permite no sólo reconocer la importancia de las representaciones de los roles de género desde el punto de vista de la divulgación de los valores y aspiraciones modernas de los años treinta, a través del aparataje publicitario o desde el análisis de sus representaciones, sino que además permite aproximarnos a la producción de aquellos dispositivos prácticos y técnicos que contribuyen a la consolidación de una escena doméstica cotidiana ajustada al proyecto moderno del momento. Sin embargo, estos dispositivos si bien se manifiestan desde un discurso alegórico de la modernidad desde la instalación de conceptos como comodidad, eficacia, higiene o *confort*, así como a partir de la valoración positiva de la tecnificación del hogar, al mismo tiempo dialogan con ciertos valores tradicionales del modo cómo se estructura y organiza la vida doméstica, valores en donde destaca el rol de la mujer y su centralidad

en la producción y reproducción de la esfera doméstica, pero desde la lógica de la naturalización de este territorio cotidiano marcado bajo el signo de lo femenino y de las relaciones sociales que de él se desprenden.

Esta paradoja es interesante, ya que nos permite retomar el discurso desarrollado por la elite en relación con la vida y el espacio doméstico que, como hemos mencionado anteriormente, apela a un conjunto de valores tradicionales que se oponen, o al menos entran en contradicción con los muchos de los ideales modernos tanto desde el punto de vista ético como estético.

A modo de cierre, podemos concluir que si bien *Margarita y Comuna y Hogar* son publicaciones que evidentemente reflejan el discurso modernizador de la vida cotidiana del periodo, de alguna u otra manera, reproducen un conjunto de valores tradicionales asociados con el hogar y la familia, coincidiendo con elementos destacados por la elite del Barrio El Golf, principalmente en lo que respecta a la concepción de un espacio jerarquizado y distribuido desde la distinción de género. En este sentido, si bien hay una propuesta moderna desde el punto de vista de la tecnología, o el decorado y funcionalidad de los espacios, desde los usos y prácticas espaciales se reproduce un discurso tradicional que coloca la imagen femenina en el centro de la producción y reproducción de la vida doméstica.

Bibliografía

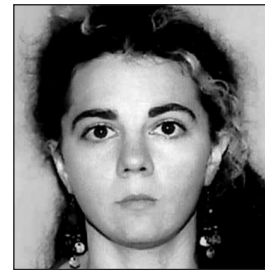
- Acuña, C. (2005) “Barrio El Golf, mirada a una tradición”. Disertación para el título de diseñador”. Pontificia Universidad Católica de Chile.
- Álvarez Rubio, Pilar (2007) *Metáforas de la casa en la construcción de la identidad nacional. Cinco miradas a Donoso, Eltit, Skármeta y Allende*. Santiago: Editorial Cuarto Propio.
- Álvarez, Pedro (2011) *Mecánica doméstica. Publicidad, modernización de la mujer y tecnologías para el hogar 1945-1970*. Santiago: Ediciones UC.
- Ballent, Anahí (1998) “La publicidad de los ámbitos de la vida privada. Representaciones de la modernización del hogar en la prensa de los años cuarenta y cincuenta en México”. *Alteridades*. 6 (11): 53-74.

- Bannen, P. (1996) "El Golf 1934/1994 La práctica del espacio urbano como experiencia en la transformación de un barrio". Disertación Magister, Instituto de Estudios Urbanos de la Pontificia Universidad Católica de Chile.
- Barros, Luis (1919) *Inauguración de la sección de beneficencia de la Población Huemul*. Santiago: Caja de Ahorro Hipotecario.
- Baudrillard, Jean (1969) *El sistema de los objetos*. México: Siglo XXI.
- (1989) *Crítica de la economía política del signo*. México: Siglo XXI.
- Bengoa, José (1996) *La comunidad perdida. Ensayos sobre identidad y cultura: los desafíos de la modernización en Chile*. Santiago: Ediciones Sur.
- Benjamin, Walter (2003) *The Arcades Project*. Cambridge, Massachusetts, and London: The Belknap Press of Harvard University Press.
- Blunt, Alison y Dowling, Robyn (2006) *Home*. Londres-New York: Routledge Taylor & Francis.
- Bourdieu, Pierre (1994) *Razones prácticas. Sobre la Teoría de la acción*. Barcelona: Anagrama.
- (2000) [1979] *La Distinción criterio y bases sociales del gusto*. España: Taurus.
- (2007) [1980] *El sentido práctico*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Brunet, Marta (1929) "Las plazas de juegos infantiles". *Comuna y Hogar* Año 1, N° 4, Volumen 2, Octubre, 119:120
- Dal Co, Francesco (1982) *Abitare nel moderno*. Bari, Roma: Laterza.
- De Ramón, Armando (2000) *Santiago de Chile*. Santiago: Editorial Sudamericana.
- De Certeau, Michel (2000) (1980). *La invención de lo cotidiano. 1. Artes de Hacer*. México: Universidad Iberoamericana. Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente.
- De Certeau, Michel y Luce Giard (1999) "Espacios privados" En: *La invención de lo cotidiano. 2. Habitar Cocinar*, Michel de Certeau, Luce Giard y Pierre Mayol: 147-150. Universidad Iberoamericana. Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente, México.
- Douglas, Mary (1991) "The home a kind of space". *Social Research*. Vol. 58. N° 1: 227-295.

- Fishman, Robert (1987) *Bourgeois utopias. The rise and fall of suburbia*. New York: Basic Books.
- Ibáñez, Jesús (1994) *Por una sociología de la vida cotidiana*. Madrid: Siglo XXI.
- Larraín, Bravo (1909) *La higiene aplicada en las construcciones: alcantarillado, agua potable, saneamiento, calefacción, ventilación*. Santiago: Cervantes.
- Liernur, Francisco (1999) "Casas y jardines. La construcción del dispositivo doméstico moderno (1870-1930)" En *Historia de la vida privada en la Argentina. La Argentina plural: 1870-1930*. Buenos Aires: Taurus.
- Mayol, Pierre (1999). "Primera parte. Habitar". En: *La invención de lo cotidiano. 2. Habitar Cocinar*, Michel de Certeau, Luce Giard y Pierre Mayol: 3-150. México: Universidad Iberoamericana. Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente.
- Mumford, Lewis (1979) *La ciudad en la historia. Sus orígenes, transformaciones y perspectivas*. Buenos Aires: Ediciones Infinito.
- Palmer, Montserrat (1984) *La comuna de Providencia y la ciudad jardín*. Santiago: Pontificia Universidad Católica de Chile.
- (1985) *La ciudad jardín como modelo de crecimiento urbano: El caso de la comuna de Providencia Santiago 1935-1960*. Santiago: Universidad Católica de Chile.
- Pérez, Fernando (2005) "Las aguas del centenario" *ARQ* N.60: 72-74.
- Rybczynski, Witold (1991) *La casa historia de una idea*. Buenos Aires: Emecé.
- Sabatini, Francisco; Gonzalo Cáceres. 2001. "Segregación residencial en las principales ciudades chilenas: Tendencias de las últimas décadas y posibles cursos de acción." *EURE* 27 (82): 21-42.
- Salcedo, Rodrigo. 2002. "Condominios: Nueva ciudadanía y cultura nacional". *Avances* 43: 22-28.
- Sennett, Richard (1978) *Vida urbana e identidad personal*. Barcelona: Ediciones Península.
- Svampa, Maristella. (2000). *Los que ganaron. La vida de los countries y barrios privados*. Buenos Aires: Biblos.
- Teyssot, Georges (2005). "A topology of thresholds". *Home cultures*. Vol.2. N° 1: 89-116.

- (1988). “Lo social contra lo doméstico. La cultura de la casa en los últimos dos siglos”. *A&V Monografías de Arquitectura y Vivienda. El Espacio Privado*. N° 14: 8-11.
- Váldez, Adriana (1979) “Sobre Casa de Campo, de José Donoso”. *Mensaje*, N°284,
- Váldez, Ximena (2007) “Notas sobre la metamorfosis de la familia en Chile”. *Serie Seminarios y Conferencias*. Santiago: CEPAL. En www.eclac.org/dds/noticias/paginas/9/30289/Resumen.XimenaValdes.pdf
- Vicuña, Manuel (2001) *La belle époque chilena*. Chile: Editorial Sudamericana.
- (1996) *El París americano. La oligarquía chilena como actor urbano en el siglo XIX*. Santiago: Universidad Finis Terrae.

Sobre los autores



Ana Gretel Thomasz, argentina, Doctora en Filosofía y Letras con orientación en Antropología Social por la Universidad de Buenos Aires (UBA). Actualmente es Investigadora Asistente del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) con sede en el Instituto de Ciencias Antropológicas, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.



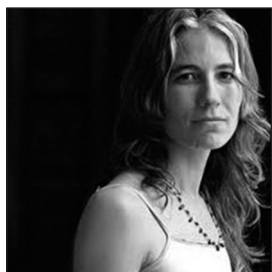
Daniela Soldano, argentina, Licenciada en Ciencia Política por la Universidad de Buenos Aires (UBA), Magister en Política Social por la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO) y Doctora en Ciencias Sociales (UBA). Actualmente es Directora del Instituto del Conurbano e investigadora-docente de la Universidad Nacional de General Sarmiento y profesora de diversos programas de posgrado en su área de especialidad. Investiga y publica sobre la cuestión social, las políticas sociales y el análisis de los procesos culturales urbanos.



Francisca Márquez, chilena, antropóloga y socióloga, doctora por la Universidad Católica de Lovaina, Bélgica. Actualmente se desempeña como Decana de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Alberto Hurtado, Chile. Ha dirigido diversas investigaciones del Fondo de Ciencias y Tecnología (Fondecyt) en Chile y publicado sobre identidades urbanas y desigualdad en América Latina. Actualmente es docente del Departamento de Antropología de la Universidad Alberto Hurtado y del Doctorado de Arquitectura y Estudios Urbanos de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Fue Presidenta Nacional del Colegio de Antropólogos de Chile, 2004-2007.



Francisca Pérez, chilena, antropóloga. Doctora en Arquitectura y Estudios Urbanos por la Pontificia Universidad Católica de Chile. Actualmente se desempeña como docente de la Universidad Academia de Humanismo Cristiano y es becaria de investigación de la Comisión Nacional de Investigación Científica y Tecnológica (Conicyt) de Chile.



María Carman, argentina, Doctora en Antropología Social por la Universidad de Buenos Aires (UBA). Investigadora del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Tecnológicas (CONICET), profesora de Antropología Social en la Universidad de Buenos Aires y coordina el equipo “Antropología, ciudad y naturaleza” en el Área Urbana del Instituto Gino Germani en esa misma universidad. Sus investigaciones recientes se orientan a problemáticas de cultura, patrimonio, identidad urbana y medio ambiente. Ha publicado las novelas *Los elegidos* y *El pájaro de hueso* (Random House Mondadori,

2006 y 2013); y los ensayos *Las trampas de la cultura* (Paidós, 2006) y *Las trampas de la naturaleza* (Fondo de Cultura Económica, 2011).



María Florencia Girola, argentina, Doctora en Antropología Social por la Universidad de Buenos Aires (UBA). Investigadora del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas Técnicas (CONICET). Actualmente es profesora en carreras de grado que se dictan en la Facultad de Filosofía y Letras y en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires.

También se desempeña como docente de posgrado en la Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo (FADU-UBA) y en la Universidad Nacional de Tres de Febrero. Integrante del Programa de Antropología de la Cultura, Sección de Antropología Social, Instituto de Ciencias Antropológicas (FFyL-UBA). Ha trabajado en temáticas vinculadas a la antropología de las ciudades, tales como: procesos de periurbanización y relegación, situaciones/procesos de segregación socio-espacial, iniciativas de recualificación cultural urbana y disputas por la constitución del espacio público.



Marluci Menezes, brasilera, geógrafa, Doctora en Antropología Social por la Universidad Nova de Lisboa, Portugal. Investigadora del Laboratorio Nacional de Ingeniería Civil (LNEC), donde fue directora del Centro para la Ecología Social 2008-2013. Sus investigaciones se orientan a problemáticas de cultura, vivienda y espacio público urbano, patrimonio, intervención y planeamiento urbano, eficiencia energética, vulnerabilidades y prácticas sociales de sostenibilidad. Ha publicado artículos y ensayos en volúmenes colectivos, y los libros “*Mouraria, retalhos de um imaginário: significados urbanos de um bairro de Lisboa*” (Celta Editora, Oeiras, 2004), “*Espaço. Manutenção, mudança e representação na Madragoa*” (LNEC, Lisboa, 2002), “*Espaço: cultura e arquitetura. Dissertação sobre a perspectiva interdisciplinar entre*

Ciências Sociais e Arquitectura” (LNEC, Lisboa, 1993) y coordinó el libro *Alagoas: Histórias de Vidas* (Garça Editor, Peso da Régua, 2008).



Neiva Vieira da Cunha, brasileira, Doctora en Antropología por el Programa de Posgrado en Sociología y Antropología de la Universidad Federal de Río de Janeiro (UFRJ) con estancia doctoral en Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales de Paris. Actualmente es Profesora Adjunta de la Universidad del Estado de Río de Janeiro (UERJ), Coordinadora del Programa de Posgrado en Educación, Cultura y Comunicación en Periferias Urbanas (UERJ) e investigadora asociada del Laboratorio de Etnografía Metropolitana/Le-Metro (IFCS-UFRJ). Trabaja en el área de Antropología Urbana y Antropología de la Salud, realizando investigaciones sobre periferias, procesos de renovación urbana y representación social de la salud y de la enfermedad.



Ramiro Segura, argentino, Licenciado en Antropología por la Universidad Nacional de La Plata (UNLP) y Doctor en Ciencias Sociales en el Programa de Posgrado de la Universidad Nacional de General Sarmiento y el Instituto de Desarrollo Económico y Social (UNGS-IDES). Realizó una estancia postdoctoral en la Freie Universität (FU) de Berlín. Actualmente es Investigador del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) y Profesor en la Universidad Nacional de La Plata (UNLP) y en el Instituto de Altos Estudios Sociales de la Universidad Nacional de San Martín (IDAES/UNSAM). Se especializa en el campo de la Antropología Urbana, sobre el cual ha dictado cursos, seminarios y conferencias y publicado artículos científicos en revistas nacionales y extranjeras. Junto con Alejandro Grimson y Cecilia Ferraudi Curto publicó el libro *La vida política en los barrios populares de Buenos Aires* (Prometeo, 2009).

Este libro se terminó de
imprimir en septiembre de 2013
en la imprenta Talpa Publicidad Impresa
Quito-Ecuador